



IMPEDIMENTA

NATSUME SŌSEKI

*Más allá del equinoccio
de primavera*

*Traducción de Yoko Ogihara
y Fernando Cordobés*





IMPEDIMENTA

NATSUME SŌSEKI

*Más allá del equinoccio
de primavera*

*Traducción de Yoko Ogihara
y Fernando Cordobés*



MÁS ALLÁ DEL EQUINOCCIO DE PRIMAVERA



NATSUME SŌSEKI

*Traducción del japonés a cargo de
Yoko Ogihara y Fernando Cordobés*



IMPEDIMENTA

Título original: 彼岸過迄 (*Higan Sugi Made*)

Edición en ebook: noviembre de 2018

Copyright de la traducción © Yoko Ogihara y Fernando Cordobés, 2018

Copyright de la presente edición © Editorial Impedimenta, 2018

Juan Álvarez Mendizábal, 34. 28008 Madrid

www.impedimenta.es

La traducción de este libro se rige por el contrato tipo propuesto por ACE Traductores.

Diseño de colección y dirección editorial: Enrique Redel

Maquetación: Daniel Matías

Corrección: Ane Zulaika y Belén Castañón

Composición digital: leerendigital.com

ISBN: 978-84-17115-97-5

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

La novela inédita del maestro de la literatura japonesa, autor de «Botchan», «Soy un gato» y «Kokoro». Un tapiz sobre la Era Meiji, pleno de sutileza y belleza.XX.

«Natsume Sōseki es el autor japonés más representativo e influyente del siglo XX. Una figura de estatura nacional.»

Haruki Murakami

«Los personajes de Sōseki nos ofrecen una nueva definición de lo que es el humanismo. Es el máximo representante de los escritores japoneses del último siglo.»

Kenzaburo Oe

PREFACIO¹



Si debo confesarles la verdad a mis lectores, diré que esta novela debería estar publicada desde el pasado mes de agosto. Una persona considerada, amable y preocupada por mí me desaconsejó ponerme a trabajar justo después de una grave enfermedad y, por si fuera poco, en una época del año tan calurosa. Le hice caso. Aproveché para pedir dos meses extra de vacaciones, pero, después de ese tiempo, en los meses de octubre, noviembre y diciembre, tampoco me sentí con fuerzas para retomar la pluma y no publiqué nada. Vivir de un modo tan desordenado no es algo que me resulte cómodo. Desatendía el trabajo, tenía la impresión de estar en la playa frente a un mar en el que una amenazante ola que ya había empezado a romper crecía por momentos.

Cuando decidí ponerme a escribir en Año Nuevo, me vi capaz de aliviar el peso del deber que llevaba sobre las espaldas, y eso me alegró más que el hecho de dar salida de una vez a aquello que había estado tanto tiempo retenido en mi interior. No obstante, reflexionar sobre cómo enfrentarme de un modo eficaz a ese deber largamente abandonado me provocó, una vez más, dolor.

Como no había escrito nada desde hacía tiempo, me sentía en la obligación de crear algo digno. A eso debo añadir mi necesidad de recompensar de alguna manera a quienes se habían ocupado de mi salud y de otros asuntos con tanta generosidad. De igual modo, quería resarcir a mis lectores, que me siguen día a día casi como si fuese una tarea. Por todo ello, imploro al cielo para que el resultado de mi esfuerzo sea digno. Pero solo por implorar no voy a alcanzar esa dignidad que tanto deseo para mi obra. Por

mucho afán que dedique a escribir una buena novela, soy incapaz de predecir el resultado, sea cual sea. No puedo, por tanto, atribuirle un valor a la recompensa que ha supuesto para mí este descanso tan prolongado, y ahí es donde se oculta ese dolor que me persigue.

Ahora que se publica esta obra me gustaría contarles algo. No se trata de un intento de explicar sus peculiaridades, su argumento, mi opinión sobre ella. No soy un escritor naturalista, la verdad, ni un simbolista. Tampoco soy un neorromántico, de esos que están tan de moda últimamente. No creo que mi obra tenga un color fijo y determinado como sucede con la de quienes profesan fidelidad a esas corrientes literarias. No creo que los lectores deban verla bajo ese prisma y, en lo que a mí concierne, no siento necesidad alguna de sustentarme en una confianza basada en esos preceptos. Mi única convicción es que yo soy yo por el hecho de ser como soy. Me da igual no tener la etiqueta de escritor naturalista o simbolista.

Tampoco me gusta pregonar a los cuatro vientos que mi obra es nueva u original. En nuestro tiempo, aquellos a quienes podría considerar novedosos sin entrar en demasiadas profundidades serían Mitsukoshi, los americanos y algunos autores e incluso críticos pertenecientes al mundillo literario.

No quiero que mi obra se convierta en una especie de marca vacía arropada por palabras igualmente vacías, tan abundantes en la esfera literaria. Tan solo deseo escribir algo propio. Me da miedo obtener un resultado que los lectores consideren penoso, una obra por debajo de sus expectativas, por debajo del nivel que me presuponen, no desplegar la suficiente destreza, permitir que el orgullo nuble mi buen juicio.

Si calculo el número de lectores del diario *Asahi* en sus ediciones de Tokio y Osaka, alcanza un total de más de cien mil personas. De todos ellos, no sé cuántos me leen a mí, pero a buen seguro la mayoría no ha tenido la oportunidad de introducirse en los vericuetos de la literatura. Me los imagino viviendo tranquilamente mientras se deleitan con los placeres de la naturaleza, como haría cualquiera, por otra parte. Me siento afortunado de tener la oportunidad de publicar para personas ilustradas. El título de esta novela es, en realidad, insustancial. Si me decidí por él, fue por el simple hecho de haber empezado a escribirla en Año Nuevo con el objetivo de terminarla en el equinoccio de primavera. Desde hace algún tiempo soy de la opinión de que los relatos publicados por entregas en un periódico terminan,

por alguna razón, hilándose en el contexto más amplio de una novela. No obstante, a día de hoy no he tenido ocasión de argumentar sólidamente esa suposición, de manera que si mi habilidad me lo permite volveré a proceder del mismo modo. Es importante matizar, sin embargo, que una novela no es como el diseño de un arquitecto, y por muy mala que sea debe tener acción, un desarrollo. En mi caso, como autor, pienso que si se dan situaciones que no avanzan como me gustaría es porque en la vida real aparecen también obstáculos que impiden que esta avance y se desarrolle como nos gustaría. Pero todas esas cuestiones están relacionadas con el futuro y no puedo dilucidar nada sobre ellas en este momento. Si no logro ser consecuente con mis planteamientos y el resultado de esta obra no es el esperado, al menos estará compuesta, creo, por relatos que ni se unen ni tampoco se separan. En ese sentido, al menos, no creo que haya demasiados problemas.

MÁS ALLÁ DEL EQUINOCCIO DE PRIMAVERA

DESPUÉS DEL BAÑO

1

DESPUÉS DE VARIOS DÍAS, Keitaro ya se había cansado de emplear todas sus energías en la búsqueda de un trabajo sin lograr un resultado mínimamente prometedor. Si solo se tratara de ir de acá para allá, se daba cuenta, no habría supuesto un problema para él, dada su fuerte constitución, pero las cosas no marchaban como él había esperado y empezaba a sentirse paralizado al comprobar cómo se le escapaban de las manos. Notaba que la cabeza le empezaba a fallar.

Una noche, a la hora de cenar, abrió medio enfadado varias botellas de cerveza que en realidad no tenía ganas de beber, e hizo todo lo posible por procurarse cierta alegría. Sin embargo, por mucha cerveza que bebiera no tenía forma de ocultar lo forzado de su empeño, y al final se resignó a llamar a la criada para que retirase las cosas de la cena.

La criada lo miró a la cara nada más verlo.

—¡Señor Tagawa! —exclamó—. ¡Válgame el cielo, señor Tagawa!

Keitaro se acarició el rostro.

—Estoy rojo, ¿verdad? —dijo él para responder de algún modo a su sorpresa—. No debería exponerme a la luz eléctrica con la cara de este color. Iré a acostarme. Ya que estás aquí, ve a prepararme la cama.

Salió enseguida al pasillo para evitar cualquier otro comentario de la criada. Después del baño, se acostó inmediatamente y murmuró para sí que se tomaría varios días de descanso.

Se despertó dos veces en plena noche. La primera por culpa de la sed, la segunda por culpa de un sueño. Cuando abrió los ojos por tercera vez ya clareaba a su alrededor. Se dio cuenta de que todo empezaba a funcionar, pero volvió a cerrar los párpados sin dejar de repetirse que debía descansar. Aún no había pasado mucho tiempo cuando escuchó con total claridad cómo daba la hora un reloj. Por mucho que lo intentó, fue incapaz de volver a conciliar el sueño. No tuvo más remedio que ponerse a fumar sin levantarse siquiera de la cama, y así se quedó hasta que la ceniza del cigarrillo cayó sobre la almohada blanca. A pesar de todo, estaba firmemente decidido a no moverse, pero la intensa luz que se colaba por la ventana orientada al este terminó por provocarle un ligero dolor de cabeza. No le quedó otra que abandonar su propósito. Se levantó, salió a la calle con un palillo entre los labios y una toalla en la mano y se dirigió a los baños públicos.

El reloj marcaba las diez pasadas. En la zona de las duchas estaban ya dispuestos los cubos y las banquetas para lavarse. Solo había una persona en la gran bañera, absorta en la contemplación de la luz que penetraba en la sala a través del cristal. Se trataba de Morimoto, un huésped de la misma casa donde él se alojaba. Le dio los buenos días. Morimoto respondió a su saludo.

—¿Se presenta a estas horas en el baño con un palillo en la boca? Eso explica por qué no vi ayer la luz encendida en su habitación.

—La luz de mi cuarto estaba encendida al caer la tarde —puntualizó Keitaro—. A diferencia de usted, yo llevo una vida ordenada y apenas salgo por la noche.

—Es cierto, tiene usted una conducta ejemplar. Lo envidio.

Keitaro se sintió avergonzado al escuchar sus palabras. Morimoto seguía sumergido en la bañera, sin moverse, con el agua a la altura del diafragma. Parecía disfrutar del calor a pesar de su gesto serio. Contempló el mostacho humedecido por el agua y ligeramente caído de aquel hombre despreocupado.

—Olvidémonos de mí —dijo Keitaro—. ¿No piensa acudir a su trabajo en la estación?

—Hoy es festivo —contestó Morimoto mientras se daba la vuelta para apoyar los codos en el borde de la bañera y, con aire perezoso, descansar el peso de la cabeza en sus manos, como si sufriese de jaqueca.

—¿De qué festivo habla? —preguntó sorprendido Keitaro.

—Un festivo sin ningún motivo concreto. Me he tomado el día libre.

En ese momento, Keitaro creyó haber encontrado en él a un semejante y, sin pensárselo dos veces, repitió sus palabras:

—Se ha tomado el día libre.

—Eso es. El día libre —dijo él sin cambiar de postura.

2

HASTA QUE KEITARO no estuvo sentado frente a un cubo de madera y el encargado del baño no hubo empezado a frotarle la espalda, Morimoto no se decidió a salir del agua. Tenía el cuerpo enrojecido y parecía desprender vapor, con una expresión de bienestar en el rostro. Se sentó en el suelo con las piernas cruzadas y se admiró del cuerpo musculoso de Keitaro.

—¡Vaya! Se lo ve a usted en forma —dijo.

—Últimamente no me encuentro tan bien, no se crea.

—Pues, si usted no se encuentra bien, ¿cómo estoy yo entonces?

Morimoto se dio unos golpecitos en la tripa. Tenía el estómago hundido, como si se le hubiese adherido a la espalda.

—Mi condición física empeora día a día por culpa del trabajo —dijo—, pero debo reconocer que he descuidado mucho mi salud.

Soltó una risotada y Keitaro se esforzó por seguirle el juego.

—Hoy tengo tiempo libre. Puedo escuchar alguna de esas historias tuyas, hace tiempo que no me cuenta ninguna.

Morimoto pareció animarse.

—¡Cómo no! Hablemos.

Sin embargo, solo fueron sus palabras las que desprendieron algo de energía. Por su forma de mover el cuerpo, más que lentitud, se notaba en él una cierta indolencia, como si el agua caliente de la bañera hubiera terminado por cocer sus músculos.

Mientras Keitaro se enjabonaba la cabeza y se frotaba las endurecidas plantas de los pies, Morimoto continuó sentado en el suelo, sin cambiar de posición ni dar muestras de tener intención de lavarse. Al final se metió de nuevo en la bañera, como si alguien hubiera arrojado su cuerpo delgado al

agua, y, cuando Keitaro terminó, salió para ir a secarse.

—Qué bien y qué limpio se siente uno cuando se da un buen baño de agua por la mañana, aunque solo sea de vez en cuando, ¿verdad?

—Sí —respondió Keitaro a su pregunta—, y más en su caso, supongo, porque no se lava con jabón. Quiero decir, no parece que el baño tenga un propósito práctico para usted, solo el puro placer.

—No tiene nada de particular. Me da pereza lavarme. Eso es todo. Me gusta bañarme así, distraídamente. Por el contrario, se lo ve a usted mucho más esforzado y entregado que yo. No se ha dejado ni un centímetro de piel sin frotar, de la cabeza a los pies. Y por si fuera poco usa palillos de dientes. Admiro toda esa minuciosidad.

Salieron juntos de los baños públicos y Morimoto le dijo que debía ir al centro a comprar papel para escribir. Keitaro pensó en acompañarlo, pero, nada más doblar la esquina hacia el este, la calle se transformó en un barrizal. La lluvia de la noche anterior lo había empapado todo y los caballos, los coches y los transeúntes que habían pasado por allí desde las primeras horas del día habían terminado por convertir la tierra mojada en un verdadero lodazal. Los dos atravesaron la calle con una mezcla de desagrado y desdén. El sol ya estaba en lo alto del cielo, pero del suelo aún emergía el vaho de la mañana, dibujando pequeñas ondulaciones en el horizonte.

—Me habría gustado que viera esta misma calle al amanecer —dijo Morimoto—, pero se ha levantado usted tarde. El sol brillaba, aunque había una densa capa de niebla. Los pasajeros del tranvía parecían figuras de un teatro de sombras sobre un *shoji*. El sol estaba justo al otro lado y proyectaba sus siluetas grises dándoles un aspecto casi monstruoso. Una visión extraña.

Morimoto entró en una papelería y salió al cabo de un rato con el quimono hinchado a la altura del pecho, repleto de papeles y sobres que acababa de comprar. Keitaro lo esperaba fuera. No tardó en reorientar sus pies en la misma dirección por la que habían venido. Regresaron juntos a la casa de huéspedes. Subieron las escaleras con pasos pesados y Keitaro abrió la puerta de su habitación.

—Entre, por favor —invitó a Morimoto.

—Es casi mediodía —respondió él.

A pesar de su aparente resistencia, entró en la habitación sin demasiada vacilación, con una actitud despreocupada.

—La vista desde aquí siempre me ha parecido excelente —dijo mientras recorría el *shoji* de la ventana y colgaba su toalla en el exterior.

3

DESDE HACÍA CIERTO TIEMPO, Keitaro sentía curiosidad por aquel hombre que iba a pie hasta la estación de Shinbashi cada mañana y que apenas caía enfermo a pesar de una evidente delgadez. Debía de tener más de treinta años, a pesar de lo cual aún vivía en una casa de huéspedes. Trabajaba en la estación, pero Keitaro no conocía la naturaleza de la labor que desempeñaba allí y para él seguía siendo un completo misterio. A veces iba a Shinbashi a despedir a alguien, pero no era capaz de relacionar la estación con Morimoto. Tampoco había aparecido nunca por sorpresa y le costaba incluso recordar su existencia. Si empezaron a saludarse en determinado momento fue solo porque llevaban mucho tiempo alojados en la misma casa de huéspedes.

La curiosidad de Keitaro respecto a Morimoto no se debía tanto a su vida actual como a su pasado. En una ocasión le explicó que había sido un marido devoto, padre de un niño que había muerto al poco de nacer. Keitaro recordaba bien sus palabras de entonces: «Puedo decir que la muerte de mi hijo me salvó a mí. Tenía mucho miedo de la maldición del *sanjin*»,² le había dicho. Keitaro nunca había oído hablar del *sanjin*. No tenía ni idea de lo que era. Morimoto le explicó que se trataba de un dios de la montaña, pero que su nombre se pronunciaba a la manera china. Quizá por eso aún recordaba aquella curiosa palabra. Keitaro pensaba que el pasado de aquel hombre tenía un cierto aire romántico, como el aura de luz de la cola de un cometa.

Al margen de las anécdotas sobre las mujeres con las que se había juntado para separarse poco después, Morimoto había protagonizado otras muchas aventuras. Decía que aún no había ido a cazar focas a la isla de Tiuleni, pero aseguraba haber ganado mucho dinero con la pesca del salmón en algún lugar de Hokkaido y había hecho correr el rumor de que había encontrado una veta de antimonio en una montaña de Shikoku de la cual aún no se había extraído nada. Pero lo más extravagante de todo era su proyecto de montar una fábrica

de escanciadores. Se le había ocurrido al darse cuenta de que en Tokio había muy pocos artesanos capaces de fabricarlos. Quería popularizar su uso en los barriles de sake. Su proyecto, sin embargo, no llegó a buen puerto, pues se peleó con el artesano al que había hecho venir desde Osaka con ese propósito; aún se lamentaba de aquel fracaso.

Al margen de los negocios, tampoco es que anduviera escaso en anécdotas relacionadas con la vida cotidiana. Solía contar que, en algún lugar del curso superior del río Chikuma, había visto a una gran cantidad de osos echándose una siesta sobre unas rocas. También hablaba de acontecimientos menos usuales, como cuando se cruzó con un ciego que estaba escalando el monte Togakushi, una cumbre demasiado escarpada incluso para hombres en perfectas condiciones físicas. Los peregrinos que pretendían alcanzar el santuario de la cima del monte Togakushi estaban obligados a pasar una noche a mitad de camino, por muy buenas piernas que tuvieran. Era más o menos allí donde Morimoto se disponía a pasar la noche, al amor de una lumbre que él mismo había encendido. Entonces le pareció escuchar el sonido de una campana. Extrañado, se estaba preguntando qué sería aquello cuando de pronto el ciego se presentó ante él. El hombre lo saludó y continuó su camino sin detenerse. Keitaro no dio crédito a lo que oía y le preguntó más detalles, hasta comprender que en realidad el ciego iba acompañado de un guía y era ese guía quien hacía sonar una campana colgada de su cintura para que el ciego no se perdiese. A pesar de las explicaciones, la historia aún le resultaba de lo más extraña.

Morimoto no terminaba nunca con sus delirantes historias. En una ocasión, de sus labios ocultos tras un mostacho descuidado había salido un relato que más bien parecía un misterio insondable. Había ido al valle de Yabakei para visitar el templo de Rakanji. Estaba descendiendo por un camino flanqueado por grandes cedros, al atardecer, cuando se cruzó con una mujer. Iba muy maquillada, con los labios pintados, el pelo recogido en un moño típico de las bodas, un kimono de mangas largas ceñido por un elegante *obi*. Caminaba deprisa en dirección al templo. Morimoto se preguntó si no sería demasiado tarde para subir hasta allí. El templo ya había cerrado sus puertas, pero eso no impidió que la mujer continuase sin detenerse por el oscuro camino, vestida con su ropa de gala.

Cada vez que escuchaba historias como aquella, Keitaro se quedaba

boquiabierto y, a pesar de su incredulidad, siempre tenía ganas de más.

4

KEITARO PENSABA QUE Morimoto también iba a empezar con sus historias aquel día, y por eso se tomó la molestia de acompañarlo después de salir de los baños públicos. Keitaro acababa de graduarse en la universidad y la experiencia de un hombre no mucho mayor que él como Morimoto no solo le resultaba de gran interés, sino también provechosa en cierto sentido.

Keitaro era un joven romántico que desdeñaba el día a día casi como si se debiera a una predisposición genética. Cuando tiempo atrás se publicaron en el Asahi de Tokio una serie de relatos firmados por un tal Otomatsu Kodama, los fue leyendo a diario con avidez, como si aún no fuera más que un estudiante imberbe. Le interesaban especialmente los pasajes en los que Otomatsu describía cierto tipo de episodios, como aquel en el que luchaba contra un pulpo gigante que había emergido de su guarida en las profundidades. Entusiasmado, Keitaro le contó la historia a un compañero de clase, le explicó cómo el protagonista disparaba su pistola contra la gran cabeza del pulpo con el único resultado de que la bala rebotaba sin causarle daño alguno. Poco después emergían pulpos más pequeños detrás de él y formaban un anillo a su alrededor. El protagonista se preguntaba qué iban a hacer, pero ellos se limitaban a actuar como espectadores interesados en ver quién de los dos ganaría la pelea. Después de escucharlo, su compañero le dijo medio en broma que alguien con unos intereses como los suyos no tenía pinta de querer ganarse honradamente la vida con un puesto de funcionario. En lugar de luchar por una plaza en alguna administración pública, le sugirió que se marchase al Pacífico Sur para dedicarse a cazar pulpos. A partir de entonces, sus amigos empezaron a llamarlo «Tagawa, el cazador de pulpos» y después de graduarse, si se encontraban por ahí en su búsqueda de trabajo, le preguntaban cómo había ido la caza del pulpo.

Dedicarse a cazar pulpos en el Pacífico Sur era algo demasiado peculiar incluso para alguien como Keitaro. Carecía del arrojo suficiente como para tomárselo en serio. No obstante, sí consideró la posibilidad de dedicarse al

cultivo del caucho en Singapur. Se veía a sí mismo como capataz de una plantación, guarecido en una cabaña de madera rodeada de miles y miles de árboles de caucho perfectamente cuidados. Para cubrir el suelo desnudo de la cabaña, se veía cazando un gran tigre al que arrancaría la piel. También colgaría de la pared unos cuernos de búfalo, junto a sus armas, y justo debajo pondría la katana, debidamente guardada en su funda decorada con finos brocados. Se acomodaría en el sillón de ratán que tendría en la amplia terraza y fumaría un gran cigarro habano de intenso olor sin quitarse el gran turbante blanco de la cabeza. Más aún. A sus pies se agazaparía un misterioso gato negro de Sumatra, con un pelaje tan suave como el terciopelo, con unos ojos color oro y una cola mucho más larga que su cuerpo.

Una vez reunidos los elementos que satisfacían sus caprichos, calculaba cuánto le costaría todo aquello. Para su decepción, no tardó en comprender que le haría falta una considerable cantidad de dinero y también de tiempo para estar en situación de arrendar una plantación de esas características. Después de ese gran esfuerzo, además, no le resultaría fácil despejar la jungla, plantar los árboles, obtener otra considerable cantidad de dinero para continuar con la empresa, contratar a cientos de trabajadores y, al final de todo, esperar inevitablemente seis años hasta que los árboles crecieran y empezasen a producir. Quizá, pensó al fin, tanto esfuerzo no mereciera la pena. Y no solo eso. Una persona que sabía mucho de caucho le ofreció algunos detalles. Le aseguró, por ejemplo, que en poco tiempo la oferta de caucho superaría con creces la demanda, los precios se desplomarían y eso provocaría una debacle entre los productores. Fue entonces cuando decidió no volver a tomarse la molestia de pronunciar la palabra caucho nunca más.

5

A PESAR DE AQUELLA DECEPCIÓN, la inclinación de Keitaro por lo extraordinario no se enfrió a la primera de cambio. Vivir en una gran ciudad le permitía no solo soñar con países y gentes exóticas, sino deleitarse en la contemplación de mujeres normales y corrientes que veía a diario en los tranvías, de hombres con los que se cruzaba cuando salía a pasear. Pensaba

que, tras su apariencia de normalidad, todos ellos escondían algo fuera de lo común bajo el forro de sus abrigos, en las mangas. Deseaba mirar ahí dentro, echar un vistazo a lo extraordinario y fingir después que no había ocurrido nada.

Esta inclinación de Keitaro había despertado en él en sus días de escuela. Su profesor de Inglés utilizaba como libro de texto *Las nuevas mil y una noches*, de Stevenson. Hasta entonces, aquel idioma lo había disgustado profundamente, pero el libro le resultó tan apasionante que no se olvidó un solo día de preparar la clase con antelación y, cuando el profesor le preguntaba, se levantaba de buena gana y traducía de corrido el pasaje que fuera. En una ocasión, quedó tan obnubilado con una de las historias elegidas por el profesor que llegó a perder la noción de lo real y lo ficticio y le preguntó con gran seriedad si de verdad ocurrían esas cosas en el Londres del siglo XIX.

Recién llegado de la capital británica, el profesor se sacó un pañuelo de lino del bolsillo de su traje de tela Melton, se limpió la nariz y le explicó que no solo sucedían en el siglo XIX, sino también en aquel momento, porque Londres nunca dejaría de ser una de las ciudades más sorprendentes del mundo.

Su respuesta provocó un destello en los ojos de Keitaro.

El profesor se levantó de la silla y dijo:

—El autor es, como ya se habrá dado cuenta, extraordinario en lo referente a sus dotes de observación. Tal vez escribió este relato en concreto porque su interpretación de los hechos es muy distinta a la de la gente común. Stevenson era un hombre capaz de descubrir un romance donde otros solo verían un cabriolé vacío a la espera de clientes.

Keitaro no sabía qué era un cabriolé y se aventuró a preguntarlo. La explicación del profesor lo dejó plenamente satisfecho. Desde ese día, cada vez que veía uno de los numerosos *rickshaws* de Tokio y al hombre que debía tirar de él a la espera de clientes, imaginaba que tal vez uno de ellos había llevado el día anterior a un peligroso asesino provisto de un cuchillo, o a una bella mujer que se dirigía a la estación, donde tomaría un tren que la alejaría de sus perseguidores. De ese modo, con sus temores y con sus deleites, se divertía en su día a día.

De tanto imaginar ese tipo de escenas, pensaba que en un mundo tan

complejo como aquel terminaría por toparse, aunque fuera solo por una vez, con un incidente fuera de lo común, algo estimulante, por mucho que no se correspondiera con ninguna de sus fantasías. Sin embargo, desde que se había graduado su vida solo consistía en un constante tomar tranvías y visitar a desconocidos para quienes ni siquiera tenía carta de recomendación, al margen de lo cual no sucedía nada digno de ser relatado. Lo aburría ver todos los días la cara de la criada de la casa de huéspedes en la que se alojaba. También lo aburría la comida que le preparaban. Para romper la monotonía de sobrevivir y alimentarse, soñaba con la posibilidad de trabajar para la compañía ferroviaria de Manchuria, para el gobernador general de Corea. Pero, cuando por fin comprobó que tales posibilidades no se iban a materializar, se sumió en una languidez que le hizo sentir todo el peso de la normalidad que lo rodeaba, el de su propia incompetencia y, peor aún, el de la íntima relación que existía entre ambas. Perdió las ganas de encontrar un trabajo, de ganarse la vida, de tomar el tranvía y observar a la gente a su alrededor como si buscara monedas caídas por la calle. Esa era la razón por la que había bebido demasiada cerveza la noche anterior, y eso que ni siquiera le gustaba. Después se había quedado dormido.

Solo el ver la cara de Morimoto era un estímulo para Keitaro. Lo consideraba un hombre ordinario rico en experiencias extraordinarias. Por eso lo había invitado a su cuarto. Por eso se había tomado la molestia de acompañarlo a la papelería.

6

MORIMOTO SE SENTÓ junto a la ventana y contempló un rato el exterior.

—Este cuarto tiene unas vistas muy hermosas —dijo—, y hoy en especial. Parece un cuadro. Ese edificio de ladrillos rojos entre la masa de árboles, bajo un cielo límpido como recién lavado.

—Puede ser —respondió Keitaro sin saber bien qué decir.

Morimoto se fijó en la parte del alféizar de madera que sobresalía unos treinta centímetros hacia el exterior.

—Debería poner un par de macetas de bonsáis aquí —sugirió.

Tal vez tuviera razón, pensó Keitaro, pero no tenía ganas de repetirse y, en lugar de optar por otro «puede ser», decidió preguntar:

—¿Entiende de pintura y de bonsáis?

—¿Que si entiendo? Buena pregunta. No sé si es algo que se ajuste a mi carácter, ¿no le parece? Aunque, a decir verdad, me gustan los bonsáis, tengo peces de colores y en otras épocas he llegado a pintar por placer.

—Parece usted capaz de cualquier cosa.

—Quien mucho abarca poco aprieta. Me he convertido en algo así.

Morimoto miró a Keitaro con la misma expresión de siempre. En su gesto no había ni rastro de arrepentimiento por el pasado o de lástima por el presente.

—Siempre he pensado que me gustaría vivir, al menos, algunas experiencias como las tuyas —se confesó Keitaro.

Morimoto, ante lo que debía de considerar una seriedad excesiva por parte de Keitaro, empezó a agitar la mano de izquierda a derecha en un gesto de negación, como si estuviera borracho.

—Entiendo lo que quiere decir. Entre usted y yo no hay mucha diferencia de edad, y cuando es joven uno siempre quiere hacer algo distinto. Pero después de hacer esas cosas a uno le da por pensar que solo eran bobadas y que habría sido mejor no hacerlas. En su caso, tiene usted el futuro de su parte. Si hace lo correcto podrá tomar el camino que más le convenga, pero tenga en cuenta que arriesgar la vida en aventuras y especulaciones en este momento tan importante constituye una deslealtad hacia sus padres. Por cierto, quería preguntárselo desde hace días, pero no he tenido oportunidad porque he estado ocupado. ¿Ya ha encontrado trabajo?

Honesto como era por naturaleza, Keitaro le habló de su decepción y le explicó que pretendía tomarse unos días de descanso ante la falta de expectativas.

—¿De veras? —exclamó Morimoto sorprendido—. ¿Tan difícil resulta encontrar un trabajo a pesar de su título universitario? ¿Tan mal están las cosas? Quizá es porque ya hemos llegado al año 44 de la era Meiji.

Morimoto se quedó callado e inclinó la cabeza como si estuviese rumiando una verdad oculta tras sus razonamientos. A Keitaro su actitud no le resultó ridícula, pero se preguntó si decía esas cosas a propósito o porque

al no tener estudios no sabía expresarse de otro modo.

—¿Por qué no viene a trabajar conmigo en los ferrocarriles? —le propuso de pronto levantando la cabeza—. ¿Qué le parece? Si usted quiere, hablaré con quien corresponda.

Por muy romántico y soñador que fuera, Keitaro no podía ni imaginar la posibilidad de conseguir un trabajo con solo pedírselo a ese hombre, pero tampoco era tan retorcido como para tomárselo a broma. Sonrió amargamente y llamó a la criada para pedirle que sirviera también la comida de Morimoto en su cuarto y les llevara sake.

7

MORIMOTO RECHAZÓ EL SAKE en un principio, con la excusa de un reciente problema de salud, pero ante la insistencia de Keitaro empezó a vaciar de un trago los vasos que este le servía y poco después, a pesar de decir que era momento de parar, se puso a servirse él mismo. En general se trataba de un hombre tranquilo con aire despreocupado, y lo único que hacía el alcohol era aumentar esa despreocupación. Al final empezó a fanfarronear, a decir que le daba todo igual, que ni siquiera le importaba que le despidieran del trabajo. Keitaro no podía seguirle el ritmo con la bebida, apenas llegaba a mojarse los labios con el sake.

—¡Qué raro! —le dijo—. ¿De verdad no puede beber? Me extraña su amor por la aventura y su disgusto por el alcohol. Toda aventura que se precie empieza siempre con alcohol y termina con mujeres.

Tan solo unos instantes antes había estado hablando con desprecio de su pasado, pero, de pronto, animado quizá por la bebida, cambió radicalmente y empezó a darse importancia, como si de su espalda comenzara a elevarse un halo de luz. La mayor parte de sus fanfarronadas tenían que ver con sus fracasos.

—Siento comunicárselo —se atrevió a decir—, pero acaba usted de graduarse y aún no sabe nada del mundo real. Por mucho que uno vaya por ahí aireando su licenciatura, su doctorado o lo que sea, a mí no me va a

amedrentar. Yo sí tengo una experiencia real de la vida.

Hasta hacía solo un momento parecía albergar un gran respeto por los estudios, pero ahora se olvidaba de ello, de todas sus reservas anteriores, y no tardó en lamentarse entre suspiros que parecían eructos de su ignorancia, de su escasa formación.

—Le diré en pocas palabras que camino por este mundo como si fuera un mono. Suena divertido decirlo así, pero creo sinceramente que tengo diez veces más experiencia que usted y a pesar de todo soy incapaz de salir de este círculo vicioso donde estoy encerrado precisamente por la falta de estudios. En fin, puede que un hombre educado no tenga, después de todo, la posibilidad de vivir una vida tan interesante como la mía.

Hacía un buen rato que Keitaro había empezado a ver a Morimoto como un pionero digno de lástima. Aun así, lo escuchaba atento, pero ya sin el sincero interés de siempre, pues le había dado por quejarse y fanfarronear más que cualquier otra cosa, espoleado, quizá, por el alcohol. Al final dejó de beber, aunque no por ello desapareció su insatisfacción. Mientras le ofrecía un té aprovechó para preguntarle:

—Siempre me han resultado muy interesantes sus historias, sus experiencias, y le agradezco que las comparta conmigo. ¿Qué es, según usted, lo más divertido que ha hecho hasta ahora?

Morimoto guardó silencio mientras soplabla el té caliente para enfriarlo y sus ojos un poco enrojecidos parpadeaban sin parar. Apuró la taza y dijo:

—Bueno, todo me parece divertido y al mismo tiempo aburrido. No me siento capaz de distinguir entre ambas cosas. Cuando dice divertido, ¿se refiere a algo relacionado con mujeres?

—No especialmente, pero no me malinterprete. No tengo nada en contra de las mujeres.

—Eso dice usted, pero sospecho que es lo que le gustaría escuchar en realidad. ¿Me equivoco? No sé si es interesante o no, pero le diré que he vivido una vida tan despreocupada como no puede haber otra. ¿Quiere que le hable de ello para acompañar el té?

Keitaro estaba impaciente por escucharlo.

—En ese caso —dijo Morimoto—, permítame que vaya antes al baño. Pero le advierto, mi historia no está relacionada con las mujeres. No solo eso. En realidad, apenas aparecen seres humanos.

Nada más terminar de pronunciar esas palabras salió de la habitación y Keitaro esperó su regreso, agitado por una fuerte curiosidad.

8

ESPERÓ CINCO MINUTOS que pronto se habían convertido en diez, pero el aventurero no se presentaba. Se impacientó. Decidió bajar para ver si estaba en el baño, pero no encontró ni rastro de él. Volvió a subir para mirar en su habitación y se lo encontró allí tumbado, mirando distraídamente por la ventana entreabierta con la cabeza apoyada en una mano. Keitaro lo llamó por su nombre dos o tres veces: «¡Señor Morimoto, señor Morimoto!», pero él no se movió. Con su habitual parsimonia, Keitaro entró en el cuarto, agarró a Morimoto por el cuello y lo sacudió dos o tres veces. Morimoto se levantó de un brinco, como si le hubiera picado una avispa. Al darse la vuelta y ver la cara de Keitaro, sus ojos recuperaron enseguida su aire somnoliento.

—¡Ah, es usted! —dijo—. Estaba aquí descansando y me ha entrado sueño. Me sentía mal. Quizá he bebido demasiado.

Sus excusas no sonaban a burla y Keitaro no se enfadó. Asumió que el relato de la tan ansiada historia se había visto frustrado y decidió regresar a su cuarto. Morimoto lo siguió.

—Siento haberlo hecho venir hasta aquí —insistió.

Se sentó de nuevo en el mismo cojín de antes, cruzó las piernas y dijo:

—Le contaré esa historia tan especial para que se haga una idea de mi vida despreocupada.

Se refería a una época, unos quince o dieciséis años antes, en la que había trabajado como agrimensor en el territorio del interior de Hokkaido, contratado como ayudante de un ingeniero. Dormía él solo en una tienda y, cuando terminaba en la zona asignada, lo recogía todo y se marchaba a la siguiente. Como ya le había advertido a Keitaro, era imposible, desde luego, que en esas condiciones surgieran relaciones con mujeres.

—¡Imagínese la dificultad de abrir un camino en una espesura de bambúes de seis metros de alto! —exclamó.

Alzó la mano derecha por encima de la frente para que su oyente se hiciera una idea de la altura del bambú y le habló de una ocasión en la que, a la mañana siguiente de montar la tienda junto al camino que iba abriendo poco a poco, se había despertado y se había encontrado con una víbora enrollada sobre sí misma, calentándose al sol. Desde una distancia prudencial, la inmovilizó con un palo, empezó a golpearla y al final se la comió. Keitaro le preguntó a qué sabía. No se acordaba bien, pero a algo a medio camino entre la carne y el pescado.

Normalmente se preparaba la cama de la tienda con hojas de bambú y con unos cuantos palos que encontraba por ahí. También le gustaba encender fuego. En una ocasión se topó con un oso justo enfrente. Como en aquel lugar había muchos insectos, debía usar mosquitera y un día la utilizó como red de pesca. Desde entonces siempre apestó a pescado y eso le causó muchas molestias, como la visita sorpresa del oso. Todas aquellas anécdotas formaban parte de lo que él llamaba su vida despreocupada.

Durante su estancia en Hokkaido comió también una enorme variedad de setas de montaña. Le dio todo tipo de detalles prácticos a Keitaro. Había una que se llamaba *masu-dake*, tenía el tamaño de la tapa de una olla y, cuando se cocinaba en una sopa, adquiría un sabor parecido al de la pasta de pescado. Otra se llamaba *tsukimi-dake* y era tan grande que Morimoto no llegaba a rodearla con los brazos. Por desgracia no era comestible. También le mencionó otra, *nezumi-dake*, hermosa como un trébol. Le habló asimismo de una ocasión en la que recogió un buen montón de uvas salvajes; la lengua se le puso mala del atracón, motivo por el que no pudo comer nada más durante varios días.

Keitaro pensó que sus narraciones solo iban a centrarse en la comida, pero también le contó la historia de cuando no pudo llevarse nada a la boca durante una semana entera. Los peones que trabajaban con él se habían marchado al pueblo más cercano a buscar arroz y antes de su regreso empezó a llover a mares. Para alcanzar el pueblo habían descendido siguiendo el curso del río, pero las lluvias torrenciales hicieron el camino de regreso intransitable y, además, los hombres iban cargados con el arroz a la espalda. Muerto de hambre, a Morimoto no le quedó más remedio que tumbarse en el suelo, permanecer inmóvil y ponerse a mirar el cielo hasta que ya no pudo distinguir si era de noche o de día.

—Cuando uno no come y no bebe durante mucho tiempo, al final ni siquiera siente la necesidad de aliviarse, ¿verdad? —le preguntó Keitaro.

—Bueno, no se crea —le contestó Morimoto con su aire despreocupado.

9

KEITARO NO PUDO EVITAR SONREIR, pero la historia de Morimoto sobre una ocasión en que el viento empezó a soplar violentamente lo divirtió aún más. Estaban atravesando un campo de gramíneas con todos sus instrumentos topográficos cuando de pronto los azotó un vendaval que no les permitió continuar. A gatas, buscaron refugio entre los grandes árboles de un bosque cercano cuyos gruesos troncos se agitaban con el viento y transmitían su violencia hasta las raíces, llegando incluso a provocar sacudidas en el suelo como si de un terremoto se tratase.

—¿Se refugiaron en el bosque —intervino Keitaro— y ni siquiera les era posible ponerse en pie?

No podía imaginarse un viento de tal magnitud, capaz de mover las profundas raíces enterradas en el suelo, y no pudo evitar soltar una risa nerviosa. Morimoto también se rio a carcajadas, como si hablase de otra persona, pero no tardó en recuperar la compostura y le hizo un gesto a Keitaro para que se callase.

—Puede resultar divertido, pero no por ello menos cierto —dijo—. He vivido cosas extraordinarias y pueden parecer bromas, pero le aseguro que son ciertas. Tal vez para alguien con estudios como usted solo sean historias, pero permítame decirle, señor Tagawa, que en este mundo hay infinidad de cosas interesantes, no solo vientos fuertes. Ansía usted vivir esas experiencias, pero ahora que se ha graduado en la universidad, le digo, le resultará imposible. A la hora de la verdad uno siempre recuerda el lugar al que pertenece. A pesar de que en un principio no le importe bajar de categoría social, ya le digo yo que la mayoría de los estudiantes de hoy en día no están dispuestos a hacerlo, a vagabundear por ahí como sí se hacía antes, cuando uno quería vengarse de los padres. Si se siente usted a salvo de esos comportamientos caprichosos es, precisamente, porque la gente que lo rodea

no se los va a consentir.

A Keitaro le pareció que esas palabras podían proceder tanto de un hombre exultante como de uno desilusionado. En su fuero interno estaba de acuerdo con él: una vida tan extraordinaria no cuadraba con la de un universitario. A pesar de todo, se negaba a aceptarlo.

—Sí —le dijo, no sin caer en contradicciones—, me he graduado en la universidad, pero aún no pertenezco a ninguna clase social, a pesar de lo mucho que habla usted de ello, aunque estoy harto de esforzarme tanto para que me admitan en una.

Morimoto adoptó un gesto solemne muy apropiado para aleccionar a un joven inexperto:

—Aún no cuenta con una posición social y, sin embargo, sí la tiene. Y parece que yo también la tengo, pero no es así. Esa es la diferencia fundamental entre nosotros.

Keitaro no les encontró mucho sentido a aquellas palabras propias de un oráculo. Se quedaron un rato en silencio y se pusieron a fumar.

—Yo —dijo Morimoto, tomándose un tiempo antes de continuar— trabajo desde hace más de tres años en el ferrocarril, pero estoy harto y tengo intención de dejarlo pronto. De todos modos, si no lo hago yo, imagino que terminarán por despedirme. Trabajar más de tres años en un mismo lugar me parece excesivo.

Keitaro no hizo comentario alguno al respecto. Como ni siquiera contaba con la experiencia de un trabajo, la decisión de dejarlo por voluntad propia le parecía muy lejana. A lo sumo, entendía que no era una situación envidiable ni interesante.

Morimoto se dio cuenta de que empezaba a aburrirlo y cambió el tono de la conversación. Al final, tras diez minutos de charla intrascendente, se levantó.

—Gracias por la invitación —dijo adoptando una postura como si fuera mucho mayor de lo que era en realidad—. Es mejor que haga lo que considere oportuno mientras aún es joven.

Durante una semana entera, Keitaro no tuvo otra oportunidad de charlar con él, pero se cruzaban a menudo. Después de todo, vivían en la misma casa de huéspedes. Cuando lo veía en el lavabo, siempre le llamaba la atención la chaqueta acolchada de cuello negro que solía llevar puesta. Otras veces lo

veía salir después del trabajo, vestido con un traje nuevo y con un extraño bastón en la mano. Keitaro sabía si estaba en casa o no gracias al bastón. Al poco tiempo, sin embargo, dejó de ver a Morimoto, a pesar de que el bastón no se movía de su sitio en la entrada.

10

KEITARO NO TARDÓ MUCHO en preocuparse por la ausencia de Morimoto. Le preguntó a la sirvienta, y gracias a ella se enteró de que se había marchado por asuntos de trabajo. No era tan extraño que lo enviaran a alguna parte, pero Keitaro había creído que en su puesto actual su responsabilidad se ceñía al control de las mercancías, y por eso lo sorprendió tanto su partida. La criada le explicó que se había marchado solo para cinco o seis días. Debía regresar, por tanto, o ese mismo día o al siguiente. Era una situación normal en casi todos los trabajos. Sin embargo, el día de su supuesto regreso, Keitaro pasó por la puerta y el bastón de Morimoto seguía en el mismo sitio. Tampoco vio en el lavabo su silueta ataviada con la chaqueta acolchada.

Un buen día se presentó en su habitación la dueña de la casa de huéspedes y le preguntó si había recibido noticias de Morimoto. Keitaro le dijo que no y se ofreció a ir a informarse él mismo. Con sus redondos ojos de lechuza, señal inequívoca de su preocupación, la mujer salió del cuarto. Pasó una semana y Morimoto no regresó. Keitaro no comprendía nada. A veces preguntaba si había vuelto, pero, como había empezado a buscar trabajo de nuevo, tenía la cabeza en otra parte. No quería inmiscuirse más en ese asunto. Había renunciado a su derecho a la curiosidad en favor de su derecho a ganarse la vida, como el mismo Morimoto le había advertido que sucedería.

Una noche, el dueño de la casa llamó a su puerta y, después de disculparse, le preguntó si podía pasar un momento. Sacó una vieja tabaquera del bolsillo interior de la pechera de su quimono y la abrió con un ruido seco. Rellenó la cazoleta plateada de su pipa y se puso a expulsar un humo denso a través de los orificios nasales. Keitaro no comprendió sus verdaderas intenciones hasta que no se las expuso abiertamente.

—He venido a pedirle un favor —comenzó bajando la voz—. ¿Podría decirme dónde está el señor Morimoto? Si me lo dice, le aseguro que no le causará ningún problema.

Ante su inesperada pregunta, Keitaro no supo responder de manera inmediata.

—¿Ocurre algo? —preguntó al fin.

Se esforzaba en leer los pensamientos del dueño, pero su gesto permanecía impasible mientras desatascaba la pipa con una varilla. Después de dar unas cuantas caladas, le explicó que Morimoto ya llevaba seis meses de retraso en el pago del alquiler, pero que como se había alojado con ellos tres años y tenía trabajo le habían dado crédito todo ese tiempo, pensando que saldaría su deuda antes de finalizar el año. Sin embargo, se había marchado de viaje y desde entonces no había dado señales de vida. En un principio pensaron que se trataba de un viaje de trabajo, pero cuando vieron que no había regresado en la fecha prevista y que no recibían noticias suyas, empezaron a sospechar. Entraron en su habitación en busca de alguna pista que les pudiese aclarar dónde estaba, e incluso preguntaron en su trabajo. En su cuarto no encontraron nada, pero la respuesta que obtuvieron en la estación de Shinbashi los dejó anonadados. Suponían que se había marchado de viaje por motivos laborales, pero lo cierto es que había dejado el trabajo a finales del mes pasado.

—Son ustedes amigos, y pensábamos que quizá sabría algo —continuó el dueño—. Con esto no pretendo decirle que deba hacerse cargo de sus deudas, solo le pido que me diga dónde está.

A Keitaro le molestó que lo tomase por amigo suyo, como si él tuviera algo que ver con su deshonrosa conducta. Era cierto, habían intimado últimamente y sentía una secreta admiración hacia Morimoto, pero, respecto al asunto concreto de su desaparición, tan solo podía manifestar la natural desaprobación de un joven que apenas acababa de traspasar el umbral de la vida.

KEITARO SE SENTÍA OFENDIDO, pero antes de mostrar su enfado experimentó una sensación macabra, como si hubiera tocado el cuerpo frío de una serpiente. La velada acusación del dueño, con su aspecto tranquilo, deleitándose con su pipa y el tabaco que sacaba de una vieja tabaquera, lo inquietó como si aquel hombre estuviera en lo cierto. Manejaba la pipa con soltura. Más bien parecía una especie de arte imprescindible para negociar. Keitaro lo observó atento y se lamentó de no tener argumentos con los que despejar sus sospechas más allá de asegurarle que no sabía nada de nada. El dueño se resistía a guardar el tabaco. Metía y sacaba la pipa de su estuche con un ruido muy peculiar, y cada vez que lo hacía Keitaro sentía ganas de decirle que parase.

—Como bien sabrá, tan solo soy un humilde estudiante recién graduado y sin trabajo, pero al menos tengo una educación. Si considera que soy como Morimoto, con sus idas y venidas, va a terminar perjudicando mi reputación. No me gustan esa clase de sospechas e insinuaciones, como si yo compartiera algún oscuro secreto con él. Si esa es la actitud que quiere mostrar con un cliente que lleva dos años aquí, es asunto suyo, pero yo tengo mi forma de ver las cosas. Yo también vivo en esta casa desde hace tiempo. ¿Acaso me he retrasado en el pago de mi renta alguna vez?

El dueño repitió varias veces que no dudaba en absoluto sobre la integridad de Keitaro. Tan solo le pedía que, si recibía noticias de Morimoto, le dijese por favor dónde se encontraba. Después se disculpó por haberlo molestado. Keitaro solo quería que guardase de una vez la tabaquera y se limitó a asentir. Finalmente, así fue.

El dueño se metió debajo del *obi* del kimono todos aquellos instrumentos que formaban parte de su peculiar estilo de negociación y cuando salió por la puerta ya no parecía sospechar de él. Keitaro pensó que había hecho bien en enfadarse.

Poco después, otro huésped ocupó el cuarto de Morimoto. Keitaro se preguntó qué habría hecho el dueño con sus cosas, pero había decidido no volver a mencionarlo y fingió despreocupación. De todos modos, en su fuero interno sí se preguntaba qué habría sido de Morimoto mientras él se afanaba en su dudoso empeño por encontrar un trabajo.

Una tarde su búsqueda lo llevó a Uchisaiwaicho y no tuvo más remedio que regresar en tranvía. Le llamó la atención una mujer que estaba de pie

frente a él, con un niño colgado a la espalda y un abrigo corto de seda amarillenta.

Tenía las cejas finas pero bien pobladas, un hermoso cuello propio de las mujeres elegantes. Nada en ella coincidía con el aspecto de ese abrigo con el que se protegía del frío. Keitaro pensó que el niño sí era suyo. Se fijó bien y descubrió sorprendido que, bajo el delantal, vestía un quimono bordado en seda. Era un día lluvioso y los cinco o seis pasajeros que había en el tranvía usaban sus paraguas cerrados como bastones. El de la mujer era negro, del tipo *yanome*, y lo había dejado a su lado, seguramente para no estropear su superficie lacada. En la parte superior, Keitaro leyó una inscripción en rojo que decía «*Ka-ru-ta*».

No era fácil distinguir si se trataba de una geisha o de una simple ama de casa. Tampoco si el bebé que cargaba a la espalda tenía un padre legítimo o no. Su cara blanca inclinada hacia abajo, las cejas ligeramente fruncidas, el quimono de seda y la llamativa inscripción de su paraguas negro estimularon la imaginación de Keitaro. Se acordó de pronto de la esposa de Morimoto, de su hijo. Recordó sus palabras: tenía los rasgos equilibrados, las cejas pobladas, la costumbre de hablar frunciendo ligeramente el ceño. Keitaro no podía dejar de mirar a aquella mujer. Al cabo de cierto tiempo se apeó del tranvía y desapareció bajo la lluvia. Keitaro se quedó allí dentro tratando de evocar el aspecto de Morimoto, y regresó a la casa de huéspedes sin dejar de preguntarse en ningún momento dónde lo habría llevado el destino. En esas estaba cuando vio sobre su mesa una carta sin remitente.

12

MOVIDO POR LA CURIOSIDAD, Keitaro abrió la carta anónima sin delicadezas. Le llamó la atención que la primera línea estuviese encabezada con un «Querido Tagawa». Más abajo leyó el nombre de Morimoto. Keitaro volvió a examinar el sobre desde todos los ángulos posibles para intentar descifrar el matasellos, tan tenuemente impreso que apenas se podía leer. Al final no le quedó más remedio que renunciar y volver al contenido de la carta:

Imagino que mi repentina desaparición lo habrá sorprendido y, aun en el caso de que no haya sido así, sin duda habrá preocupado al Búho y a la Lechuza.

Morimoto acostumbraba a referirse al dueño y a la dueña de la casa con esos apodos.

Si le soy sincero, le diré que me había retrasado un poco en el pago de la renta y, si hubiera hecho partícipes de mis intenciones a esos dos, a buen seguro me habrían puesto en un aprieto. Por eso decidí callar y actuar por mi propia cuenta y riesgo. Si venden las cosas que he dejado en mi cuarto, sacarán un buen dinero. Dígales, por favor, que dispongan de ellas como les parezca. Que las vendan, que las usen, pero, como seguramente ya sabrá usted, el Búho y la vieja Lechuza ya lo habrán hecho sin necesidad de esperar mi consentimiento. Es más, estoy seguro de que en virtud de nuestra amistad le habrán sugerido que asuma mis deudas, por mucho que le resulte imposible. Un recién licenciado como usted es un blanco perfecto para la avaricia de esos dos y debería andarse con cuidado. Yo no tengo una educación como la suya, pero sé bien que las deudas hay que pagarlas. Mi intención es hacerlo el próximo año. Me entristecería mucho si, por culpa de mis curiosas experiencias vitales, perdiera usted la confianza o el sentimiento de amistad que tiene hacia mí. Le ruego no me malinterprete ni se deje llevar por la maledicencia de esa gente.

Más adelante, Morimoto explicaba que estaba trabajando en una especie de parque de atracciones en la ciudad de Dairen y que regresaría a Tokio la próxima primavera con la intención de comprar algunas películas. Esperaba verlo entonces. Después le hablaba en tono ameno de varios lugares que había visitado en Manchuria, y lo que más sorprendió a Keitaro fue la historia de una casa de apuestas de la ciudad de Changchún. Al parecer, la regentaba un japonés que durante un tiempo había liderado una banda de jinetes forajidos. Según contaba, cientos de chinos zarrapastrosos se amontonaban en aquel lugar como sardinas apestosas con los ojos enrojecidos y todos dispuestos a jugarse hasta la camisa. Los ricos de Changchún también

entraban y salían de allí a hurtadillas, disfrazados como pordioseros para pasar así inadvertidos.

Keitaro no era capaz de imaginarse qué hacía Morimoto en un lugar como aquel.

Al final de la carta le hablaba sobre un bonsái:

El bonsái de ciruelo que había en mi cuarto lo compré en un vivero de Dozaka. A pesar de que aún no es muy viejo, tiene el tamaño justo para que cualquiera pueda deleitarse en su contemplación cuando está debidamente colocado en el alféizar de una ventana orientada al oeste. Se lo regalo. Póngalo en su cuarto. Los dueños de la casa no entienden de esas cosas y es posible que lo hayan dejado abandonado por ahí. En el paragüero de la entrada debería estar aún mi bastón. No es un objeto caro, pero siempre le he tenido cariño. Me gustaría que se lo quedase también. No creo que los dueños le pidan nada a cambio. Úselo, por favor.

Manchuria es un lugar agradable para vivir, especialmente Dairen. Al menos de momento, no creo que haya otro sitio mejor que este para que un joven prometedor como usted pueda cumplir sus expectativas. ¿Por qué no viene? Si se decide, podría hacerme cargo de usted. Tengo conocidos en los ferrocarriles de Manchuria. Podría ayudarlo. Si se decide, solo le pido que me avise con un poco de antelación.

Adiós.

Keitaro dobló la carta y la guardó en el cajón. No les mencionó nada a los dueños. El bastón seguía en el paragüero, y cada vez que entraba y salía de la casa, al verlo, lo invadía una sensación extraña.

EN LA PARADA DEL TRANVÍA

1

KEITARO TENÍA UN AMIGO llamado Sunaga. Era hijo de un militar, pero odiaba todo lo relacionado con el ejército. Sunaga se había licenciado en Derecho, si bien no tenía intención de conseguir un puesto como funcionario ni tampoco de convertirse en un simple empleado de una empresa cualquiera. A su modo, era un tipo muy conservador, al menos eso le parecía a Keitaro. Su padre había fallecido hacía muchos años y vivía con su madre, con quien llevaba una vida mitad triste, mitad elegante. En cuanto a su padre, no solo había alcanzado una posición notable como administrador en el ejército, sino que había sido lo suficientemente inteligente como para saber administrar sus bienes, gracias a lo cual ni Sunaga ni su madre tenían necesidad de preocuparse por nada. En opinión de Keitaro, el conservadurismo de su amigo se debía precisamente a eso, al hecho de estar acostumbrado a una vida desahogada, al ambiente en el cual había crecido, a no tener nada que lo estimulara a luchar. Tener un padre de alta graduación en el ejército no solo le había otorgado una apariencia de dignidad, sino también una familia de lo más provechosa, dispuesta siempre a echarle una mano en su camino hacia el éxito. A pesar de todo, Sunaga no lograba romper el círculo vicioso de su indecisión y cualquier excusa le parecía buena con tal de seguir como estaba.

—Es una lástima que no hagas nada de provecho, que te pierdas en comentarios gratuitos —le decía Keitaro—. Eres demasiado exigente. Ya que rechazas tantas oportunidades podrías al menos darme una a mí.

Sunaga esquivaba aquel tipo de palabras con una sonrisa en la que se

mezclaban la lástima y la pena.

—No puedo hacer nada. No puedo traspasarte una oportunidad sin más —decía.

A pesar de que se lo decía medio en broma, a Keitaro no le sentaba bien sentirse rechazado una y otra vez, aunque eso espoleaba su orgullo de saberse en la necesidad de ganarse la vida por sí mismo. No obstante, no era de naturaleza obstinada y no podía estar enfadado con su amigo durante mucho tiempo. No encontraba trabajo, además, y eso lo angustiaba, le impedía quedarse sentado en el cuarto de la casa de huéspedes sin hacer nada de la mañana a la noche. Aunque no tuviera nada que hacer, salía a caminar sin rumbo fijo solo para no estar allí, y solía visitar a Sunaga en su casa, por la simple razón de que, fuera la hora que fuera, casi siempre lo encontraba allí.

—Un trabajo —le dijo en una ocasión a su amigo— es importante, por supuesto. Pero, más que eso, me gustaría encontrar algo que me sorprendiera de verdad. Tomo el tranvía a menudo, pero el resultado es nulo. Ni siquiera consigo cruzarme con un vulgar carterista.

Otro día volvió sobre el mismo tema, pero acompañado de suspiros cargados de reproches:

—Antes pensaba en la educación como en un derecho, pero ahora solo me parece un yugo. No sé qué clase de derecho puede ser si no me encuentro más que con dificultades, por mucho que me haya graduado en la universidad. Por otro lado, renunciar a la posibilidad de encontrar un trabajo y dedicarme a lo que me apetece tampoco es una opción. La educación es terrible. Limita mucho a las personas.

Sunaga no se dejaba impresionar por las quejas de su amigo porque, en primer lugar, no era capaz de distinguir si hablaba en serio o en broma. En una ocasión, tras una de sus vehementes diatribas, Sunaga le preguntó:

—Está bien. En ese caso, ¿qué es lo que te gustaría hacer?

Keitaro confesó que trabajar como detective de policía.

—Pues adelante —lo animó Sunaga—. Eso es fácil.

—No tanto —replicó él.

Keitaro le expuso varias razones de peso por las que no podía convertirse en detective. La del detective era, por naturaleza, una profesión parecida a la del buzo. Había que sumergirse bajo la superficie y bucear en las profundidades de la sociedad. No se le ocurría nada tan íntimamente ligado a

los misterios del alma humana. Como detective, tendría la oportunidad de contemplar el lado oscuro de las personas, pero sin correr el riesgo de terminar cayendo él mismo en la abyección. Sin embargo, era innegable que el objetivo último del trabajo de un detective consistía en sacar a la luz los crímenes y los pecados de los demás, por lo que la necesidad de tenderles trampas a los malhechores estaba en la esencia misma de la profesión. Keitaro no se imaginaba capaz de semejantes tretas. Su verdadero propósito era observar a los seres humanos, maravillarse ante los extraños mecanismos que llevan a alguien a la oscuridad. Esa era su verdadera vocación.

Sunaga lo escuchaba sin decir nada. No hacía ningún comentario, ni tampoco ninguna crítica. Keitaro pensaba que su actitud era propia de una persona madura y, a un tiempo, mediocre. En aquella ocasión en la que le habló de sus cuitas detectivescas, se despidió de él un poco molesto por su conducta. No obstante, no habían pasado aún cinco días y ya tenía ganas de volver a visitar a su amigo. Nada más salir de la casa de huéspedes tomó el tranvía en dirección a Kanda.

2

A CUALQUIERA LA HABRÍA RESULTADO extremadamente difícil encontrar la casa de Sunaga. Para llegar allí había que tomar como referencia un edificio alto que en otros tiempos había sido un teatro y donde ahora había una tienda de ultramarinos, salir de Sudacho por la derecha y subir por una sinuosa callecita. Se trataba, en realidad, de un callejón de casas apiñadas sin apenas espacio entre ellas, muy distintas a las de los barrios más próximos a la montaña. En la casa de Sunaga, sin embargo, había que caminar no menos de cuatro metros por un sendero de piedras para llegar desde la puerta del jardín hasta la principal.

La casa era propiedad de la familia, pero había estado arrendada a un pariente durante mucho tiempo. Fue tras la muerte de su marido cuando a la madre de Sunaga le pareció oportuno mudarse allí, tanto por el barrio como por el tamaño de la casa. Vendieron la que tenían en Surugadai y se instalaron enseguida. Sunaga le explicó a su amigo que la habían reformado

hasta dejarla casi como nueva. Keitaro se fijó en los techos de madera, en los pilares del *tokonoma* de la planta baja con gesto afirmativo. Habían construido el piso superior con el propósito de que Sunaga dispusiera de un estudio. Constaba de dos piezas contiguas de cuatro y seis tatamis respectivamente. Era luminoso, acogedor, no se le podía objetar nada a excepción de que en los días ventosos se movía un poco. Desde allí se veían las ramas de los pinos del jardín y la parte superior de la valla de madera, donde el carpintero había colocado un sistema para impedir la entrada a los ladrones. En una ocasión, Keitaro se asomó al balcón y miró hacia abajo. Extrañado, le preguntó a Sunaga qué eran aquellas cosas blancas que crecían al pie de los pinos. Su amigo le explicó que se trataba de orquídeas.

Cada vez que Keitaro iba a visitar a su amigo no podía evitar darse cuenta de la enorme diferencia que existía entre ambos: él, un humilde estudiante recién licenciado, y su amigo, un joven cabeza de familia. Al tiempo que menospreciaba a Sunaga por vivir de aquel modo tan ordenado y pequeño, envidiaba el margen del que disfrutaba, la evidente tranquilidad de su vida. A veces pensaba que un joven no debería vivir de ese modo, y otras veces, que le gustaría vivir como él. Tampoco en aquella ocasión le mencionó a su amigo sus opiniones contradictorias.

Un día, después de atravesar la calle sinuosa hasta la puerta de su casa, divisó a una mujer joven a punto de entrar. Tan solo la vio de espaldas, pero, espoleado por la curiosidad de su juventud y por un peculiar romanticismo, se dejó arrastrar hasta allí movido por una especie de hilo invisible. Cuando volvió a mirar hacia la sombra de la mujer, esta ya había desaparecido. Se encontró con la misma puerta de siempre, los mismos motivos decorativos de hojas de arce impresos en el papel de arroz de los *shoji*. Solo cuando se acercó pudo ver unas sandalias de mujer en el zaguán de la entrada. Las habían dejado en el suelo con sumo cuidado, y no parecía que fuera la criada quien se había hecho cargo. Por el modo en el que estaban colocadas, Keitaro dedujo que se trataba de una visita frecuente que se permitía entrar en la casa sin anunciarse antes. Quizá se tratara de alguna familiar, aunque le extrañaba, porque Keitaro sabía muy bien que en aquella casa solo vivían su amigo, su madre, la criada y la chica que ayudaba en la cocina.

Se quedó un rato delante de la puerta. Lo que despertaba su interés no era tanto el comportamiento de la mujer como la posibilidad de que tuviera

alguna clase de romance con Sunaga. Fuera como fuera, allí estaba él con el oído atento. A pesar de todo, la casa estaba inusualmente silenciosa. Apenas escuchó una tos, nada lejanamente parecido al murmullo amoroso de una mujer.

«Será su novia —fue lo primero que pensó. Pero su imaginación no estaba lo bastante disciplinada como para detenerse en ese punto—. Seguro que su madre ha salido a visitar a algún pariente —continuó elucubrando—. La cocinera se habrá retirado a su cuarto a descansar y los dos estarán hablando en voz baja, cara a cara. —De ser así, no habría importado que abriera la puerta de par en par, ruidosamente, como tenía por costumbre, y que se anunciase a viva voz—. También cabe la posibilidad de que Sunaga haya salido con su madre, y la criada y la cocinera estén durmiendo la siesta. En ese caso, se trata de una ladrona y sería imperdonable que me marchase sin más.»

Keitaro siguió allí plantado sin moverse, como si lo hubiera poseído algún demonio.

3

DE PRONTO, se abrió el *shoji* de la ventana de la planta de arriba y apareció Sunaga con una botella verde en la mano.

—¿Qué haces ahí? —le preguntó nada más verlo—. ¿Se te ha perdido algo?

Al despertar de su ensimismamiento y escuchar la pregunta de su amigo, Keitaro reaccionó y vio que llevaba una especie de pañuelo blanco de franela alrededor del cuello. En sus manos sostenía algo que parecía una medicina para hacer gárgaras. Keitaro miró hacia arriba, intercambió dos o tres palabras con él, le preguntó si estaba resfriado, pero no hizo ademán de moverse. Finalmente, Sunaga lo invitó a subir y Keitaro insistió en preguntarle si de verdad no había problema. Su amigo negó con la cabeza y desapareció tras el *shoji* sin dar muestras de haber entendido el porqué de la pregunta.

Mientras subía las escaleras, a Keitaro le pareció escuchar un ligero fruncir de tela en la habitación del fondo. En la segunda planta no había nada fuera de lo común, a excepción de una chaqueta negra acolchada que Sunaga se había puesto hacía poco. Teniendo en cuenta su temperamento y la amistad que lo unía a él, preguntarle abiertamente por la mujer que tanto le había llamado la atención habría sido de lo más natural, pero no tuvo el coraje de hacerlo y culpó de ello a su imaginación desbocada, a sus conjeturas salpicadas de cinismo. Al final, como si tratase de dominar sus pensamientos desatados, dijo:

—He decidido renunciar a mis sueños de una vez por todas y concentrarme en buscar un trabajo.

Le pidió a su amigo que le presentase a un tío suyo que vivía en el distrito de Uchisaiwaicho. Había oído hablar de él con anterioridad. Era el marido de la hermana pequeña de su madre y había renunciado a su puesto de funcionario para dedicarse a los negocios que tenía con cuatro o cinco empresas. Sunaga no parecía interesado en recurrir a su tío. Keitaro se acordaba de cómo había dejado pasar sin más dos o tres oportunidades que aquel hombre le había ofrecido.

De hecho, Sunaga tenía cita con él esa misma mañana, pero no había ido por culpa de la garganta. En cuatro o cinco días, tan pronto como se encontrase bien, iría a verlo, y entonces le hablaría de Keitaro.

—Mi tío es un hombre ocupado —le explicó—. Parece ser que mucha gente solicita su ayuda. No estoy seguro de que consigas nada, pero probaremos al menos.

Sus palabras le parecieron una forma de no darle esperanzas vanas y, a pesar de todo, Keitaro pensó que sería mejor ir a verlo que no hacerlo, y por eso insistió. En realidad, no era algo que lo inquietase tanto ni que le provocase un especial sufrimiento.

Ciertamente, Keitaro no estaba tan preocupado o ansioso por encontrar trabajo como sus palabras parecían implicar. Desde que se graduó en la universidad, se devanaba los sesos con ese asunto y no ahorraba esfuerzos a la hora de buscar, pero si exageraba su tono lastimero era, en buena medida, porque aún no había visto siquiera un rayo de esperanza en el horizonte. No era hijo único como Sunaga, pero su madre solo lo tenía a él, pues su hermana pequeña ya se había casado. No tenían propiedades, tan solo unos

pocos terrenos arrendados allá en su ciudad natal. Del rendimiento de la cosecha de arroz sacaban lo suficiente para pagar los veinte o treinta yenes que costaban su cuarto y su manutención al mes. En alguna ocasión, sin embargo, había tenido que pedir un extra a su indulgente madre, para no tener que verse, por así decirlo, obligado a devorarse a sí mismo. Dadas las circunstancias, su clamor por encontrar un puesto de trabajo no respondía a un simple alboroto. Más bien estaba motivado por una cierta vanidad hacia sí mismo y, por extensión, hacia sus compañeros de estudios, hacia sus compatriotas. En tal caso, debería haber obtenido mejores calificaciones en sus estudios, pero como era un romántico terminaba por desatender sus obligaciones y, como resultado, terminó su carrera sin pena ni gloria.

4

KEITARO CONVERSÓ CON SUNAGA durante una hora o algo más. Le habló de cuestiones importantes para él, como su necesidad de conseguir un puesto o solucionar las urgencias de su subsistencia, pero no podía dejar de pensar en aquella mujer que había visto de espaldas y, en consecuencia, no llegaba a concentrarse de verdad en la importancia de sus palabras. En determinado momento, cuando escuchó la risa de una mujer joven en la planta de abajo, quiso preguntarle si tenía visita, pero el tiempo que dedicó a decidir si hacerlo o no terminó por romper la espontaneidad y asumió que ya era tarde.

En cuanto a Sunaga, parecía como si estuviera empeñado en buscar temas de conversación que suscitaran el interés de su amigo. Le habló de la parte de atrás de su calle, por donde no llegaba a pasar el tranvía y que estaba dividida en estrechos callejones de casas pequeñas, habitadas por gente anónima cuyos dramas personales nunca llegarían a rozar siquiera la superficie de la sociedad.

Le habló de una mujer que vivía cinco o seis casas más allá. Era la amante de un hombre ya retirado que regentaba una ferretería cerca de Nihonbashi. Ella misma tenía también otro amante, un actor del teatro Miyatosha. El dueño de la ferretería lo sabía, pero callaba. En otra calle, un

poco más allá, había una bonita casa con una puerta de celosía. Sunaga no estaba seguro de si pertenecía a un picapleitos o a un agente de empleo. De vez en cuando, colgaban un cartel junto a la entrada para anunciar que buscaban una cocinera, un periodista. En una ocasión se presentó una hermosa joven de no más de veintiséis o veintisiete años. Envuelta en una especie de capa de sarga, tenía el aspecto de una enfermera occidental. Al final, el señor de la casa y su mujer terminaron por descubrir que se trataba de la hija del dueño de la vivienda donde ese picapleitos o lo que fuera había servido tiempo atrás como pupilo.

Sunaga mencionó también a un usurero de pelo canoso que vivía en el callejón de la parte de atrás con su mujer de no más de veinte años. Se rumoreaba que se había casado con ella como ejecución del aval de un préstamo. Justo en la casa de al lado, vivía un jugador profesional que organizaba timbas con tipos de ojos enrojecidos totalmente entregados al juego. De vez en cuando aparecía una mujer cargando con un bebé a la espalda para rescatar a su marido. Lloraba, le imploraba que volviese a casa con ella, pero el hombre le decía que volvería en cuanto recuperase lo perdido. Ella le advertía, precisamente así acabaría por perderlo todo, y le suplicaba que lo dejase y regresara, pero él no le hacía caso. Así, la discusión entre ellos terminaba por interrumpir el sueño de todo el vecindario a medianoche, cuando ya no se veía un alma por la calle.

Incitado por las historias que le contaba Sunaga, Keitaro pensó que tal vez su amigo, acostumbrado a dormir en un lugar inundado por una realidad que parecía sacada de una novela, formaba parte de ese singular teatro de algún modo, a pesar de fingir que no hacía nada. Detrás de su suposición, obviamente, flotaba la tenue sombra de la mujer apenas entrevista de espaldas.

—Ya que me hablas de todo eso —le dijo Keitaro para pasar al contraataque—, cuéntame también tu propia historia.

Sunaga se limitó, sin embargo, a dibujar una sonrisa y a resoplar por la nariz.

—Hoy me duele la garganta —dijo.

Keitaro pensó que tenía una novela propia que contar, pero que no estaba destinada a sus oídos.

Cuando bajó las escaleras y llegó al zaguán, las sandalias ya no estaban

allí. Si la mujer se había marchado, si las habían guardado en el zapatero o si una mano discreta las había escondido, no habría sabido decirlo.

Keitaro salió y se dirigió al primer estanco que encontró. Abandonó el establecimiento con un gran cigarro en la boca. Fumó durante todo el trayecto de regreso a Sudacho, donde se disponía a tomar el tranvía, pero como no estaba permitido fumar decidió continuar a pie hasta el puente de Mansei. Tenía intención de apurar el cigarro hasta llegar a la casa de huéspedes en Hongo y se dedicó a mover las piernas con lentitud mientras pensaba en Sunaga. No se lo imaginaba solo, como de costumbre, sino acompañado de la figura de la mujer entrevista de espaldas. Sintió que Sunaga se burlaba de él, como si le preguntase: «¿Cómo pretendes vivir una historia de amor si te pasas la vida mirando el mundo con prismáticos desde la tercera planta de una humilde casa de huéspedes en Hongo?».

5

HASTA ESE MISMO DÍA, Keitaro no había sentido ninguna atracción o familiaridad hacia lo que los tokiotas llamaban «la vida de los barrios populares». Cuando pasaba de tanto en tanto por algún callejón de la parte de atrás de Nihonbashi, se sentía ahogado por la estrechez de las puertas de celosía que obligaban a agacharse para entrar, por la luz de los faroles de hierro que colgaban de los techos de los oscuros zaguanes con suelo de tierra, por los biombos de bambú colocados junto al escalón de acceso a las casas, por las puertas correderas hechas con láminas de cedro tan finas que se volvían translúcidas a la luz del sol, adoptando un tono rojizo. Solo con pensar en ello se sentía oprimido. Se daba perfecta cuenta de que no podría soportar de ninguna de las maneras una vida tan constreñida junto a aquella gente minuciosa, ordenada, preocupada incluso por cosas tan nimias como los palillos, que se ponían a afilar después de comer. Si todos ellos eran tan ordenados y puntillosos, pensaba, era porque vivían bajo las estrictas reglas de la tradición y, como les sucedía a las cajitas donde se guardaba el tabaco, desprendían un brillo cegador conseguido a base de pulir y pulir, generación tras generación.

Incluso cuando iba a casa de Sunaga y contemplaba, en el diminuto jardín, el suelo minuciosamente alfombrado de acículas o el pino al que le habían atado las ramas inútilmente con cuerdas de rafia para protegerlo de la nieve, no podía dejar de relacionar sus escrúpulos con la imagen del joven señor de la casa, crecido y criado en el ambiente propio de la delicada civilización de la vieja Edo, la antigua capital del sogunato. Por eso lo sorprendía tanto encontrar a su amigo formalmente sentado con el *obibien* ceñido a la cintura. A veces la madre de Sunaga se unía a la conversación. Según Sunaga, estaba muy orgullosa de ser capaz de entonar viejas canciones y, cuando Keitaro escuchaba su forma de hablar, con palabras suaves, maneras delicadas y frases melifluas aunque bien articuladas, apreciaba un sutil refinamiento muy alejado del habla común de todos los días, como si se tratase de una especie de reliquia del pasado recién recuperada del lugar donde había estado escondida durante décadas. En ningún caso pensaba que su forma de hablar estuviera compuesta solo de frases hechas y trilladas, pero tampoco podía dejar de reconocer que, escondida bajo la superficie, latía una antigua habilidad para la fraseología.

En resumen, Keitaro quería para sí mismo algo más libre, alejado de esos caminos tan trillados. Sin embargo, aquel día en concreto no se sentía como de costumbre, al menos no en lo relacionado a sus fantasías. Deseó haber crecido él también en una casa en propiedad herencia de su padre, una casa en cuya parte trasera hubiera otras viviendas contiguas, separadas entre sí por esos muros negros al estilo de los viejos almacenes, donde aún se respirase la atmósfera de la época Tokugawa. En un barrio así, sus compañeros de juego lo habrían llamado gentilmente «Kei-chan», habrían ido a buscarlo para jugar a policías y ladrones, a soldados. Una vez al mes habría ido a encender un fuego sagrado de visita en el santuario de Suitengu, en Kakigaracho, o habría ido a rezar al templo de Fudo, en el distrito de Fukagawa. (Sunaga, sin ir más lejos, acompañaba siempre a su madre a atender esas viejas prácticas.) Podría haber lucido un *haori* liso color azul oscuro, podría haber vagabundeado extasiado por las calles, imbuido en la atmósfera del mundo del *Kabuki* adaptada al gusto moderno, podría haber descubierto intrigas amorosas constreñidas por rígidas convenciones y, al mismo tiempo, pasado por encima de ellas.

Recordó entonces el nombre de Morimoto y su expresión cambió de

inmediato. Se había acercado a aquel tipo tan excéntrico por pura curiosidad y como resultado se había visto envuelto en problemas que nunca habría imaginado. Por fortuna para él, el dueño de la casa de huéspedes había creído en su integridad. De haber albergado la más mínima duda o desconfianza, podría haber acabado en la comisaría de policía, convertido en sospechoso de un enredo del que no sabía nada. En el mismo instante en que le vinieron aquellos pensamientos, los sueños románticos que acababa de tener perdieron su encanto y se disiparon sin más, como un banco de niebla cargado de oscuras fantasías. Tras todo eso, persistía la imagen de Morimoto con su rostro delgado, sus ojos de doble párpado y su mostacho desaliñado. Keitaro sentía por esa cara anodina, sin embargo, cierto cariño mezclado con desdén y lástima. Tras su apariencia ordinaria, le parecía, se escondía algo misterioso, algo asociado con ese peculiar bastón que le había dejado como prueba de su amistad.

Tan solo se trataba de un bastón hecho de bambú con la raíz retorcida a modo de empuñadura. No se diferenciaba de cualquier otro más que en una sola cosa: precisamente, en aquella empuñadura, tallada en forma de serpiente; pero, al contrario de los demás bastones con el mismo motivo decorativo que solían venderse en el extranjero, el suyo tenía tallada la cabeza de una serpiente con la boca abierta, dispuesta a tragarse algo, una rana, un huevo, cualquier cosa. No había forma de saberlo. Morimoto le había dicho que había cortado el bambú y tallado la empuñadura con sus propias manos.

6

LO PRIMERO QUE HIZO al entrar en la casa de huéspedes fue dirigir la mirada hacia el bastón. En realidad, fueron las asociaciones mentales que había establecido durante el camino de regreso las que motivaron que su mirada se posara en el paragüero de porcelana nada más abrir la puerta de cristal de la entrada. De hecho, desde que había recibido la carta de Morimoto, la simple visión del bastón le producía una extraña sensación que era incapaz de explicar y solía desviar la mirada al entrar y salir para que sus

ojos no se toparan con él. Pero su necesidad de pasar todos los días por delante del paragüero y fingir no verlo lo hacía sentirse atrapado por el bastón, hasta el extremo de preguntarse si estaba bien de los nervios.

Obviamente, era consciente de su debilidad, pues no tenía el arrojo suficiente para darles a los dueños la nueva dirección de Morimoto y admitir que había recibido una carta suya. De hacerlo, pensaba, despertaría una vez más las sospechas hacia sí mismo y hacia su relación con Morimoto. En realidad, actuaba movido por el egoísmo, pero tampoco se trataba de algo que lo hiciera sufrir.

Suponía, por ejemplo, que la vida de Morimoto podía llegar a un súbito fin (podía morir como un perro abandonado en la cuneta de una carretera cualquiera). Si ese fuera el caso, suponía también que el bastón tallado por aquel hombre polifacético permanecería en el paragüero con su empuñadura de cabeza de serpiente, con la boca abierta a punto de tragarse algo sin llegar a hacerlo o a punto de vomitar algo sin lograrlo. En esas circunstancias, una vez que el destino de Morimoto y la cabeza de esa serpiente representando ese mismo destino terminasen por cruzarse en los pensamientos de Keitaro, cuando recordase que Morimoto le había pedido que usara el bastón a diario, se despertaría en él una sensación extraña. El hecho de sentirse incapaz de sacar el bastón del paragüero, de pedirle al dueño de la casa que se deshiciese de él, le parecía, a pesar de ser consciente de lo exagerado de sus pensamientos, cosa del destino. Pero igual que sucede con los colores enaltecidos por la poesía, no lo bastante intensos, a pesar de todo, para ser incorporados a la prosa del mundo real, el bastón no preocupaba a Keitaro lo suficiente como para obligarlo a cambiar de residencia.

Aquel mismo día el bastón seguía metido en el paragüero, con la empuñadura vuelta hacia el zapatero. Después de mirarlo de refilón, Keitaro subió a su cuarto, se sentó a la mesa y se puso a escribir a Morimoto. Le agradecía, en primer lugar, su carta, y añadía después unas líneas en las que esbozaba excusas por no haberle contestado antes. Si tuviera que decir la cruda verdad, tendría que confesar que en realidad el retraso se debía a la deshonra que le suponía mantener la relación con un vagabundo como él. Obviamente, no iba a escribir tal cosa y se dedicó, en cambio, a glosar lo ocupado que había estado yendo de acá para allá. Morimoto lo sabía bien. Después lo felicitó por haber encontrado un buen trabajo en Dairen y añadió

que en Tokio hacía cada vez más frío, aunque estaba claro que el viento y las intensas heladas de Manchuria debían de ser mucho más severas. «Imagino que las condiciones físicas deben de ser muy duras —concluía—. Cuídese mucho de no caer enfermo.»

En lo que a él concernía, esa última frase constituía la principal razón de su carta y la redactó de tal modo que abarcara la gran empatía que sentía hacia él, la sinceridad de sus sentimientos. Sin embargo, al releerla comprendió que solo eran palabras propias de un intercambio epistolar corriente y se desilusionó. No se trataba de reflejar en sus palabras amor o entusiasmo, como habría hecho de escribir a una novia, claro está, y, con el pretexto de que era un escritor mediocre, la dejó tal cual estaba y continuó.

7

EN CUANTO A LAS PERTENENCIAS de Morimoto, Keitaro se sentía obligado a decirle algo, aunque solo fuera por cortesía. De todos modos, no quería preguntarle al dueño qué había hecho con ellas y no estaba, por tanto, en disposición de ofrecerle más detalles. Se quedó pensativo con el pincel suspendido en el aire, y finalmente escribió: «Me pidió usted que le dijese al dueño que dispusiera de sus pertenencias como le pareciera oportuno, pero, como podrá imaginar, el Búho ya lo había hecho antes de que yo tuviera oportunidad de hablar con él. Solo quiero que lo sepa. Me ofreció usted su bonsái de ciruelo, pero no puedo aceptarlo, pues ya no sé dónde está. En cualquier caso, se lo agradezco y...». Llegado a ese punto se tomó un nuevo descanso.

Había llegado el momento de hablarle del bastón. Era demasiado honesto para mentir, para decirle que le agradecía el regalo y que lo usaba a diario en sus paseos por la ciudad. Tampoco podía darle las gracias por su deferencia y rechazarlo. Al final, escribió como si no tuviese otro remedio: «El bastón sigue en el paragüero, de pie como si esperase día y noche el regreso de su dueño. El Búho no se ha atrevido a poner sus manos sobre la cabeza de la serpiente. Cada vez que lo miro me admira más su habilidad como ebanista».

Con sus palabras no pretendía otra cosa que difuminar la realidad.

Cuando se disponía a escribir la dirección en el sobre, trató de recordar el nombre completo de Morimoto, pero lo había olvidado y no le quedó más remedio que poner: «Para el señor Morimoto, encargado del Parque de Atracciones de Dairen».

Dada la situación en la casa, debía esconder la carta. Tampoco podía pedirle a la criada que la echase al buzón. Tan pronto como acabó se la guardó en el bolsillo interior del quimono, a la altura del pecho, con intención de franquearla él mismo durante su paseo de después de cenar. Bajó las escaleras y en ese mismo momento recibió una llamada de Sunaga.

Su amigo le contó que ese mismo día había ido a visitarlo un familiar suyo de Uchisaiwaicho y que le había informado que su tío quizá tendría que marcharse a Osaka durante cuatro o cinco días por unos asuntos. Como Sunaga no quería que el tema se alargase más de lo debido, le había pedido que recibiera a Keitaro antes de marcharse. Su tío se había mostrado de acuerdo y le había dicho que fueran ambos lo antes posible. Por culpa del dolor de garganta, sin embargo, y también por haberse visto obligado a hablar tanto por teléfono, no pudo darle más detalles y le pidió su comprensión.

—Te lo agradezco —le dijo Keitaro—. Iré lo antes posible.

Colgó el teléfono. Acudiría esa misma tarde. Subió de nuevo a su cuarto, se puso la *hakama* de sarga que acababan de hacerle y salió.

No se olvidó de echar la carta al buzón en cuanto llegó a la esquina, pero en ese momento su preocupación por Morimoto ya solo era un débil recuerdo. Sin embargo, cuando el sobre entró por la boca del buzón e hizo un ruidito al caer en el fondo, pensó que en apenas una semana Morimoto la recibiría, la abriría, la leería, y eso le haría bien.

Desde allí caminó en línea recta hasta la parada del tranvía. Su pensamiento avanzaba igual de recto hacia Uchisaiwaicho, pero en cuanto el tranvía dejó atrás la parada del santuario de Kanda empezó a repetir mentalmente las palabras que había escuchado hacía poco por teléfono y, al darse cuenta, se sorprendió. Sunaga le había dicho que había ido a visitarlo un familiar, de manera que ese familiar debía de ser un primo o una prima y, por tanto, hijo o hija de su tío. No obstante, dada la imprecisión del género en la lengua japonesa, era incapaz de saber si se trataba de un hombre o de una mujer.

Empezó a preguntárselo y de pronto sintió que el asunto lo obsesionaba.

En caso de ser hombre, sus preguntas respecto a la mujer que había visto de espaldas no recibirían respuesta, pero, si se trataba de una mujer, lo más probable es que fuera la misma persona. El día, la hora, la forma de entrar en casa de Sunaga vendrían a demostrar que, en efecto, se trataba de ella. Con su habilidad para relacionar lo real y lo imaginario, Keitaro decidió que así era antes de tener oportunidad siquiera de confirmarlo. Junto con la satisfacción de haber conseguido calmar su hirviente curiosidad con un baño de agua fría, sintió una profunda insatisfacción por haber dado con una clave que le iluminaba una dirección mucho más ordinaria de lo previsto.

8

CUANDO PASÓ POR OGAWAMACHI, Keitaro pensó en apearse del tranvía para ir a casa de Sunaga y confirmar la cita en persona. Pero, al margen de la inquietud, no tenía ninguna razón de peso para hacerlo, de manera que se contuvo y optó por la línea de Mita. El tranvía dejó atrás Marunouchi y enfiló veloz hacia el puente de Kanda, y durante el trayecto Keitaro no se olvidó un solo momento de que estaba yendo a casa del tío de Sunaga. Debía bajar en la parada del banco de Kangyo, pero se le pasó la estación sin darse cuenta y se encontró en Sakurada-Hongo, desde donde no le quedaba más remedio que desandar el camino a través de un barrio menos iluminado. Era de noche y apenas había transeúntes en las calles, pero no tardó en encontrar la casa. La puerta exterior estaba iluminada con una lámpara de gas en forma de globo, y debajo distinguió una placa con el apellido Taguchi impreso. Desde allí le pareció ver que la vivienda se encontraba mucho más lejos de la entrada de lo que habría esperado. No tardó en darse cuenta de que solo se trataba de una impresión generada por el camino de grava, que impedía ver la puerta principal desde la calle; esta quedaba oculta tras unos frondosos árboles que parecían cortar el paso y creaban un ambiente nocturno.

La entrada principal contaba con una puerta doble de cristal de estilo occidental. Keitaro llamó al timbre varias veces y gritó «Disculpe» otras tantas, pero nadie salió a recibirlo y no tuvo más remedio que quedarse allí

plantado oteando lo que ocurría dentro. Fue entonces cuando escuchó pasos acercarse y poco después se iluminaron los cristales esmerilados que quedaban justo delante de sus ojos. Oyó dos o tres golpeteos de unas sandalias de madera y se abrió una de las hojas de la puerta.

Keitaro no se había parado a pensar en el aspecto que tendría la persona que iría a abrirle, tan solo se había limitado a esperar a que un pupilo vestido con un *haori* le abriese o a que una criada fuese a recoger su tarjeta de visita para anunciarlo, pero aquel a quien tenía ante sí era un elegante caballero. Como la luz quedaba a su espalda, Keitaro no pudo ver claramente su cara, pero su *obi* de crepé blanco le llamó la atención. Pensó que se trataba del tío de Sunaga en persona, el mismísimo señor Taguchi. Ante lo inesperado de la situación, no supo cómo reaccionar, se quedó boquiabierto, incapaz de articular las palabras necesarias para formular un saludo adecuado. Keitaro era aún muy joven y no estaba acostumbrado a la gente mayor. Todo el mundo, de hecho, le parecía mayor, sin distinciones entre los cuarenta, los cincuenta o los sesenta años. Tampoco se preocupaba demasiado por los sentimientos específicos que esas edades tan distintas pudieran acarrear, e inevitablemente lo asaltaba una especie de inquietud cada vez que se veía obligado a enfrentarse a alguien a quien no conocía. De ahí su confusión. No obstante, la persona que salió a abrirle parecía despreocupada. Se limitó a preguntar qué quería. Su desenfadada forma de hablar, ni formal ni altiva, le ayudó a recuperar un poco el coraje y al fin pudo presentarse debidamente y explicar la razón de su visita.

—¡Ah sí! —dijo el hombre como si acabara de recordar—. Ichizo —era el nombre de pila de Sunaga— me ha telefoneado hace un rato para anunciarme que vendrías, pero no pensaba que sería esta misma noche.

Keitaro apreció cierto reproche en sus palabras y sintió la necesidad de excusarse por tantas prisas. El hombre se quedó en silencio; bien podía estar escuchándolo o no.

—En ese caso —dijo en cuanto Keitaro terminó—, ven mejor en otro momento. Debo salir de viaje en cuatro o cinco días, pero si tengo tiempo antes de marcharme te recibiré.

Keitaro le agradeció cortésmente la deferencia y dio media vuelta. En la oscuridad de la noche no pudo evitar pensar que había sido demasiado respetuoso.

Más adelante Sunaga le explicó que justo en aquel momento su tío estaba sentado frente al tablero de *Go* estudiando los movimientos de las fichas blancas y negras según una nueva estrategia. Quería terminar una jugada después de haber echado una partida con un amigo que había ido a verlo y, justo en el momento en el que estaba a punto de dar con la clave, Keitaro lo había interrumpido como lo habría hecho un campesino sin formas ni maneras. Por eso se había tomado la molestia de salir él en persona. Quería ahuyentar sin más a aquella visita inoportuna. Cuando Sunaga se lo contó, Keitaro pensó que, en efecto, había sido demasiado cortés.

9

DOS DÍAS MÁS TARDE Keitaro llamó al señor Taguchi para preguntarle si no tenía inconveniente en recibirlo. La persona que atendió el teléfono debió de pensar que al otro lado de la línea había alguien de una posición social elevada, tanto por las palabras que había empleado como por sus maneras arrogantes.

—Le ruego espere usted un momento, por favor —le dijo con cortesía—. Enseguida pregunto al señor.

Pero cuando volvió a levantar el auricular se mostró más descortés que antes.

—Escuche, en este momento tiene una visita y me ha dicho que a ser posible venga usted pasado el mediodía.

—Está bien. Iré sobre la una. Salude al señor de mi parte.

Colgó, incapaz de ahuyentar una desagradable sensación en su interior.

Le había pedido a la criada que le sirviera el almuerzo a las doce en punto, pero temía retrasarse y la apremió para no llegar tarde. Comió lo más rápido que pudo.

En el tranvía se acordó del recibimiento que le había dado Taguchi dos días antes. ¿Lo iba a tratar de la misma forma en esta ocasión o, por el contrario, lo obsequiaría con una actitud más favorable? Al fin y al cabo, era él quien había consentido en verlo. Si gracias a su mediación iba a obtener un

trabajo, estaba dispuesto a aguantar, aunque para ello tuviera que agacharse. No podía olvidar, sin embargo, que la persona que lo había atendido por teléfono solo un rato antes había conseguido ofenderlo, hacerlo sentir mal, y deseó que no fuese quien saliese a recibirlo. No se daba cuenta de que él también se había mostrado insolente en aquella conversación.

En Ogawamachi, vio desde el tranvía la esquina desde donde quedaba a la vista la casa de Sunaga, se acordó de pronto de la espalda de la mujer y su imaginación pasó del lado de la sombra al lado del sol. Pensar que se dirigía a la casa donde vivía la atractiva prima de Sunaga resultaba mucho más estimulante que aceptar que tan solo se disponía a suplicarle un trabajo a un señor que ni siquiera ponía buena cara. Asumía que la mujer a la que había visto en casa de Sunaga y el señor Taguchi eran padre e hija, pero pensaba en ellos como en entes separados sin relación alguna. La noche en la que se enfrentó al señor Taguchi no pudo ver claramente su cara por culpa del contraluz, pero la forma de sus ojos, la nariz y el conjunto de sus rasgos no le parecieron tan dignos y nobles. No obstante, en ningún momento pensó que su hija, fuese cual fuese su relación de parentesco con Sunaga, no fuera una mujer guapa solo por pertenecer a su prole. En la mente de Keitaro coexistían la cara y la cruz, como si la luz y la sombra estuvieran separadas y a un tiempo juntas; juntas y a un tiempo separadas. En esas elucubraciones andaba cuando se vio de pronto en la puerta de la casa de Taguchi. Se inquietó al ver un gran automóvil con chófer frente a la puerta.

Le entregó su tarjeta de visita a un joven pupilo con una *hakama* de algodón que desapareció enseguida en el interior de la casa. Estaba seguro de que su voz era la misma que le había atendido un rato antes por teléfono y, mientras miraba cómo se alejaba, pensó en lo desagradable que era. El chico regresó enseguida con la tarjeta.

—Lo siento. Le ruego vuelva en otro momento. El señor debe atender a otra persona.

—Acabo de llamar por teléfono —protestó Keitaro, molesto—. Me han dicho que viniera a la una precisamente porque antes tenía visita.

—Aún no han terminado y ahora no puede recibirlo. Se disponen a comer.

A la ofensa que le había hecho por teléfono, se le sumó en ese momento esta otra que, al fin y al cabo, en otras condiciones habría sido algo de lo más

normal.

—¿De verdad? —dijo antes de que el pupilo tuviese la oportunidad de decir nada—. Les pido disculpas por causar tantas molestias. Le ruego agradezca al señor su amabilidad.

Después de eso salió de allí, rodeando el coche como si lo estuviera maldiciendo.

10

TRAS EL DESAFORTUNADO INCIDENTE, Keitaro decidió ir a visitar a un amigo suyo recién casado que se había mudado al distrito de Tsukiji. Tenía intención de hablar con él largo y tendido sobre las relaciones entre Sunaga, su tío Taguchi y su prima. Sin embargo, nada más salir de casa de Taguchi y llegar al parque de Hibiya, la idea había desaparecido de su cabeza. No encontraba regocijo alguno en el hecho de haber descubierto al fin dónde vivía aquella misteriosa mujer que apenas había visto de espaldas, o cuál era su familia. Ni siquiera tenía conciencia de que en realidad hubiera ido a aquella casa a buscar trabajo. Solo estaba enfadado, se sentía humillado, y Sunaga, por ser quien lo había conducido hasta Taguchi, debía asumir la responsabilidad. Decidió dejarse caer por su casa, contarle lo ocurrido, desahogar así su mal humor.

Tomó el tranvía y regresó directamente a Ogawamachi. Miró el reloj. Faltaban apenas veinte minutos para las dos de la tarde. Cuando llegó a casa de su amigo lo llamó dos veces por su nombre desde la calle, sin obtener respuesta. No habría sabido decir si estaba o no. El *shoji* de la planta de arriba no se abrió. Sunaga se cuidaba mucho de las apariencias y no le gustaba que lo llamasen a voz en grito como haría un pueblerino recién llegado del campo. Keitaro pensó que quizá lo había oído, pero que prefería no hacerle caso, y se plantó en la puerta de la casa. La criada le dijo que Sunaga había salido poco antes del mediodía y sus palabras no hicieron otra cosa que multiplicar su disgusto. Sin saber muy bien qué hacer, se quedó allí plantado un rato.

—Tenía entendido que estaba resfriado —dijo a modo de protesta.

—Sí, pero se sentía algo mejor y ha salido —le explicó la criada.

Keitaro estaba a punto de marcharse cuando la chica dijo:

—Lo anunciaré a su madre.

Entró de prisa, sin darle tiempo a reaccionar, y no le quedó más remedio que esperar al otro lado de la celosía. Poco después apareció la madre de Sunaga. Era la clásica mujer elegante de un barrio popular, alta, con una cara alargada.

—Entra, por favor —le rogó—. Volverá enseguida.

Poco familiarizado con las maneras de la antigua Edo, no acertó a rechazar la invitación y marcharse. Por si fuera poco, la mujer hablaba tan despacio y en un tono tan suave que para cuando las palabras alcanzaron sus oídos fue incapaz de encontrar una pausa adecuada que le sirviera para declinar la invitación. La mujer, en cualquier caso, no se expresaba con los habituales cumplidos y convencionalismos. De hecho, a pesar de sentirse retenido, Keitaro olvidó sus debidas reservas hacia ella en virtud de la molestia que él le causaba y decidió al fin que sería una lástima no disfrutar de su compañía.

La madre de Sunaga lo hizo sentar en el estudio, como de costumbre. Enseguida cerró las puertas correderas para cortarle el paso al frío y le pidió que se acercara al brasero para calentarse las manos. Al hacerlo, Keitaro notó cómo la agitación que lo dominaba desde hacía un buen rato se calmaba poco a poco. Contempló los motivos decorativos del *fusuma* pintados sobre papel de seda, el pequeño brasero de un amarillo brillante como de morera china, e inició una animada conversación con la gentil madre de su amigo, obviamente acostumbrada a cualquier clase de interlocutor.

Según le explicó, Sunaga se había marchado a Yarai, a casa de un tío suyo.

—Ya que iba hasta allí —dijo ella—, le he pedido que vaya a rezar al templo de Kobinata, pero él me ha acusado de haberme convertido en una perezosa a la que ya no le gusta salir de casa. Hace unos días también le pedí que fuera. Según él es porque me estoy haciendo mayor. Está resfriado y le he aconsejado que se quedara en casa, pero los jóvenes no podéis evitar esa parte temeraria vuestra, por muy cautelosos que seáis, y nunca hacéis caso a lo que os dicen los mayores...

Siempre que Keitaro iba a casa de Sunaga y no lo encontraba allí, su

madre hablaba sobre él en ese mismo tono, como si fuera la única diversión de su vida. Si a Keitaro se le ocurría mencionar, por ejemplo, la reputación de Sunaga entre sus amigos, su madre se extendía sin fin y ya no cambiaba de tema con facilidad. Estaba acostumbrado y se limitaba a asentir y a escuchar pacientemente lo que ella decía mientras esperaba una pausa en el interminable flujo de sus palabras.

11

EN DETERMINADO MOMENTO la conversación pasó de Sunaga a su tío de Yarai. Al contrario del de Uchisaiwaicho, este era el hermano pequeño de su madre. Keitaro había escuchado por boca de su amigo, en alguna ocasión, que a aquel hombre le gustaba rodearse de lujos. Juzgaba una desgracia vestir un abrigo con un forro que no fuese de satén. Lo consideraba indigno de su condición. También sentía predilección por cosas que a Sunaga le parecían inútiles, ya se tratase de gemas o de corales. Él se mostraba orgulloso y aseguraba que eran joyas antiguas traídas de la India.

—Pues yo creo que no puede haber nada mejor en este mundo que vivir rodeado de lujos sin tener la obligación de preocuparse por nada —dijo Keitaro—. Desde luego, me parece una situación envidiable.

La madre de Sunaga lo contradijo.

—No te creas. Lo cierto es que se las arregla a duras penas. No disfruta de ninguna comodidad ni de verdaderos lujos.

La economía de la familia de Sunaga tenía poco o nada que ver con la de Keitaro, y prefirió quedarse callado para no continuar por ese camino. La mujer retomó entonces la conversación, como si ella fuese responsable del repentino silencio.

—Por fortuna, el marido de mi hermana pequeña está siempre ocupado y eso les permite vivir con desahogo. Pero nosotros y este hermano mío de Yarai apenas llegamos a la altura de los antiguos samuráis sin amo. Comparados con los viejos tiempos, estamos con un pie en la calle, pero, en fin, al menos cuando lo hablo con mi hermano siempre nos da por reírnos.

Al considerar su propia situación, Keitaro no pudo evitar sentir cierta vergüenza. Afortunadamente para él, la mujer hablaba sola y él se congratulaba de no verse obligado a ofrecer respuesta alguna.

—Además —continuó la mujer—, ya te habrás dado cuenta de que Ichizo es un chico muy retraído y, a pesar de que se ha graduado en la universidad, no me siento más tranquila. Estoy perdida. Le digo a veces que se case con quien quiera, que me dé al menos esa satisfacción, esa seguridad, pero no me hace caso y se limita a decir que el mundo no funciona a mi antojo. En ese caso, digo yo, podría buscarse un buen trabajo, no sé, recurrir a alguien, pero tampoco eso parece preocuparlo...

Keitaro también pensaba que Sunaga era demasiado indolente.

—No es mi intención parecer presuntuoso —dijo movido por la compasión que le despertaban los sentimientos de su interlocutora—, pero ¿por qué no pide consejo a alguien con más experiencia en la vida? A ese tío suyo de Yarai, por ejemplo.

—¡Precisamente a él! El tío de Yarai es un huraño al que le espantan las relaciones sociales y prefiere vivir aislado. En lugar de darle un buen consejo, le diría que solo a un estúpido se le ocurriría ponerse a trabajar en un banco, dedicar su tiempo a hacer ruido con el ábaco. ¡Y encima a Ichizo le hacen gracia esos comentarios suyos! Le gusta ir a verlo porque le cae mejor que los demás. Hoy, sin ir más lejos, no es domingo y hace buen tiempo. Debería haber ido a casa de su tío en Uchisaiwaicho antes de que se marche a Osaka de viaje y, en lugar de eso, está otra vez en Yarai.

Keitaro recordó entonces el motivo que lo había llevado allí. Tenía intención de soltarle a Sunaga unas cuantas palabras gruesas y decirle que no pensaba volver nunca más a esa casa de Uchisaiwaicho. Pero no estaba y su madre no sabía nada del asunto, de manera que su charla había tomado otros derroteros y su rabia había terminado por desaparecer. Dadas las circunstancias, sin embargo, debería haberle explicado a la buena mujer cómo se había desarrollado el encuentro fallido con Taguchi. Era el momento oportuno de hacerlo, pensó, porque era ella quien hablaba de la necesidad de recurrir a Uchisaiwaicho.

12

—SI LE DIGO LA VERDAD —dijo al fin—, hoy he ido a la casa de Uchisaiwaicho.

—¿De verdad? —se sorprendió ella, quizá porque hasta ese momento solo había estado pensando en su hijo.

En su rostro se dibujó un gesto de disculpa por no haberle prestado la debida atención. Él, por su parte, supuso que debía de estar al tanto de la situación. Sunaga y ella estaban siempre juntos, y en algún momento debía de haberle hablado de su desesperación por encontrar trabajo. Quizá ella pensara que una persona considerada debería haber preguntado por el asunto antes de que el interesado lo mencionase.

Consciente de la situación, Keitaro se esforzó por explicarle lo ocurrido, pero las interjecciones con las que lo interrumpía de tanto en tanto, «Qué razón tienes» o «Qué inoportuno», podían ser interpretadas como señales de equidistancia hacia las dos partes, y por eso omitió detalles como su enfado o su impertinencia.

Después de repetir en varias ocasiones lo mucho que lo sentía, la mujer habló como si saliera en defensa de Taguchi:

—Es un hombre muy ocupado. Mi hermana vive bajo su mismo techo y no creo que pueda tener una conversación tranquila con él más de un día por semana. Menos, en muchas ocasiones. Yo siempre le digo que, por mucho dinero que gane, no sirve de nada si eso va en detrimento de su salud. Debería descansar de vez en cuando, pensar en su bienestar, en las cosas importantes de la vida. Él está de acuerdo, pero dice que los problemas brotan uno tras otro y que debe ocuparse de ellos antes de que se pudran. Por otro lado, a veces se presenta en casa y les mete prisa a su mujer y a su hija para que se preparen para pasar unos días de descanso en Kamakura...

—¿Así que tiene una hija? —preguntó Keitaro.

—Sí. Dos en realidad. Ambas casaderas. Antes o después deberán casarlas y dejar que adopten el apellido de sus maridos.

—Entonces, ¿no va Sunaga a casarse con una de ellas?

La mujer balbuceó ligeramente ante aquella inesperada pregunta. Keitaro, por su parte, se dio cuenta de que se había entrometido demasiado solo para

satisfacer su curiosidad. Pensó en cambiar de tema, pero la madre de su amigo se le adelantó:

—Bueno, en realidad no sé qué pasará. Hay que tener en cuenta los sentimientos de los padres y los de los demás implicados. Por mucho que a mí me parezca bien, no se trata de un asunto que se vaya a resolver solo por eso.

Sus palabras le parecieron cargadas de significado. Su curiosidad no hizo sino aumentar, aunque en esa ocasión pudo dominar su ímpetu.

La mujer continuó con su defensa de Taguchi. En ocasiones, por culpa de su vida ajetreada, no era capaz de cumplir una promesa, de mantener un compromiso, pero jamás lo olvidaría y con el tiempo sabría compensarlo por su negligencia. Le dijo que debería volver a verlo en cuanto regresase de su viaje.

—El tío de Yarai, por ejemplo, no te recibiría ni aunque se encontrara solo en casa sin hacer nada, pero el de Uchisaiwaicho sí, aunque estuviese ocupado por ahí y tuviera que volver a toda prisa. Incluso si no dices nada, estoy segura de que en cuanto regrese hablará con Ichizo.

Sus palabras convencieron a Keitaro, pero para que las cosas funcionasen con Taguchi debía comportarse con la debida educación. Si se dejaba llevar por el enfado, todo se torcería. No era momento de confesiones, sin embargo, y se limitó a guardar silencio.

—A pesar de esa cara suya —añadió la mujer—, en realidad es un hombre divertido con un gran corazón.

13

DIVERTIDO ERA UN CALIFICATIVO que, en opinión de Keitaro, no se ajustaba a Taguchi ni por su aspecto ni por su actitud. No obstante, al escuchar algunas anécdotas por boca de la madre de Sunaga, pensó que quizá podría ser cierto.

Hacía ya mucho tiempo, al parecer, Taguchi fue a una casa de té y se quejó a la criada de que la luz era demasiado intensa. Le pidió que la atenuara

un poco y la chica hizo un gesto de extrañeza. No sabía si cambiar la bombilla por una más pequeña. No, no, le dijo Taguchi. Solo quería que oscureciera un poco el ambiente atenuando la luz. La criada debió de tomarlo por un hombre de campo que ni siquiera vivía con luz eléctrica. Se rio y le dijo que la luz eléctrica no se podía atenuar como si se tratase de un candil de aceite. Se limitó a apagar la luz y, cuando ya se disponía a salir de la sala a oscuras, la encendió de nuevo y dijo: «¡Buu!». Taguchi no se dio por vencido. Por qué usaban una lámpara tan antigua que ni siquiera podía regularse, le preguntó. No le parecía apropiado para aquella casa de té. Le dijo a la chica que hablase con el dueño para cambiarla lo antes posible y, al final, ella misma reconoció que tenía razón, que la luz era demasiado intensa si alguien quería descansar un rato.

Otra historia de Taguchi mucho más enrevesada tuvo lugar durante un viaje de trabajo a la ciudad de Shimonoseki, aunque quizá sucediera en la ciudad vecina de Moji en realidad. A., su compañero de viaje, tuvo un imprevisto y no pudo acompañarlo. No le quedó más remedio que esperarlo en el hostel durante dos días. Para matar el tiempo, pensó en algún modo de tomarle el pelo. La travesura se le ocurrió al ver el escaparate del estudio de un fotógrafo. Entró y compró el retrato de una famosa geisha de la ciudad. Lo envolvió como si fuese un regalo y adjuntó una carta encabezada con un: «Querido A.». Le pidió a una mujer que la escribiera, que se tomara todo el tiempo necesario para hacerlo con una letra lo suficientemente coqueta y seductora como para seducirlo. La mujer lo hizo con tal finura que quienquiera que fuera el destinatario se habría sentido muy complacido. Por si fuera poco, añadió algunos detalles personales, como que había leído en el periódico local que llegaría al día siguiente y que desde hacía meses esperaba encontrarse con él en determinado lugar. Esa misma noche, Taguchi franqueó la carta y esperó a entregársela en persona a su amigo. A su llegada, no dijo nada del asunto. Se consagraron a los negocios que los habían llevado allí y, cuando al fin se sentaron a cenar, la sacó de improviso y se la mostró como si acabara de acordarse de ella en ese instante.

En el sobre estaba escrito «Urgente». Su amigo dejó los palillos en la mesa, la abrió, la leyó a toda prisa y sacó la foto de su envoltorio. Nada más verla se la guardó en el bolsillo interior del quimono. Taguchi le preguntó si se trataba de algo urgente, a lo que él respondió que no. Siguió comiendo,

pero en sus gestos ya se notaba la inquietud. Al poco se disculpó por un dolor de estómago y se retiró a su habitación, a pesar de no haber terminado aún el trabajo.

Taguchi llamó a la criada. Le explicó que A. saldría en diez o quince minutos y le pidió que llamase un *rickshaw* para que esperase en la puerta y lo llevara a una dirección concreta sin que su amigo tuviese necesidad de dársela al conductor. Taguchi se adelantó y le explicó a la geisha que pronto llegaría su amigo en un *rickshaw* del hotel donde se alojaban. Le pidió que lo atendiera, que le dijera cuánto tiempo lo había esperado y que después volviese enseguida para informarlo de su reacción.

Una vez dadas todas las instrucciones, se cruzó de brazos y se puso a fumar. Las cosas no tardaron en suceder como había previsto y decidió entonces hacer su aparición. Se levantó, se acercó con sigilo a la habitación donde estaba su amigo y abrió la puerta de golpe. «Muchas gracias por haber venido tan deprisa», le dijo. A., sorprendido, se quedó lívido. Taguchi se echó a reír a carcajadas y se sentó a su lado. «Ya que te he engañado como a un corderito, déjame que te invite», le dijo.

—Ya ves —dijo la madre de Sunaga, divertida—. Es un hombre que siempre está poniendo en práctica ese tipo de ocurrencias.

Keitaro regresó a la casa de huéspedes sin dejar de pensar en el gran automóvil que había visto en casa de Taguchi. Eso no era ninguna broma.

14

TRAS EL INCIDENTE DEL AUTOMÓVIL, Keitaro se resignó a no recibir ayuda alguna por parte de Taguchi. Su afán por descubrir la identidad de la mujer que había visto de espaldas, a quien ya tomaba sin ninguna duda por prima de Sunaga, había terminado, por tanto, en un callejón sin salida. Estaba enfadado. Algo lo atormentaba e impacientaba.

No recordaba haber hecho nunca algo por sus propios medios. Fuera lo que fuera, estudios, deportes o cualquier otra cosa que hubiera emprendido en determinado momento, no había logrado llevarlo a buen puerto. Lo único en

lo que había triunfado era en su carrera universitaria, si bien tampoco había tenido que esforzarse gran cosa, y, cuando ya empezaba a enroscarse como una serpiente perezosa, fueron sus profesores quienes lo liberaron. No experimentaba la pesadumbre de haberse quedado parado a mitad de camino, pero tampoco el alivio que, por ejemplo, podía sentir alguien al terminar de cavar un pozo, poniendo fin a ese intenso sufrimiento físico.

Pasó varios días distraído. En determinado momento, se acordó de la charla de un hombre religioso invitado por la universidad. El hombre le explicó a la audiencia que había tomado la decisión libre y voluntaria de meterse a monje porque en determinado momento de su vida había tenido que enfrentarse a problemas para los cuales no tenía explicación. No le importaba lo azul y despejado que estuviese el cielo sobre su cabeza, porque no podía dejar de sentir un tormento que parecía atacarlo desde los cuatro puntos cardinales. Los árboles, las casas, la gente caminando por la calle no evitaban que se sintiese encerrado en una caja de cristal desde donde le resultaba imposible establecer conexiones con el exterior, y eso lo hacía sufrir, lo asfixiaba.

Después de escucharlo, Keitaro pensó que padecía una especie de neurosis y no le dio mayor importancia. Pero, al volver a pensar en él pasado un tiempo, comprendió que, antes de tomar aquella decisión, en el corazón de aquel hombre debía de haber habitado una inquietud muy parecida a la suya, motivada, quizá, por no haber sido capaz de concluir nada jamás. Él, por su parte, no se sentía en la necesidad de dar un giro tan radical como el de tomar los hábitos, porque sus cuitas, al fin y al cabo, eran triviales, de una naturaleza completamente distinta. Solo con aprender a esforzarse un poco más, al margen de lograr o no sus objetivos, conseguiría vivir en paz consigo mismo, si bien debía admitir que nunca antes había prestado la suficiente atención a ese defecto de su carácter.

Keitaro se dio cuenta de que su camino tenía que ser distinto. Por otra parte, le pareció que ya era demasiado tarde para tomar cualquier tipo de decisión y volvió a dejar pasar cuatro o cinco días sin hacer nada. Como mucho se animó a asistir con sus amigos a la representación de un *rakugo* en el teatro Yurakuza; charló con ellos, pasearon por el centro y se entretuvieron con trivialidades sin mayor importancia. Se sentía con ganas de jugar una partida de *Go*, pero se vio obligado a conformarse con ser un simple

espectador. Ya que no le quedaba más remedio que mirar, al menos le habría gustado asistir a una partida interesante.

Pensó de nuevo en el vínculo entre Sunaga y la mujer a la que había visto de espaldas. Ya no creía que se tratase de una relación tan estrecha e intensa como había imaginado en un principio y, aun si ese fuera el caso, se estaba entrometiendo en un asunto que nada tenía que ver con él. Se burlaba de sí mismo. Se repetía una y otra vez que solo eran tonterías, pero no conseguía dominar la curiosidad. Empezó a pensar que, si insistía un poco más, terminaría por descubrir una historia de amor como nunca antes había conocido. Se acordó de la inquietud que lo asaltó cuando lo obligaron a esperar en la entrada de la casa de Taguchi, a abandonar sus pesquisas sobre la misteriosa mujer. La impaciencia era, sin duda, un punto débil que desequilibraba la curiosidad del otro plato de la balanza.

En cuanto a su búsqueda de trabajo, no debería haber levantado una barrera entre Taguchi y él, ni haberse dejado arrastrar por algo tan insignificante. Las palabras gruesas podrían terminar por cerrarle el paso, poniéndole trabas a un futuro que no había hecho más que empezar. Se veía a sí mismo encerrado en una situación sumamente desventajosa, incapaz de dejar de darles vueltas a las cosas.

La madre de Sunaga le había asegurado que Taguchi era un hombre amable a pesar de las apariencias. Por tanto, aún existía la posibilidad de que lo recibiera a la vuelta de su viaje, pero habría sido muy inoportuno por su parte solicitar ese encuentro y dar a entender así que solo era un idiota sin el más mínimo sentido común. De todos modos, debía hacer algo al margen de lo que los demás pudieran pensar de él.

Keitaro no dejó de dar vueltas y más vueltas a todos esos incómodos pensamientos durante aquellos días de perplejidad.

15

LA SITUACIÓN DE KEITARO distaba mucho, sin embargo, de exigir decisiones inmediatas relacionadas con cuestiones trascendentales de su vida. En su mente, tras la cortina de inquietud, flotaba algo ligero, despreocupado.

Se preguntaba si llegaría hasta el final de ese camino que había emprendido o lo abandonaría para tomar uno nuevo. Era un asunto sencillo, en realidad, no exigía mayor análisis. Su perplejidad no provenía del hecho de haber perdido un boleto de lotería, de sentirse incapaz de salir a flote, sino del convencimiento de que, hiciese lo que hiciese, no iba a afectarlo de una manera decisiva, lo cual retroalimentaba su pereza. Como alguien que lee un libro sumido en la somnolencia y se esfuerza por interpretar el texto que tiene ante él resistiendo al sueño, Keitaro sufría por no ser capaz de incubarlo como era debido el huevo de decisión que acogía despreocupadamente en su pecho.

Con el pretexto de ahuyentar la indecisión, avivaba la llama de su curiosidad. Se le ocurrió entonces pedirle ayuda a un adivino. La educación que había recibido tenía la suficiente base científica y racional como para hacer de él un descreído en asuntos como la quiromancia, las plegarias, los conjuros contra los males, cualquier tipo de exorcismos o médiums. No obstante, conservaba desde la infancia un cierto interés por los misterios. Su padre había sido un hombre de carácter nervioso y había dedicado mucho tiempo a profundizar en el estudio de la influencia de los puntos cardinales y del horóscopo. Un domingo, cuando aún iba al colegio, vio cómo se doblaba los bajos del kimono y salía al jardín azada en mano. Quería ir con él para ver qué hacía, pero su padre le pidió que se mantuviese atento al reloj y le avisara en cuanto dieran las doce. En ese momento y no antes empezaría a cavar las raíces de un ciruelo plantado de cara al noroeste. En su mente de niño, Keitaro pensó que se trataba de otra de las historias de su padre relacionadas con el *feng shui* de las casas, y en cuanto el reloj dio la primera de las doce campanadas le gritó que ya era mediodía. No ocurrió nada en particular y no entendió por qué, si a su padre le preocupaba tanto la puntualidad, no había puesto en hora el reloj, ya que entre el de su casa y el de la escuela mediaba una diferencia de unos veinte minutos.

Unos días más tarde, la familia salió de excursión para recoger hierbas en el campo y cuando estaban de regreso un caballo le dio una coza a Keitaro, que fue a caer junto a la orilla de un arroyo. Extrañamente no se hizo daño y su abuela lo atribuyó a la benevolencia de los *jizo*, esos dioses que abundan por el campo japonés y que, según ella, lo habían protegido. Su madre lo llevó ante los *jizo* que había cerca de donde estaba atado el caballo. Una de las estatuillas tenía la cabeza rota y apenas quedaba nada de ella. En ese

momento, se instaló una extraña nube sobre la cabeza de Keitaro. Se volvía amenazadora o casi llegaba a desaparecer en función de cómo se sintiera él, de su salud, y a día de hoy, muchos años después de aquello, aún no había terminado de abandonarlo del todo.

Quizá por eso mostraba cierta inclinación a fijarse en los farolillos de papel de los adivinos por la calle. Era una profesión que había sobrevivido a los profundos cambios sociales que había traído la era Meiji. Su entusiasmo no llegaba, sin embargo, hasta el extremo de pagar dinero para conocer su futuro, pero, si veía la cara cenicienta de una mujer iluminada por uno de esos farolillos de adivino, se acercaba movido por la curiosidad para oír hablar de esperanzas, inquietudes, miedos, confianza. El pobre incauto que escuchaba, ya fuera hombre o mujer, veía proyectarse una sombra negra hacia su futuro.

Hubo una vez en que un amigo suyo estaba desesperado, pues desconfiaba de su propio talento y capacidad, y se planteaba si presentarse o no a los exámenes finales. Un conocido le envió entonces un amuleto que había comprado en el templo de Zenko-ji. Llevaba impreso un número fausto, el cincuenta y cinco, y también una serie de frases del tipo: «Las nubes se dispersan y la luna vuelve a resplandecer» o «Las flores se abren y regresa la prosperidad». Animado por los buenos augurios, su amigo se decidió a intentarlo. Hizo los exámenes y aprobó. Aquel episodio estimuló a Keitaro, que empezó a coleccionar amuletos de la suerte de todos los templos que encontraba, a pesar de no tener en mente un objetivo particular. Era, por tanto, un cliente potencial de los adivinos. Por otro lado, y a pesar de las dificultades por las que estaba pasando en ese momento, recurrir a un adivino comportaba también cierto placer puramente frívolo y nada desdeñable.

16

KEITARO BUSCÓ EN LOS RECOVECOS de su memoria a un adivino al que acudir, pero enseguida se dio cuenta de que no conocía a ninguno. Le sonaba el nombre de dos o tres más o menos famosos, uno cerca de Hakusan, otro en el parque de Shiba y el último en algún barrio del distrito de Ginza.

De todos modos, no quería recurrir a ellos porque asociaba su fama con la habilidad para la estafa. Y menos aún habría acudido a uno cualquiera que dijera cosas razonables, ocultando así que todo era una patraña. Le habría gustado ir a algún lugar discreto donde un abuelo de aspecto sereno y barba poblada le ofreciera unos cuantos consejos con palabras sucintas y epigramáticas. Entonces le vino a la mente el rostro de un monje retirado del templo Iponji, en su ciudad natal, al que su padre solía visitar a menudo. Pero de pronto se dio cuenta de lo absurdo de su situación, y comprendió que ni siquiera sabía ya si él mismo meditaba o solo se dedicaba a matar el tiempo. Si salía a la calle, pensó, el destino lo llevaría a toparse con el nombre de algún adivino antes o después. Se puso el sombrero y se marchó.

Se dirigió a Kurumazaka, en el distrito de Shitaya, adonde hacía tiempo que no iba. Una vez allí giró hacia el este, deteniéndose frente a las puertas de los templos y en las tiendas dedicadas a la venta de objetos budistas, en farmacias de antaño que aún sobrevivían, en almacenes de chamarileo que acumulaban trastos de la época Tokugawa cubiertos de polvo. Atravesó los jardines del templo de Monzeki y salió por la esquina donde se encontraba el restaurante Yakko, famoso por sus anguilas.

De niño, a menudo había oído hablar a su abuelo de lo próspero que era el templo de Asakusa consagrado al Kannon,³ del barrio comercial de Nakamise, cuando Tokio aún se llamaba Edo. Según él, en lugares como Okuyama, Namiki o Komagata uno podía encontrarse con todo tipo de espectáculos y diversiones. En su época, al contrario, ni siquiera los tokiotas de pura cepa usaban ya esos nombres. Le hablaba, por ejemplo, de un restaurante de Sumiya famoso por servir arroz cocido con láminas de rape y judías de soja gratinadas con miso. De otro donde servían lochas y que tenía unas preciosas cortinas en la entrada. Ese estaba justo enfrente del santuario de Komagata. Pero la historia que más había impresionado siempre a Keitaro de entre todas las que le contaba su abuelo era, sin duda, la del arte de la espada de Hyosuke Nagai, la magia de Mamezo, el famoso tragador de espadas, y los cuerpos momificados de los enormes sapos con cuatro patas delanteras y seis traseras que habían llevado hasta allí desde el monte Ibuki, en la provincia de Omi.

En los viejos libros ilustrados que guardaban en la segunda planta de la casa familiar, Keitaro encontró abundantes explicaciones sobre esos y otros

misterios que fertilizaron su imaginación de niño: se acordaba de la imagen de un hombre agachado sobre una pequeña mesa de madera y calzado con unas finas sandalias del mismo material, de las solapas de su kimono ceñidas con un *obi* del que estaba a punto de sacar una katana; de un *jiraiya*, un personaje sacado de las antiguas leyendas chinas, sentado con las piernas cruzadas sobre la espalda de un sapo gigante mientras practicaba magia negra; de un anciano de largas barbas grises apoyado en una mesa china, examinando el moño de un hombre postrado frente a él con una lupa más grande que su cara. Todas aquellas extrañas imágenes salidas de los viejos libros ilustrados de la época Edo poblaban su imaginación desde la infancia, y Keitaro las asociaba irremediabilmente a la vida en Asakusa.

Quizá por eso la imagen del Kannon del templo de Asakusa se le aparecía siempre envuelta en la niebla del pasado, rodeada de antiguos misterios teñidos de colores deslumbrantes. Desde que se había mudado a Tokio, aquellas ensoñaciones suyas se habían echado a perder inevitablemente, pero él seguía creyendo que en el tejado que protegía al Kannon había un nido de cigüeñas. Se le ocurrió que si iba a Asakusa terminaría por encontrar algo, y sus piernas casi lo llevaron solas en esa dirección. No obstante, cuando salió del parque de la Luna a una calle abarrotada de cines, lo sorprendió la cantidad de gente que había y pensó que no se trataba de un lugar adecuado para buscar adivinos.

Ya que había ido hasta allí, decidió acercarse a acariciar la cabeza de Obinsuru,⁴ pero no se acordaba bien de dónde estaba. Entró en el recinto principal del templo y, después de contemplar un gran farol votivo de papel de regalo de un gremio de pescadores y una tablilla que mostraba a Yorimasa matando a un terrible monstruo legendario, salió por la Puerta del Trueno.

Imaginó que encontraría al menos a uno o dos adivinos antes de llegar al puente de Asakusa. En tal caso, entraría pasara lo que pasara. O quizá fuera mejor cruzar el puente de Yanagi después de dejar atrás la Escuela de Ingenieros. Caminó a paso ligero; parecía que le urgiese comer.

Como sucede a menudo cuando uno busca algo, no encontró a un solo adivino en la calle principal, a pesar de que en circunstancias normales solo con pasear se habría topado con más de uno en cada rincón. Se desanimó. Quizá no conseguiría llevar a cabo su plan, cosa que le sucedía a menudo. Llegó a Kuramae y al fin encontró lo que había estado buscando.

En un grueso y duro tablón de madera había escritas dos líneas verticales sucesivas: «Adivinación de asuntos personales» y «Adivinación con monedas Bunsen». Un poco más abajo, lacado en rojo, el dibujo de una cayena. Era un anuncio pintoresco, el primero que llamaba su atención.

17

OBSERVÓ EL ESTABLECIMIENTO detenidamente y se dio cuenta de que se trataba de una antigua farmacia de medicina china dividida en secciones. La parte más pequeña consistía en un sencillo cuarto inundado de bolsitas de cayena de varios colores. Obviamente, el dueño del negocio no solo se dedicaba a adivinar el futuro, sino también a la venta de especias. Al fondo de la tienda vio algo que parecía un obrador y, encima de él, unos cuantos pastelillos de arroz. Justo al lado había una mujer muy mayor concentrada en la costura.

Se trataba de una casa estrecha que no tenía aspecto de cobijar a ningún adivino. Quizá había salido a atender algún asunto y la mujer se había quedado a cargo de la tienda. Pero, teniendo en cuenta la distribución, era razonable suponer que conectaba con la vieja farmacia de medicina china al fondo y, como no alcanzaba a ver tan lejos, Keitaro no podía asegurar si el dueño estaba ausente o no. Entró y dio dos o tres pasos para curiosarse. No vio lampreas secas colgadas ni tampoco caparazones de tortugas. Ni siquiera el clásico esquema del cuerpo humano que se usaba en la medicina china, en el que se veían los órganos internos, ni el viejo monje del templo de Iponji con su barba blanca.

Keitaro volvió sobre sus pasos. Descorrió la cortina de la sala de adivinación. La abuela dejó de coser y clavó sus ojos en él, mirándolo por encima de sus grandes gafas.

—¿Adivinación? —preguntó.

—Sí, pero parece que no hay nadie —dijo Keitaro.

La mujer recogió la tela que tenía encima del regazo y le pidió que entrase.

Keitaro la siguió dócilmente. Entró en el cuarto estrecho pero confortable. Olía a tatami nuevo. La mujer sirvió té de una tetera de hierro y le ofreció una taza. Después se acercó a un mueble donde tiempo atrás debía de haber guardado las medicinas, sacó una mesa cubierta con un paño de lana y la colocó delante de Keitaro.

—Yo me ocupo —le dijo.

Keitaro se sorprendió. Nunca habría imaginado que esa mujer tan de andar por casa, con el pelo recogido en un moño, un quimono de cuello negro de satén y un discreto *haori* a rayas y entregada a la costura, fuera a ser la adivina de su destino. Le extrañó aún más no ver en la mesa ni palos de bambú ni una lupa, es decir, los instrumentos que habitualmente usaban los adivinos. En lugar de eso, la mujer sacó de una bolsa arrugada que tenía encima de la mesa nueve monedas agujereadas. Supuso que eran las monedas a las que hacía referencia el cartel. En cualquier caso, no conseguía imaginar qué clase de hilos invisibles unían esas nueve monedas a su destino. Se quedó en silencio y observó los dibujos que tenían impresos. La bolsa de donde las había sacado parecía hecha del mismo tejido que se usaba en los quimonos del teatro *Noh* o, quizá, de un trozo sobrante de una pintura en rollo. A pesar del brillo ocasional de los hilos dorados, era muy antigua y había perdido la viveza.

La mujer tenía unos dedos finos y delicados que no se correspondían con su edad. Colocó las monedas en filas de a tres, levantó la cara y le preguntó:

—¿Le interesa su futuro?

—No estaría mal saber qué va a ser de mí —dijo él—, pero en este momento prefiero concentrarme en qué debo hacer ahora. Si pudiera decirme algo en ese sentido le estaría muy agradecido.

—De acuerdo.

La mujer le preguntó su edad y siguió por su fecha de nacimiento. Después empezó a contar con los dedos, como si estuviera haciendo cálculos. Nada más terminar, recolocó las monedas con sus dedos estilizados.

Keitaro observó la disposición de las monedas y de sus dibujos, que parecían ocultar un arcano.

LA ANCIANA SE QUEDÓ en silencio con las manos sobre el regazo, concentrada en la contemplación de las monedas. Al cabo de cierto tiempo, como si al fin hubiera logrado ordenar sus pensamientos, dijo:

—En este momento usted duda de algo.

Miró a Keitaro directamente a los ojos, pero él no respondió.

—Duda si avanzar o no —continuó la mujer—, pero ese es su infortunio. Siga adelante, por muy desfavorable que pueda parecerle el ahora. El tiempo arreglará las cosas.

La mujer cerró la boca y observó a Keitaro, pero él había decidido desde el primer momento limitarse a escuchar sin decir palabra. Sin embargo, no pudo resistirse por mucho tiempo.

—¿No fracasaré?

—No. Tómese las cosas con calma. No se impaciente.

Eso no era una predicción, pensó Keitaro. Solo un consejo genérico resultado del más puro sentido común, pero como la mujer parecía sincera continuó:

—¿Y qué dirección debo tomar?

—Creo que esa respuesta la conoce usted mejor que yo. Yo solo puedo decirle que avance. Eso es lo mejor para usted.

Su respuesta no lo satisfizo e insistió.

—Tengo dos caminos posibles y me gustaría saber cuál de los dos elegir.

La mujer volvió a guardar silencio. Se concentró en las viejas monedas y dijo al fin, en un tono más grave:

—No importa. Son casi equivalentes.

Alcanzó una caja de costura que había por allí y eligió dos hilos de seda muy largos, uno azul marino y otro rojo. Empezó a enrollarlos delante de Keitaro, aunque él no estaba prestando demasiada atención. Pensó que solo era un entretenimiento, pero después de trenzarlos laboriosamente los colocó encima de las monedas.

—Fíjese en esto —le dijo—. Unidos son un solo hilo de un rojo llamativo y un azul sobrio. Cuando uno es joven, fracasa porque siempre busca algo llamativo, pero en su caso ambos colores van unidos, como sucede con estos

hilos. Es usted afortunado.

La historia de los hilos le llamó la atención, pero la palabra afortunado le produjo una sensación más cómica que alegre.

—Si tomo el camino del color azul sobrio terminará por aparecer el rojo llamativo. ¿Es eso lo que quiere decir?

Keitaro creía haber comprendido el significado oculto de sus palabras.

—Eso es.

En ningún momento había tenido la intención de confiar plenamente en la adivina, pero marcharse así le producía una profunda insatisfacción. Si le hubiera dicho algo completamente ajeno a él le habría dado igual, pero aquellas palabras podían ajustarse a su caso.

—¿No tiene nada más que decirme? —le preguntó con cierto pesar.

—Bueno, tal vez ocurra algo en un futuro no muy lejano.

—¿Algo malo?

—No, nada malo, pero si no se mantiene atento fracasará, y de hacerlo no se recuperará.

19

LA CURIOSIDAD DE KEITARO no dejaba de crecer.

—¿A qué se refiere?

—No se sabe hasta que ocurre, pero no se trata ni de robos ni de accidentes relacionados con el agua.

—Y, aun siendo así, ¿no puede decirme nada concreto para evitar el fracaso?

—Podría, pero para ello debo realizar otro tipo de adivinación.

Keitaro no vio más remedio que decirle que continuara. La mujer volvió a dar la vuelta a las monedas con sus dedos hábiles y elegantes. A ojos de Keitaro apenas había diferencia entre lo de antes y lo de ahora, pero la anciana sí pareció notar algún cambio sustancial; prestaba mucha atención a lo que estaba haciendo.

—Ya lo veo, más o menos —anunció al fin.

—¿De qué se trata? —se impacientó él.

—En la adivinación solo se ven formas grandes que siguen la lógica del yin y el yang. Lo mejor que puede hacer es optar por lo más práctico cuando se vea en la situación de elegir. Solo puedo decirle que tiene usted algo propio y ajeno al mismo tiempo, algo a veces largo y a veces corto, que parece entrar y también salir. Acuérdesse de esto y todo irá bien.

Keitaro se quedó desconcertado. Por muy razonables que fueran sus argumentos según la lógica del yin y el yang, se sentía perdido en una densa niebla, sin nadie cerca a quien pedir ayuda. Le volvió a preguntar varias veces con la esperanza de obtener una respuesta más comprensible, pero a pesar de su insistencia no logró aclarar nada. Al final se marchó de allí sin dejar de oír el eco de aquellas palabras que parecían un acertijo formulado por un monje zen. Antes de irse, sin embargo, compró dos bolsas de picante y se las guardó en el bolsillo del quimono.

Al día siguiente, cuando se sentó a la mesa para desayunar y levantó la tapa del cuenco de la humeante sopa de miso, se acordó del picante y fue a buscarlo. Echó una buena cantidad en la sopa y se la tomó, resistiendo como podía el intenso picor. Reflexionó sobre esas formas grandes de las que le había hablado la mujer, aquellas que seguían la lógica del yin y el yang. En su mente flotaban aún como un éter sus palabras, pero no era tan crédulo como para darle al asunto más vueltas de las necesarias. No lo entendía del todo y eso espoleaba su curiosidad, le daba cierto encanto al misterio. Anotó las palabras de la mujer en un papel, para no olvidarlas, y lo guardó en un cajón.

Respecto a la cuestión de ver de nuevo a Taguchi o no, Keitaro interpretó que, según la anciana, la cosa estaba clara. No creía que se tratase de una cuestión de adivinación. Le parecía más bien que la mujer lo había empujado en esa dirección. Pensó en ir a casa de Sunaga para preguntarle si su tío ya había vuelto de Osaka, pero el recuerdo del incidente del automóvil aún le pesaba en el ánimo y se resistía a hacerlo. Tampoco le parecía oportuno llamar por teléfono. Lo mejor sería escribirle una carta, pensó. Le hablaría del incidente con palabras sencillas, como ya había hecho con su madre, y le preguntaría si su tío ya estaba en disposición de recibirlo. En caso afirmativo, le estaría muy agradecido si le pidiera que le dedicase unos minutos de su apretada agenda. Él, por su parte, se pondría a su entera disposición. Al fin y

al cabo, no tenía nada que hacer. El tono general de la carta daba a entender que Keitaro se había olvidado por completo de su furia anterior.

Echó la carta al buzón y pensó que la respuesta de Sunaga llegaría al día siguiente. Sin embargo, pasaron dos o tres días y, al no recibirla, empezó a preocuparse. Junto con la preocupación, también sentía un fuerte resentimiento por dejarse influir por las palabras de una adivina.

La mañana del cuarto día Taguchi en persona le llamó por teléfono.

20

KEITARO SE SORPRENDIÓ MUCHO cuando escuchó la voz de Taguchi al responder la llamada. Le preguntó si podía ir a verlo en ese momento, y Keitaro contestó que iría enseguida, pero, para no resultar demasiado brusco y colgar sin más, le preguntó si Sunaga le había llamado previamente. En efecto, le había llamado para ponerlo al corriente de la situación y, con el objetivo de no alargar más el asunto, el propio Taguchi había decidido resolverlo enseguida. Le pidió que se apresurara, le esperaba en su casa. Nada más decirlo, colgó.

Keitaro se puso la misma *hakama* del día anterior para dar buena impresión. Sacó del armario el sombrero de fieltro que acababa de comprarse y salió a la calle con la cara iluminada por una esperanza renovada hacia el futuro. El sol había fundido la escarcha de la mañana y resplandecía tenuemente. El viento estaba en calma, no parecía que fuera a acabar con esa calidez. Keitaro se subió al tranvía y se sintió flotar en esa luminosidad.

La casa de Taguchi parecía muy silenciosa en comparación con el último día en que Keitaro había estado allí. El mismo pupilo de siempre se presentó en la puerta con la *hakama* puesta y lo hizo sentir incómodo. De todos modos, tampoco se veía en la obligación de disculparse por lo ocurrido en sus anteriores encuentros y fingió indiferencia mientras le explicaba con gran cortesía los motivos de su visita. No habría sabido decir si su interlocutor se acordaba de él o no. El pupilo se limitó a asentir, aceptó su tarjeta de visita y desapareció en el interior de la casa. No tardó en regresar para guiarlo hasta el salón. Keitaro se calzó las zapatillas que le ofreció y entró como lo haría

cualquier otra visita. Nada más pasar al salón decorado al estilo occidental, sin embargo, dudó en cuál de las cuatro o cinco sillas que había allí debería sentarse. Se dejó aconsejar por la modestia y concluyó que la más pequeña de todas sería la elección correcta. Era una silla sin reposabrazos, sin ornamentos. Podía afirmarse que se trataba de la peor de todas.

El señor de la casa no tardó en aparecer. Al encontrarse frente a él por primera vez, Keitaro eligió palabras desacostumbradas para agradecerle la deferencia que había mostrado al recibirlo. El hombre le escuchó limitándose a asentir en un par de ocasiones, sin dar pie a ninguna conversación. No era que su actitud lo desilusionase, pero Keitaro no pudo evitar sentirse inquieto, pues se daba cuenta de que el eco de sus palabras no iba a durar mucho tiempo. Tras haber echado mano de todas las fórmulas de cortesía archivadas en su memoria, no supo qué hacer y no vio más alternativa que guardar silencio. Taguchi sacó un cigarrillo de la cajetilla y le ofreció uno.

—Ichizo me ha hablado de usted —le dijo—. ¿Qué clase de trabajo busca?

Keitaro no tenía nada especial en mente. Tan solo aspiraba a un puesto digno. La pregunta lo pilló desprevenido y solo acertó a responder con imprecisiones.

—Me siento preparado para cualquier cosa —dijo.

Taguchi se rio. Su gesto se relajó y dejó traslucir su buen humor. Se tomó la molestia de explicarle que, dada la cantidad de licenciados que había en la actualidad, por muchos conocidos que uno tuviera, era imposible obtener un buen puesto desde el principio. Keitaro ya lo sabía sin necesidad de que se lo explicase.

—Estoy dispuesto a hacer lo que sea —dijo.

—Me parece muy bien, pero no creo que esté usted dispuesto a convertirse en revisor de tren.

—Sí si es necesario. Mejor eso que no hacer nada. Si hay esperanza en el futuro, haré lo que sea. Me basta con poner fin a este padecimiento por no hacer nada.

—Si es así como piensa, lo tendré bien en cuenta y estaré atento a cualquier oportunidad. De todos modos, no creo que surja nada de manera inmediata.

—Se lo agradezco. Puede ponerme a prueba incluso en su casa. Quiero

decir, sírvase de mí si tiene asuntos personales que atender y lo considera oportuno.

—¿Estaría dispuesto a algo así?

—En efecto.

—En ese caso, tal vez tenga algo. ¿Le suponen algún problema las fechas?

—En absoluto. Cuanto antes mejor.

Llegados a ese punto, la entrevista se dio por concluida y Keitaro se marchó de allí invadido por un sentimiento de felicidad.

21

SE SUCEDIERON DOS O TRES DÍAS TEMPLADOS en pleno invierno. Desde la ventana de su cuarto, Keitaro contemplaba los árboles y el pedazo de cielo que se veía desde allí. Sentía que la luz cálida y tranquila de tonos anaranjados iluminaba el mundo solo para su goce. Tras la entrevista, por fin volvía a tener confianza en el futuro. Esperaba obtener un resultado favorable a sus intereses y dejaba pasar el tiempo mientras se entretenía con sus elucubraciones.

Al pedirle trabajo a Taguchi, había dado por supuesto que su petición implicaba algo más que la de cualquier otra persona. No solo estaba dispuesto a asumir los deberes y obligaciones implícitos de determinada profesión, sino también decidido a disfrutar de los estímulos que pudiera aportarle aun cuando no se tratase más que de una ocupación temporal. Entendía, dada la naturaleza de su carácter, que, si la sombra del éxito se cruzaba en su camino, algo brillante se mostraría ante él, una señal de que se encontraba ante algo excepcional, por encima del rango de los trabajos que se consideraban normales. Y así, un día tras otro, se dedicó a asolearse bajo aquella maravillosa luz invernal.

Alrededor de cuatro días más tarde, Taguchi llamó de nuevo. Quería pedirle algo, pero no quería obligarlo a ir hasta su casa y tampoco hablarle de ello por teléfono, pues resultaría demasiado largo y molesto de explicar. En

lugar de eso le había escrito una carta y se la había enviado por correo urgente. Le pidió que la leyese en cuanto la recibiera para estar al tanto de todos los detalles. Si no entendía algo, le dijo, podía llamarle para aclararlo. A Keitaro lo divirtió la situación. Se sentía como si estrenase gafas y viese todo con una nitidez sorprendente.

Se sentó a la mesa de su cuarto y decidió no moverse de allí hasta que llegase la carta. Mientras tanto dio rienda suelta a sus fantasías y trató de imaginar qué clase de asunto sería. A veces, en sus divagaciones se colaba sin pedir permiso la imagen de la mujer de espaldas que había visto en casa de Sunaga, pero pronto caía en la cuenta de que debía de tratarse de algo mucho más terrenal y se enfadaba por dejarse llevar por esos pensamientos. Lo cierto es que se impacientaba. El tiempo pasaba demasiado despacio.

La ansiada carta no tardó en llegar. Abrió el sobre ruidosamente. Leyó de la primera a la última palabra de golpe, sin respirar siquiera. «¡Ay!», exclamó nada más concluir.

El asunto que le confiaba Taguchi contaba con un halo romántico que jamás habría imaginado. La carta estaba redactada en un lenguaje sencillo y no hacía referencia alguna a sus intereses laborales. Ese mismo día, decía, un hombre de unos cuarenta años se apearía del tranvía destino a Mita en la parada de Ogawacho. El hombre en cuestión llevaría un sombrero negro y un abrigo jaspeado. Sería alto, delgado, con la cara alargada. Lo reconocería también gracias a un lunar característico entre las cejas. Su misión consistía en seguirlo, descubrir qué hacía después de bajar del tranvía e informarlo puntualmente. Por primera vez en su vida, Keitaro se sintió protagonista de una novela policiaca, pero también le pareció que Taguchi lo estaba poniendo a prueba para descubrir sus puntos débiles. Lo interpretó como una ofensa a su honra, se sintió culpable por dejarse utilizar como un perro fiel. Empezó a sudar por las axilas, su cuerpo se puso rígido, la mirada se le perdió en la distancia. Con la carta aún entre las manos, recordó las historias sobre Taguchi que le había contado la madre de Sunaga, sus propias impresiones cuando al fin lo tuvo delante. No le había parecido una mala persona y, a pesar de pedirle que espiese para él, aquello no tenía por qué implicar motivos espurios. Al final se relajó y volvió a notar cómo la cálida sangre fluía a través de los músculos. Tras despojarse de la idea de que debía hacer algo que iba contra sus principios morales, empezó a comprender lo

interesante del encargo. Era la primera vez que iba a tener una experiencia, un contacto real con el mundo. Releyó la carta y se convenció de que el resultado sería satisfactorio, aunque solo fuera por el aspecto de la persona a quien debía seguir.

22

DE LA DESCRIPCIÓN DE TAGUCHI dedujo que lo verdaderamente característico de aquel hombre a quien debía seguir era el lunar entre las cejas. En cualquier caso, no le pareció tarea sencilla encontrarlo con esas escasas referencias, y mucho menos en pleno invierno, bajo la luz tenue del atardecer, en tranvías atestados de viajeros que subían y bajaban. La jornada laboral del Ayuntamiento terminaba entre las cuatro y las cinco de la tarde y el tranvía de la línea Marunouchi en dirección al puente de Kanda iba siempre lleno. También debía tener en cuenta que, a las puertas de Fin de Año, las tiendas de Ogawa donde se suponía que tenía que esperar habrían desplegado ya sus banderas, gramófonos, músicos, la habitual iluminación eléctrica característica de esas fechas.

Todas esas consideraciones lo hacían dudar del éxito de su misión, lo hacían dudar de su capacidad para llevarla a buen término, pero la seguridad de que esa persona se apearía del tranvía vestido con un abrigo jaspeado y un sombrero negro de fieltro le dejaba un rayo de esperanza. De haber contado solo con la referencia del abrigo, no le habría bastado para localizar a nadie, pero un sombrero negro de fieltro llamaría enseguida la atención entre el colorido preferido por la gente. Tal vez el sombrero fuera la clave de su éxito.

Keitaro concluyó que, al margen del éxito o fracaso de su misión, no tenía más remedio que ir a la parada del tranvía. Miró el reloj. Acababa de marcar la una. Para llegar allí media hora antes de las cuatro le bastaba con salir a las tres. Aún disponía de un margen de dos horas. Se quedó tranquilamente sentado en su cuarto y pensó en cómo aprovechar el tiempo de la mejor manera posible. Sin embargo, solo conseguía darle vueltas y más vueltas a la imagen de una muchedumbre en el cruce en forma de T entre Mitoshiro y Ogawa, y no se le ocurría una estrategia adecuada que garantizase el éxito de

su misión. Cuanto más reflexionaba, más se atascaba en el mismo punto, sin saber cómo salir del atolladero. La angustia ante el fracaso agitó su pecho con la sombra de la inquietud. Pensó entonces que sería mejor acercarse a la zona y pasearse por allí hasta que llegase la hora. Tomó la decisión y, cuando se apoyó con ímpetu en el borde de la mesa para levantarse, le vino a la cabeza la advertencia que le había hecho la adivina de Asakusa unos días antes: en un futuro próximo iba a ocurrir algo y no debía olvidarlo. Aunque las palabras de la mujer solo le habían parecido un acertijo y le habían entrado por un oído y salido por el otro, se había tomado la molestia de ponerlas por escrito y había guardado el pedazo de papel en un cajón de su escritorio por si le resultaban útiles más adelante. Sacó el papel y leyó y releyó las palabras: «Solo puedo decirle que tiene usted algo propio y ajeno al mismo tiempo, algo a veces largo y a veces corto, que parece entrar y también salir. Acuérdesse de esto y todo irá bien». No tenía ningún sentido. Le dio la misma impresión que entonces, pero después de leerlo repetidamente pensó que con paciencia terminaría por extraer alguna conclusión de aquellas extrañas cualidades. La anciana le había dicho, además, que tenía algo que le pertenecía y que no debía olvidarse de usarlo en cuanto se presentase la ocasión. Si se concentraba en todo aquello no tardaría en dar con la respuesta, e incluso lo haría en un tiempo mucho más breve de lo que suponía. Decidió hacer un buen uso de esas dos horas de margen de las que disponía y resolver el enigma.

Empezó por la mesa que tenía enfrente. Siguió con los libros, las toallas, los cojines hasta llegar a la maleta, a unos cuantos calcetines tirados por ahí. Pasó una hora y no localizó nada que encajase con las palabras de la mujer. Empezó a irritarse. Su cabeza estaba cada vez más desordenada. Los pensamientos parecían pulular inquietos por la habitación, descontrolados, hasta el extremo de salir de allí y dispersarse por todas partes.

Pronto vio ante sus ojos la imagen de ese hombre alto, delgado, con un abrigo jaspeado y un sombrero negro de fieltro. Su cara se transformó en la de Morimoto. Reconoció su mostacho descuidado y gritó como si lo hubiera alcanzado una descarga eléctrica.

DESDE HACÍA MUCHO, el nombre de Morimoto tenía extrañas resonancias para él, pero en los últimos tiempos había terminado por convertirse en una señal. Su nombre estaba indisolublemente asociado al bastón (ya fuese como conexión entre ellos o como objeto interpuesto). Entre Morimoto y el bastón mediaba ya una distancia considerable, pero en ese instante ambas cosas le parecieron equivalentes.

Keitaro notaba cómo sus pensamientos se agitaban movidos por el flujo de sangre que el nombre de Morimoto estimulaba. Entonces pensó que, en realidad, ya no estaba claro a quién pertenecía el bastón. «¡Eso es!», exclamó en ese mismo instante, como si se agarrase a él entre las sombras negras que empezaban a disiparse.

Había sido capaz de resolver la primera parte del enigma de la adivina, pero aún había cuestiones pendientes, ese «algo a veces largo y a veces corto, que parece entrar y también salir». Se sentía como si hubiera recuperado la energía y se esforzó por asociar también aquellas propiedades al bastón.

En efecto, según el ángulo desde el que se mirase el bastón, podía parecer corto o largo. No quería abandonar esa línea de razonamiento, pero no tardó en concluir que era una interpretación un poco forzada. Dio marcha atrás para empezar de nuevo. Repitió una y otra vez «corto, largo». Había pocas probabilidades de que así llegase a una solución en poco tiempo. Miró el reloj. De sus dos horas de margen solo le quedaba media.

Dudó de sus capacidades para descifrar el enigma. Se preguntó si no se había metido en un callejón sin salida y si tanto esfuerzo no sería inútil. Como se veía incapaz de salir de ahí, decidió volver al punto de partida y probar con un nuevo camino, pero el tiempo del que disponía era demasiado escaso.

De todos modos, sí había alcanzado un cierto éxito. Era mejor pensar en ello como en un buen presagio y partir de ahí para llegar tan lejos como le fuera posible. En el transcurso de su confusa y sinuosa búsqueda, se agarraría a cualquier cosa, a la más mínima esperanza. La imagen del bastón se redujo entonces a la de la empuñadura en forma de serpiente. El largo cuerpo de la serpiente enroscada: algo corto y largo al mismo tiempo. Tuvo una iluminación que lo hizo saltar de alegría.

«Algo que parece entrar y salir...» El resto del enigma no le planteó demasiados quebraderos de cabeza. En la boca de la serpiente había algo. Podía tratarse de un huevo, de una rana, cualquier cosa, no estaba seguro, pero no se lo llegaba a tragar ni tampoco escapaba de allí. Eso es. Había dado con la clave.

Convencido de haber resuelto el enigma, Keitaro se levantó de la mesa. Prendió la cadena de su reloj al *obi*, alcanzó su sombrero y se dispuso a salir. Antes de ponerse la *hakama* se detuvo un instante. ¿Cómo haría para salir a la calle con el bastón sin que nadie lo viera?

Había pasado un tiempo considerable desde que Morimoto lo dejó en el paraguero, y podría haberlo cogido en cualquier momento sin temor a que el dueño de la casa se lo reprochara o sospechara de él. Pero antes de hacerlo necesitaba planearlo, esperar a que no hubiera nadie, llevárselo sin ser visto. Criado en una familia supersticiosa, su madre siempre le había dicho que, para usar objetos en los conjuros, había que hacerlo a escondidas de los demás. De otro modo, no surtirían efecto.

Bajó las escaleras hasta la mitad y desde allí estudió la situación.

24

EL DUEÑO ESTABA SENTADO, como de costumbre, junto a un gran brasero de porcelana en el salón de los seis tatamis. No se veía a su mujer por ninguna parte. Keitaro se agachó para mirar a través de los cristales de la puerta corredera, y en ese momento sonaron un timbre y un panel colocado en la pared justo encima de la cabeza del dueño. El hombre miró el número de la habitación desde donde llamaban y gritó algo en dirección a la habitación contigua. Keitaro regresó deprisa a su habitación.

Abrió el armario y sacó la *hakama* de tela de sarga. Se la puso, pero no la cerró. Se quitó los *tabi*, se puso unos calcetines y bajó de nuevo las escaleras. Miró de nuevo en el salón. El dueño no se había movido. Su mujer no estaba, y las criadas tampoco. No volvió a sonar ningún timbre. La casa estaba sumergida en un profundo silencio. El dueño permanecía inmóvil junto al brasero. Antes de alcanzar el final de las escaleras con la espalda acurrucada

del dueño aún a la vista, Keitaro pensó que no era un buen momento para salir. A pesar de todo, bajó y se acercó hasta la entrada. Como tenía por costumbre, el dueño le preguntó si tenía intención de salir y se dispuso a llamar a la criada para que preparase sus zapatos. Keitaro ya tenía bastante con evitar la mirada indiscreta del dueño y no quería que se presentase también la criada. Le dijo que no hacía falta. Descorrió la tela que ocultaba el zapatero y sacó los suyos. Por suerte, la criada no apareció, pero el dueño no dejaba de mirarlo.

—¿Podría hacerme un favor? —preguntó Keitaro—. Encima de la mesa de mi habitación está la *Revista de la Sociedad Legal*. Ya me he puesto los zapatos y me da pereza quitármelos. ¿Podría traérmela?

Le pedía a propósito esa revista, pues el dueño sabía algo de asuntos legales, y era consciente de que no había nadie mejor que él para aceptar el encargo. El dueño subió enseguida las escaleras con toda amabilidad. Mientras tanto, Keitaro sacó el bastón del paragüero, lo ocultó bajo su *haori* y salió a toda prisa antes de que el otro regresara. Se apresuró hasta Hongo sin dejar de notar en todo momento la empuñadura del bastón bajo su axila derecha. Nada más llegar, sacó el bastón y contempló la cabeza de serpiente. Sacó un pañuelo para quitarle el polvo. Lo agarró con la mano derecha y empezó a sacudirlo hacia delante y atrás al ritmo de sus pasos. Ya en el tranvía puso ambas manos sobre la empuñadura y apoyó el mentón encima de ellas. Suspiró aliviado del considerable esfuerzo que había realizado hasta ese momento y, una vez más, lo asaltó la preocupación ante la incógnita de si lograría o no su objetivo. No tenía ni idea de la manera en que podría servirle ese bastón que parecía haber robado para localizar al hombre a quien debía seguir. Lo sujetaba con fuerza entre sus manos. Le había costado mucho trabajo comprender si era suyo o de otra persona, si largo o corto, qué era lo que entraba o salía de él.

Se trataba de un bastón extraño, pero no por ello fuera de lo corriente. Resultaba demasiado ligero, incluso. Tanto si lo llevaba en la mano como si lo escondía bajo el quimono, en ninguno de los dos casos acertaba a averiguar cómo le iba a ayudar a localizar a aquel hombre. Carcomido por las dudas, miró a su alrededor. Tenía la cara lívida, como si tuviese una alta fiebre. Se avergonzó de lo que acababa de hacer, como si fuera el acto de otra persona. Para ahuyentar esos pensamientos, agarró el bastón con fuerza y

golpeó el suelo del vagón.

No tardó mucho en llegar a su destino. Se apresuró hasta Ogawacho desde la parada que quedaba frente al edificio de la YMCA. Aún eran las cuatro menos cuarto. Cruzó al otro lado de la calle inundada por el bullicio de los transeúntes y de los tranvías, y vio una garita de policía. Se quedó de pie junto a un buzón, con una actitud que bien podía ser la de un policía de guardia en su puesto. Observó la parte sur de la vía pública. Un poco más allá empezaba a arquearse ligeramente.

Una vez estudiado el escenario donde debía desempeñar su papel, se dispuso a hacer lo propio con los alrededores de la parada.

25

EN DIRECCIÓN OESTE respecto al buzón, a unos diez metros de distancia, vio un poste donde se anunciaba, con caracteres impresos en blanco, la parada de Ogawacho. Aunque no llegase a encontrar a aquel hombre entre la multitud, solo el hecho de encontrarse allí le hacía sentir que había llegado a tiempo al lugar en el que debía estar. Eso le ayudó a calmarse. Se alejó del poste para mirar a su alrededor.

Detrás de él, en los bajos de un edificio que parecía un almacén, había una tienda de porcelanas. Se fijó en una caja de madera que estaba colocada a modo de expositor, con muchos vasos de sake. También en una gran jaula de hierro de donde colgaban unos cuencos para el alpiste. Al lado de esa tienda había una peletería. Estaba decorada con la piel de un gran tigre que conservaba la cabeza, los ojos y las uñas de las patas, todo lo cual lo hacía parecer vivo. Keitaro miró fijamente los ojos de ámbar del animal. También vio cómo, al final de lo que parecía una larga y estrecha bufanda, aparecía la cara de un pequeño tejón. Le produjo una sensación extraña.

Sacó el reloj para calcular el tiempo del que aún disponía. Siguió hasta la siguiente tienda, una joyería. En el escaparate lucía la figura de un conejo de ágata transparente, sellos personales hechos de amatista de color morado, horquillas de jade para mujeres, anillos de oro y broches de malaquita.

Caminó de tienda en tienda hasta llegar a la galería comercial de Tenkado, y allí se encontró con el establecimiento de un ebanista. Vio un tranvía acercarse a sus espaldas y se detuvo justo al otro lado de la calle. Le extrañó. Se colocó junto a una tienda de artículos importados del extranjero donde también había una parada con el mismo nombre: Ogawacho. Se quedó allí de pie y esperó a que pasasen dos o tres más. Primero llegó uno con destino Aoyama, después otro que iba a Shinjuku vía Kudan, pero ambos venían directos desde el puente de Mansei y, por tanto, no debía preocuparse por la posibilidad de que el hombre del sombrero negro se apease en aquella parada. Cuando volvía sobre sus pasos para regresar al mismo lugar de antes, otro tranvía procedente del sur giró en la esquina de Mitoshirocho y se detuvo allí. En la placa situada en el exterior, encima del conductor, leyó que se dirigía a Sugamo. Entonces comprendió su negligencia. Para llegar a Ogawacho procedente de Mita después de pasar por Marunouchi y haber dejado atrás el puente de Kanda, se podía bajar tanto en la parada de la izquierda, donde estaba él en ese momento, como en la de la derecha, al lado de la tienda de porcelanas. Las dos se llamaban igual y no tenía forma de saber, por tanto, en cuál de las dos se apearía el hombre del sombrero negro.

Midió a ojo la distancia entre ambas y calculó que no habría más de cien metros, pero por muy cerca que estuvieran le iba a resultar imposible cubrir toda esa área.

El tranvía que él solía tomar en la casa de huéspedes conectaba Hongo con Mita. Era la primera vez que tenía noticia de que hubiera otra línea que cubría el trayecto desde Sugamo, pasando por Suidobachi, hasta Mita. Se culpó por no haberse dado cuenta siquiera de la existencia de las vías. Perdido y sin saber qué hacer, pensó en recurrir a Sunaga como última alternativa. De todos modos, apenas quedaban siete minutos para las cuatro. La casa de su amigo no estaba lejos de allí, pero ya no le quedaba tiempo de ir a buscarlo, explicarle la situación y pedirle ayuda. Incluso de haber podido contar con él, si el hombre al que buscaba se bajaba en la parada vigilada por Sunaga, este tendría que acercarse a informar a Keitaro. Una mano alzada o un pañuelo al viento no servirían de nada entre la multitud. Para avisarle tendría que gritar con tanta fuerza que llamaría la atención de toda la gente a su alrededor, y un tipo como Sunaga, tan cuidadoso de las formas, jamás haría nada parecido y, aun en el caso de hacerlo, el intervalo de tiempo

necesario para que Keitaro llegase hasta él haría que perdiera de vista a su hombre para siempre. Keitaro valoró los pros y los contras, y decidió entregarse a la providencia y limitarse a vigilar una sola parada.

26

KEITARO HABÍA TOMADO UNA DECISIÓN, pero no pudo evitar inquietarse, pues atribuía a la pereza el no querer moverse de allí a pesar de no saber si lograría o no su objetivo. Estiró el cuello para mirar una vez más la parada situada al este. No sabía si se debía a la posición en la que se encontraba, a la dirección o a que era su parada habitual, pero el ambiente le pareció más animado allí. Pensó en cambiar de posición, pero vaciló de nuevo. Vio entonces un tranvía que se dirigía a Edogawa. Tras comprobar que no se apeaba nadie, el conductor reemprendió la marcha antes de que hubiese pasado un minuto. Keitaro estaba de espaldas a un callejón estrecho que desembocaba en Nishikicho y dudaba si quedarse allí o cambiar de parada. Apenas prestaba atención al tranvía que ya había arrancado. En ese momento apareció un hombre corriendo por el callejón y se subió de un salto. Estuvo a punto de arrollar a Keitaro y le pidió disculpas desde dentro. Sus miradas se cruzaron por un instante y el joven se dio cuenta de que él miraba a sus pies. Al empujarlo le había dado una patada involuntaria al bastón y este había terminado en el suelo. Se agachó a recogerlo y vio cómo la cabeza de la serpiente miraba hacia el este. Lo interpretó como una señal.

—En ese caso, lo mejor es ir a la parada del este —dijo en voz alta.

Apretó el paso y regresó junto a la tienda de porcelanas. Se quedó de pie con la firme intención de vigilar a todos los pasajeros que se bajaran allí. En el poste de la parada estaba escrito: «Barrio 3º del distrito de Hongo». Escrutó con una mirada penetrante los dos o tres primeros tranvías que se detuvieron. Parecía alguien dispuesto a vengar la muerte violenta de sus padres, pero pronto su corazón se calmó y recuperó el ánimo.

La plaza que tenía ante sus ojos le parecía el escenario donde se desarrollaba la representación de un drama. Descubrió que había otros tres hombres con una actitud parecida a la suya. Uno de ellos, un policía de la

garita cercana. También estaba de pie y miraba en la misma dirección que Keitaro. Otro era un guardagujas y estaba frente a la galería comercial de Tenkado. El último, un hombre de mediana edad, agitaba alternativamente una bandera roja y otra verde como si se tratase de un código secreto. Todos ellos parecían aburrirse a ojos de los transeúntes, pero en realidad esperaban a que sucediera algo en cualquier momento.

Los tranvías llegaron uno tras otro. Venían atestados y resultaba casi imposible subir, pero aun así la gente se apretaba para hacer hueco. Keitaro observaba distraído la lucha a brazo partido que tenía lugar delante de él. Todo sucedía en apenas un minuto. La protagonizaban completos desconocidos que se juntaban primero para dispersarse después. El hombre del sombrero negro seguía sin aparecer. Quizá se había bajado en la parada situada al oeste, en cuyo caso su presencia allí era absurda y con aquel escrutinio de caras desconocidas no hacía otra cosa que fatigar su vista.

Esas dos horas febriles de su tiempo, invertidas con tanto entusiasmo en la mesa de su cuarto..., qué útiles le habrían resultado para pedirle a Sunaga que le echase una mano. Notaba cómo un sentimiento amargo se iba apoderando de él poco a poco. La luz del cielo se desvanecía y todo cuanto entraba en su campo de visión empezaba a teñirse de un tono azul apagado. Las farolas de gas y las luces eléctricas de los escaparates empezaron a iluminarse y a luchar contra el umbrío crepúsculo invernal.

Se dio cuenta entonces de que a unos dos metros de donde estaba había una chica con un peinado estilo *pompadour*. Ya llevaba allí un buen rato, sin dejar de observarlo todo, y, ahora que la veía por primera vez, Keitaro no pudo evitar sorprenderse.

27

VESTÍA UN ABRIGO LARGO que casi arrastraba por el suelo, de un color apagado poco adecuado para su edad. Bajo esa prenda, Keitaro imaginó colores más vivos, destinados a adornar el cuerpo de una mujer joven. Parecía esconderse a propósito de las miradas de la gente. Incluso ocultaba el cuello de su quimono con una bufanda de seda blanca. Nada en ella atraía la

atención de los demás a excepción de esa prenda que parecía flotar en la brisa ligera del atardecer. El color blanco, de hecho, denotaba un gusto que no se ajustaba a la estación del año, y eso fue lo que llamó la atención de Keitaro. Y no porque se tratara de algo incongruente o fuera de lugar. Más bien todo lo contrario. Rodeado del frío de la tarde, bajo un cielo que se oscurecía por momentos, le produjo una agradable sensación de frescura en mitad de una atmósfera cargada de hollín. Su atención se concentró en su cuello. Consciente de que la miraba, la mujer se movió un poco y, quizá a causa de la inquietud, levantó la mano derecha hasta la altura de la oreja para recolocarse el pelo. Su peinado estaba perfecto y ese gesto suyo le resultó vacío a Keitaro, pero la visión de su mano multiplicó su interés por ella.

No llevaba guantes de seda, como habría sido lo lógico en una mujer de su categoría. Sus delicadas manos estaban cubiertas con unos guantes de piel de cabra muy ajustados. Parecía como si las tuviera embadurnadas de cera de color, y al estirarlas ni siquiera se dibujaba en ellas una arruga. Cuando la manga del abrigo se deslizó hacia atrás, Keitaro vio que los guantes cubrían al menos nueve centímetros desde sus muñecas.

Sus ojos volvieron a dirigirse hacia un tranvía que se aproximaba. Una vez más, no dieron con la persona que buscaban. Volvía a disponer, pues, de un margen de dos o tres minutos hasta el siguiente y su corazón lo obligaba a concentrarse de nuevo en la mujer, eso sí, con la suficiente discreción como para pasar inadvertido.

En un principio Keitaro pensó que ella esperaba el tranvía en dirección a Hongo o a Kamezawacho, pero, cuando estos pasaron y no subió a ninguno de los dos, se extrañó. Supuso que, al contrario de esa gente que se aprieta como sea para hacerse un hueco dispuesta a soportar las mayores estrecheces, ella prefería esperar hasta que apareciese alguno más vacío. No tardó en llegar uno con el cartel de «Completo» apagado y con más de dos asientos libres, pero tampoco dio señales de querer subir y eso le extrañó aún más.

La mujer pareció darse cuenta de que había llamado la atención de Keitaro y, cada vez que él se movía, ella cambiaba de postura para evitar su mirada, como si abriese un paraguas en previsión de la lluvia. Miraba en dirección contraria o se alejaba dos o tres pasos. Keitaro empezó a sentir ciertas reservas y se esforzó por no mirarla más. Después de todo, pensó, parecía como si ella no conociese bien el lugar, como si estuviese en una

parada cualquiera y esperase un tranvía al que ni siquiera iba a subir. En ese caso, por qué no ayudarla. Hizo acopio de todo su coraje y volvió a mirarla. En ese mismo instante la mujer echó a andar, se acercó al escaparate de la joyería y se puso a mirar los anillos expuestos, unos abalorios para el *obi* y unos broches de coral. Tenía la frente casi pegada al cristal, como si quisiera borrar así la existencia de Keitaro. En esas condiciones, le pareció absurdo rebajarse por voluntad propia a ayudar a una desconocida que ni siquiera le había pedido ayuda.

Tampoco sus rasgos resultaban tan extraordinarios. Se había dado cuenta desde el principio. Vista de frente no estaba mal, pero de perfil su nariz resultaba excesivamente chata. En cambio, su piel era muy blanca y los ojos, claros. Las luces de la joyería iluminaban su rostro, sus mejillas carnosas. Keitaro estaba en su diagonal y ese juego de luces y sombras le devolvió el reflejo de un perfil extraño. Guardó la imagen de su cara en su memoria, la silueta bien proporcionada envuelta en un abrigo largo, y se concentró de nuevo en los tranvías.

28

LLEGARON DOS O TRES TRANVÍAS MÁS, pero en dirección contraria a la que esperaba Keitaro. Sacó su reloj del bolsillo del quimono y miró la hora con un gesto que daba a entender su renuncia a toda expectativa de éxito. Ya eran más de las cinco. Levantó la vista al cielo oscuro que tenía encima de su cabeza, como si fuera la primera vez que lo veía, y chasqueó la lengua con un gesto de amargura. El pájaro se había escapado de la jaula a pesar de todas sus precauciones. Lo más probable era que hubiera echado a volar en la parada del oeste y, en ese caso, tanto la profecía de la adivina como la señal de su bastón caído en el suelo no serían más que exasperantes patrañas. Contempló las luces que parpadeaban frente a él, como si quisieran engañar a la oscuridad de la noche, y se sintió engullido por la escena, atrapado en un sueño ajeno. Había perdido el interés, pero no la sensación de aturdimiento.

Decidió regresar lo antes posible a la casa de huéspedes. Quería volver a respirar normalidad, recuperar la conciencia. De pronto, el bastón solo le

parecía un objeto que se burlaba de él. En el camino de regreso, tan pronto como no lo viese nadie lo rompería en dos y lo tiraría al río Ochanomizu desde el puente de Mansei.

Se disponía ya a marcharse cuando volvió a pensar en la joven de antes. Se había alejado del escaparate de la joyería y había vuelto a acercarse. No estaría a más de dos metros de distancia. Era alta, con unas extremidades bien proporcionadas. Su mano derecha le llamó especialmente la atención. La dejaba caer con naturalidad, con gracia, completamente ajena a las miradas. Se fijó en sus dedos apretados, en su muñeca envuelta en un guante de aspecto suave, en el color de su piel, apenas perceptible en el espacio que la manga del abrigo dejaba a la vista. El viento había amainado y allí quieto el frío se hacía difícil de soportar. Hundía ligeramente su barbilla en la bufanda, la mirada baja. Tampoco ella se movía. Por su actitud, daba la impresión de estar ignorándolo a propósito. Keitaro, no obstante, buscaba evidencias de lo contrario. ¿Acaso no le lanzaba miradas como flechas cuando él se concentraba en localizar al hombre del sombrero negro? ¿No significaba eso que le prestaba la misma atención que él a ella? ¿No se habían pasado una hora entera jugando al gato y al ratón? De igual modo que no conocía la razón por la cual debía encontrar a un desconocido, tampoco sabía por qué había terminado por convertirse en el objeto de la atención de esa mujer.

Si caminaba un poco, pensó, tendría oportunidad de comprobar su reacción. Echó a andar despacio en dirección oeste y pasó por detrás de la garita. Para que la mujer no adivinara sus intenciones, no miró atrás, pero si no lo hacía no iba a tener forma de lograr su objetivo. Recorrió unos veinte metros, se detuvo frente a un escaparate que no le interesaba en absoluto, ante un abrigo de mujer con cuello de terciopelo, y se dio la vuelta despacio.

No la vio. Ni siquiera distinguió el color blanco de su bufanda de seda. Se puso de puntillas entre la multitud, sin resultado. No supo qué hacer. Eran más de las cinco y en caso de renunciar a su objetivo de encontrar al hombre no se iba a sentir culpable. En cuanto a la mujer, le habría gustado volver a verla sin esperar mayores consecuencias. Descartó la idea de que la mujer lo espiaba y decidió quedarse por allí un poco más.

Regresó por el mismo camino con paso apremiante. Pasó junto a la garita como si se dirigiese allí a buscar un objeto perdido, aprovechó una zona de penumbra para apostarse y vio a la joven en el mismo lugar de antes, ajena

por completo a su presencia.

29

KEITARO SE PREGUNTÓ si estaría casada o no. Su peinado estaba de moda entre todas las mujeres de la época y no le servía para sacar una conclusión. Volvió a observarla desde la penumbra protectora en la que se ocultaba y se preguntó a qué clase social pertenecía. Por su aspecto bien podía estar casada, pero a juzgar por su físico aún no debía de ser tan mayor. ¿Por qué llevaba entonces un abrigo de un color tan apagado?

Keitaro no sabía tanto sobre las mujeres como para entender de quimonos, de adornos y sus códigos, pero sí lo suficiente como para tener una idea al menos vaga de que una mujer joven elegía un color vistoso para ahuyentar así la lobreguez del mes de diciembre. Le extrañó, por tanto, que aquella mujer no hubiese añadido una nota de color a su juventud. Tan solo llamaba la atención la bufanda de seda blanca alrededor de su cuello, pero transmitía una sensación fría que solo hablaba de pureza. Todo lo demás quedaba oculto bajo un abrigo en sintonía con el cielo invernal.

Keitaro entendió que detrás de tanta sobriedad estaba la mano de un hombre. Más aún. En su comportamiento se notaba la compostura de una persona adulta. Su calma, su autocontrol no le parecían atributos adquiridos por la educación o el carácter. De igual modo que un pañuelo impregnado en perfume termina por perder su aroma al contacto con el aire, también ella parecía haber perdido su inocente timidez por culpa del contacto con una familia que ya no era la suya. Y no solo eso. Keitaro se había dado cuenta de cómo, a pesar de su aparente calma, el movimiento de sus músculos contradecía esa máscara exterior, y cómo aquello terminaba por evidenciarse en el movimiento de las cejas, de la boca, incluso en el lenguaje implícito de la totalidad de su cuerpo. Sus ojos se movían deprisa y hacía esfuerzos por controlarlos. Keitaro concluyó que su compostura tenía una relación explícita y directa con un intento de aplacar sus nervios.

No obstante, su apariencia, el aura que desprendía hablaban de equilibrio, de una serenidad no evidente a primera vista. En ese momento ya no se

movía. No echó a andar, no volvió a acercarse al escaparate de la joyería. Estaba de pie en la acera, en una actitud que solo cabría definir como elegante. El frío no parecía afectarla.

Junto a ella había otras personas. Todas ellas parecían impacientes por la llegada del tranvía. La mujer, al contrario, parecía aliviada por el hecho de haber perdido de vista a Keitaro. Miraba fijamente la esquina por donde giraban los tranvías.

Keitaro se acercó a la acera sin dejar de parapetarse tras la garita de policía. Desde allí observó a la mujer y le sorprendieron sus gestos. Vista de espaldas desde la penumbra con su abrigo triste, con su talla y su peinado, le produjo una impresión muy concreta. Sin embargo, al observar su cara sin ser visto, tuvo la impresión de estar ante una persona completamente distinta: una mujer mucho más joven, con unos ojos y una boca expectantes, henchidos de vitalidad. No se podía leer nada más en ese rostro. En su gesto, Keitaro identificó la ingenuidad de una mujer soltera.

Apareció un tranvía por el lado hacia el que miraba la mujer. Giró en la esquina y se acercó despacio por encima de las vías, formando una curva. Cuando se detuvo en la parada, se apearon dos hombres. Uno portaba una caja de cartón envuelta en papel. El otro se acercó a la mujer y se plantó frente a ella.

30

KEITARO VIÓ POR PRIMERA VEZ la sonrisa de la joven. Le había parecido que tenía una boca demasiado grande para esos labios demasiado finos, pero cuando mostró sus dientes perfectos, cuando se iluminaron sus ojos negros enmarcados por unas pestañas que casi entrechocaban, le produjo una sensación totalmente imprevista. Mitad sorprendido, mitad fascinado por esa cara risueña, Keitaro dirigió su mirada hacia su acompañante.

Se dio cuenta entonces de que aquel hombre llevaba puesto un sombrero negro. No llegaba a distinguir si su abrigo era jaspeado, pero sí vio que el sombrero era negro. Se trataba de un hombre alto y delgado de edad indeterminada, pero, sin duda, mayor que él. Calculó que rondaría los

cuarenta. Comprendió al fin que era el hombre al que tan denodadamente había buscado. Se alegró mucho de haber decidido no marcharse a pesar de lo tardío de la hora, y agradeció la presencia de la mujer. Al fin y al cabo, si se había quedado, había sido por ella y por la curiosidad que despertaba en él. Era una suerte tener la oportunidad de ofrecerle a Taguchi la información que con tanta paciencia había estado esperando, y no solo sobre el hombre x, sino también sobre la mujer y.

Ellos hablaban ajenos al ajetreo que había a su alrededor y también a la presencia de Keitaro. La mujer no dejaba de sonreír. El hombre también reía de vez en cuando. A juzgar por el modo de saludarse, era obvio que se conocían. Keitaro no apreció la cortesía que habitualmente se daba entre un hombre y una mujer, destinada a facilitar el contacto y al mismo tiempo a mantener las distancias. El hombre ni siquiera hizo el gesto de tocarse el ala del sombrero. Keitaro quería verlo de cerca, comprobar si tenía un lunar entre las cejas. De no ser por la mujer, se habría acercado con cualquier excusa, sin llegar a caer en la osadía.

Pero la mujer se lo impedía. Al margen de si tenía mala predisposición hacia él o no, lo que sí resultaba evidente era que sospechaba de él. En caso de dejarse ver, no solo demostraría poco tacto, sino que también alimentaría aún más sus sospechas, y con ello su objetivo se echaría a perder.

Keitaro concluyó que lo mejor era esperar el momento oportuno. Los seguiría a cierta distancia y trataría de escuchar fragmentos de su conversación. No le pareció necesario someterse a un examen de conciencia, valorar si aquello estaba bien o mal. Tan solo pensaba en que Taguchi, como hombre de mundo que era, sabría valorar sus esfuerzos y hacer buen uso del resultado.

El hombre pareció invitar a la mujer y ella pareció declinar con una sonrisa. Caminaron juntos en dirección a la tienda de porcelanas y desde allí en dirección al este. Avanzaban tan juntos que parecían ir de la mano. Keitaro se puso detrás y acompasó el ritmo al suyo. Si a ella le daba por mirar atrás, podría bajar la vista y evitar así las sospechas, como si solo fuesen peatones que coinciden caminando en la misma dirección por una avenida pública.

—ES MUY CRUEL obligar a alguien a esperar tanto.

Fue lo primero que Keitaro escuchó decir a la mujer, si bien no entendió la respuesta de su acompañante. De pronto empezaron a caminar más despacio y los tuvo tan cerca que casi le impidieron el paso. Si no quería chocar con ellos, no le quedaba más remedio que adelantarlos, pero para evitar que lo vieran entró en una tienda de dulces y se quitó del medio fingiendo que buscaba algo en un gran jarro de cristal lleno de galletas. Allí esperó a que reemprendieran la marcha. El hombre metió la mano en uno de los bolsillos del abrigo y se giró despacio para exponer a la luz algo que sujetaba en la mano derecha. Keitaro vio que se trataba de un reloj de oro.

—Aún son las seis —dijo el hombre—. No es muy tarde.

—Si son las seis es que ya es muy tarde —protestó ella—. Estaba a punto de irme.

—Lo siento mucho.

Reemprendieron la marcha. Keitaro se olvidó de las galletas y los siguió. Caminaron hacia Awajicho y allí doblaron por una calle estrecha que terminaba al pie de la cuesta de Surugadai. Keitaro se disponía a girar por la misma calle cuando los vio entrar en un restaurante occidental. Gracias a la intensa luz que salía del interior, al fin pudo ver con toda claridad sus rostros.

Cuando se alejaron de la parada del tranvía no tenía ni idea de adónde se dirigían y, al comprobar que entraban en un lugar tan corriente, no pudo evitar sorprenderse.

El restaurante se llamaba Takaratei y acababan de reinaugararlo. Solía ir por allí en su época de universidad, pero la fachada había sido remozada y en la parte orientada al sur lucía la escultura de un águila. Se acordaba bien de haber comido con cuchillo y tenedor en algunas ocasiones, sentado a una mesa junto a la que había un cartel publicitario de cerveza de Múnich, en una sala con las paredes pintadas en un color azul pálido.

Keitaro había imaginado que al seguirlos habría terminado por llegar a un sitio sofisticado y laberíntico, perfumado con aromas púrpuras, y aquel lugar, con su olor a patata y carne asada, le resultó de lo más ordinario. En cualquier caso, le convenía mucho más que un establecimiento discreto donde no le

habrían permitido entrar y de donde ya no los habría visto salir. Por suerte llevaba suficiente dinero encima para comer algo. El frío y el olor familiar de la comida le habían dado hambre.

Se dispuso a subir tras ellos a la planta de arriba, pero enseguida comprendió que bajo esa luz tan intensa la mujer podría reconocerlo, lo cual la pondría alerta, pues se daría cuenta de que la seguía. Caminó durante un rato bajo la luz de la calle y recorrió la distancia de una manzana en la penumbra. Después dio media vuelta, como si su sombra quisiera atrapar a su cuerpo, y regresó hasta la luminosa entrada del restaurante. Entró.

Como había estado allí varias veces, conocía bien su distribución. La planta baja no disponía de mesas. Las comidas se servían en la primera y en la segunda, pero esta última solo se abría cuando la primera estaba llena. Seguramente estarían allí, en uno de los reservados o en las mesas del fondo. En caso contrario, los buscaría. Cuando subió, se encontró con que un camarero lo esperaba al pie de la escalera con su chaqueta blanca, para acompañarlo a su mesa.

32

LLEVABA EL BASTÓN EN LA MANO y el camarero se hizo cargo de él enseguida. Le pidió que lo siguiera, se dio la vuelta y lo guio hacia la parte derecha de la sala. Keitaro siguió el bastón con la mirada para ver dónde lo colocaba el camarero, y en ese mismo lugar vio colgado el sombrero negro del hombre al que seguía, su abrigo jaspeado y al lado el de la mujer. El camarero apartó uno de los abrigos para dejar el bastón. Keitaro reparó en la bufanda de seda blanca. En cuanto la cabeza de la serpiente de la empuñadura quedó oculta tras el abrigo, echó un vistazo a su alrededor para localizar a la pareja.

Por fortuna para él, la mujer estaba de espaldas. A no ser que fuera estrictamente necesario o que actuara movida por una curiosidad irrefrenable, una mujer educada nunca se giraría para ver quién entraba o salía. Lo dictaba un mínimo sentido de la elegancia. Respiró aliviado. Como había previsto, la mujer no se dio la vuelta, y Keitaro se sentó en la mesa de al lado. El hombre

levantó la vista para mirarlo. La mesa estaba decorada con un bonsái de pino y otro de ciruelo plantados en sendas macetas de porcelana china. El hombre tenía delante un plato de sopa. Intercambió una mirada con el recién llegado sin levantar la cuchara del plato. Entre ellos no habría más de dos metros de distancia. La luz eléctrica intensificaba el resplandor de los manteles en las mesas. En tan ventajosas circunstancias, y para su gran satisfacción, Keitaro pudo ver al fin la cara del hombre. En efecto. Tenía un lunar en el lugar exacto del que le había hablado Taguchi.

Excepto por el lunar, Keitaro no apreció nada digno de mención en sus rasgos. Los ojos, la nariz y la boca, examinados uno por uno, eran corrientes, pero el conjunto se disponía de tal modo que le otorgaba la innegable elegancia de un caballero. Cuando sus ojos se encontraron con los de Keitaro y no levantó la cuchara del plato, le dio la impresión de que había cierta nobleza en su porte. Nada más sentarse, se puso a reflexionar sobre lo que normalmente se entendía por «espiar». Ni en su apariencia ni en su actitud había nada que lo hiciera digno de ser espiado. A pesar de examinar sus facciones en detalle, no encontró ningún indicio de que guardase importantes secretos. Se acomodó y no pudo evitar cierta decepción. Sin duda, no menos de un tercio del interés que le había suscitado el encargo de Taguchi se evaporó de repente. Lo asaltaron muchas dudas sobre la idoneidad de semejante trabajo.

Después de pedir, Keitaro se quedó mirando al vacío. Sus manos no tocaron el pan que le sirvieron. Quizá por consideración al comensal recién instalado, el hombre y la mujer dejaron de hablar durante un rato, pero para cuando le sirvieron la sopa la pareja ya había recuperado el ánimo, y Keitaro prestó atención a lo que decían:

—No. Esta noche no puedo. Tengo algo que hacer.

—¿El qué?

—Algo importante. Algo de lo que me cuesta hablar.

—Pues, en ese caso, no hables. Sé perfectamente de qué se trata. ¿No tienes bastante con la desconsideración de haberme hecho esperar tanto?

La mujer parecía sollozar. El hombre, consciente de que no estaba solo, se rio en voz baja y la conversación terminó en ese punto. No la retomó hasta un poco más tarde, como si de pronto hubiese recordado algo:

—Es tarde. Vamos a dejarlo por hoy.

—No es tarde en absoluto. Si tomamos el tranvía llegaremos enseguida.

La mujer insistía. El hombre vacilaba. Keitaro se dio cuenta. No obstante, respecto a ese lugar al que tenían intención de ir, no sabía absolutamente nada.

33

KEITARO CLAVÓ LA MIRADA en el cuchillo y en un pedazo de zanahoria que había en el plato. Tenía la esperanza de comprender de qué hablaban si seguía prestando atención. La mujer no dejaba de insistir y el hombre se zafaba como podía. A pesar de todo, él la trataba con cariño, empeñado, quién sabe por qué, en no hacerla enfadar.

Cuando le sirvieron a Keitaro la carne con judías, la mujer empezó a ceder. El joven esperaba que ella insistiese y que su acompañante terminase por rendirse. Por eso, al descubrir su debilidad se sintió decepcionado. Le habría gustado escuchar, al menos, el nombre del lugar del que hablaban. No lo habían mencionado. No debía de hacerles falta. Simplemente cambiaron de tema y él quedó sumido en la ignorancia.

—En ese caso —capituló la mujer al cabo de un rato—, no hace falta ir, pero dámelo.

—¿A qué te refieres? —preguntó él.

—Lo del otro día, ya sabes.

—No entiendo nada.

—¡Qué descortesía! ¡Otra más! Sabes perfectamente a qué me refiero.

Keitaro tenía ganas de levantarse y mirar. Escuchó unos pasos en la escalera y entraron tres clientes con gran alboroto. Uno de ellos vestía uniforme militar y botas altas. A cada paso se escuchaba el golpeteo de la espada colgada a su cintura. Los acompañaron a una sala situada a la izquierda. El alboroto interrumpió la conversación del hombre y la mujer. La curiosidad de Keitaro también se vio afectada hasta que la espada dejó de refulgir.

—Lo que me enseñaste el otro día. ¿Me entiendes? —insistió al fin la

mujer.

El hombre no dijo ni sí ni no. Keitaro no tenía forma de saber de qué hablaba. Lamentó que la mujer no hablase más claramente. Quería saber de qué se trataba.

—¿Cómo voy a traer semejante cosa a un lugar como este? —protestó el hombre.

—No digo aquí y ahora, solo que me lo des la próxima vez que nos veamos.

—Si tanto lo deseas te lo daré, pero...

—¡Qué bien!

Keitaro quiso ver la cara de la mujer. También la del hombre, pero, al pensar en la posición en la que estaba sentado, se dio cuenta de que era imposible y se limitó a mirar distraídamente de frente, pues no sabía a qué otro lugar dirigir su mirada.

Un camarero subió la escalera con dos platos. Los puso delante del hombre y la mujer y se llevó los vacíos.

—Es un ave pequeña —dijo el hombre—. ¿No quieres probar?

—No, gracias. Estoy llena.

No parecía dispuesta siquiera a tocar el asado, pero a cambio movió las mandíbulas mucho más que su acompañante. Del torrente de sus palabras, Keitaro dedujo que le pedía un coral o alguna clase de piedra preciosa. El hombre le dio muchas explicaciones. Parecía un experto. Keitaro ni comprendía ni sentía interés alguno por lo que decía. Él le estaba contando a su acompañante que había réplicas muy fieles hechas con una especie de pasta con huellas impresas en la superficie, que servían para engañar a los incautos. Sin embargo, se distinguían bien, pues tenían un tacto más áspero. Keitaro entendió que el hombre había prometido darle una de esas raras piezas que no debían de ser fáciles de conseguir.

—Te lo daré —le aseguró—, pero ¿qué vas a hacer con él?

—¿Y tú? ¿Qué va a hacer un hombre como tú con algo así?

EL HOMBRE preguntó de pronto:

—¿Prefieres dulce o fruta?

—Me da igual —dijo ella.

Aquel sencillo intercambio anunciaba que el final de la comida estaba cerca. Keitaro se lo tomó como un aviso, como una señal del deber cumplido. Había elaborado un plan para seguirlos en cuanto salieran del restaurante. No era buena idea hacerlo al mismo tiempo, precipitarse y terminar por perderlos entre la multitud. Para evitarlo, no le quedaba más remedio que adelantarse, esperar escondido en alguna parte. Debía pagar lo antes posible. Llamó al camarero y pidió la cuenta.

El hombre y la mujer charlaban tranquilamente. No abordaban ningún tema en concreto y no tenían, por tanto, oportunidad de intercambiar opiniones, de expresar sentimientos. Solo se trataba de una charla intrascendente que saltaba de aquí para allá como nubes que salpican el cielo. La mujer hizo un comentario sobre el característico lunar del hombre:

—¿Por qué tienes un lunar precisamente ahí?

—No me ha salido de repente. Lo tengo desde que nací.

—Pero es muy feo, ¿no te parece?

—Por muy feo que sea, no hay nada que hacer. Es de nacimiento.

—Deberías ir a un cirujano para que te lo quite.

Keitaro tenía la cara agachada y casi se reflejaba en el cuenco que le habían proporcionado para lavarse las manos. Sonrió. El camarero regresó con la vuelta. Se levantó en silencio después de pagar y se acercó a la escalera haciendo todo lo posible por no llamar la atención. A pesar de todas sus precauciones, el camarero dio un grito hacia abajo:

—¡Se marcha un cliente!

En ese mismo instante se dio cuenta de que había olvidado el bastón. Aún estaba en el perchero, oculto tras el abrigo de la mujer. Keitaro regresó en silencio y lo sacó de allí con precaución. Al agarrarlo por la empuñadura, notó la suave caricia del forro del abrigo en la mano. Volvió hasta la escalera casi de puntillas y bajó deprisa. Nada más salir a la calle, cruzó la avenida por donde pasaba el tranvía. Vio una tienda de ropa occidental de segunda mano y esperó allí, al contraluz del escaparate. En esa posición, estaba seguro, no lo verían al salir, tanto si se dirigían a Renjakucho después de doblar la esquina de Nakagawa como si salían directamente hacia la cuesta de Surugadai. En

ninguno de los dos casos los perdería de vista. Se quedó allí plantado, vigilando la puerta con el bastón en la mano.

Al cabo de diez minutos empezó a preocuparse. No había visto moverse siquiera una sombra bajo la luz del restaurante. No tenía más opción que observar las ventanas iluminadas de la segunda planta y esperar a que se levantasen lo antes posible. Notaba los ojos cansados, contemplaba el cielo completamente oscuro más allá del tejado. Hasta ese instante ni siquiera había caído en la cuenta de que se había hecho de noche. Empezó a caer una lluvia fría y su corazón se entristeció. Pensó que la pareja se había comportado con discreción por su culpa y que estaban aprovechando ahora para tratar los asuntos importantes que habrían sido fundamentales para su misión. Contempló de nuevo el cielo negro. Lo carcomían las sospechas y no tardó en imaginar a la pareja mirándose el uno al otro.

35

SE ARREPINTIÓ DE HAVERSE PRECIPITADO, de haberse dejado llevar por una excesiva cautela, pero, de todos modos, si se hubiera quedado sentado allí dentro, la pareja no habría llevado la conversación más allá de lo estrictamente normal. Habría obtenido el mismo resultado y, al comprenderlo, se resignó a seguir vigilando y a soportar el frío. Notó el impacto de dos gotas en el sombrero y levantó la vista. Sobre su cabeza reinaba la oscuridad, un silencio infinito en comparación con la avenida atravesada por tranvías. Quería notar la lluvia en la cara, ver caer las gotas desde lo alto de esa masa oscura e indefinida. Al final dejó de preocuparse por la lluvia y se preguntó por qué se sentía tan inquieto bajo un cielo de tal quietud. También sintió que toda la responsabilidad de la situación recaía en el bastón de bambú que sujetaba entre las manos. Tenía la empuñadura agarrada con firmeza. La sacudió dos o tres veces como si así protestase contra el frío. En ese momento, las sombras de las personas que esperaba se proyectaron en la entrada del restaurante. Lo primero que vio fue la bufanda de seda blanca envolviendo el cuello fino y largo de la mujer. La pareja salió a la avenida y echó a andar en dirección contraria adonde se encontraba

Keitaro. Sin esperar más, este cruzó a la otra acera. Caminaban despacio, disfrutando de la decoración de las tiendas. Keitaro se vio obligado a seguirles el ritmo y no le resultó sencillo. El hombre fumaba un habano que desprendía un intenso olor. Cuando expulsaba el humo, este se extendía ante él visiblemente antes de disiparse en la oscuridad de la noche. El agradable olor del cigarro le llegaba a Keitaro solo de vez en cuando, en función de la dirección del viento. Aún se estaba esforzando por acompasar su paso al de la pareja. Como el hombre era alto, desde atrás podía pasar por un occidental. Sin duda, el fuerte olor del habano contribuía a dicha ilusión. Pensó en la mujer y se la imaginó como la amante de un occidental, orgullosa de los guantes de cuero que le había regalado. Era una idea divertida. Entretanto llegaron a la parada donde se habían encontrado. Se detuvieron unos instantes y después cruzaron a la otra acera. Keitaro los imitó. La pareja cruzó entonces la esquina de Mitoshirocho. Keitaro volvió a imitarlos. Se dirigían hacia el sur. Cuando hubieron recorrido más o menos media manzana, llegaron a un poste metálico pintado en rojo. Se detuvieron justo al lado. Keitaro comprendió que se disponían a tomar el tranvía de la línea Mita en dirección sur. También él subiría. De pronto ambos miraron hacia Keitaro, como si se hubieran puesto de acuerdo. El tranvía asomaba tras él. Se inquietó. Tiró del ala de su sombrero para calárselo lo máximo posible. Se tapó la cara con las manos, intentó ocultarse bajo el alero de un tejado e intentó hacerse pasar por un transeúnte que también esperaba el tranvía.

Este no tardó en aparecer. Keitaro pensó en subir después de ellos para despertar las mínimas sospechas posibles. Se quedó indeciso donde estaba. La mujer subió arrastrando el abrigo. El hombre se quedó de pie en la calle, con las manos metidas en los bolsillos. Había ido a despedirla. Keitaro, a decir verdad, tenía más curiosidad por ella que por él. Si se despedían, él preferiría seguir a la mujer, pero no era esa la misión que le había encomendado Taguchi.

tranvía. Era invierno y todas las ventanas estaban cerradas. Ella no se molestó en abrir una para sacar la cabeza y sacudir la mano. A pesar de todo, el hombre no se movió hasta que el vagón desapareció de la vista. La fuerza eléctrica lo empujó de prisa hacia el sur, haciendo innecesarios los saludos. El hombre apagó el cigarro en el suelo, desanduvo el camino hasta el cruce de tres calles y tomó el de la izquierda para detenerse frente a una tienda de objetos importados de China. Allí estaba la parada donde Keitaro se había enfrentado a la multitud hacía un rato y donde casi había perdido el bastón. Siguió al hombre hasta allí. En el escaparate había corbatas nuevas, sombreros de seda, mantas con curiosos estampados; todos ellos objetos que no le interesaban en absoluto. El encanto del trabajo de detective, pensó, desaparecía si se tenía en cuenta toda la cautela que debía observar en cada una de sus acciones. No se aburría por la ausencia de la mujer, pero se sentía como si cierta incomodidad que había mantenido a raya hasta entonces lo estuviera venciendo por fin. Su encargo se había extendido ya por espacio de dos horas. Era momento de retirarse e irse a dormir. La misión estaba cumplida.

Llegó el tranvía que esperaba el hombre del sombrero negro. Se agarró al pasamanos de la puerta de entrada y subió, no sin dificultad considerando su altura. Keitaro dudó hasta el último momento y al final se decidió a subir también. No había demasiada gente y los pasajeros podían observarse sin mayores dificultades. De hecho, nada más subir cinco o seis pares de ojos se clavaron en él. Entre ellos, los del hombre del sombrero negro que acababa de ocupar un asiento. Notó que estaba sorprendido, pero no parecía sospechar que lo estuviera siguiendo. Keitaro se hizo el despreocupado y se sentó a propósito en el mismo lado. Ni siquiera sabía hacia dónde iba el tranvía. En un cartel impreso con letra negra leyó «Edogawa». En cualquier caso, se bajaría tan pronto como lo hiciera el hombre. Este iba mirando al frente sin sacar las manos de los bolsillos y de vez en cuando bajaba la vista hacia sus rodillas. De haber tenido que describirlo, Keitaro habría dicho que parecía estar pensando en algo sin pensar en nada.

El tranvía llegó a Kuranshita y el hombre empezó a alargar el cuello de tanto en tanto para mirar fuera. Keitaro también lo hizo, pero no era fácil ver nada en el exterior. Escuchó el golpeteo de la lluvia contra la ventana. Miró su bastón y pensó que habría hecho mejor en coger el paraguas.

Después de haberlo observado en el restaurante, de haber comprobado que no sospechaba nada, Keitaro pensó que había llegado el momento de informar a Taguchi, hablarle de su conversación con la mujer y dejarse de suposiciones. Aunque, de todos modos, ya era demasiado tarde. Mientras trataba de decidir cuál sería el momento más adecuado para ello, el tranvía llegó a la última parada. La lluvia arreciaba y en cuanto el tranvía se hubo detenido el ruido del chaparrón se superpuso a cualquier otro. El hombre dijo en voz alta: «¡Qué fastidio!», se subió el cuello del abrigo y se arremangó los bajos del pantalón.

Keitaro se apoyó en el bastón y se levantó. Nada más salir bajo la lluvia, el hombre llamó a un *rickshaw*. Keitaro también. El conductor le pidió la dirección y, en cuanto él le dijo que siguiese al de delante, echó a correr.

Al pasar junto a la comisaría de Yarai, el conductor volvió a preguntarle adónde se dirigía. Habían perdido de vista el otro *rickshaw*. No había nada que hacer. Keitaro jugueteó con el bastón, incapaz de decidir qué dirección tomar bajo la fuerte lluvia.

3.

4.

EL INFORME

1

CUANDO SE DESPERTÓ, Keitaro se extrañó de encontrarse en la habitación de seis tatamis a la que tan acostumbrado estaba. Todo lo ocurrido el día anterior parecía perfectamente real y, al mismo tiempo, un sueño incoherente. Quizá fuera más acertado describirlo como una ensoñación muy real, que en su memoria iba acompañada del recuerdo de haber caminado por la ciudad totalmente embriagado, como si esa embriaguez abarcara el mundo entero. Así, tanto la parada como el propio tranvía estaban también impregnados de esa embriaguez. Lo mismo sucedía con la joyería, con el guarnicionero o con aquella tienda donde ondeaba una bandera azul y roja. El mismo ambiente inundaba la segunda planta del restaurante occidental, al hombre con el lunar característico entre las cejas, a la mujer de piel blanca sentada frente a él. El lugar en el que estuvieron hablando, el coral que el hombre había prometido regalarle, todo estaba rodeado de una atmósfera de embriaguez, pero donde más se concentraba esa sensación era en el bastón de bambú y, cuando, sujetándolo entre las manos bajo la capota del *rickshaw*, Keitaro vaciló respecto a qué dirección tomar, esa sensación alcanzó su punto álgido, como si lo hubiera poseído el espíritu de un zorro. Contempló el pavimento mojado de la calle, tristemente iluminado por la luz de las tiendas, la comisaría en lo alto de la cuesta, los árboles negros a la izquierda, y se preguntó si su misión de aquel día había llegado a su fin. No vio entonces otra solución que pedirle al conductor que regresara a Hongo.

Miró el techo sin levantarse del futón. Ante sus ojos pasó la secuencia de

lo ocurrido el día anterior, todos los acontecimientos uno tras otro, como si se tratara de un gusano de seda expulsando su hilo, una persistente sensación de resaca. Llegó a un punto en el que no pudo continuar soportando aquel sueño flotante y, a pesar de todo, las imágenes siguieron sucediéndose sin remedio. Quizá algo lo había poseído mientras dormía. Inevitablemente pensó en el bastón.

Veía al hombre y a la mujer del día anterior con la misma claridad que si contemplase un cuadro. Sus ropas, su forma de caminar, sus rostros, todo ello se reflejaba en su memoria como si lo viera en un espejo. Tenía la impresión de encontrarse en un país lejano a pesar de verlo todo con tal nitidez. Los colores, las formas llegaban a él con una sorprendente viveza y no podía evitar la sensación de que ese extraño influjo tenía su origen en el bastón. Cuando al fin llegó a la casa de huéspedes, después de haberle pagado un precio desorbitado al conductor del *rickshaw*, entró en su cuarto sin darse cuenta de que aún llevaba el bastón en la mano y, antes de irse a dormir, lo dejó de cualquier manera al fondo del armario, como si hubiera asumido que debía estar en un lugar resguardado de las miradas de la gente.

Por la mañana, su empuñadura en forma de cabeza de serpiente no le pareció tan oscuramente cargada de significado. Menos aún cuando pensó que debería ir a ver a Taguchi para informarlo de los resultados de su investigación. Sentía que había estado actuando sumido en la embriaguez y, si hubiera tenido que elaborar un informe de cierta utilidad, no habría sabido decir si había alcanzado el éxito o el fracaso. Tampoco sabía si, fuera lo que fuera el resultado, se lo debía al bastón. Sin moverse aún de la cama, pensó que sí, en efecto, se lo debía al bastón, pero, por otra parte, se negaba a aceptarlo.

Debía sacudirse el malestar como fuera. Se levantó de un salto. Bajó al lavabo y se aseó la cabeza con un agua casi congelada. Por fin le pareció que empezaba a sacudirse el sopor del día anterior, como si se lo arrancase desde la mismísima raíz del pelo, y gracias a ello volvió a sentirse el de siempre. Regresó a su cuarto más animado. Abrió la ventana y miró hacia el este. Dejó que el sol, que asomaba por encima del bosque de Ueno, bañase su cuerpo. Respiró profundamente no menos de diez veces. Se sentía mentalmente reconfortado. Encendió un cigarrillo y trató de ordenar los hechos sobre los que debía informar a Taguchi.

2

EN CUANTO EMPEZÓ a sintetizar lo esencial de lo ocurrido el día anterior, Keitaro llegó a la conclusión de que no había pasado nada interesante, y eso lo inquietó. A pesar de todo, se impacientó porque quería entregar su informe esa misma mañana y llamó a casa de Taguchi para preguntar si podía recibirlo. Después de hacerlo esperar mucho tiempo, el mismo chico de siempre le dijo que no había problema. No esperó un minuto más y salió hacia Uchisaiwaicho.

En la puerta de la casa de Taguchi había dos *rickshaws*. En el zaguán de la entrada, un par de zapatos y una *geta*. Al contrario del día anterior, lo hicieron pasar a una habitación decorada al estilo japonés. Era un espacio amplio de unos diez tatamis y, en el gran *tokonoma* que presidía la estancia, había dos pinturas en rollo. El pupilo le ofreció un té verde servido en un cuenco profundo. También le llevó un pequeño brasero de madera de paulonia y le ofreció un cojín. No vio a ninguna mujer.

Keitaro se sentó formalmente en mitad de la amplia habitación y aguardó inquieto a escuchar los pasos del dueño de la casa acercándose. Pero Taguchi parecía no terminar con los otros invitados, y se hizo esperar mucho tiempo. Keitaro no vio más remedio que entretenerse de cualquier manera y se puso a pensar en cosas como el precio de aquellas pinturas de colores, desvaídos de tan antiguas como eran. Acariciaba el borde del brasero y volvía a adoptar una posición formal con las manos en el regazo, encima de la *hakama*. Como a su alrededor todo estaba muy bien dispuesto, no le resultaba fácil relajarse. Pasó el tiempo y quiso ojear lo que parecía un álbum de fotos colocado sobre una estantería, pero la elegante y resplandeciente cubierta parecía impedirselo, como si solo se tratase de un objeto decorativo.

Al cabo de una media hora, se presentó aquel hombre que parecía tan empeñado en poner a prueba su paciencia.

—Siento el retraso —se disculpó—. La visita no quería marcharse.

Keitaro contestó con un breve y adecuado saludo a las excusas de Taguchi y se inclinó con cortesía. Se dispuso inmediatamente a dar cuenta y razón de los acontecimientos del día anterior, pero, mientras dudaba sobre el orden en el que enumerarlos, perdió la oportunidad de hablar. Taguchi parecía estar muy ocupado, o al menos eso es lo que daba a entender con su

forma de expresarse y su actitud, pero al mismo tiempo mostraba una gran calma espiritual y no parecía tener ninguna prisa por escuchar el resultado de las pesquisas. Hablaba de temas tan triviales como las heladas en el distrito de Hongo, le preguntaba si no soplaba mucho el viento en la segunda planta de la casa de huéspedes, donde estaba su cuarto, si tenía teléfono para él solo, etcétera. Keitaro contestaba a sus preguntas para satisfacerlo, pero, mientras se desarrollaba aquella insignificante charla, Taguchi parecía estar examinándolo. Lo notaba vagamente, pero no llegaba a entender el porqué. Fue en ese momento cuando le preguntó de repente:

—¿Cómo le fue ayer? ¿Salieron bien las cosas?

Keitaro sabía que iba a preguntárselo antes o después. Para ser honesto en su respuesta debería admitir que no lo sabía, pero no quería que Taguchi lo interpretase como una señal de menosprecio. Vaciló un poco.

—Sí —dijo al fin—. No me resultó fácil, pero encontré a la persona que me indicó.

—¿Tenía un lunar entre las cejas?

Keitaro le explicó que lo había reconocido precisamente por eso.

—¿Vestía como le dije? —continuó preguntando Taguchi—. ¿Llevaba un sombrero negro y un abrigo jaspeado?

—Sí.

—En ese caso, no creo que se haya equivocado. Se apeó en Ogawacho entre las cuatro y las cinco, ¿verdad?

—Se retrasó un poco.

—¿Cuánto?

—No sabría decirle. Cuando llegó serían algo más de las cinco.

—¿Algo más de las cinco? ¿Y por qué lo esperó tanto? Dije entre las cuatro y las cinco. Pasado ese tiempo ya no era su responsabilidad. ¿Por qué no se marchó? Habría bastado con decir que no se había presentado.

Keitaro jamás se habría imaginado que un hombre mayor, que hasta ese momento se había mostrado siempre de buen humor, fuera a soltarle de pronto semejante reprimenda.

3

KEITARO SIEMPRE HABÍA PENSADO que Taguchi era un hombre típico de un barrio popular, pero cuando lo reprendió con aquel aire marcial no supo cómo reaccionar. De haber tenido más confianza le habría dicho que lo hizo por él, pero no era el caso.

—Fue por decisión propia —dijo—. Solo eso.

Al escucharlo Taguchi se ablandó y su tono recuperó el buen humor de siempre.

—Resulta de lo más conveniente para mí, pero dígame. ¿Por qué tomó esa decisión?

Keitaro vaciló un poco y Taguchi se le adelantó.

—No hace falta que me responda, eso es asunto suyo. No hay problema.

Taguchi se acercó una caja de fumador, abrió un cajoncito y sacó un bastoncillo fabricado a partir del cuerno de un animal. Se lo introdujo en el oído derecho y empezó a darle vueltas y más vueltas como si tuviera un picor insoportable. Keitaro apreció algo extraño en el ceño fruncido de Taguchi, que no dejaba de mirarlo a pesar de su oído.

—En realidad —continuó Keitaro—, en la parada había una mujer.

—¿Mayor o joven?

—Joven.

—Entiendo.

Taguchi no añadió nada más. Keitaro no supo qué decir, y guardaron silencio un rato.

—No debería haberle preguntado eso —dijo al fin Taguchi—. Lo siento, error mío. No le preguntaré nada más sobre ella. No es asunto mío. Me basta con escuchar su informe sobre el hombre del lunar.

—Lo que ocurre es que esa mujer tiene relación con él de principio a fin. De entrada, lo estaba esperando a él en la estación.

—¡Vaya! —se sorprendió Taguchi—. En ese caso, ¿la conocía usted?

Keitaro no tuvo el coraje de decir que sí y, a pesar de sentirse incómodo, reconoció que nunca antes la había visto ni había hablado con ella. Taguchi se limitó a asentir. No parecía tener la intención de preguntar nada más, pero de pronto habló en un tono franco.

—¿Cómo era la mujer? Quiero decir, ¿era guapa?

—No especialmente, diría yo.

Keitaro no vio otro modo de contestar, dadas las circunstancias. Dependiendo de con quién hablase, podría haber admitido que no estaba mal en realidad, pero escuchar una respuesta tan rotunda hizo reír a Taguchi. Keitaro no supo interpretar el significado de esa risa. Tan solo se sintió como si una gran ola hubiese roto en su cabeza, dejándolo desorientado.

—Está bien —dijo Taguchi—. Dígame qué pasó entonces. El hombre apareció en la parada, ¿y...?

Volvía a hablar con el tono de siempre y a mostrarse dispuesto a continuar con el hilo de los acontecimientos. Keitaro exageró un poco las dificultades de su misión, la confusión respecto a las dos paradas del tranvía con el mismo nombre, su ir y venir de una a otra y el buen uso que hizo del bastón, como si fuera un oráculo. Le explicó todos los detalles para hacer valer sus méritos, pero después de aquella inesperada reprimenda por haber esperado más de lo debido, después de que Taguchi lo hubiera hecho sentirse mal por haber ampliado su investigación a la mujer, no tuvo más agallas para seguir proclamando sus méritos. Se limitó a contar lo que había sucedido a partir de la llegada al restaurante y lo que había ocurrido entonces. Era evidente que la información resultaba, sin más preámbulos, escasa, y en la cara de Taguchi pareció instalarse una nube gris e intangible.

4

PESE A TODO, el gesto de Taguchi no denotaba un especial desagrado. Escuchó el relato hasta el final, con su habitual calma y de brazos cruzados, y solo de vez en cuando decía un «sí», «ya veo», «¿de veras?» o «¿y bien?» con la evidente intención de animar a Keitaro a continuar. Incluso cuando este terminó, no hizo nada en especial, como si esperase algo más.

—Eso es todo —dijo Keitaro, obligado por las circunstancias—. Lo siento de veras. Me temo que el resultado de mi informe es un tanto pobre.

—En absoluto. Es una información muy útil. Lamento las penalidades

que ha tenido que soportar. Me doy cuenta de que no ha sido fácil.

El cumplido de Taguchi no abundaba en gratitud, pero, como Keitaro se sentía estúpido, sus palabras lo consolaron. Gracias a eso sintió que había evitado el ridículo. Se relajó y se atrevió a preguntarle a Taguchi:

—¿Quién es ese hombre?

—¿Quién puede ser? ¿Qué le parece a usted?

Vio de nuevo la imagen del hombre con el sombrero negro y el abrigo jaspeado. Casi podía escuchar su voz y, sin embargo, no supo qué responder.

—No lo sé.

—¿Qué clase de hombre diría usted que es?

En ese aspecto, al menos, Keitaro sí tenía una opinión más o menos formada.

—Me pareció un hombre tranquilo —afirmó.

—¿Lo dice por su forma de tratar con una mujer joven?

Keitaro notó el esbozo de una sonrisa en la comisura de los labios de su interlocutor, una sombra de ironía. Cerró la boca a pesar de tener la respuesta preparada.

—A todos nos gusta ser considerados con las mujeres jóvenes —dijo Taguchi—. Usted mismo tendrá alguna experiencia al respecto. Pero puede que ese hombre sea más cariñoso que los demás.

Taguchi se rio a carcajadas sin dejar de observar a Keitaro, que no podía evitar pensar en sí mismo como en un torpe a ojos de los demás. Al final se sintió obligado a reír él también, a pesar de que no tenía ninguna gana.

—En ese caso —continuó Taguchi—, ¿quién era la mujer?

El punto focal de la conversación había cambiado de pronto.

—La mujer me pareció mucho más difícil de entender que el hombre —dijo Keitaro.

—Bien. En ese caso, ¿ni siquiera sabría decir si era una mujer corriente o una profesional?

—Pues... —titubeó Keitaro tomándose su tiempo para pensar.

En su memoria se sucedieron las imágenes de un par de guantes de piel, la bufanda blanca, su hermosa sonrisa y el abrigo largo. Sin embargo, una vez reunidos todos esos elementos, no pudo sacar ninguna conclusión que le permitiera responder a la pregunta.

—Vestía un abrigo largo de un color apagado y unos guantes de piel, pero... —acertó a decir.

Esas dos prendas habían llamado su atención, pero no parecieron interesar a Taguchi.

—¿Tiene entonces alguna opinión sobre la relación que puede existir entre ellos? —le preguntó con gesto serio.

Ya había recibido el agradecimiento de Taguchi, lo que demostraba que había cumplido con su misión, y, por tanto, lo sorprendía que insistiera con preguntas difíciles de responder. Se sentía cada vez más tenso, prueba irrefutable de que se estaban adentrando en terreno pantanoso. Al verlo en ese estado, Taguchi reformuló la pregunta.

—Quiero decir que si le parece que son un matrimonio, hermanos, simples amigos o amantes. Hay muchos tipos de relación entre un hombre y una mujer. ¿Cuál cree usted que mantienen ellos dos?

—También yo me pregunté si la mujer estaría soltera o casada, y no creo que sean un matrimonio.

—Y, a pesar de eso, ¿diría usted que mantienen una relación física?

5

ESA MISMA SOSPECHA se había instalado desde el primer momento en el corazón de Keitaro. Sí pensaba que mantenían una relación secreta, y esa suposición había influido en él hasta el punto de aumentar su interés por la investigación. No habría podido argumentar que entre un hombre y una mujer no pudiera existir ninguna relación aparte de la puramente física, pero, como era habitual entre los jóvenes cuya sangre aún fluye caliente por las venas, pensaba que cualquier relación entre ambos sexos solo merecía ser tenida en cuenta, precisamente, desde esa perspectiva.

A su mirada aún joven no le resultaba sencillo comprender la verdadera dimensión del mundo de los seres humanos. Por el contrario, el microcosmos de un hombre y una mujer se reflejaba con toda claridad en términos de lo puramente físico. Quizá por eso le gustaba reducir la mayor parte de las

relaciones entre unos y otros a una cuestión sexual. Eso era lo que había, al menos, entre esas dos personas de la parada del tranvía. O eso pensaba él. Sin embargo, no era un moralista y no consideraba pecado tener relaciones de ese tipo. Era un hombre corriente con una conciencia moral media que solo funcionaba en algunos casos, espoleada, quizá, por su imaginación. Cuando pensó en la pareja en esos términos, no sintió un especial desagrado. Su única observación, por así decirlo, se centraba en la considerable diferencia de edad, lo cual evidenciaba a su entender la enorme distancia que existía entre el mundo de los hombres y el de las mujeres.

Por tanto, no sentía más que una curiosidad distendida por la pareja, pero cuando Taguchi le preguntó al respecto no supo qué decir.

—Puede que sí y puede que no —dijo para no implicarse demasiado.

Taguchi se limitó a sonreír. En ese momento entró el pupilo vestido con la misma ropa de siempre y con una tarjeta de visita en una bandeja. Taguchi la alcanzó y le dijo a Keitaro:

—No es fácil saberlo, después de todo.

Miró al pupilo y le pidió que hiciera pasar a la visita al salón.

Keitaro llevaba ya un buen rato sin saber qué hacer, y quiso aprovechar aquella circunstancia para poner punto final a la conversación, pero Taguchi se lo impidió. Continuó con sus preguntas a pesar de que Keitaro ya no sabía qué decir. Fue incapaz de contestar una sola vez de manera clara y durante aquella conversación sufrió más que en los exámenes orales de la universidad.

—Le haré una última pregunta. ¿Sabe al menos los nombres del hombre y de la mujer?

Tampoco tenía una respuesta satisfactoria para aquella última pregunta. Mientras estaba en el restaurante, atento a la conversación, había esperado que saliese a colación algún nombre, pero no habían pronunciado ni uno en ningún momento, como si se vieran obligados a evitarlo. Ni tan siquiera el de una tercera persona.

—No, no los he averiguado —admitió Keitaro.

Taguchi acercó las manos al brasero y le dio unos golpecitos al borde de madera como si marcase el ritmo.

—El asunto no ha quedado nada claro —dijo—, pero ha sido usted muy honesto. Creo que esa es su principal virtud. Es mucho mejor admitir su

ignorancia que fingir que ha entendido algo. Me parece un punto fuerte de su carácter y lo aprecio de veras.

Se rio.

Keitaro era consciente de que su investigación no había tenido un resultado demasiado brillante y se sintió un tanto avergonzado. Aun si hubiera dispuesto de unas pocas horas más, ni siquiera una persona mejor preparada que él para esa misión, como, por ejemplo, Taguchi, habría avanzado mucho más, y pensar eso lo alivió. No le agradó especialmente que alabase su honestidad. Al fin y al cabo, en su opinión solo se trataba de algo esperable en una persona normal.

6

HACÍA UN BUEN RATO que Keitaro quería decirle a Taguchi lo que le rondaba la cabeza, y en ese momento comprendió que si lo posponía perdería la oportunidad de hacerlo.

—Yo también lamento no haber obtenido mejores resultados —dijo al fin—, pero me parece imposible llegar al nivel de detalle que usted me pide. Es posible que me tache de impertinente, pero creo que, en lugar de espiar a ese hombre, sería mejor abordarlo directamente y preguntarle lo que usted quiera. De esa forma, las cosas se aclararían sin tanto esfuerzo.

Keitaro pensó que Taguchi, con su mayor experiencia vital, se burlaría de él, pero se mostró inesperadamente serio.

—De manera que su comprensión llega hasta ese extremo. Estoy impresionado.

Keitaro evitó responderle.

—El método que usted sugiere es, en efecto, una imprudencia, pero sin duda el más expeditivo. Si se da cuenta, eso demuestra lo admirable de su carácter.

Una vez más, Keitaro no supo cómo responder a sus elogios.

—Le pido disculpas por mi encargo, un trabajo insignificante para una persona de su valía. Me equivoqué al juzgarlo, pero cuando Ichizo me habló

de usted me dijo que le interesaban los trabajos detectivescos. Esa es la razón por la que le encargué una tarea tan extraña. No debería haberlo hecho...

—No, no —lo interrumpió Keitaro—. Recuerdo perfectamente haberle dicho eso a Sunaga.

—¿De verdad?

Taguchi tomó buena nota de la contradicción implícita en las palabras de Keitaro y prefirió no seguir por ese camino.

—En ese caso —dijo—, ¿y si en lugar de seguirlo a hurtadillas va a su casa, como usted mismo sugiere? ¿Tiene el coraje de hacer algo así?

—No digo que no.

—¿A pesar de haberlo seguido ayer?

—Eso da igual. No creo haber hecho nada ofensivo.

—Tiene razón. Entonces, vaya a verlo. Le daré una carta de presentación.

Taguchi se rio a carcajadas, pero a Keitaro no le pareció que estuviese de broma y reflexionó sobre la posibilidad real de enfrentarse al hombre del lunar entre las cejas cara a cara, después de entregarle una carta de presentación firmada por Taguchi.

—Iré a verlo —dijo Keitaro—. Escriba esa carta, se lo ruego. Me gustaría hablar con él.

—De acuerdo. Será una buena experiencia para ti —repuso Taguchi, pasando a tutearlo de pronto—. Vete a verlo y fórmate una impresión de primera mano. Seguro que terminas confesándole que lo seguiste bajo mis órdenes, pero no me importa. Si quieres decírselo, por mí adelante. No hay razón para las reservas. En cuanto a su relación con esa mujer, pregúntale también, si tienes el valor de hacerlo. ¿Qué te parece? ¿Te sientes capaz?

Taguchi se calló y miró a Keitaro. Pero antes de darle tiempo a responder continuó:

—De todos modos, te aconsejo que no preguntes hasta que se te presente la oportunidad de hacerlo con naturalidad. Si te precipitas, serás a sus ojos algo así como un inconsciente sin el más mínimo sentido común, por muy valiente que te sientas tú. Debes tener en cuenta, además, que es un hombre al que no le gusta recibir visitas. Si abordas esos temas sin la debida discreción, es probable que te pida que te marches. En compensación por mi carta, espero de ti un poco de prudencia...

Así sucedería, le aseguró Keitaro, pero, a su modo de ver, el hombre del sombrero negro no era en absoluto la clase de persona que describía Taguchi.

7

TAGUCHI SE LEVANTÓ para buscar papel y un pincel con el que escribir su carta de presentación. En cuanto terminó, la firmó y le explicó a Keitaro que se trataba de una carta formal. La alzó y se la leyó en voz alta. Ciertamente, nada de su contenido llamaba la atención. Se limitaba a explicar que Keitaro era un joven recién licenciado en Derecho al que estaba ayudando a encontrar trabajo, y con ese fin le pedía que lo recibiese.

Como Keitaro no puso ninguna objeción, Taguchi dobló la carta y la metió en un sobre. Escribió con grandes caracteres el nombre del destinatario, «Tsunezo Matsumoto», y se la dio a Keitaro sin cerrarla. Keitaro leyó con gesto serio los grandes caracteres que componían el nombre. La caligrafía de Taguchi le resultó vulgar, demasiado gruesa, demasiado débil, impropia de un hombre como él.

—¡Deja ya de examinar mi letra! —le espetó a Keitaro.

—Es que no veo la dirección.

—Tienes razón. Culpa mía.

Tomó el sobre de nuevo y escribió la dirección.

—Mejor así, ¿verdad? —dijo—. Mi letra resulta excesivamente grande, insípida, como el sushi que sirven en Doba-shi, pero si te es de utilidad está bien. Lo siento.

—¡Oh, no! Por mí no hay problema.

—Ya que estamos con cartas, ¿quieres que también le escriba una a ella?

—¿La conoce?

—Tal vez —dijo con una sonrisa enigmática.

—Si no le supone un inconveniente... —dijo Keitaro medio en broma.

—Bueno, quizá es mejor no hacerlo. Si surge algún problema, la responsabilidad de habértela presentado sería enteramente mía. A los tipos como tú os suelen llamar *roman*. Yo no tengo estudios y esas palabras

modernas se me olvidan enseguida. ¿Cómo es esa otra palabra que está tan de moda entre los novelistas?

Keitaro no tenía ninguna intención de decírselo. Se limitaba a sonreír como un idiota. Cuanto más tiempo se quedase allí, pensaba, más le tomaría el pelo, y decidió marcharse en cuanto se le presentase la oportunidad. Guardó la carta y dijo:

—Iré a verlo en dos o tres días. Después volveré a informarle.

Taguchi hizo una reverencia.

—Gracias por todas las molestias que te estás tomando —le dijo con toda la cortesía de la que fue capaz.

Se levantó y, de pronto, en su gesto ya no había rastro de ninguna clase de romanticismo ni nada por el estilo.

De regreso a la casa de huéspedes, Keitaro reflexionó sobre la relación que podría existir entre Taguchi, Matsumoto y la atractiva mujer que había esperado a este último en la parada del tranvía. Se esforzó por establecer conexiones, pero el único resultado que obtuvo fue el de sentirse dentro de un laberinto. Sus especulaciones solo aumentaban el enredo. De Taguchi únicamente había obtenido el nombre de Matsumoto. Era un nombre con una extraña resonancia, como si ocultase hechos intrincados que terminarían actuando en su beneficio. Sentía un gran entusiasmo por descubrir qué resultaría de todo aquello. Taguchi le había dado a entender que Matsumoto era inaccesible, pero por alguna razón Keitaro pensaba que sería más fácil hablar con él. Sin embargo, desde ese momento no pudo evitar sentir una cierta admiración por la habilidad de Taguchi para tratar con la gente, por su penetrante mirada. No obstante, durante todo el tiempo que había estado sentado frente a él se había sentido víctima de una opresiva estrechez, como si lo hubieran atado, como si no pudiera moverse libremente. La sensación de estar sometido a una constante vigilancia no era cosa de aquel momento, sino un problema suyo que le venía de antes. Su mente insistía en colocar a Taguchi y a Matsumoto en polos opuestos. Nunca podría abandonar sus reservas respecto al primero, mientras que con el segundo podría comportarse de forma totalmente abierta.

8

JUSTO EN EL MOMENTO en que se disponía a ir a ver a Matsumoto al día siguiente por la mañana, empezó a caer una inoportuna lluvia fría. Abrió la ventana para mirar fuera, y se encontró con que todo cuanto alcanzaron a ver sus ojos estaba ya completamente mojado. Contempló un rato los colores tristes de la escena, que ya parecían haber teñido los tejados de las casas.

Había dejado la carta de presentación de Taguchi encima de la mesa. Sopesó un momento si ir o no, hasta que un fuerte impulso por ver a su hombre lo hizo levantarse. Bajó hasta la entrada. El penetrante ruido de la corneta del vendedor de tofu era el único sonido que rompía la lúgubre atmósfera.

La casa de Matsumoto estaba en el distrito de Yarai. Se acercó hasta la misma garita de policía donde había estado hacía poco y donde creyó haber sido poseído por el espíritu de un zorro. La calle dividía en dos una colina y le daba un aspecto hinchado e irregular. Se detuvo bajo la lluvia fría sin preocuparse por los bajos de su *hakama*, que iban arrastrándose por el suelo, azotados por el viento. Se preguntaba si había sido allí donde se había detenido el conductor del *rickshaw*. Llovía como lo había hecho entonces. El suelo que pisaba estaba tan empapado que se había convertido en un lodazal, pero era mediodía y se veía con claridad a pesar del ambiente gris de la lluvia. La sensación que tuvo al detenerse fue completamente distinta a la del día anterior. Subió la cuesta mirando de vez en cuando el bosque de Mejirodai, que se alzaba a sus espaldas, alto y oscuro. También se admiraba de cómo los árboles del santuario de Mizu-Inari se elevaban hacia el cielo, al fondo a mano derecha.

Caminó por las calles de Yarai y descubrió que había muchas casas con los mismos números. Elegía un callejón cualquiera, se internaba en él y caminaba de un lado a otro. Iba mirando entre los setos mojados de mandarinos silvestres y, en determinado momento, pasó frente a un lugar que parecía un cementerio rodeado de viejas camelias. No lograba dar con la casa de Matsumoto. Al final, cansado de buscar, se acercó a una parada de *rickshaw* y preguntó por la dirección. Le explicaron cómo llegar sin la más mínima dificultad.

La casa de Matsumoto estaba al fondo de un callejón situado frente a la

parada de *rickshaw*. Era una bonita vivienda rodeada de setos de bambú. Nada más atravesar la puerta del jardín, Keitaro escuchó el ruido de lo que parecían ser unos niños tocando un tambor. Se acercó a la puerta principal y pidió ver al dueño, pero los golpes del tambor no se detuvieron. A pesar de todo, se respiraba tanta calma que no parecía que nadie viviese allí. La criada, una chica de no más de dieciséis o diecisiete años, se arrodilló en el suelo y se inclinó hasta casi tocar el suelo con la cabeza para saludarlo con la más absoluta formalidad. Tomó la carta de presentación y se retiró sin decir nada. Al cabo de cierto tiempo apareció de nuevo.

—Lo siento mucho, pero ¿podría volver otro día, cuando no llueva?

La búsqueda de trabajo había arrastrado a Keitaro a muchos sitios y ya estaba acostumbrado a ser rechazado, pero en esa ocasión el motivo le resultó de lo más extraño. Quiso preguntar la relación entre la lluvia y la negativa a ser recibido, pero le pareció inútil ponerse a discutir con la criada. En lugar de eso, preguntó:

—¿Quiere decir eso que me recibiré si vuelvo un día soleado?

La criada se limitó a responder con un sí. A Keitaro no le quedó más remedio que volver bajo la lluvia. Arreciaba, pero aún oía el ruido del tambor. Mientras bajaba la cuesta de Yarai, pensó en lo extraño que debía de ser aquel hombre. Taguchi le había dicho que era una persona difícil, inaccesible. Supuso que se refería a eso. De vuelta en su cuarto, tuvo la impresión de que todo estaba a medias y se sintió como si nada avanzase en la dirección correcta. Pensó en ir a ver a Sunaga. Hacía tiempo que no lo visitaba y quería aprovechar para contarle todo lo ocurrido desde la última vez que se vieron, pero para hacerlo debía llegar a alguna conclusión, contar, al menos, con un hilo narrativo que le otorgase cierta lógica a la conversación. Por eso decidió no ir.

El día siguiente amaneció despejado. Nada más despertarse pudo contemplar un cielo radiante, como si la lluvia hubiera lavado el mundo, haciendo desaparecer toda la turbiedad que contenía. Se alegró de poder ir a ver a Matsumoto. Sacó el bastón del armario en el que lo había escondido.

Cuando poco después subía la cuesta de Yarai con él en la mano, se preguntó qué pasaría si aparecía la misma criada y le decía, sintiéndolo mucho, que hacía un día demasiado soleado y sería mejor volver en otro un poco más nublado.

AL CONTRARIO DEL DÍA ANTERIOR, Keitaro no escuchó el ruido del tambor cuando atravesó la puerta del jardín. En la entrada vio un biombo que en su primera visita no le había llamado la atención. Tan solo tenía una grulla dibujada en tinta china, pero su silueta estilizada destacaba mucho. Estaba pintada a tamaño natural y a veces parecía un reflejo en un espejo. Como esperaba, se presentó la misma criada, y enseguida aparecieron también dos ruidosos niños que se comportaban con bastante descaro. Lo observaron extrañados, como si se tratase de un insólito fenómeno de la naturaleza. La situación resultaba muy distinta a la del día anterior, y la criada no tardó en hacerlo pasar a la sala de invitados situada tras una puerta de cristal. Dispuso dos cojines a ambos lados del brasero de porcelana, que estaba decorado como una pecera. Los cojines, por su parte, presentaban un estampado de calicó. La criada le indicó dónde debía sentarse. En el *tokonoma* había una pintura en rollo que mostraba un paisaje de una montaña y un río garabateados de cualquier manera. Keitaro observó la imagen. No habría sabido decir cuáles eran los árboles y cuáles las piedras. Justo al lado había un gong con su correspondiente maza para golpearlo, y eso aumentó aún más su extrañeza.

Se abrieron las puertas del *fusuma* de la habitación contigua y apareció el hombre con el lunar entre las cejas. Después de saludarlo, se sentó frente a Keitaro. Sus formas no transmitían demasiada simpatía, pero parecía tener un carácter tranquilo y no preocuparse demasiado por los demás. De hecho, Keitaro tuvo la impresión de que rozaba la indiferencia. A pesar de que entre ellos mediaba un brasero, no se sintió incómodo. Pensaba, además, que Matsumoto no tardaría en acordarse de su cara. Él no dijo nada al respecto, sin embargo, ni tampoco hizo ningún gesto que así lo indicase. Al menos en ese sentido no había nada que temer. Tampoco le ofreció explicación alguna de por qué había rehusado recibirlo el día anterior. Keitaro no tenía forma de saber si de verdad se debía a la lluvia o si simplemente no le había apetecido.

La conversación empezó por Taguchi. Después de todo, era él quien había facilitado el encuentro. Lo primero que le preguntó Matsumoto era si quería trabajar con Taguchi. Después se interesó por sus ambiciones, por la calificación que había obtenido en su licenciatura, como si todos esos datos le

ayudasen a formarse una idea general de Keitaro. Seguidamente abordó algunos temas en los que su interlocutor jamás había pensado, como asuntos sociales o problemáticas relacionadas con la vida. Keitaro sufría. La curiosidad de Matsumoto no estaba exenta de lógica y el joven se preguntó si no sería uno de esos talentos ignorados por el mundo. No solo eso. Sus razonamientos lo asombraban y, por si eso no bastara, le habló de Taguchi con gran desprecio, pues no lo consideraba un hombre inteligente a pesar de sus evidentes habilidades.

—En primer lugar —dijo—, alguien tan ocupado no dispone del tiempo necesario para pensar de manera organizada. Su cerebro es como una masa de miso molida en un mortero a lo largo de todo un año. Tiene mucha actividad, pero no llega a dar forma a nada.

Keitaro no alcanzaba a entender por qué Matsumoto echaba pestes de Taguchi, pero lo que más le extrañó fue que tras su actitud más bien agresiva no se apreciaba maldad o rencor alguno. A oídos de Keitaro, las ofensas se manifestaban a través de una voz calmada que no parecía adecuada para los insultos, y por eso no dijo nada. Aquello tan solo aumentaba su impresión de encontrarse ante una persona extraña.

—Y a pesar de todo juega al *Go* —continuó Matsumoto— y recita textos de teatro *Noh*. Hace muchas cosas, aunque todo se le da fatal.

—¿No demuestra eso que sí dispone de cierto tiempo libre?

—¿Tiempo libre? Ayer no lo recibí a usted a causa de la lluvia y le pedí que volviese un día soleado, ¿no es cierto? No tengo necesidad de explicarle el motivo, pero ¿cree usted que se puede rechazar a alguien por una razón tan caprichosa como esa? Taguchi nunca sería capaz de hacerlo. ¿Sabe por qué recibe a la gente con tanto gusto? Porque quiere obtener algo de este mundo. En otras palabras, no tiene mi categoría. Y le diré más. Es una persona que no dispone del suficiente tiempo libre como para permitirse cierta despreocupación. Yo sí dispongo de ese tiempo y me permite darme cuenta de que, por mucho que mis acciones molesten a los demás, a mí no me van a causar ningún problema.

—HE VENIDO A VERLO —confesó Keitaro—, pero el señor Taguchi no me ha dicho nada de usted. ¿Me está hablando en serio?

—Sí, completamente en serio. Soy una persona libre de preocupaciones en todos los sentidos. ¿Por qué lo pregunta?

Matsumoto apoyó los codos en el borde del brasero y el mentón en un puño. Miró a Keitaro. En efecto, pensó él, parecía una persona sin preocupaciones. Ni siquiera se tomaba la molestia de tratar a un invitado como era debido. Debía de gustarle fumar. No se sacaba ni un instante de la boca su pipa de estilo occidental, con la cazoleta grande y redonda. De vez en cuando expulsaba un humo denso que, cuando terminaba por desvanecerse, dejaba ver unos rasgos que transmitían una tranquilidad sin parangón. Ni en sus ojos ni en su nariz se notaba tensión alguna. Su cabello raleaba y llevaba la raya al medio. En consecuencia, el peinado lo hacía parecer aún más normal y sereno. Vestía un *haori* liso de color marrón y se había puesto unos calcetines del mismo color encima de los *tabi* blancos. El marrón recordaba al hábito de un monje y eso lo hacía parecer aún más especial. Era la primera vez que Keitaro conocía a alguien que se describía a sí mismo como una persona libre de preocupaciones. Sin duda, su apariencia y su actitud coincidían con su afirmación y eso resultaba de lo más inesperado.

—Le pido disculpas por mi descortesía, pero ¿podría decirme si tiene usted una familia numerosa?

Por alguna razón, le interesaba formular esa pregunta en primer lugar.

—Sí —contestó Matsumoto—. Tengo muchos hijos.

Volvió a expulsar humo de la pipa.

—¿Y mujer...?

—Por supuesto que tengo una mujer. ¿Por qué?

Keitaro se arrepintió inmediatamente de haberle hecho una pregunta tan estúpida. Ya no podía dar marcha atrás y no supo cómo salir de la situación. Matsumoto no parecía ofendido, pero lo miraba extrañado y a Keitaro no le quedó más remedio que decir algo.

—Se lo pregunto porque me interesa saber cómo se puede llevar la vida familiar de un modo tan despreocupado —dijo al fin.

—La vida familiar... ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Solo porque no tengo preocupaciones?

—No, no lo digo por eso. Solo quería saberlo.

—Una persona libre de preocupaciones puede llevar, de hecho, una vida familiar mucho más intensa que la de Taguchi.

Keitaro ya no sabía qué decir. La perplejidad se había apoderado de él y le impedía encontrar las palabras adecuadas. Centró todos sus esfuerzos en cambiar de tema de conversación y cumplir así su deseo de aclarar qué clase de relación mantenía Matsumoto con aquella mujer de los guantes de cuero. Sumido como estaba en su confusión, una sombra se proyectó en su pensamiento, que ya de por sí no estaba demasiado ordenado, pero Matsumoto no parecía preocupado por nada en absoluto y se limitaba a observar el gesto de perplejidad de su interlocutor. De haberse tratado de Taguchi, pensó Keitaro, su reacción ante semejante impertinencia habría sido devolver un buen golpe y darle con ello un giro radical a la conversación. Habilidad para lidiar con ese tipo de situaciones no le faltaba, pero el hombre que tenía sentado enfrente carecía por completo de ella, a pesar de toda la despreocupación que proclamaba. Keitaro estaba empezando a creer que había dado con la clave que los diferenciaba cuando Matsumoto le preguntó en un tono desenfadado:

—Da la impresión de que nunca se ha detenido usted a pensar en estas cuestiones, ¿no es así?

—No. Nunca.

—Tampoco tiene necesidad de hacerlo, ¿me equivoco? Después de todo, vive usted solo en una casa de huéspedes. Pero, incluso así, imagino que pensará de vez en cuando en las cuestiones de los hombres y las mujeres en un sentido amplio, ¿verdad?

—Más que pensar en ellas diría que me interesan. Sí, por supuesto. Me interesan.

11

HABLARON DURANTE UN RATO sobre ese asunto concreto que interesaría a cualquiera. No obstante, ya fuera por la diferencia de edad, por sus distintas experiencias vitales o por su trayectoria, los puntos de vista de

su interlocutor le parecían a Keitaro una mera estructura sin cuerpo, y no se sentía en disposición de incorporarlos a su ser y permitir que entrasen en su flujo sanguíneo. Por otro lado, las palabras desordenadas y fragmentadas de Keitaro perdían su calidez nada más salir de su boca y ni siquiera parecían rozar el corazón de Matsumoto.

Lo único de aquella charla intrascendente que resonó en los oídos de Keitaro como algo nuevo fue la historia de un escritor ruso llamado Gorki, al que él no conocía y que se había marchado con su mujer a los Estados Unidos con el fin de recaudar fondos para poner en práctica el socialismo que tanto pregonaba. Era un hombre muy famoso y recibía infinidad de invitaciones a recepciones, conferencias, encuentros. La posibilidad de lograr su objetivo, el hecho de tenerlo al alcance de la mano, lo animaba a seguir con su empeño sin que eso le causase ningún padecimiento. Pero un buen día se descubrió que la mujer que lo había acompañado desde Rusia no era su esposa, sino su amante. Tan pronto como se conoció la noticia, todo su prestigio, que estaba en un punto álgido, se derrumbó hasta el extremo de que ya nadie quiso estrecharle la mano a lo largo y ancho del Nuevo Mundo. Entonces no le quedó más remedio que abandonar el país.

—Así de divergente es la visión de cómo deben ser las relaciones entre hombres y mujeres en dos países como Rusia y Estados Unidos —dijo Matsumoto—. Para Gorki, imagino, aquello era tan insignificante en su país que jamás pensó que pudiera causarle ningún problema. ¡Qué absurdo!

—Y, en su opinión —intervino Keitaro—, ¿cuál de los dos países se parece más a Japón?

—Yo creo que Rusia. Esa es mi impresión, al menos.

Una vez más, expulsó una bocanada de humo de su pipa.

Llegados a ese punto de la conversación, Keitaro pensó que ya no resultaría inoportuno interesarse por la mujer del otro día.

—Me parece que lo vi a usted hace unos días en un restaurante occidental en Kanda —dijo.

—Sí, nos vimos el otro día. Es cierto. Lo recuerdo bien. Es más, creo que también nos vimos en el tranvía y, si no me equivoco, se bajó usted en Edogawa. ¿Vive por allí? Llovía a mares esa noche. Resulta verdaderamente molesto, ¿no le parece?

Matsumoto se acordaba perfectamente de Keitaro. No había querido

decírselo porque, en verdad, le daba igual. Keitaro no sabía a qué atribuir su silencio. ¿Era inocencia, audacia, generosidad innata?

—Estaba usted acompañado...

—Sí, de una joven muy atractiva. Usted estaba solo, por el contrario.

—Sí, pero regresó usted solo, si no me equivoco.

—En efecto.

El breve diálogo había llegado a un súbito final. Keitaro tenía la esperanza de averiguar algo sobre la mujer, pero Matsumoto le formuló una pregunta que no tenía nada que ver con ella.

—¿La casa de huéspedes donde vive está en Ushigome o en Koishikawa?

—Está en Hongo.

Matsumoto fijó sus ojos en Keitaro, con la expresión de quien no entiende nada. En cuanto notó su mirada de extrañeza, como a la espera de una explicación para comprender por qué alguien que vivía en Hongo se bajaba al final del trayecto del tranvía de Edogawa, que iba en dirección opuesta, respiró hondo y decidió no buscar excusas y revelar lo sucedido. Si se enfadaba, le pediría perdón y, si no aceptaba sus disculpas, se marcharía después de despedirse con una reverencia.

—La verdad es que lo seguí hasta Edogawa —confesó mirando directamente los ojos inexpresivos de Matsumoto.

—¿Y eso por qué? —le preguntó él sin perder su habitual tono de despreocupación.

—Me lo encargó una persona.

—¿Se lo encargaron? ¿Quién?

Por primera vez, el tono de voz de Matsumoto sonó más alto de lo normal.

12

—ME LO ENCARGÓ EL SEÑOR TAGUCHI.

—¿Taguchi? ¿Se refiere a Yosaku Taguchi?

—Sí.

—Pero... ¡Y se ha tomado usted la libertad de venir a verme con una carta suya de presentación!

Keitaro pensó que sería más conveniente que él mismo le hablara de lo ocurrido, en lugar de esperar a que Matsumoto le hiciese las preguntas. Le contó todo lo que había sucedido a partir del momento en el que recibió la nota urgente de Taguchi. Le relató sus pesquisas detectivescas en la parada de Ogawacho, sin olvidarse del momento en el que no supo qué hacer bajo la lluvia, cuando el tranvía llegó a Edogawa. Su intención era contarle lo ocurrido y evitar cualquier tipo de exageración. No se extendió demasiado con su historia y Matsumoto no lo interrumpió ni una sola vez. Cuando terminó, no dijo nada. Keitaro interpretó su silencio como una señal de que estaba muy molesto y pensó que sería mejor pedirle perdón. Fue entonces cuando Matsumoto empezó a hablar.

—¡Qué impertinente es ese Taguchi! ¿Cómo es posible que haya usted aceptado semejante encargo de un tipo como él? Eso solo demuestra su insensatez.

Observó sus gestos y comprendió que estaba sorprendido por todo lo que le había contado, pero no parecía enfadado y eso lo tranquilizó. Que lo llamase insensato, por tanto, no le importaba absolutamente nada.

—Lamento mucho haber hecho algo así —dijo Keitaro.

—No quiero sus disculpas. Si he dicho lo que he dicho es solo porque siento lástima por usted. Se ha dejado utilizar por un sinvergüenza.

—¿Tan mala persona es?

—¿Por qué tenía que hacer usted semejante estupidez?

Keitaro no podía admitir que solo lo había hecho por curiosidad. Dijo, por el contrario, que su necesidad de ganarse la vida lo había llevado a ello. No tenía más remedio que confiar en Taguchi, aceptar el encargo a pesar de saber que no se trataba de algo bueno.

—En ese caso lo entiendo —dijo Matsumoto—, pero no lo vuelva a hacer. ¿Cómo puede llegar la necesidad hasta el punto de tener que seguir a alguien bajo la lluvia y con ese frío?

—He aprendido la lección. No volveré a hacerlo.

Matsumoto no dijo nada. Se limitó a sonreír amargamente. Keitaro no sabía si interpretar su actitud como menosprecio o como compasión. En cualquier caso, se sintió avergonzado.

—Actúa como si lo sintiera por mí. ¿Es usted sincero?

En lo más profundo de su ser no lo sentía tanto, pero ante una pregunta como aquella no le quedó más remedio que asentir.

—Está bien. En ese caso vaya a casa de Taguchi y dígale que la joven que estaba el otro día conmigo era una prostituta de lujo. Dígale que se lo he garantizado yo mismo.

—¿Lo dice de verdad? —preguntó Keitaro sorprendido.

—Eso ahora da igual. Solo quiero que le transmita mis palabras.

—Entendido.

—No diga «entendido». Transmítaselo tal cual. ¿Será capaz de hacerlo?

Para un joven como Keitaro, educado en un mundo moderno, no había problema en usar ese tipo de lenguaje, «entendido», con una persona mayor que él. Pero con su respuesta Matsumoto le hizo notar su desagrado y él prefirió no seguir por ahí.

Se sumió en la confusión. No sabía qué decir.

—No se preocupe —dijo Matsumoto—. No se trata de usted, sino de Taguchi.

De pronto, como si acabase de caer en la cuenta, añadió:

—Es cierto. Aún no sabe qué clase de relación hay entre Taguchi y yo, ¿verdad?

—No. No sé nada.

13

—SI SE LO EXPLICO —continuó Matsumoto—, no va a tener el coraje de decirle a Taguchi que esa mujer es una prostituta de lujo, y eso me colocaría en una situación de desventaja. Lo lamento por usted. Este asunto ni le va ni le viene. Pero, en fin, se lo contaré.

La explicación de Matsumoto fue tan simple que sorprendió enormemente a Keitaro. Taguchi y Matsumoto eran en realidad parientes cercanos. Matsumoto tenía dos hermanas mayores, una la madre de Sunaga y la otra la mujer de Taguchi. Su sorpresa iba en aumento. Matsumoto, a la

sazón cuñado de Taguchi, había quedado con su sobrina en la parada del tranvía para ir a cenar con ella. Lo ocurrido aquella noche no era, por tanto, nada del otro mundo. Se sintió verdaderamente estúpido. Se había afanado en seguirlos a hurtadillas como si ocultasen algún secreto importante.

—¿Y por qué ella esperó tanto tiempo? —preguntó Keitaro—. ¿Acaso hacía de cebo para mí?

—No... Volví de casa de Sunaga. Yo estaba en casa de Taguchi tratando unos asuntos. Ella me llamó para decirme que me esperaba a las cuatro y media y me pidió que me bajase en esa parada. Yo no quería ir, pero insistió tanto que no me quedó otro remedio. Nada más vernos me dijo que su padre le había contado que yo le iba a comprar un anillo como regalo de Fin de Año. Su padre le había dicho que se encontrase conmigo en la parada y que fuésemos juntos a comprarlo. Por eso me esperó tanto. Yo no sabía nada del asunto y me vi obligado a compensarla de algún modo. Por eso la invité a cenar. ¡Qué estúpido es Taguchi! ¿Para qué se toma tantas molestias con un asunto tan insignificante? Su papel en toda esta historia es sin duda el peor.

Keitaro no solo se sintió engañado, sino también el más estúpido de todos. Se sonrojó. Todos sus esfuerzos habían sido en vano.

—Entonces —dijo—, no sabía usted nada, ¿verdad?

—¿Cómo iba a saberlo? Puedo ser un hombre despreocupado, pero no tengo tiempo para esas idioteces.

—¿Y su sobrina? ¿Está al tanto?

—No, no creo que lo sepa. Taguchi puede ser un estúpido, pero, a pesar de sus tejemanejes, cuando su víctima está a punto de sentirse humillada, deja correr el asunto para no ofender su honor y él mismo se ocupa de poner de nuevo las cosas en orden. En ese sentido es bastante admirable, lo cual no excusa su comportamiento. Quiero decir, por muy astuto que sea, al final siempre sale a relucir una parte cálida, humana, llena de compasión. Pero esta vez se la va a tragar él solo. Si no hubiera venido usted a verme, nunca habría sabido nada de este tema. Taguchi tampoco es un ser despiadado y precisamente por eso debería dejar de una vez por todas estas travesuras. Pero no puede, y eso lo convierte en un estúpido.

Keitaro escuchó a Matsumoto sin decir nada. Al margen de su arrepentimiento, del resentimiento hacia alguien que lo había hecho comportarse como un estúpido, sintió que Taguchi, en el fondo, era un tipo

digno de confianza. En ese caso, ¿por qué se sentía tan cohibido cuando hablaba con él?

—Lo que me ha contado me ayuda a entender qué clase de persona es Taguchi —dijo Keitaro—. Cuando estoy con él me siento intranquilo, sufro, por extraño que parezca.

—Eso es porque también él está en guardia con usted.

14

TRES ESCUCHAR ESAS PALABRAS, Keitaro vio ante sí la imagen de Taguchi, su forma de hablar, el modo que tenía de escuchar. No entendía cómo él, un joven que apenas acababa de graduarse, podía ser motivo de preocupación para alguien como Taguchi. Él pensaba que los demás solo lo veían como realmente era y se menospreciaba por ello. No se creía capaz de convertirse en una amenaza para nadie. Por eso le extrañó tanto que una persona mayor que él, con una experiencia vital completamente distinta a la suya, lo hubiese tratado de ese modo.

—¿Acaso parezco una persona que tiene una cara oculta? —le preguntó a Matsumoto.

—Bueno, eso no lo sé. Es algo que uno no puede descubrir de un primer vistazo. Sea como sea, a mí me da igual, porque eso no va a cambiar en absoluto nuestra relación.

—¿Y si Taguchi piensa realmente eso...?

—No se trata de usted... Se comporta así con todo el mundo. Ha empleado a mucha gente a lo largo de su vida y supongo que lo habrán engañado muchas veces. Aunque se le ponga delante una persona pura y límpida, no va a ser capaz de abrir su corazón. De algún modo es su destino. Es mi cuñado y puede parecerle extraño que hable de él en estos términos, aunque también hay buenas cualidades en su naturaleza, sin duda. No es un mal hombre, pero esa eterna lucha suya contra el mundo, pensando solo en el éxito de sus negocios, ha terminado por deformar su forma de ver a la gente. Solo piensa en cómo utilizar para su beneficio a cada persona que se le pone

delante. Si una mujer, por ejemplo, se interesase por él, no podría evitar sospechar, preguntándose si realmente le interesa él o su dinero. Si es capaz de tratar así a una mujer, imagínese entonces cómo lo hará con usted. Todo esto convierte a Taguchi en el hombre que es.

Los comentarios de Matsumoto le sirvieron a Keitaro para formarse una idea más certera de Taguchi. A pesar de todo, no podía evitar la sensación de que le estaba metiendo sus críticas en la cabeza a base de golpes, como si le diera con un martillo. Keitaro se sentía como si se estuviera enfrentando a una nube de proporciones colosales, pero, ya antes de escuchar las críticas de Matsumoto, Taguchi le parecía una persona mucho más viva que él.

De pronto pensó en el Matsumoto que hacía poco había estado hablando con la hija de Taguchi sobre una joya de coral, y le pareció que al menos entonces sí se lo notaba mucho más enérgico. El hombre que tenía sentado enfrente parecía una estatua de madera con una pipa colgada de la boca; Keitaro se esforzaba por descubrir su verdadera sustancia. Su admiración se debatía entre su lúcida capacidad crítica y su personalidad. Keitaro empezaba a albergar dudas sobre su propia inteligencia, al considerarla por debajo de la media y dotada de una intuición más bien pobre. Fue entonces cuando Matsumoto volvió a hablar.

—A pesar del ridículo que ha hecho por culpa de Taguchi, al final todo esto terminará beneficiándolo a usted.

—¿Por qué?

—Estoy seguro de que Taguchi estará pensando en darle algún trabajo concreto. Un hombre como él no lo dejará de lado. Lo digo de todo corazón. El desafortunado en toda esta historia soy yo, el espiado que no recibe nada a cambio.

Se miraron directamente a los ojos y se rieron. Cuando Keitaro se levantó del cojín, su anfitrión se tomó la molestia de acompañarlo hasta la entrada. Se quedó de pie con su cuerpo alto y delgado delante del biombo mientras esperaba a que Keitaro se pusiera los zapatos.

—Tiene usted un bastón muy raro —dijo—. ¿Me deja verlo?

En cuanto lo tuvo entre las manos, exclamó:

—¡Anda, si es una cabeza de serpiente! ¿Dónde lo ha comprado?

—Me lo regaló un conocido al que le gusta fabricar este tipo de cosas.

Keitaro descendió por la cuesta de Yarai en dirección a Edogawa sin dejar

de mover alegremente el bastón.

UN DÍA DE LLUVIA

1

PASÓ MUCHO TIEMPO sin que Keitaro tuviera la oportunidad de entender por qué Matsumoto había rehusado recibirlo en un día de lluvia; él mismo llegó a olvidarse del asunto. Después de conseguir un trabajo gracias a la mediación de Taguchi, comenzó a ir a menudo a casa de este. Para entonces el episodio de la parada del tranvía ya había empezado a difuminarse en el recuerdo. Como mucho, sonreía amargamente cuando Sunaga sacaba el tema, y entonces le preguntaba a su amigo por qué no se lo había advertido antes de dejar que se viera envuelto en un episodio tan extraño. Se lo reprochaba incluso. Al fin y al cabo, su madre sí le había avisado de que a su tío de Uchisaiwaicho a veces le gustaba tomarle el pelo a la gente. Sunaga se burlaba de él y de su desmedido interés en las mujeres, pero Keitaro se revolvía y le decía que se dejase de tonterías. En su fuero interno, sin embargo, no podía olvidar la espalda de aquella mujer que había visto en la puerta de la casa de Sunaga, ni tampoco el hecho de que esa misma mujer fuera, precisamente, la que estaba en la parada del tranvía. Cuando pensaba en ello, no podía evitar avergonzarse. La joven en cuestión se llamaba Chiyoko y su hermana pequeña, Momoyoko. Para Keitaro sus nombres ya no eran una novedad.

Después de haber arrojado luz sobre lo ocurrido gracias a su encuentro con Matsumoto, a Keitaro lo incomodaba ir a casa de Taguchi. Pero, de no haber ido, el asunto no habría llegado a buen término y Taguchi se habría reído de él, como de hecho hizo. En su risa, de todos modos, no había tanta

maldad como alegría por haber situado a Keitaro en el camino donde debía estar. Taguchi no usó palabras condescendientes con él, lo cual constituía una especie de advertencia en términos de su educación. Tan solo le pidió que no se enfadase, porque no lo había hecho con mala intención. Fue entonces cuando le dio su palabra de que le encontraría un trabajo adecuado. Dio unas palmas para llamar a su hija mayor, la misma que se había encontrado con Matsumoto en la parada del tranvía, y se la presentó. Le dijo que era un amigo de Ichizo. La chica parecía extrañada, como si no entendiera por qué se lo presentaba, pero a pesar de todo lo saludó con una educada y distante reverencia. Fue entonces cuando Keitaro supo que se llamaba Chiyoko.

Aquella fue la primera ocasión en que entró en contacto con la familia de Taguchi y, a partir de entonces, las puertas de la casa estuvieron abiertas para él, ya fuera para tratar asuntos concretos o para una simple visita. De vez en cuando, incluso entraba en la habitación del pupilo y charlaba con él de buena gana, no como había sucedido anteriormente, por teléfono. Otras veces se veía en la obligación de atender a la mujer de Taguchi, que solicitaba su ayuda para algún asunto de la casa. No era infrecuente que el hijo mayor, que cursaba secundaria, le hiciera algunas preguntas sobre la asignatura de Inglés a las que Keitaro no sabía responder. La asiduidad de sus visitas le dio la oportunidad de cruzarse a menudo con las dos hijas de la familia, pero su carácter un tanto torpe, el ambiente relajado de la casa y las pocas oportunidades de sentarse con ellas cara a cara le impidieron intimar con facilidad. Las pocas palabras que cruzaban entre ellos iban más allá de las fórmulas de cortesía habituales, pero en su mayor parte se trataba de asuntos que se despachaban en cinco minutos, lo cual impedía que la corriente de simpatía fluyera con naturalidad. Fue en Año Nuevo cuando tuvieron oportunidad de sentarse frente a frente por primera vez y hablar sin reservas, para jugar a las cartas. Chiyoko le dijo a Keitaro que jugaba muy mal. Momoyoko se enfadó y le dijo que si formaba pareja con ella a buen seguro perderían.

Un mes más tarde, cuando el periódico ya informaba sobre los ciruelos en flor, Keitaro pasó una tarde de domingo en el segundo piso de la casa de Sunaga, a la que no iba desde hacía tiempo. Por casualidad, Chiyoko había ido a ver a su primo, y los tres conversaron sobre temas más o menos generales antes de que ella se pusiese a hablar de Matsumoto.

—Nuestro tío es un hombre muy extraño —dijo—. Siempre se ha negado a recibir visitas cuando llueve. Me pregunto si seguirá igual.

2

—LA VERDAD ES que se negó a recibirme en un día de lluvia... —dijo Keitaro.

Sunaga y Chiyoko no pudieron evitar estallar en una carcajada.

—¡Qué mala suerte! —dijo Sunaga—. Al menos no llevarías contigo ese bastón, ¿verdad?

Sunaga aprovechaba para burlarse de él.

—¿Cómo se le iba a ocurrir llevar un bastón en un día de lluvia? —dijo Chiyoko.

Lo que decía resultaba lógico y Keitaro se rio amargamente.

—¿Y cómo es ese bastón tuyo, Tagawa-san? —preguntó ella, dirigiéndose a él por el apellido—. Me gustaría mucho verlo.

—Hoy no lo he traído.

—¿Y por qué no? Hoy hace bueno.

—Ese bastón es muy importante para él —intervino Sunaga—. No lo saca a menos que se trate de un día especial.

—¿Es eso cierto?

—Más o menos —admitió Keitaro.

—Entonces, ¿solo sale con él los días de fiesta?

Keitaro se sentía cada vez más incómodo y encontró una escapatoria a la persecución a la que lo sometían prometiéndole a Chiyoko que lo llevaría consigo la próxima vez que fuera a Uchisaiwaicho. A cambio le pidió que le explicase por qué Matsumoto se negaba a recibir visitas en los días de lluvia.

Una tarde de noviembre inesperadamente nublada tras varios días soleados, Chiyoko le había llevado unos cuantos erizos de mar a Matsumoto por encargo expreso de su madre. Se disponía a pasar la tarde con ellos porque hacía tiempo que no lo hacía y le dijo al conductor del *rickshaw* que se marchase. Matsumoto tenía una hija de trece años seguida por un hijo, otra

niña y otro niño más, todos ellos en intervalos de dos años y criados sin mayores problemas. Además de todos esos personajes que poblaban la casa y le imprimían una atmósfera tan alegre, tenía una hija de dos años llamada Yoiko a quien Chiyoko quería con locura; era la niña de sus ojos. Una criatura de piel blanca, transparente como una perla. Tenía los ojos grandes, resplandecientes, y había nacido en la víspera de la festividad dedicada a las niñas. De entre los cinco hermanos, era la preferida de Chiyoko. Siempre que iba a verlos le llevaba algún regalo. Su tía se enfadó con ella en una ocasión por darle demasiados dulces. Fue ese mismo día cuando la tomó entre sus brazos y salió a la galería, como si así quisiera demostrarle a su tía cuánto se querían. Su tía le explicó amablemente que no se había enfadado con ella, y Matsumoto se burló y le dijo que, si tanto la quería, se la podía llevar cuando se casase como parte de su dote.

Chiyoko se sentó con Yoiko y se puso a jugar con ella. No le habían cortado el pelo desde su nacimiento. Era fino y suave y, tal vez a causa de esa piel tan blanca, cuando la luz del sol se reflejaba en él podía advertirse un brillo cobrizo, quizá originado por el contraste con su pálido cuero cabelludo.

—Yoiko —le dijo Chiyoko acariciándole los rizos—, te voy a peinar.

Empezó a peinarla con mucho cuidado. Le puso un lazo rojo donde aún no le crecía demasiado el pelo. Tenía el cráneo un poco achatado en la parte superior, pero redondeado en su conjunto, como un pastel de arroz. La niña alargó el bracito para agarrar el extremo del lazo, caminó hasta donde estaba su madre y dijo algo así como «¡Azo!». Su madre alabó el peinado y Chiyoko miró a la niña, alegre. Le dijo que se lo enseñase también a su padre. Yoiko caminó insegura hasta el estudio de Matsumoto y una vez allí se puso a gatas. Siempre que se acercaba a su padre se ponía a gatas. Levantó el culo, bajó la cabeza hasta casi tocar el suelo y volvió a decir: «¡Azo, azo!».

Matsumoto dejó la lectura y le dijo lo guapa que estaba. Le preguntó quién lo había hecho y, sin levantar la cabeza, la niña dijo: «¡Chi, Chi!». Era así como llamaba a Chiyoko. Al escucharla, la joven rio contenta.

EL RESTO DE NIÑOS fue regresando del colegio poco a poco. La casa, inundada hasta entonces por el rojo del lazo de la pequeña, se llenó de pronto con otros colores. Su hermano de siete años aún iba al jardín de infancia y volvió a casa con un tambor. Le dijo a su hermanita que podía tocarlo. Chiyoko miraba los calcetines de la niña moverse a lo largo del pasillo. Tenían un pompón redondo cosido en el extremo y rebotaba a cada paso de sus piecitos.

—Esos calcetines los hiciste tú, ¿verdad? —le preguntó Matsumoto.

—Sí, está muy graciosa.

Chiyoko se sentó para charlar con su tío un rato. No tardaron en caer unas cuantas gotas tristes del cielo nublado. El ruido se intensificó y las paulonias desnudas no tardaron en quedar empapadas. Los dos contemplaron la lluvia tras el cristal y acercaron las manos al brasero.

—Cuando cae sobre el platanero se escucha aún más —dijo Chiyoko.

—Es un árbol muy resistente. Desde hace un tiempo me preocupa que pueda secarse, pero resiste. La camelia ha perdido las flores y las paulonias las hojas, pero el platanero sigue verde.

—Te fijas en cosas muy extrañas. A lo mejor por eso todo el mundo dice que eres una persona ociosa.

—Tu padre, por el contrario, jamás podrá dedicar un solo minuto a contemplar un árbol.

—No me parece algo demasiado útil —protestó Chiyoko—. Pero tú eres un hombre estudioso, mucho más que mi padre, y te respeto por ello.

—No seas impertinente.

—Lo digo en serio. Da igual lo que te pregunte, siempre tienes una respuesta.

Mientras hablaban se presentó la criada con una tarjeta de visita para Matsumoto. Alguien había ido a verlo.

El hombre se levantó con una sonrisa en los labios.

—Espera un momento —dijo—. Te mostraré algo divertido.

—No quiero que me obligues a aprenderme de memoria los nombres de las marcas de tabaco importadas de Occidente, como hiciste el otro día.

Matsumoto se dirigió a la habitación de invitados sin responder a su comentario. Chiyoko, por su parte, volvió al salón. Ya habían encendido la

luz porque la tarde se había oscurecido mucho. En la cocina estaban preparando la cena. Los dos quemadores de gas expulsaban llamas azuladas. Los niños no tardaron en sentarse a una gran mesa. A Yoiko normalmente le daba de comer una criada, pero en aquella ocasión Chiyoko se hizo cargo. Colocó un cuenco lacado en rojo en una bandeja y sirvió un poco de pescado en un plato. Yoiko estaba en la habitación de seis tatamis de al lado, que normalmente se usaba como cambiador. Contenía dos cómodas y un espejo que sobresalía de la pared. Chiyoko colocó la bandeja con su plato y su cuenco como de juguete frente al espejo.

—Muy bien, Yoiko —le dijo a la niña—. Ya es hora de cenar.

Cada vez que le acercaba la cuchara a la boca, la niña le decía que estaba muy bueno, que quería más. Al final se decidió a hacerlo sola y le arrebató la cuchara a Chiyoko. Esta le enseñó a usarla con mucha paciencia. Yoiko solo sabía decir unas cuantas palabras y, cuando Chiyoko la regañaba por no coger la cuchara como debía, inclinaba su cabecita con forma de pastel de arroz y decía: «¿Así, así?». A Chiyoko le hacía gracia y se lo hacía repetir. De pronto, la niña la miró con la cabeza ligeramente inclinada, soltó la cuchara que sujetaba con la mano derecha y se tumbó boca abajo sobre el regazo de Chiyoko.

—¿Qué haces? —le preguntó ella.

La levantó y comprobó que no reaccionaba, como si se hubiera quedado profundamente dormida.

—¡Yoiko, Yoiko! —gritó.

4

YOIKO ESTABA TENDIDA en el regazo de Chiyoko con la boca y los ojos medio abiertos, como si se hubiera dormido. Chiyoko le dio dos o tres golpes en la espalda con la palma de la mano, pero no sirvió de nada.

—¡Tía! —gritó—. ¡Ven, rápido!

Asustada, la madre de la niña dejó los palillos y el cuenco de arroz de cualquier manera y voló hasta la habitación con pasos ruidosos. Le preguntó

qué había pasado y, nada más ver la cara de la niña bajo la luz eléctrica, se dio cuenta de que tenía los labios un poco morados. Acercó la palma de la mano a su boca. No sintió su respiración. Llamó a la criada con una voz agónica para que les trajese enseguida una toalla mojada. Se la puso en la frente a la niña y le pidió a Chiyoko que le tomara el pulso; esta agarró la diminuta muñeca, pero fue incapaz de encontrárselo.

—¿Qué puedo hacer, tía? —dijo con la cara lívida y un llanto desesperado.

La madre ordenó al resto de sus hijos, que estaban allí sin saber qué hacer, que fueran a buscar a su padre de inmediato. Los cuatro corrieron en tropel hasta la habitación de invitados y Matsumoto apareció enseguida con un gesto de extrañeza.

—¿Qué pasa? —preguntó.

Se inclinó por encima de su mujer y Chiyoko para mirar a su hija, y nada más verla frunció el ceño.

—¡El médico...!

El doctor no tardó en llegar. Se sinceró nada más examinarla y les dijo que aquello no era normal. Le puso una inyección a la niña, sin ningún resultado.

—¿Se salvará? —preguntó su padre en un tono cargado de sufrimiento; sus palabras salieron de su boca por entre unos labios muy apretados.

Los ojos de tres personas, iluminados por la terrible luz de la desesperanza, se clavaron de golpe en la persona que había formulado aquella pregunta. El médico examinó las pupilas de la niña con un espéculo. Después retiró la ropa para examinar su ano.

—No puedo hacer nada por ella, lo siento muchísimo. Tiene el ano y las pupilas dilatadas.

A pesar de todo, le puso otra inyección a la niña, cerca del corazón, pero, como había supuesto, tampoco hubo reacción alguna. Al ver que la aguja atravesaba aquella piel casi transparente, Matsumoto frunció el ceño sin querer. Chiyoko derramaba lágrimas sobre su regazo.

—¿Qué ha pasado, doctor?

—Es extraño, pero no sabría decirlo. Por mucho que lo piense...

El hombre inclinó la cabeza.

—¿Qué tal un baño de mostaza? —propuso Matsumoto, como lo habría hecho cualquier curandero.

—Está bien.

En el rostro del médico no había un solo vestigio de esperanza.

Llenaron un cubo metálico con agua caliente. Abrieron una bolsa de mostaza y la vaciaron dentro. La madre de la niña y Chiyoko la desnudaron en silencio. El médico metió la mano en el cubo.

—Echen un poco de agua fría. Está demasiado caliente y podría quemarse.

El médico sujetó a la niña dentro del agua durante cinco o seis minutos. Todos contemplaron el color de su piel manteniendo la respiración.

—Ya es suficiente —dijo el médico—. Tampoco podría seguir dentro mucho más tiempo...

Sacó a la niña con cuidado y su madre se hizo cargo de ella para secarla y volver a ponerle el quimono. No hubo ningún cambio.

Miró a su marido y le dijo:

—Dejemos que duerma un rato.

—De acuerdo —dijo él.

Acompañó al médico a la salida y regresó enseguida a la habitación de invitados.

Sacaron un futón pequeño del armario. Cuando Chiyoko vio a la niña así, como si durmiera plácidamente, perdió el control y rompió a llorar.

—¡He hecho algo horrible, tía! —gritó.

—Tú no tienes la culpa...

—Pero era yo la que le estaba dando de cenar... ¡Lo siento mucho, tía, lo siento mucho, tío!

Chiyoko repitió su lamento varias veces con la voz entrecortada. Trató de explicarles que la niña había cenado con total normalidad, como acostumbraba hacer. Matsumoto la escuchaba con los brazos cruzados.

—Es muy extraño —dijo antes de dirigirse a su mujer—. Osen, no quiero que duerma en este cuarto. Llémosla al de los invitados.

Chiyoko ayudó a trasladar a la niña que estaba tumbada en el futón.

5

ACOSTARON A LA NIÑA con cuidado, con la cabeza en dirección al norte, como la costumbre mandaba hacer con los fallecidos. La habitación resultaba adecuada, pero habría sido mejor disponer de un biombo para aquella ocasión. Osen fue a buscar el globo con el que la niña había estado jugando desde por la mañana y lo colocó junto a la almohada. Le cubrieron la cabeza con una tela blanca de algodón. Chiyoko la levantaba de vez en cuando para contemplar su cara y lloraba.

—Fíjate —le dijo Osen a su marido—, tiene la cara tan bonita como la del Kannon.

—Es cierto —se limitó a responder Matsumoto, mirando a su hija sin levantarse.

Poco después dispusieron una mesa baja con una ramita de anís, un quemador de incienso y unas bolitas de arroz. Al contemplar la tenue luz de la vela, los tres adultos allí presentes comprendieron por primera vez que Yoiko no iba a despertar del sueño, que se había marchado a un lugar muy lejano. Uno tras otro prendieron el incienso. Cuando el intenso olor alcanzó sus fosas nasales, los transportó a un mundo muy distinto del que habían abandonado apenas dos horas antes. Saki, la mayor de los hermanos, era la única que permanecía despierta. A los demás los habían mandado a la cama antes de lo habitual, pero ella no se apartaba del incensario.

—Vete a dormir tú también —le dijo su madre.

—Pero aún no ha venido nadie de Uchisaiwaicho ni de Kanda.

—Vendrán pronto, no te preocupes. Tú acuéstate ya.

Saki salió al pasillo y enseguida dio media vuelta para llamar a Chiyoko. Le pidió en voz baja que la acompañase al baño porque le daba miedo. No había luz. Chiyoko prendió una cerilla, encendió un candil y acompañó a su prima. A la vuelta, vio cómo la cocinera cuchicheaba con el chófer de la familia junto al brasero. Le pareció que comentaban los detalles de la desgracia. Otra criada fregaba las tazas y las bandejas para tenerlo todo listo para recibir a los invitados.

Pronto llegaron dos o tres familiares que ya habían recibido el aviso. No tardaron en marcharse después de ofrecer sus condolencias, y aseguraron que

volverían pronto. Cada nueva visita suponía para Chiyoko el mal trago de volver a experimentar el trágico y repentino final de Yoiko. Pasada la medianoche, Osen encendió el *kotatsu* para que la gente que iba al velatorio se calentase bajo la manta de la mesa. El matrimonio se retiró al dormitorio, casi obligado por los demás. Cuando el incienso estaba a punto de consumirse, Chiyoko volvía a prender más para que no se apagase en ningún momento. No dejaba de llover. Ya no se escuchaba el sonido de las gotas chocando contra las hojas del platanero, pero, a cambio, el golpeteo sobre el alero de zinc producía una intensa sensación de tristeza y soledad. No dejó de llover en toda la noche. Chiyoko retiraba de tanto en tanto la tela que cubría la cara de Yoiko y sollozaba. Por fin amaneció.

Al día siguiente, las mujeres ayudaron a tejer un quimono blanco para Yoiko. Momoyoko había ido hasta allí desde Uchisaiwaicho, y también dos mujeres de familias vecinas con quienes los Matsumoto mantenían una buena relación. Chiyoko preparó papel y un pincel y les pidió a todos que escribieran los seis caracteres chinos de *Namu Amida Butsu*, una oración fúnebre.

—Ichizo, tú también —le pidió a Sunaga.

—¿Qué vas a hacer con eso? —le preguntó él.

Tomó el pincel con gesto de extrañeza.

—Escribe con la letra más pequeña que puedas. Quiero reunirlo todo y ponerlo en el ataúd.

Todos los presentes escribieron la frase con gesto serio. Saki pidió que no la mirasen y garabateó unos caracteres torcidos que trataba de ocultar tras la manga de su quimono. Su hermano de once años dijo que lo escribiría en *hiragana* y su ocurrencia dio como resultado algo que más bien parecía un telegrama. Pasado el mediodía, cuando se disponían a meter a la niña en el ataúd, Matsumoto le dijo a Chiyoko:

—Cámbiale tú la ropa, por favor.

Chiyoko no dijo nada. Sin dejar de llorar, desnudó el cuerpo frío de la niña y la levantó en brazos. Tenía manchas moradas por toda la espalda. Cuando terminó de vestirla, Osen colocó una sarta de cuentas en su mano. Dispusieron también un pequeño sombrero de juncia, unas chanclas de esparto y los calcetines de lana roja con pompón que la niña había llevado la tarde anterior. Chiyoko volvió a ver la imagen de su prima con los calcetines

puestos, danzando de acá para allá. Colocaron también algunos de sus juguetes preferidos junto a sus pies y a la cabeza. En último lugar, dejaron caer sobre ella los papeles con las oraciones, como si fueran copos de nieve. Cerraron el ataúd y colocaron encima una tela de satén blanca.

6

OSEN NO QUISO QUE EL FUNERAL se celebrase en un día *tomobiki*, un día no fausto, ya que, según la creencia, podía significar la muerte de alguna otra persona cercana. Tuvieron que esperar al día siguiente. Un ambiente lúgubre se había apoderado de la casa a pesar de que había más gente de lo normal. Un niño de siete años llamado Kakichi recibió una buena reprimenda cuando se le ocurrió ponerse a tocar el tambor. Luego se acercó a Chiyoko en silencio y le preguntó si Yoiko no iba a volver. Sunaga se rio y se burló de él. Le dijo que lo llevaría a la funeraria para incinerarlo con ella. El pobre niño dijo con los ojos como platos que no quería.

Saki le imploró a su madre que la dejase ir a la ceremonia del día siguiente. Shigeko, su hermana de siete años, también quería ir. Como si acabase de caer en la cuenta de lo que estaba sucediendo, Osen llamó a su marido, que en ese momento hablaba con los Taguchi al fondo de la habitación.

—¿Vas a venir mañana? —le preguntó.

—Iré. Tú también, ¿verdad?

—Sí, ya lo había decidido. ¿Qué ropa habría que ponerles a los niños?

—A las niñas, el quimono con el emblema familiar.

—Pero tiene un estampado demasiado alegre.

—En ese caso ponles encima la *hakama*. Con eso bastará. Los niños irán bien con el traje de marino. Tú puedes ponerte el quimono negro. ¿Tienes un *obi* negro?

—Sí.

—Chiyoko, tú también deberías ponerte el quimono fúnebre.

Después de dar todas las instrucciones, Matsumoto volvió a sentarse con

sus invitados. Chiyoko se levantó para prender más incienso. Sobre el ataúd vio una hermosa corona de flores.

—¿Cuándo han traído esto? —le preguntó a Momoyoko.

—Hace un rato —contestó en voz baja—. La tía dijo que poner solo flores blancas para una niña resultaba demasiado triste y por eso las pidió también rojas.

Las hermanas permanecieron un rato sentadas la una junto a la otra. Al cabo de diez minutos, Chiyoko acercó su boca a la oreja de Momoyoko.

—¿Has visto la cara de Yoiko? —le preguntó.

—Sí —dijo.

—¿Cuándo?

—Cuando la metían en el ataúd. ¿Por qué?

Chiyoko no recordaba que la hubiera visto y, por eso, quería decirle que lo hiciera por última vez.

—¡No quiero, me da miedo! —dijo Momoyoko sin dejar de mover la cabeza.

Por la noche se presentó el monje encargado del velatorio y se puso a recitar *sutras*. Chiyoko estaba sentada al lado de su tío Matsumoto y escuchó parte de la conversación que este mantuvo con el monje, que le resultó incomprensible, casi esotérica. Al parecer hablaban del Tripitaka, de las traducciones al japonés de los himnos budistas y cosas por el estilo. Los nombres de los santos Shinran y Rennyō salieron varias veces a colación; pero pasadas las diez de la noche Matsumoto ofreció al monje unos dulces y la correspondiente limosna. Le dio las gracias y le indicó que ya podía marcharse.

Cuando se fue, Osen se quejó de que su marido lo hubiera despedido tan pronto.

—Mejor así —dijo él con un aire indiferente—. Además, no creo que a Yoiko le haga especial ilusión escuchar esa retahíla de oraciones durante toda la noche.

Al día siguiente, bajo un cielo claro y con el viento en calma, el pequeño ataúd emprendió su silencioso trayecto. La gente que había en la calle lo observaba admirada al pasar, como si se tratase de algo maravilloso, pues, en lugar de las parihuelas de madera y las lámparas blancas de costumbre,

Matsumoto había dispuesto que lo transportase un coche fúnebre. Cada vez que se movía la tela negra que cubría el coche, se veían las flores que yacían encima del ataúd, sobre la tela de satén blanca. Los niños que jugaban se acercaban para curiosear. También había quienes se descubrían la cabeza al cruzarse con la comitiva.

En el templo se celebró la ceremonia funeraria ritual. Se recitaron *sutras* y se quemó incienso. Chiyoko estaba sentada en la sala principal del templo, y de sus ojos no brotó ninguna lágrima, por extraño que pudiera parecer. En la cara de sus tíos tampoco vio nadie una tristeza desbordada. De hecho, Shigeko se equivocó al colocar el incienso y Chiyoko apenas pudo contener la risa.

Nada más terminar la ceremonia, Matsumoto, Sunaga y otras dos personas más se marcharon al crematorio. Chiyoko regresó a Yurai junto a los demás. En el *rickshaw* pensó que el intenso dolor que había sentido el día anterior empezaba a remitir, a transformarse en algo más puro y bello. Echó de menos la tristeza punzante que no la había abandonado ni por un instante durante dos días.

7

CUATRO PERSONAS SE HICIERON CARGO de recoger las cenizas de la niña: Osen, Sunaga, Chiyoko y una criada llamada Kiyo, que había cuidado a Yoiko desde que nació. El crematorio estaba cerca de la parada del tranvía de Kashiwagi, pero no cayeron en la cuenta y fueron en *rickshaw* desde casa, de forma que tardaron mucho más de lo normal en llegar. Era la primera vez que Chiyoko pisaba un crematorio. Hacía tiempo que no veía el paisaje de las afueras de Tokio, y la visión del campo la alegró como si recordase de pronto algo que había olvidado tiempo atrás. Ante sus ojos se extendían campos de trigo, huertos sembrados de nabos y bosques salpicados de tonos verdes, rojos y amarillos. Sunaga iba delante y se daba la vuelta de vez en cuando. Le mostró el santuario sintoísta de Anahachiman y el bosque de Suwa. Cuando el coche llegó a una suave pendiente en sombra, le señaló una pagoda alargada que sobresalía entre los cedros. Los caracteres impresos en la piedra

indicaban que se había erigido en memoria del santo Kobo en el milésimo quincuagésimo aniversario de su fallecimiento. Junto a un puente había una casa de té con un pozo rodeado de unos espesos matorrales de bambú, que le daban un aspecto aún más rural. De vez en cuando, desde las alturas de los árboles que estaban a punto de quedar desnudos, caían pequeñas hojas de colores. Volaban por el aire sin dejar de girar sobre sí mismas y, empujadas por la brisa, se resistían a tocar el suelo. Era un espectáculo insólito para Chiyoko, que notaba su corazón palpitar alegre.

El crematorio estaba construido en una planicie bañada por el sol y orientada al sur. Cuando el *rickshaw* atravesó la puerta de entrada, Chiyoko tuvo la impresión de encontrarse en un lugar mucho más luminoso de lo que nunca habría imaginado. Cuando Osen se presentó en la recepción, el hombre sentado al otro lado de la ventanilla con aspecto de oficina de correos le preguntó si tenía la llave. Osen se extrañó y rebuscó entre las mangas de su quimono y bajo el *obi*.

—¡No puede ser! —exclamó—. La he dejado encima de la cómoda del salón...

—¿No la has traído? —le preguntó Chiyoko—. Aún hay tiempo. Le diremos a Ichizo que vaya a por ella y que regrese lo antes posible.

Sunaga escuchaba sin decir nada y, de pronto, sacó la pesada y fría llave metálica del bolsillo interior de su quimono. Osen se la entregó al hombre. Chiyoko lo regañó.

—Eres realmente malo, Ichizo. Si la tenías, ¿por qué no se la has dado antes? ¿No te das cuenta de que la tía tiene la cabeza en otra parte?

Sunaga no se movió. En su rostro se dibujaba una leve sonrisa.

—Sería mucho mejor que las personas completamente carentes de sentimientos como tú no vinieran en ocasiones como esta —le dijo ella con dureza—. Ha muerto Yoiko y no has derramado una sola lágrima.

—No se trata de sentimientos. Se trata de que no alcanzo a entender el significado del amor paternofilial porque aún no tengo hijos.

—¿Cómo puedes decir algo así delante de la tía? ¿Y qué pasa conmigo entonces? ¿Acaso tengo hijos?

—No, pero eres una mujer y supongo que tienes el corazón más grande que un hombre.

Nada más terminar los trámites, Osen se dirigió a la sala de espera y

fingió no escuchar la discusión. Se sentó y con un gesto de la mano llamó a Chiyoko, quien se acercó inmediatamente para acomodarse a su lado. Sunaga la siguió. Atravesó la recepción, se sentó enfrente, en un amplio banco de madera donde, al menos, era posible aliviarse un poco del sofoco del verano, y le hizo sitio a Kiyo para que se sentara a su lado.

Les sirvieron té mientras esperaban y durante aquel lapso de tiempo llegaron otras dos familias para recoger las cenizas de sus allegados. Entró en la sala una anciana que parecía ser una mujer de campo y, nada más ver a Osen y a Chiyoko con sus elegantes quimonos, adoptó una actitud reservada y no dijo gran cosa. En cuanto a la segunda familia, el padre llevaba el quimono con los bajos arremangados. Le dijo al hombre de la recepción que quería comprar una urna para las cenizas, utilizando un tono vivaz poco adecuado para la ocasión. Se llevó la urna más barata por dieciséis *sen*. Por último, apareció un ciego con el pelo revuelto y un *obi* que bien podía ser de hombre o de mujer. Iba acompañado por una niña vestida con una *hakama* de color morado. Preguntó varias veces si aún tenía tiempo. Sacó un poco de tabaco que llevaba guardado en la manga del quimono y se puso a fumar. Nada más verlo, Sunaga se levantó, salió fuera y no volvió a entrar. Alguien de la oficina se acercó a Osen para informarla de que ya estaba todo dispuesto. Chiyoko salió para avisar a Sunaga.

8

CHIYOKO SE DIRIGIÓ a la parte trasera del edificio, donde había columbarios a ambos lados con sus respectivas placas de cobre. Desde allí se encaminó hacia un espacio abierto con leña amontonada en un rincón. La explanada estaba cercada por un vigoroso bosque de bambú. Más abajo se veía un campo de trigo y, hacia el horizonte, algunas colinas. Era un paisaje particularmente hermoso. Sunaga lo contemplaba distraído.

—Ichizo —lo llamó Chiyoko—, parece que todo está listo.

Al escuchar su voz, Sunaga se volvió en silencio.

—Ese bambú es precioso —observó—. Será porque las cenizas sirven de abono natural. Imagino que lo cortarán cuando brote, para cocinarlo. Debe de

estar muy bueno.

—¡Qué cosas dices! —lo reprendió Chiyoko.

Dio media vuelta con un gesto de enfado y regresó entre los columbarios.

El horno donde habían incinerado a Yoiko era especial y por eso una cortina violeta colgaba de la puerta. Habían colocado las flores que adornaban el ataúd en una mesa, y ya se veían un poco ajadas. Chiyoko lo atribuyó al calor que había quemado la carne de la niña, y sintió de pronto que le costaba trabajo respirar.

Aparecieron tres hombres. Eran los encargados del horno y el mayor les pidió que rompiesen el precinto. Sunaga le dijo que mejor lo hiciera él. El hombre obedeció. Giró la llave con un ruido metálico. Abrieron las dos puertas de hierro ennegrecido a izquierda y derecha. Al fondo se vio tenuemente una masa informe de color grisáceo. El hombre les indicó que se disponía a sacarla y colocó una especie de ganchos sobre los dos raíles que había en el interior. Tiró de ellos y, con un ruido metálico, arrastró desde el fondo aquella masa informe. Entre las cenizas se distinguía la calavera de Yoiko, con su forma de pastelito de arroz. El fuego no había llegado a carbonizarla, como si se resistiera a abandonar la vida. El hombre se tapó la boca con un pañuelo. Colocó los restos junto a dos o tres huesos que tampoco se habían calcinado del todo y anunció que los limpiaría para prepararlos adecuadamente.

Utilizando unos largos palillos de madera y de bambú, los cuatro hombres colocaron los huesos con sumo cuidado en una pequeña urna blanca. Todos los presentes lloraron, a excepción de Sunaga. Estaba lívido, pero de sus ojos no brotó lágrima alguna, ni tampoco se sonó la nariz.

El encargado les preguntó si querían que separase los dientes y, al ver cómo este los extraía hábilmente después de romper la mandíbula, Sunaga dijo como si hablara para sí mismo:

—En ese estado ya no parecen los restos de una persona. Es como si sacaran piedrecitas de entre la arena.

La criada derramó lágrimas en el suelo. Osen y Chiyoko dejaron los palillos y se cubrieron la cara con sendos pañuelos.

De vuelta en el *rickshaw*, Chiyoko se hizo cargo de la urna. Estaba bien protegida dentro de una caja de madera de cedro, y la colocó sobre su regazo. En cuanto el conductor echó a correr, el viento frío se coló bajo la manta con

la que se resguardaba las rodillas y con la que cubría la caja. Las finas ramas de los magnolios, con sus firmes troncos marrones alineados a ambos lados de la calle, se extendían a derecha e izquierda sobre sus cabezas y se agitaban como si se despidieran. A Chiyoko le llamó la atención que, a pesar de todo, el paisaje fuera tan luminoso. De vez en cuando alzaba la vista para contemplar el cielo lejano.

Nada más llegar a casa, Chiyoko colocó la urna con las cenizas en el altar budista. Los niños se acercaron con curiosidad. Querían saber qué contenía. Chiyoko se negó rotundamente a abrirla.

Poco después la familia se sentó en esa misma habitación para almorzar.

—Ahora que estamos aquí todos juntos —dijo Matsumoto—, me doy cuenta de que aún tenemos muchos hijos. Y, a pesar de todo, echo en falta a la pequeña. No pensaba demasiado en ello cuando aún estaba viva, pero ahora no puedo evitarlo. No puedo dejar de pensar qué habría pasado si hubiera muerto otro en su lugar.

—¡Qué cosas más terribles dice! —susurró Shigeko al oído de Saki.

—Tía —intervino Chiyoko—, ¿por qué no te animas y traes al mundo a otro bebé como Yoiko? Yo la cuidaré.

—No puede ser como ella, tendría que ser ella —dijo su tía—. No es un cuenco de arroz o un sombrero. No podemos sustituirla por nada, ni tampoco podremos olvidar nunca su muerte.

—Yo nunca volveré a recibir a nadie en un día de lluvia.

LA HISTORIA DE SUNAGA

1

DESDE QUE HABÍA VISTO a aquella mujer de espaldas en la puerta de la casa de Sunaga, Keitaro daba por hecho que cierto hilo del destino la unía a su amigo. Esa conexión tenía el aroma de un sueño y, cuando se enfrentaba al Sunaga y a la Chiyoko reales, de algún modo el hilo terminaba perdiéndose. Por el contrario, si el estímulo no lo provocaban las personas de carne y hueso, la conexión con el destino se restablecía, y Keitaro la sentía sólida. Había empezado hacía tiempo a frecuentar la casa de Taguchi y, a pesar de ello, nunca había escuchado un solo comentario sobre el vínculo que pudiera existir entre él y ella. También los observaba a ambos directamente, pero nunca vio nada que fuera más allá de una simple relación de primos. Sin embargo, en algún rincón de su mente predominaba su primera imagen de ellos dos como pareja. Para Keitaro, un hombre joven soltero y una mujer joven sin un brazo masculino al que aferrarse constituían una especie de deformidad, un desajuste respecto a la naturaleza misma. El vínculo que unía a Sunaga y a Chiyoko nacía de su propia percepción, de una exigencia moral de solucionar lo antes posible ese desajuste del estado natural de las cosas.

No es necesario profundizar demasiado en un tortuoso problema como ese para argumentar en favor de Keitaro, es decir, para determinar si sus pensamientos nacían de una especie de imperativo moral o de alguna otra cosa, pero lo cierto es que, cuando más o menos por aquel entonces oyó hablar casualmente del posible matrimonio de Chiyoko, se generó una contradicción entre su mundo interior y el mundo exterior. Tuvo noticia de

ello por boca de Saeki, el pupilo que vivía y trabajaba en la casa. Obviamente, una persona de su clase no estaba en disposición de conocer los detalles del asunto hasta que estos llegasen a concretarse. Tan solo le contó que había oído rumores y Keitaro apreció en su gesto una tensión de los músculos distinta de la habitual. Tampoco conocía, por supuesto, el nombre del pretendiente, pero sí sabía que era un hombre de negocios de cierto estatus.

—Yo pensaba que se iba a casar con Sunaga —dijo Keitaro sorprendido—. ¿No es así?

—No creo que tal cosa sea posible —respondió Saeki.

—¿Y eso por qué?

—No lo sé, pero me parece difícil.

—¿Tú crees? A mí me parece que sería un matrimonio muy pertinente. Son familia, después de todo, y los cinco o seis años que se llevan entre ellos no suponen un grave inconveniente.

—Bueno, para alguien ajeno al asunto quizá pueda ser así, pero al parecer hay complicaciones más o menos ocultas.

A Keitaro le habría gustado preguntarle a qué se refería exactamente con esas complicaciones, pero lo dejó correr por varias razones. En primer lugar, el tono de Saeki lo irritaba porque parecía como si lo considerara una persona ajena a la casa. En segundo lugar, conocer los detalles íntimos de la situación familiar por boca de un simple pupilo como él lo hería en su dignidad. En último lugar, el muchacho tampoco parecía saber tanto del asunto. En cualquier caso, ya que estaba allí, Keitaro entró en la casa, saludó a la mujer de Taguchi y ambos conversaron durante un rato. No apreció en ella ninguna diferencia respecto a un día normal, y no tuvo el coraje de darle la enhorabuena.

Keitaro había ido unos días antes a visitar a Sunaga, a quien hacía tiempo que no veía; fue entonces cuando tuvo noticia de la desgracia acaecida en la casa de Matsumoto. En cualquier caso, lo que en realidad quería era sondear su opinión respecto al posible matrimonio de Chiyoko. Los asuntos matrimoniales de Sunaga y de su prima no concernían a Keitaro en absoluto. Le daba igual si su amigo se casaba con Chiyoko o con cualquier otra. Pero quería averiguar si el destino podía separarlos sin provocar resentimiento entre ellos, o si, por el contrario, terminaría por unirlos. Quería saber si lo que

para él constituía un cinturón tejido de sueños, visible a veces, invisible otras, era real o no, o si terminaría por abandonarlos a su suerte. Era de eso de lo que quería asegurarse. Se daba cuenta, por supuesto, de que ese deseo suyo era pura curiosidad. No tenía problema en admitirlo, pero también sabía que no molestaba a nadie si intentaba obtener respuestas. Menos aún tratándose de Sunaga. En cierto sentido, estimaba que aquello le proporcionaba el derecho a satisfacer esa curiosidad.

2

DESAFORTUNADAMENTE, la historia de Chiyoko se lo impidió y, por si fuera poco, después se presentó la madre de Sunaga, por lo que, a pesar del tiempo que pasó en casa de su amigo, no tuvo oportunidad de tratar asuntos personales con él. Keitaro se dio cuenta, no obstante, de que esas tres personas sentadas frente a él ya formaban un núcleo lógico como marido, mujer y suegra. De regreso a la casa de huéspedes, pensó que formalizar esa realidad debería resultar de lo más sencillo.

El domingo siguiente amaneció un día cálido. Keitaro salió temprano para invitar a su amigo a dar un paseo por las afueras de la ciudad. Sunaga, con su carácter indolente y caprichoso, se resistía a aceptar la invitación. Fue su madre quien casi tuvo que obligarlo a ponerse los zapatos. Una vez calzado, Sunaga se dejó arrastrar por la voluntad de Keitaro. Podía interesarse por adónde iban, preguntar esto o lo otro, pero nunca llegaba a formular una opinión concreta. Cuando su tío Matsumoto y él salían juntos de paseo, solían caminar sin rumbo fijo y a menudo llegaban a lugares inesperados. Al menos eso le había contado la madre de Sunaga a Keitaro.

Aquel día tomaron el tren en Ryogoku y bajaron en Konodai, bastante lejos. Caminaron siguiendo la ribera de un gran río que discurría por allí. Keitaro sentía una alegría como hacía tiempo y se deleitó en la contemplación del fluir del agua, de las colinas, de los barcos que surcaban el río. Sunaga, por su parte, se quedó igualmente maravillado ante el paisaje, pero no pudo evitar sentir cierto resentimiento hacia su amigo por haberlo arrastrado hasta allí en una estación del año que no era adecuada para salir de excursión, y

menos aún con ese viento. Keitaro le dijo que caminase deprisa para entrar en calor y apretó el paso. Sunaga se quedó atónito, pero no tardó en seguirlo. Llegaron al templo de Taishakuten, en Shibamata, y entraron a comer algo en un restaurante llamado Kawajin. Sunaga se quejó otra vez con un gesto amargo. En esta ocasión, le parecía que la anguila asada, especialidad de la casa, estaba demasiado dulce.

Keitaro sufría. El ambiente no invitaba a abordar temas profundos.

—La gente de Tokio es muy quisquillosa, ¿no te parece? —le dijo a su amigo—. ¿Vas a quejarte así cuando te cases?

—Cualquiera lo haría. No se trata solo de la gente de Tokio. También un tipo de campo como tú tendrá motivos para quejarse.

—Los tokiesos sois un encanto, ¿verdad?

A Keitaro no le quedó más remedio que protestar ante la indiferencia de su amigo. Al final, los dos estallaron en una carcajada, y a partir de ese momento la conversación fluyó con más naturalidad, con un ánimo más relajado.

—Últimamente te veo más tranquilo.

—¿Más tranquilo? —preguntó Keitaro extrañado ante el comentario de su amigo—. Tú, por el contrario, estás cada día más raro.

A pesar de la burla, Sunaga admitió sin rechistar lo que constituía un defecto de su carácter.

—Yo mismo me detesto muchas veces —reconoció.

Entonces fue como si, de pronto, sus estados de ánimo entraran en armonía, y ya fueron capaces de mirarse a los ojos sin precauciones. Keitaro tuvo suerte, pues el tema de Chiyoko no tardó en salir. Le dijo a Sunaga que había oído rumores sobre su próximo enlace, pero él apenas reaccionó. Con un matiz más apagado de lo normal, admitió que, en efecto, parecía haber recibido una propuesta de matrimonio.

—Espero que esta vez salga bien —dijo antes de adoptar un tono más desenfadado—. Tú no lo sabes, pero ha tenido ya varias proposiciones.

—¿Y tú no tienes intención de casarte con ella?

—¿A ti te parece que voy a casarme con ella?

La conversación avanzaba a duras penas, como si uno arrastrase al otro, y, justo antes de llegar a un punto crítico o cambiar de tema, Sunaga dijo con

una sonrisa amarga en los labios:

—¿Otra vez has traído ese bastón?

Keitaro lo buscó y le mostró la cabeza de la serpiente.

—Aquí está.

3

LA HISTORIA DE SUNAGA fue mucho más extensa de lo que Keitaro habría esperado.

* * *

Mi padre murió hace años. Falleció de repente, cuando yo era pequeño, antes de haber tenido tiempo siquiera de entender la dimensión del amor paternofilial. Como no tengo hijos, aún no he tenido la oportunidad de desarrollar afecto por una masa de carne por la que fluye mi propia sangre, pero la nostalgia que siento hacia los padres que me trajeron a este mundo es inmensa. Muchas veces he pensado que me habría gustado sentir eso mismo en aquel momento. Quiero decir, tal vez fui frío e indiferente con él, pero tampoco es que él fuera especialmente cariñoso conmigo. Su cara, según la imagen que conservo, muy viva, en mi corazón, es solo un rostro pálido de pómulos altos, poca simpatía y gesto severo. Cada vez que me miro al espejo me desagrada comprobar que me parezco a esa imagen. Sufro al pensar que quizá yo mismo produzco esa impresión desagradable en los demás, como le ocurría a él, y también me domina la terrible sospecha de que solo soy el reflejo de su lado más desfavorable, la prueba viviente del único recuerdo que dejó tras de sí. Pero también existe en mí una cálida corriente de afecto, que fluye por todo mi cuerpo pese a la lúgubre sensación que producen estas cejas, esta frente. Mi padre debía de sentir algo parecido, a pesar de su aspecto frío y cruel.

Pocos días antes de fallecer me llamó junto a su cama.

—Ichizo —me dijo—, cuando muera deberás hacerte cargo de tu madre.

Te das cuenta de lo que eso significa, ¿verdad?

Era ella quien se había hecho cargo de mí desde que nací y me extrañó que mi padre me dijera eso en aquel momento. Me quedé sentado junto a él sin decir nada. Se esforzó por mover los músculos de su cara, que casi había quedado reducida a huesos, y continuó:

—Si sigues siendo tan travieso como hasta ahora, solo conseguirás que te ignore. Debes sentar la cabeza, comportarte mejor.

Yo pensaba que me bastaba con seguir siendo yo mismo, porque mi madre siempre me había atendido. Salí de la habitación convencido de que sus palabras eran del todo innecesarias.

Cuando murió mi madre lloró mucho. Antes del funeral me obligaron a cambiarme de ropa y, como no sabía qué hacer, salí a la galería para contemplar el cielo azul. Mi madre también se había vestido para la ocasión, con un quimono de seda blanca. Salió conmigo. Taguchi, Matsumoto y los demás presentes estaban ocupados con sus cosas y habían dejado sola a mi madre. De pronto, puso su mano en mi cabeza rapada y con los ojos hinchados por el llanto me miró.

—Aunque tu padre haya muerto —me dijo en voz baja—, no tienes por qué preocuparte. Cuidaré de ti como he hecho siempre.

No dije nada. Tampoco lloré. No ocurrió nada especial en ese momento, pero con el tiempo crecí y empecé a sentir que lo que oscurecía la imagen de mis padres eran esas palabras. Me pregunto por qué. Nunca he sospechado que tuvieran ningún sentido oculto y, sin embargo, tampoco he logrado tomármelas con naturalidad. He querido preguntarle muchas veces a mi madre, pero al mirar su cara perdía el coraje. Me sentía como si en algún lugar de mi corazón alguien me susurrara y me advirtiera de que, si le revelaba mis sentimientos ocultos, me distanciaría de ella y perderíamos la intimidad de la que siempre hemos disfrutado. Quizá las cosas no llegasen hasta ese extremo, pero solo imaginar su gesto serio, la crueldad de su risa me echa para atrás, me obliga a guardar silencio.

Nunca he sido un hijo especialmente obediente. Como señaló mi padre antes de morir, desde pequeño he sido rebelde, travieso. Incluso cuando me he hecho mayor, a pesar de mi buen juicio y de mostrarme cariñoso con ella, tampoco he logrado convertirme en lo que esperaba de mí. Durante estos últimos dos o tres años, de hecho, solo he conseguido darle motivos de

preocupación. Siempre he pensado que daba igual lo que dijera o dejara de decir. Madre e hijo siempre serán madre e hijo. Pero me da miedo que, si le hablo abiertamente de las cosas que llevo dentro, nuestra relación se dañe, lo cual me provocaría remordimientos imperdonables. Sospecho que ese miedo nace de mi carácter inquieto.

Quizá en el futuro tenga la oportunidad de resolver mis dudas, pero eso no evita que me sienta triste por haber sido incapaz de olvidar aquellas palabras de mis padres tan pronto como las dijeron.

4

DESCONOZCO COMO FUÉ la relación entre mi padre y mi madre. No he estado casado y quizá no tenga derecho a hablar de estas cosas, pero creo que, a pesar de aparentar ser un matrimonio bien avenido, de vez en cuando, como les sucede a todos los seres humanos, se sentían incómodos el uno con el otro. Después de tantos años juntos debieron de encontrar alguna mancha en el corazón del otro, vivir situaciones difíciles de soportar; pero, a pesar de todo, no dijeron nada, callaron, evitando así que alguien llegase a saberlo. Mi padre era un hombre colérico y al mismo tiempo sombrío. Mi madre, por su parte, nunca levantaba la voz si no era para cantar. Jamás presencié una discusión entre ellos hasta el mismo día de la muerte de mi padre. Puedo afirmar que nunca me he encontrado con una familia tan tranquila y ordenada como la mía. Mi tío Matsumoto, por ejemplo, que tiende a hablar mal de la gente, está convencido de ello.

Cada vez que mi madre habla de mi padre, lo hace como si hubiese sido un marido que casi rozase la perfección. Puede que solo se trate de una estrategia para defender su memoria de un recuerdo turbio que habita en algún lugar recóndito de mis entrañas. Parece decidida a dar brillo a su recuerdo con el paño del tiempo. Sea cual sea la razón que la lleva a hacerlo, cada vez que me habla de él como de un padre entregado, su propia actitud sufre una profunda transformación. Ha habido ocasiones en las que esa seriedad suya me ha abrumado de tal manera que me he preguntado dónde había ido esa madre dulce a la que estoy acostumbrado.

Fue al terminar la educación secundaria, antes de entrar en el instituto, cuando me sentí así por primera vez, pero, por mucho que ahora le pidiera que me contara esas mismas historias, dudo que pudiese volver a experimentar los sentimientos exaltados de entonces. Quizá mis emociones hayan terminado por endurecerse ahora que me he graduado en la universidad, como les pasa a los protagonistas de las novelas de nuestros días. Me siento envenenado por los aires de la modernidad, y me detesto por ello. A veces me gustaría volver a palpar esos sentimientos sublimes de mi madre y, cuando pienso en ello, reaparece la tristeza, pues no puedo evitar constatar que se trata de un sueño del pasado, que nunca llegará a cumplirse.

El carácter de mi madre puede definirse con una sola palabra: afectuoso. Desde mi punto de vista, nació para ser una madre cariñosa y así morirá. Lo siento de veras por ella, pero solo encuentra una verdadera satisfacción vital en eso y, si yo fuera capaz de atender mis deberes filiales como es debido, no habría mujer más feliz en el mundo. Si actúo en contra de sus deseos, no hay mayor desgracia para ella. Hay ocasiones en las que lo pienso y siento verdadero dolor.

Ahora que lo recuerdo, te contaré algo. No siempre he sido hijo único. De niño jugaba con una hermana pequeña, Tae, lo recuerdo bien. Tengo una clara imagen de ella vestida con ropa de grandes estampados, con una melena a la altura de la nuca, como si fuera una muñeca. Me llamaba Ichizo-chan, por mi diminutivo; nunca se dirigía a mí como a un hermano mayor. Murió de difteria unos años antes del fallecimiento de mi padre. En aquel entonces aún no se habían inventado las inyecciones de suero y el tratamiento de su enfermedad debió de resultar complicado. Yo ni siquiera había oído nunca la palabra *difteria*. Mi tío Matsumoto vino a verla en una ocasión y me tomó el pelo preguntándome si yo también tenía difteria. Le dije que no. No tenía difteria porque era un soldado.

Después de que muriera mi hermana, el gesto severo de mi padre pareció dulcificarse. Cuando le dijo a mi madre lo mucho que lo sentía, su expresión era especialmente pacífica y, quizá por eso y a pesar de ser un niño, sus palabras se grabaron en mi corazón. Pero no recuerdo en absoluto la contestación de mi madre. Lo intento y soy incapaz, y entonces asumo que su respuesta nunca quedó registrada en mi mente. Me extraña mi capacidad infantil de observar a mi padre desde muy niño y mi incapacidad de hacer lo

mismo con mi madre. Si es cierto que los seres humanos tendemos a interesarnos por los demás más que por nosotros mismos, diría que, en mi caso, como mi padre me resultaba mucho más extraño que mi madre, lo observaba mucho más a él que a ella, quien me parecía tan cercana que no merecía la pena. En cualquier caso, mi hermana pequeña murió y entonces me convertí en hijo único. Desde que murió mi padre, he sido lo único que le queda a mi madre.

5

POR TODO ELLO debo cuidar de mi madre lo máximo posible y, sin embargo, eso mismo me convierte en una persona aún más caprichosa. Desde que me gradué el año pasado hasta el día de hoy, no he dedicado un solo esfuerzo mental a buscar trabajo. Obtuve buenas calificaciones y, si sacase provecho de ello como se hace hoy en día, conseguiría un buen puesto. Me han ofrecido oportunidades por las que mis amigos se habrían desvivido. En una ocasión, de hecho, un profesor me llamó para preguntarme mis intenciones. Una empresa le había encargado buscar candidatos para varios puestos y quería proponerme para alguno. A pesar de todo, no hice nada. No te lo cuento para vanagloriarme. Te digo con el corazón en la mano que lo que me mueve es justo lo contrario al orgullo. Es una timidez originada por la falta de confianza en mí mismo. Es un sentimiento muy desagradable. Rechacé su ofrecimiento y ya en ese momento fui lo suficientemente insolente como para preguntarme qué beneficio me supondría recibir los halagos de la gente solo por matarme a trabajar de la mañana a la noche. Creo que no he nacido para prosperar. Tal vez habría logrado algo más adecuado a mi carácter de haber estudiado Botánica o Astronomía en lugar de Derecho. Puedo ser débil si tengo que enfrentarme a la sociedad, pero soy paciente y meticuloso.

Imagino que te habrás dado cuenta de que es la pequeña herencia de mi padre lo que me permite ser indulgente conmigo mismo. De no contar con ella, tendría que salir al mundo a luchar con mi título de Derecho, por muchos sufrimientos que eso me causara. Me siento muy agradecido a mi

padre y al mismo tiempo me doy cuenta de lo superficial y frívolo que soy por conformarme con una pequeña herencia. Lo siento aún más por mi madre. Me parece que es víctima de mi perversidad.

Al tratarse de una mujer tan chapada a la antigua, su idea más fundamental es que el principal deber de los hijos consiste en honrar el buen nombre de la familia. Sin embargo, no entiende lo que eso significa en realidad, ya se refiera al honor, a la prosperidad, al poder o a la virtud. Apenas tiene una vaga intuición de que, una vez ocurra algo relacionado con una de esas cosas a lo largo del camino, las demás vendrán solas. Yo no tengo el valor de explicárselo. No, al menos, hasta que yo mismo haya sido capaz de honrar el buen nombre de mi familia a mi manera. Me basta con no deshonrarlo. Si le explico a ella algo de todo esto, no solo no lo entenderá por estar en las antípodas de su pensamiento, sino que encima la inquietaré. Le doy muchas vueltas al asunto y también eso me hace sentir triste.

Entre los muchos motivos de preocupación que le he dado, el primero tiene que ver con ese defecto mío del que te acabo de hablar. A pesar de todo, me quiere tanto que lo tolera y yo no hago nada por corregirlo. Tal vez pueda vivir siempre así, soportando esta lástima que siento por ella, pero lo que más me duele es saber que el asunto de mi matrimonio le hará daño de verdad. Más que matrimonio, debería decir las circunstancias que nos rodean a Chiyoko y a mí. Para explicártelo como es debido, me veo obligado a volver atrás en el tiempo, antes incluso de que naciera Chiyoko.

Taguchi no era entonces la persona de fortuna e influencia que es hoy en día, pero sí un joven prometedor, y mi padre intercedió por él para que se casase con la hermana pequeña de mi madre. Taguchi siempre le tuvo un gran respeto a mi padre. Cada vez que ocurría algo le consultaba y mi padre se hacía cargo. La relación entre las dos familias se afianzó con el tiempo y fue entonces cuando nació Chiyoko. No sé qué pensó mi madre, pero le pidió su mano a Taguchi para que se casase conmigo cuando llegara el momento. Al parecer aceptaron de buen grado. Después vino Momoyoko y más tarde el varón, Goichi. Entonces Chiyoko quedó libre para casarse con quien quisiera. Ya no recaía sobre ella ninguna obligación familiar. Y yo no sé hasta qué punto se tomaron en serio la petición de mi madre.

6

DE TODOS MODOS, entre Chiyoko y yo ya existía ese lazo antes incluso de que fuéramos conscientes de ello. Y, aun así, era demasiado frágil para mantenernos unidos. Crecimos libres como alondras volando por los cielos, y tampoco quienes sellaron ese lazo por nosotros lo hicieron con tanta firmeza como para mantenerlo hasta el final. Siento una profunda tristeza ante la incapacidad de mi madre de interpretarlo como un extraño giro del destino.

Cuando entré en el instituto, mi madre me insinuó el asunto de Chiyoko. Obviamente, en ese momento yo ya sentía cierto interés por las mujeres, pero ni se me había pasado por la cabeza la posibilidad de pensar en una esposa. No tenía la madurez necesaria para tomármelo en serio, especialmente tratándose de una chica tan próxima con quien jugaba y me peleaba a todas horas desde pequeño, con la que casi había compartido el mismo techo. Tal vez esa cercanía me resultara demasiado natural, y por eso no experimentara el estímulo habitual que se supone que debemos sentir hacia las personas del sexo opuesto. No creo que me sucediera solo a mí. Imagino que a Chiyoko le pasaba algo parecido. Prueba de ello es que nunca me ha tratado como a los demás hombres. Yo siempre he sido su primo, aunque me enfade con ella, aunque llore, aunque cometa un crimen o le ponga ojitos. Ella es inocente por naturaleza y es lógico que piense así. No creo que nadie la conozca mejor que yo y, por tanto, los obstáculos que se dan habitualmente entre un hombre y una mujer no surgirán con tanta facilidad. Solo una vez... Es mejor que te cuente eso más tarde.

No le hice caso a mi madre y ella lo achacó a mi timidez. Se guardó el asunto dentro a la espera de una mejor oportunidad. No niego mi timidez, pero mi madre cree que me afecta en todo lo relacionado con Chiyoko, y eso termina por provocar justo lo contrario. Es decir, con tanto poner la vista en el futuro solo consigue que mi prima y yo nos distanciamos cada vez más, sin que ni siquiera logremos tener lo que sería una relación normal entre un hombre y una mujer. Nunca ha sido totalmente consciente de ello y siempre me ha parecido una crueldad decírselo.

Un día ocurrió algo que me duele mucho contarte. Desde que me insinuó lo del matrimonio con Chiyoko en mis días de instituto, mi madre no dejó de alimentar sus esperanzas y así continuó, más o menos, hasta mi segundo año

de universidad. Una noche le llegó la noticia de que los cerezos habían florecido y aprovechó para sacar el tema. Yo ya había madurado lo suficiente y había tenido la oportunidad de indagar en todos los detalles del asunto. No se contentó con dejar caer el tema, sino que llegó a formularlo explícitamente. Sin pensar en nada más, le dije que Chiyoko no era más que mi prima. Para mi sorpresa, ella dijo que debía casarme con ella porque así se había acordado cuando nació. Le pregunté la razón de semejante acuerdo y ella se limitó a decir que siempre le había parecido lo correcto y, por tanto, asumía que a mí también me lo parecería. Insistí de nuevo y ella terminó por echarse a llorar. Admitió al fin que no lo había hecho pensando en mí, sino en ella. No me explicó la razón, pero me preguntó si creía imposible casarme con ella. No se trataba de querer o no querer, le dije. Era Chiyoko quien no tenía intención de casarse conmigo, y sus padres tampoco lo deseaban. Lo mejor, por tanto, era no formular siquiera la petición y evitar así toda molestia innecesaria. Mi madre dijo que le daban igual las molestias. La familia de Taguchi se había comprometido hacía tiempo y, por tanto, no había lugar para molestias. Me explicó cómo mi padre se había hecho cargo de Taguchi tiempo atrás. Le pedí que esperásemos al menos hasta graduarme en la universidad; ella vio en mis palabras un rayo de esperanza e insistió en que me lo pensara seriamente.

Las circunstancias no me dejaron más alternativa que intentar averiguar de dónde venía esa angustia que moraba en el corazón de mi madre. Taguchi también debía de estar preocupado. En el caso de que se dispusiera a entregar a Chiyoko en matrimonio a otra familia, como mínimo debía pedir nuestra aprobación.

7

EMPEZABA A INQUIETARME. Cada vez que miraba a mi madre a la cara me sentía como si la engañase, como si viviese un día tras otro sumido en la provisionalidad. Reconsideré el asunto y decidí que, si tal cosa era posible, me casaría con Chiyoko para satisfacer los deseos de mi madre. A tal efecto me tomé la molestia de ir a ver a Taguchi, para comprobar discretamente su

predisposición. Nadie en esa casa ha mostrado jamás, con actos o con palabras, la más mínima señal de contrariedad ante mi presencia, evitando así la obligación de corresponder al deseo y a la vieja petición de mi madre. Nunca se han comportado de forma descortés ni escurridiza. Sin embargo, sabía desde hacía mucho tiempo que a sus ojos yo solo era el reflejo de un candidato inadecuado para su hija. No hubo en ese aspecto cambio alguno. Más bien al contrario. A causa de mi débil constitución y mi cara siempre pálida, no creo que llegasen a verme nunca como yerno. Soy sensible y tiendo a exagerar las cosas, a enfrentarme a ellas con cierto complejo de inferioridad. Te pido disculpas, por tanto, por si soy indiscreto en mis comentarios sobre mis tíos o por si consideras que debería guardármelos para mí. Sea como sea, supongo que en aquel momento aún estaban considerando la posibilidad de casar a Chiyoko conmigo. Como poco, lo pensarían de vez en cuando. Pero la posición social que habían adquirido con el tiempo y mi persona entraban en flagrante contradicción, hasta el extremo de que podía hacerlos cambiar de opinión. Al final, aquel viejo compromiso debió de caer en el olvido, abandonado en algún rincón de sus cabezas, transformándose tan solo en una especie de obligación vacía de contenido.

Taguchi y yo nunca hemos tenido una verdadera oportunidad de tratar sobre el asunto del matrimonio de un modo, digamos, genérico. Tan solo una vez mantuve una conversación semejante con mi tía.

—Ichi —me dijo—, ya es hora de que te busques una mujer, ¿no te parece? Tu madre está preocupada por ese asunto desde hace mucho tiempo.

—Si conoces a una mujer adecuada para mí, te ruego que se lo hagas saber a mi madre.

—Creo que te convendría una enfermera, una mujer atenta y cariñosa.

—No creo que por mucho que me empeñe en buscar a una enfermera encuentre a una dispuesta a casarse conmigo.

Lo dije con una sonrisa amarga, como si me burlase de mí mismo, y Chiyoko, que hasta ese momento había estado a sus cosas en un rincón de la habitación, levantó la cabeza.

—¿Quieres que me case contigo? —me preguntó.

La miré directamente a los ojos. Ella también a mí, pero ninguno de los dos reconoció nada que pudiera tener significado en los ojos del otro.

Sin siquiera tomarse la molestia de volverse hacia su hija, mi tía

intervino:

—¿Cómo podría gustarle a Ichizo una chica tan dicharachera y bulliciosa como tú?

En su tono de voz noté una especie de reproche, un atisbo de miedo. Chiyoko se rio a carcajadas. Nada más. En el cuarto también estaba Momoyoko. Se levantó sin decir nada con una media sonrisa dibujada en el rostro y salió. Yo hice lo mismo después de ella. Me pareció entender que me rechazaban de un modo informal.

Después de aquel incidente empezó a resultarme humillante cualquier intento de satisfacer a mi madre en esa cuestión. Como buen hijo de mi padre, un hombre con mucho orgullo, he desarrollado, para mi sorpresa, el mío propio. A pesar de todo, no me enfadé con mi tía por tratarme así. No había recibido una petición formal por nuestra parte, e imagino que no tenía otra forma de expresar su opinión. En cuanto a Chiyoko, dijera lo que dijera o mostrara lo que mostrara, me pareció que no hacía otra cosa que expresar abiertamente sus sentimientos, sin esconder en su interior ningún tipo de resentimiento. Por cómo se comportaba, por las cosas que decía, obtuve, una vez más, la confirmación de que no quería casarse conmigo, pero al mismo tiempo me inquietaba la posibilidad de que, si mi madre tenía una charla a solas con ella, cambiara de opinión y terminara por aceptarme como esposo. Siempre he pensado que es una chica muy inocente dispuesta a sacrificar los intereses de sus padres y los suyos propios como si no tuviesen importancia alguna.

8

SOY ORGULLOSO y en ese momento recé para no herirme más de lo necesario en mis intentos de satisfacer el deseo de mi madre. Hice todo lo posible para que Chiyoko no se dejase convencer por ella en mi ausencia. Había decidido convertirla en la mujer de su hijo nada más nacer, y había desarrollado hacia ella un afecto especial en comparación al resto de sobrinos. Chiyoko, por su parte, consideró desde muy niña mi casa como la suya. Se presentaba a menudo sin previo aviso y se quedaba a dormir. Hoy en

día la relación entre nuestras familias es un poco más distante. Solo ella viene regularmente, con su alegría, como si fuera de visita a la casa materna. Siempre ha hablado sin reservas con mi madre sobre las sucesivas peticiones de matrimonio que ha ido recibiendo. Mi madre es una buena persona y la ha escuchado pacientemente sin dedicarle nunca una mirada de reproche. Sus conversaciones dejan claro que mantienen una relación muy profunda.

Mi única posibilidad para evitar que tocasen el tema del matrimonio residía en que mi madre se olvidase de ello durante un tiempo. Siempre que he intentado explicárselo he tenido la sensación de ser un hijo cruel, de castrar su libertad movido únicamente por el deseo de proteger mi propio orgullo. Al final, en muchas ocasiones, no me ha quedado más remedio que dejarlo correr. Como te he dicho, mantiene una relación muy íntima con Chiyoko, pero no creo que haya llegado a decirle nada sobre el matrimonio. Si lo dejaba correr, quizá no ocurriera nada.

Ahora ya ha pasado el tiempo y nadie ha dado ningún paso. Hubo una época en la que yo me sentía muy inquieto y, a pesar de todo, mi relación con Taguchi no llegó a resentirse. Recuerdo, incluso, haber tomado el tranvía hasta Uchisaiwaicho con el único objeto de contentar a mi madre. Una noche, Chiyoko me retuvo. Quería que probase un nuevo plato que había aprendido a cocinar y me invitó a cenar con ellos. Hacía mucho tiempo que no lo hacía. Mi tío, casi siempre ausente, estaba en casa aquella noche. Mientras cenábamos habló despreocupadamente de asuntos cotidianos. La casa estaba animada, se oían las risas alegres de los más jóvenes. Cuando terminamos de cenar, mi tío me preguntó:

—Ichi, ¿te apetece una partida de *Go*? Hace tiempo que no jugamos.

No tenía demasiadas ganas, pero ya que estaba allí acepté. Nos retiramos a otra habitación. Jugamos dos o tres partidas, pero, como a ninguno de los dos se nos daba especialmente bien, las partidas acabaron pronto. Recogimos las fichas y caímos en la cuenta de que había pasado muy poco tiempo. Nos pusimos a conversar y a fumar. Aproveché la ocasión para preguntarle algo.

—¿Aún no se ha llegado a un arreglo con respecto al matrimonio de Chiyoko?

Mi pregunta tenía la obvia intención de dejar claro mi desinterés hacia ella. Pensé también que, si solucionábamos esa cuestión pendiente cuanto antes, yo me sentiría más tranquilo, y ella también.

—No —dijo él sin vacilar, asumiendo su papel de hombre de la casa—. No ha llegado a concretarse. Hemos recibido algunas propuestas, pero es un asunto muy complicado. Además, cuanto más obligados nos vemos a investigar a los pretendientes, más nos molesta todo esto. Mi intención es llegar a un acuerdo cuando se presente una oportunidad que nos parezca más o menos apropiada. Este asunto del matrimonio es algo extraño. Ya que estás aquí te lo contaré. Cuando nació Chiyoko, tu madre dijo que quería que fuera tu mujer. ¿Te lo puedes creer? Apenas era un bebé recién nacido.

Me miró directamente a los ojos con una sonrisa en los labios.

—Lo dijo muy en serio —repliqué.

—Por supuesto que lo dijo en serio. Es una mujer buena y honesta, y no se ha olvidado. De vez en cuando se lo recuerda a tu tía.

Taguchi soltó una carcajada. Si se lo tomaba tan a la ligera, pensé, podría hablar él mismo con mi madre, pero, si esa era la forma en que las personas acostumbradas a lidiar con el mundo trataban este tipo de asuntos, sería absurdo por mi parte esperar nada de él, y por eso me callé. Mi tío era un hombre amable acostumbrado a las relaciones sociales. Aún no sé cómo interpretar sus palabras y su actitud, pero lo cierto es que, desde entonces, la posibilidad de casarme con Chiyoko me parece aún más lejana.

9

DESPUÉS DE AQUELLA NOCHE no volví a pisar la casa de Taguchi durante casi dos meses y, de no ser por mi madre, tal vez nunca habría vuelto a pisar Uchisaiwaicho. Así soy yo. Sin embargo, al cabo de esos dos meses comprendí que la obstinación no me beneficiaba en absoluto. Cuanto más me distanciaba de la familia de Taguchi, más aprovechaba mi madre cualquier oportunidad que se le presentase para contactar con Chiyoko. La situación empezó a preocuparme. La posibilidad de que empezase a negociar directamente con ella se convirtió en mi principal temor. Decidí adelantarme a esa sospecha, a sus posibles consecuencias, y empecé a ir de nuevo a casa de Taguchi.

Me recibieron como de costumbre y también mi actitud fue la de siempre. Reímos, bromeamos y no pasamos por alto los deslices ajenos. Los ratos que pasaba en casa de Taguchi eran divertidos, alegres, casi demasiado ruidosos. Demasiada alegría, diría yo. En mi interior me sentía agotado a causa de un esfuerzo vano. Si alguien me hubiese prestado verdadera atención, habría terminado por descubrir en mí una sombra, un rastro de falsedad, una imagen de mí mismo, en fin, poco afortunada. Pero, a pesar de todo, solo recuerdo la diversión, el momento preciso en el que mi humor y mis palabras terminaron por juntarse como si fueran la cara y la cruz de una misma moneda.

Un día me presenté en la casa y sucedió que la familia entera se había marchado a alguna parte. Acostumbraban a hacerlo una o dos veces al año. Yo no lo sabía y encontré a Chiyoko a solas. Estaba resfriada. Tenía una compresa húmeda sobre la garganta, para aliviar el dolor. Estaba pálida y su expresión resultaba triste. Muy pocas veces la había visto en ese estado. Sonrió apenas y me explicó que se había quedado sola en casa.

Tal vez a causa de la enfermedad, se la veía más calmada de lo habitual. Ella, que siempre se burlaba de mí y me chinchaba hasta arrastrar a todos los demás, me pareció hundida, allí sola, y despertó cierta ternura en mí. Me senté a su lado y le ofrecí unas palabras de consuelo. Ella puso un gesto extraño.

—Hoy estás muy cariñoso conmigo —dijo—. Cuando te cases deberías tratar siempre así a tu mujer.

Por primera vez en mi vida, comprendí que, durante nuestra larga y profunda amistad, siempre me había comportado como un desabrido con ella, sin mostrarle la más mínima consideración. Al reconocer en sus ojos un vago agradecimiento, me asaltaron los remordimientos por haber actuado de ese modo.

Recordamos algunos episodios de nuestro pasado. Era como si hubiésemos crecido bajo el mismo techo, y cada uno de los recuerdos nos traía de vuelta otro tiempo. Su memoria era mucho más clara y detallada que la mía. Me sorprendió. Se acordaba, incluso, de que cuatro años antes le había pedido que me cosiese los bajos de la *hakama* en la entrada de la casa. No me había molestado en quitármela para facilitarle la labor, y ella recordaba haber usado un hilo de seda y no de algodón.

—Aún guardo el dibujo que me hiciste —confesó.

En ese momento recordé que, en efecto, le había hecho un dibujo. Debió de ser cuando tenía doce o trece años; nos habíamos puesto a pintar porque su padre acababa de regalarle una caja de pinturas y un cuaderno de papel. Desde entonces hasta hoy no he vuelto a tocar un lápiz de color, así que es fácil imaginar qué clase de dibujo era. No tenía ningún interés en la pintura y, al margen de garabatear con el color verde y el rojo, apenas hice nada. Cuando me dijo que lo había guardado todo ese tiempo, no pude evitar una sonrisa amarga, además de cierta molestia.

—¿Quieres que te lo enseñe? —me preguntó.

No hacía falta, le dije. A pesar de todo, se fue a buscarlo y volvió con una especie de álbum que guardaba en su habitación.

10

SACÓ CINCO O SEIS HOJAS GARABATEADAS. Apenas eran intentos de bosquejos de camelias, de crisantemos salvajes o de dalias, todos ellos bastante extraños. Sin embargo, se notaba que me había tomado más molestias en el dibujo concreto al que se refería. Incluso a mí me sorprendió tanta atención al detalle.

—Cuando pintaste esto eras una persona mucho más amable que ahora —me espetó.

No llegaba a entender lo que quería decir.

Levanté la vista del papel y la miré a los ojos. También ella clavó sus grandes ojos negros en los míos. Le pregunté por qué lo decía. No me contestó, pero no apartó la mirada. Poco después, en un tono de voz más bajo de lo normal, dijo:

—Aunque te lo pidiera en este momento, no creo que volvieras a dedicarle a un dibujo tanto esfuerzo como a este, ¿verdad?

No pude contestar ni con un sí ni con un no, pero admití para mis adentros que tenía razón.

—¿Por qué lo guardas con tanto cuidado? —le pregunté.

—Quiero llevármelo conmigo cuando me case.

Sus palabras despertaron mi tristeza. No quería contagiársela, temía que sus ojos estuvieran al borde de las lágrimas.

—No hace falta que te tomes tantas molestias por una cosa así —le dije.

—¿Y por qué no? Haré lo que quiera porque son míos.

Volvió a guardarlos en el álbum. Yo quería cambiar mi estado de ánimo y le pregunté cuándo tenía intención de casarse.

—Pronto —dijo ella.

—Pero aún no está decidido, ¿verdad?

—Sí, ya está decidido —afirmó con rotundidad.

Mi último recurso para recuperar la calma, pensaba yo, consistía en que se casase lo antes posible, pero al escuchar su respuesta mi corazón dio un vuelco y empecé a sudar por la espalda y las axilas. Chiyoko se levantó con el álbum entre las manos. Abrió la puerta, me miró y dijo:

—Es mentira.

Desapareció en su habitación. Yo me quedé donde estaba sin la más mínima intención de moverme de allí. No me sentía molesto, pero por primera vez me di cuenta de cómo me influiría el hecho concreto de que se casase con otro hombre, y le agradecí ese juego suyo, gracias al cual había despertado mi conciencia. Tal vez la amaba y ni siquiera lo sabía. Tal vez era ella quien me amaba a mí y no se había dado cuenta. Me pasé un tiempo dándole vueltas al asunto, distraído, y en ese momento sonó el teléfono. Chiyoko salió al pasillo y me pidió que respondiese por ella. No entendía por qué lo hacía, pero me levanté.

—He pedido una llamada a la operadora —me explicó—, pero estoy ronca y me duele la garganta. No puedo hablar. Hazlo tú por mí. Yo escucharé.

Me dispuse a hablar con algún desconocido, pero no oí nada. Chiyoko sujetaba el auricular y la voz solo le llegaba a ella a través del cable telefónico. Mi papel se limitaba a repetir lo que me decía sin entender el sentido de la conversación. Lo hice a pesar de todo, sin preocuparme por lo absurdo de la situación. De pronto, Chiyoko empezó a dar respuestas y a formular preguntas que suscitaron mi curiosidad. Le pedí que me pasara el auricular y alargué el brazo izquierdo. Se rio y me lo negó con un gesto. Traté de arrebatárselo. Ella se resistió. En cuanto se desató la pelea colgó entre risas.

MÁS TARDE EMPECÉ A PREGUNTARME por qué esa escena no había tenido lugar un año antes. Pensaba en ello y me sentía como si el destino me dijese que ya era demasiado tarde, que el momento había pasado. Otras veces, por el contrario, he tenido la impresión de que volvía a poner ante mí oportunidades parecidas. Si nuestros ojos hubiesen reflejado el amor que sentíamos el uno por el otro, si aquel día hubiese sido un punto de partida, quizá nuestra relación se habría consolidado de tal forma que ya nadie podría habernos separado nunca. Sin embargo, lo que hice fue tomar el camino contrario.

Al margen de las intenciones de Taguchi y de su mujer, al margen también de los deseos de mi madre, si solo tengo en cuenta la naturaleza de Chiyoko y la mía, me doy cuenta de las pocas posibilidades que hemos tenido siempre de estar juntos. Pero si alguien me pregunta el porqué, las razones profundas de esa convicción, no creo estar en condiciones de ofrecer una respuesta satisfactoria. No es algo que pueda explicarle a nadie.

Hace algún tiempo, un amigo al que le gusta mucho la literatura me contó la historia de una mujer y Gabriele D'Annunzio. Al parecer se trata del escritor italiano más famoso de nuestros días. Supongo que la verdadera intención de mi amigo era hablarme de él, pero a mí me resultó mucho más interesante la mujer. Sucedió así:

Un día, D'Annunzio recibió una invitación para asistir a una fiesta. Como en Occidente se tiene a los literatos por figuras destacadas de la cultura nacional de cada país, les muestran un gran respeto, los tratan con pompa y boato, como corresponde a los grandes hombres. Así sucede con D'Annunzio. Se dedicaba a concitar la atención de los asistentes a la fiesta, prodigándose por aquí y por allá, cuando se le cayó el pañuelo sin darse cuenta. Aquellos que lo rodeaban tampoco repararon en ello. Entonces, una atractiva joven lo recogió del suelo. Pretendía devolvérselo y le preguntó si era suyo. D'Annunzio le dio las gracias y, al encontrarse ante una joven tan agradecida, pensó que era necesario hacer algo más, así que dijo, como si con eso agradase a la chica:

—Quédeselo, se lo regalo.

Sin mediar palabra, la chica se acercó a la estufa que había en la sala y

arrojó el pañuelo a las llamas. Todos los presentes se sonrieron excepto D'Annunzio.

Cuando escuché la historia por boca de mi amigo, en lugar de imaginarme a una atractiva joven italiana, con su cabello color castaño, enseguida vi los ojos y las cejas de Chiyoko. Si se hubiera tratado de Momoyoko, pensé, a buen seguro habría aceptado el pañuelo, pensara lo que pensase del gesto del famoso escritor. Chiyoko no. Nunca habría aceptado algo así.

Mi tío Taguchi, con su habitual sarcasmo, les había puesto mote a sus hijas. Las llamaba «el sapo grande» y «el sapo pequeño», debido a que la primera tenía una boca demasiado grande para unos labios demasiado finos y la segunda lo contrario. Era solo un detalle físico que nada tenía que ver con sus caracteres, pero de vez en cuando salpimentaba la observación con un comentario extra sobre la tranquilidad del pequeño y la ferocidad del grande. Siempre me ha llamado la atención la forma en que mi tío ve a su hija mayor, y eso siempre me ha hecho dudar de su capacidad de discernimiento. A veces la actitud y las palabras de Chiyoko resultan demasiado feroces, sin duda, pero no porque esconda algo rudo en su interior, algo impropio de una mujer, sino porque se olvida de sí misma, es decir, se deja llevar por un carácter decididamente femenino. Su conciencia del bien y del mal, de la justicia y de la injusticia, es independiente de su formación o de su experiencia vital. Funciona de manera intuitiva y por eso a veces la gente tiene la impresión de que les cae un rayo encima. Si en ocasiones resulta áspera en el trato, es porque la inocencia brota directamente desde su corazón; nada que ver con alguien que lanza dardos envenenados. Yo mismo lo he sufrido muy a menudo y, por mucho que se enfade conmigo, siempre me he sentido como si en realidad me estuviera purificando. Es una persona noble, su trato te engrandece. Quisiera alzarme ante el mundo entero para proclamar que es la mejor de entre todas las mujeres.

12

¿POR QUÉ PIENSO ENTONCES tantas veces que Chiyoko no me conviene como esposa? Me lo he preguntado en infinidad de ocasiones. Antes siquiera

de atender a cualquier razón, siempre me domina el temor. Nunca he llegado a imaginarnos como un matrimonio, pero si se me ocurriese decírselo a mi madre le daría un disgusto. Puede que mis amigos tampoco lo entiendan, pero no me siento en la obligación de cubrir estas reflexiones bajo un manto de silencio y, por tanto, te confesaré aquí y ahora mis sentimientos. En pocas palabras, Chiyoko es una mujer que no conoce el miedo, mientras que yo soy un hombre que no conoce nada más que el miedo. No solo se trata del evidente desequilibrio entre nosotros, sino de que, en el caso de convertirnos en marido y mujer, nos veríamos obligados a asumir nuestros roles, que son contrarios a como deberían ser.

Siempre me ha parecido que no hay nada más bello que los sentimientos puros, nada más poderoso. Es lógico que una persona fuerte no le tema a nada. Si me caso con Chiyoko, no creo que pueda soportar por mucho tiempo ese brillo intenso que desprenden sus ojos, y no porque sea una señal de enfado. En realidad, me daría igual si se tratara de un destello de amor, de compasión o de afecto. Fuera lo que fuese, estoy convencido de ello, me dejaría paralizado, y yo me considero demasiado parco en sentimientos como para poder ofrecerle algo parecido o incluso superior. Será por la educación que he recibido. Me pueden regalar una botella de sake de primera categoría, pero no por ello voy a dejar de ser abstemio y, por tanto, me quedaré sin saborearlo.

Si Chiyoko se casase conmigo sufriría una cruel desilusión. Estoy convencido. En compensación por sus bellos y honestos sentimientos entregados sin restricción alguna, esperarí algo de su marido, una posición social acorde con ese alimento emocional. Chiyoko aún es joven. Su formación es escasa y, por desgracia, su visión de la vida, un tanto limitada. En su opinión, un hombre debe valerse de su inteligencia, de su fuerza, para estar en el mundo, y no se lo puede considerar como tal hasta que no sea capaz de hacer fortuna. En ese sentido es una chica sencilla, y si se casara conmigo me reclamaría todo eso, pues me consideraría capaz de conseguirlo. No creo equivocarme cuando digo que es ahí donde reside nuestra desgracia más fundamental. Como te acabo de explicar, mi sombría predisposición no es la adecuada para esos sentimientos tan puros y hermosos que ella me ofrece como mujer y, aun en el caso de serlo, yo me vería incapaz de hacer un uso adecuado de ellos, como una gota de agua que cae en una tierra reseca. E

incluso en el supuesto de que esa pureza suya terminase por beneficiarme de algún modo, nunca llegaría a entenderlo, por muchas molestias que me tomase en explicárselo. Si, a pesar de todo, lo hiciera, sería como ponerme fijador en el pelo o calzarme unos *tabi* de seda blanca. Es decir, un desperdicio, malgastar algo bello y puro. No tardaría en empezar a quejarse de su desgraciado matrimonio.

Me comparo con ella y me repito una y otra vez: «Una mujer que no le teme a nada frente a un hombre temeroso».⁵ Lo pienso y me da la impresión de que no me lo invento yo, sino que podría encontrar algo parecido en una novela de algún autor occidental. El otro día, mi tío Matsumoto, en una de esas charlas a las que es tan aficionado, me explicó la diferencia entre poesía y filosofía, algo, en principio, muy alejado de mis intereses. A él, por el contrario, sí le gustan esos temas, a pesar de que solo es un diletante. En cualquier caso, lo cierto es que me ha contado muchas cosas interesantes hasta ahora, pero se equivoca al entrever sensibilidad poética en mí. Yo creo que la principal cualidad de los poetas es que no le temen a nada, mientras que temerle a todo es, precisamente, la característica fundamental de los filósofos. Mi vacilación, mi indecisión crónica, nace de la preocupación por las consecuencias de mis acciones, de la angustia por el futuro. Chiyoko, por su parte, actúa libre como el viento porque de su corazón brotan sentimientos poderosos que le ocultan el futuro. De entre toda la gente que conozco, ella es la persona menos temerosa. Por eso me menosprecia a mí, tan temeroso de todo. Debido a mi veta filosófica, la compadezco profundamente por no comprender la ironía que le guarda el destino. Mejor dicho, me estremezco de terror por ella.

13

A KEITARO LE COSTÓ TRABAJAR entender la última parte del relato de Sunaga. Quizá, a su manera, fuese poeta y filósofo de forma simultánea, pero aquellos eran términos ajenos a él y, en el fondo, no lo consideraba ni una cosa ni la otra. El asunto, por tanto, no le merecía más análisis. Además, detestaba esa clase de razonamientos, y también los más sencillos y

elementales. Todos le parecían moneda falsa y nunca los tenía en cuenta, por muy elaborados que fueran. Por sí mismo nunca le habría prestado atención a una frase como «Una mujer que no le teme a nada frente a un hombre temeroso». Le parecía un acertijo, uno de esos arcanos medio esotéricos de los adivinos callejeros, pero, como quien hablaba era Sunaga, no había tenido más remedio que escucharlo dócilmente, a pesar de no llegar a entenderlo. Sunaga se dio cuenta.

—Quizá llevo mis razonamientos demasiado lejos y me complico en exceso —admitió—. Después de todo estoy hablando solo.

—No te preocupes —dijo Keitaro—. Todo esto me resulta muy interesante.

—¿No será efecto del bastón?

—Podría ser, pero, ya que has sacado el tema, te escucho.

—No tengo nada más que decir —reconoció Sunaga mientras dirigía la mirada hacia el agua.

Keitaro también guardó silencio. Extrañamente, no conseguía determinar si lo que había estado escuchando hasta ese momento era filosofía o poesía. Le dio vueltas y más vueltas, como si se tratase de nubes que se amontonaban sobre su cabeza, resistiéndose a desaparecer. En los ojos de Sunaga sentado frente a él, vio el reflejo inquietante de alguien que ya no era el mismo de siempre. Keitaro le preguntó cuándo había ocurrido todo aquello. Quería saber más. Sunaga le dijo que durante su tercer año de universidad. Keitaro insistió, pues quería conocer la forma en que había evolucionado la relación con Chiyoko, en qué punto se encontraba en ese momento. Su amigo sonrió con amargura. Se lo contaría cuando saliesen, dijo. Pagaron la cuenta y se marcharon de allí. Al ver el bastón que Keitaro blandía con cierto aire triunfal, Sunaga volvió a sonreír amargamente.

Llegaron al templo de Taishakuten, en Shibamata. Rezaron casi por obligación y se marcharon enseguida. Tenían intención de tomar el tren de regreso a Tokio, pero al llegar a la estación comprobaron que aún disponían de mucho tiempo. Entraron en una casa de té y fue allí donde Sunaga le contó a su amigo el resto de la historia:

* * *

Ocurrió durante las vacaciones de verano, justo antes de empezar el cuarto curso de la carrera. Estaba encerrado en mi habitación de la planta de arriba, preguntándome qué podía hacer con ese calor, cuando subió mi madre para proponerme ir a Kamakura. La familia de Taguchi llevaba allí una semana para aliviarse de los rigores del verano. En realidad, a mi tío no le gusta la playa y acostumbraba pasar el verano en Karuizawa, en la montaña. Sin embargo, sus hijas querían bañarse en el mar y la familia había alquilado una casa en Zaimokuza, cerca de Kamakura.

Antes de marcharse, Chiyoko había venido a despedirse, y yo le había escuchado decir que se hospedarían en una casa construida sobre un acantilado a la sombra de una montaña. Al parecer era muy amplia, y le había pedido a mi madre que fuésemos a visitarlos. Yo le dije que fuese ella sola. Le haría bien y se divertiría. Mi madre sacó entonces una carta de Chiyoko que tenía guardada bajo la solapa del kimono. Momoyoko y ella le habían escrito invitándonos a los dos, y transmitían también los deseos de su madre.

Me preocupaba que una mujer mayor como mi madre tuviera que tomar ella sola el tren, y me sentí obligado a acompañarla. Puede que me creas un tipo raro, pero la idea de que fuéramos juntos a un lugar lleno de gente aun cuando no teníamos previsto quedarnos a dormir me repelía. Ella, por el contrario, esbozó un gesto de súplica. Así me daba a entender lo mucho que le apetecía ir, aunque a mí me parecía que era más bien por mí. Cada vez tenía menos ganas. A pesar de todo, al final accedí. Tal vez no sea fácil de entender, pero soy una persona con una voluntad fuerte y al mismo tiempo débil.

14

MI MADRE, una mujer reservada por naturaleza, nunca ha mostrado mucho interés por los viajes. Cuando aún vivía mi padre, un hombre riguroso, ponía especial énfasis en mostrarle respeto y, al parecer, eso a veces le impedía incluso abandonar la casa. De hecho, no recuerdo haberlos visto salir juntos para ir a divertirse nunca. Por desgracia, después de que muriera mi padre y a pesar de haber recuperado la libertad, a mi madre no se le presentaron

demasiadas oportunidades para ir a ningún sitio. Como no tenía costumbre de viajar sola o de ausentarse durante cierto tiempo, terminó por envejecer en el seno de un núcleo familiar formado tan solo por madre e hijo. El día que me decidí a ir a Kamakura, tomamos el tren y me hice cargo de su equipaje. Cuando estaba a punto de arrancar, me confesó que no subía a uno desde hacía una eternidad. Tampoco para mí era un medio de transporte habitual y, quizá por lo extraordinario de la situación, nuestra charla resultó más viva de lo normal. No recuerdo de qué hablamos, qué cosas me preguntó, pero sí que no dejamos de hacerlo hasta llegar a nuestro destino. Como no habíamos avisado con antelación, nadie nos esperaba. Le expliqué al conductor del *rickshaw* que nos dirigíamos a la villa del señor Taguchi y enseguida supo a cuál me refería. Mientras avanzábamos por un camino de tierra flanqueado por dos hileras de casas recién construidas, contemplé unas flores amarillas que les daban una nota de color a los pinos. Vistas de lejos se parecían a las de la colza, pero no tardé en comprender que eran flores de calabaza, y me reí de mi equivocación.

Cuando el *rickshaw* se detuvo frente a la puerta de la villa, vi la silueta de varias personas en la habitación de invitados, que tenía las ventanas abiertas. Entre ellas distinguí la figura de un hombre vestido con una *yukata* blanca y pensé que se trataba de mi tío, pero cuando salieron a recibirnos no se presentó. Típico de mi tío, pensé. Entramos en el cuarto de invitados y tampoco estaba allí. Busqué a mi alrededor. Como es habitual en las mujeres de cierta edad, mi madre y mi tía se enredaron en una larga conversación sobre esto y lo otro, sobre si hacía mucho calor en el tren o sobre las magníficas vistas que se disfrutaban desde la casa. Chiyoko y Momoyoko le ofrecieron una *yukata* de verano a mi madre y se hicieron cargo de su quimono. Yo le pedí a la criada que me mostrase el baño para refrescarme.

La casa estaba lejos de la playa, en una montaña, pero, a pesar de todo, el agua era de mala calidad. Cuando escurrí la toalla, vi en el fondo del cubo metálico un poso de lo que parecía arena.

—Usa esta toalla —dijo Chiyoko a mis espaldas.

Me di la vuelta y me dio una toalla seca y blanca. La cogí. Me puse en pie. Chiyoko sacó un peine del tocador y, mientras yo me peinaba frente al espejo, se apoyó en el marco de la puerta sin dejar de observar mi cabeza mojada. Como yo no decía nada, fue ella quien se decidió a hablar.

—Qué agua más mala, ¿verdad?

Le pregunté por qué tenía ese color sin dejar de mirarme en el espejo. Guardé el peine en el tocador y me dispuse a salir con la toalla sobre los hombros. Chiyoko se irguió y me guió hasta el cuarto de invitados. Le pregunté dónde estaba su padre. Se detuvo a mitad del pasillo y se dio la vuelta.

—Vino hace cuatro o cinco días —dijo—, pero volvió a Tokio anteayer para atender un asunto pendiente.

—¿No está aquí?

—No, ¿por qué? De todos modos, puede que vuelva esta misma tarde con Goichi.

Chiyoko me contó que tenían previsto salir de pesca al día siguiente, siempre que el clima lo permitiera. Si su padre no volvía a tiempo, sería un fastidio para todo el mundo. Me invitó a ir con ellos. Más que la pesca, lo que me interesaba era saber dónde estaba ese hombre con *yukata* al que había visto hacía un rato.

15

—ME HA PARECIDO VER A UN HOMBRE en la sala de invitados —le dije a Chiyoko.

—¡Ah, sí! Es Takagi. El hermano mayor de Akiko. ¿Lo conoces?

No dije ni que sí ni que no, pero supe enseguida de quién se trataba. Sabía que Momoyoko tenía una amiga en la escuela que se llamaba Akiko Takagi. Incluso la había visto en una foto que se habían hecho juntas. Más o menos por aquel entonces me había enterado de que un hermano suyo acababa de regresar de los Estados Unidos. Eran de familia acomodada y no me extrañaba que hubieran ido a Kamakura a pasar el verano, o incluso que tuvieran allí una villa en propiedad. Me interesé por saber dónde se alojaba.

—Un poco más abajo —me explicó Chiyoko sin extenderse en detalles.

—¿En una villa? —insistí.

—Sí.

Regresamos a la sala de invitados. Mi madre y mi tía seguían allí con su charla intrascendente sobre el color del mar o sobre la localización exacta de la estatua del gran Buda. Momoyoko le dijo a su hermana que su padre se había tomado la molestia de avisarles de que llegaría esa misma tarde, y las dos se alegraron mucho por la excursión del día siguiente, dándola por confirmada.

—Vendrá Takagi, ¿verdad?

—Ven tú también, Ichizo.

No tenía ninguna intención de ir. Mi excusa sería un asunto pendiente que me obligaba a regresar a Tokio esa misma noche, pero lo que de verdad me preocupaba era que, en cuanto volvieran Taguchi y Goichi, ya ni siquiera habría sitio para que yo pudiera dormir allí. Tampoco quería encontrarme con ese Takagi que tan buenas migas parecía haber hecho con las dos hermanas. Momoyoko me dijo que justo acababa de hablar con él sobre mí, y que nada más vernos llegar se había marchado discretamente por la puerta de atrás. Me alegré mucho de haberme librado de una situación incómoda. Siempre soy muy reservado a la hora de conocer a alguien.

Cuando anuncié que debía marcharme, las dos hermanas se sorprendieron y quisieron retenerme. Chiyoko se desesperó en su intento por impedirlo. Me llamó excéntrico. No podía marcharme así sin más y dejar allí sola a mi madre. No estaba dispuesta a permitirlo. Se sentía con el derecho de decirme lo que quisiera, más incluso que con sus hermanos pequeños. Si yo pudiese actuar de un modo tan audaz, directo y decidido como hacía ella conmigo (siempre con su mejor voluntad), podría disfrutar de una mayor alegría de vivir a pesar de mis defectos. La verdad es que siempre he tenido envidia de esa tirana que es Chiyoko.

—Estás enfadada conmigo, ¿verdad? —le pregunté.

—Te comportas como un ingrato con tu madre.

—En ese caso —nos interrumpió Momoyoko—, preguntaré a la tía. Si dice que es mejor que te quedes, te quedarás. ¿De acuerdo?

Momoyoko había intervenido a tiempo para mediar en la situación. Se dirigió a la sala de invitados, donde seguían las dos mujeres. Yo no tenía necesidad de escuchar la opinión de mi madre, de manera que me ahorro las palabras de Momoyoko. En resumidas cuentas, me convertí en prisionero de Chiyoko.

Algo más tarde y con el pretexto de salir un rato a dar un paseo, me dediqué a vagar entre las villas con un parasol en la mano, para aliviar así el calor de la tarde. Podría decir que tenía intención de visitar los lugares famosos de la zona, pero no estaba lo suficientemente tranquilo para disfrutar de ellos. Caminé sin dejar de fijarme en las placas con el nombre de los propietarios de las casas. Cuando reconocí los caracteres de Takagi en la entrada de una villa relativamente decente de una sola planta, asumí que vivía allí y me quedé quieto durante un rato. Después caminé otros quince minutos sin ningún objetivo en concreto. Gracias a eso, podría decir que no había salido solo con el fin de encontrar la casa de Takagi.

Después regresé.

16

A DECIR VERDAD, apenas sabía nada de ese tal Takagi. Solo que, según le había oído decir a Momoyoko en una ocasión, estaba buscando a una mujer apropiada con la que casarse. Fue entonces cuando mi prima pequeña me preguntó qué me parecía su hermana mayor y me miró atenta para comprobar mi reacción. Creo recordar que le dije que no estaba mal, que hablase de ello con sus padres, y me parece que usé mi tono indiferente de costumbre. No sé cuántas veces estuve en casa de Taguchi desde aquel día, pero nadie volvió a mencionar nunca el nombre de Takagi. Al menos en mi presencia.

Me pregunto por qué me tomé entonces la molestia de salir a la calle, bajo un sol de justicia que incluso quemaba la arena, con el único propósito de investigar dónde vivía ese hombre al que no conocía en absoluto. A día de hoy, no le he hablado a nadie de mis razones. Tampoco era capaz de explicármelo a mí mismo en ese momento. Como mucho, sentía una especie de inquietud confusa que terminó por adoptar una forma concreta en el transcurso de esos dos días y al final me obligó a moverme.

Regresé a la casa una hora más tarde y el hombre cuyo apellido acababa de leer en una placa no tardó en aparecer. Me lo presentó mi tía con todas las formalidades posibles. Era un tipo joven con una cara de buen color y músculos firmes. Tal vez algo mayor que yo, pero el calificativo más

adecuado para ese rostro lleno de vigor solo podía ser «joven». Nada más verlo sospeché que había sido el destino quien nos había colocado en esa sala solo para comparar dos naturalezas opuestas. La parte más desaventajada, por supuesto, me correspondía a mí, que a su lado solo parecía una broma de mal gusto.

Nuestra mera apariencia evidenciaba ya un contraste malsano, pero a la hora de hablar y comportarse en sociedad el abismo se hacía aún más profundo. Todos los presentes, mi madre, mi tía, mis primas, formaban parte de mi familia y, a pesar de ello, era yo quien parecía un invitado caído del cielo, y no Takagi. Sabía manejarse a la perfección, sin reservas y sin perder ni por un instante la educación que se le suponía. Receloso ante los extraños, yo quería acusarlo de ser demasiado social, de mostrarse demasiado acostumbrado a ese tipo de situaciones. Antes de que hubieran transcurrido diez minutos, ya me había arrebatado toda posibilidad de conversación para atraer hacia sí la atención de los demás. Pero también se preocupaba por no dejarme de lado y de vez en cuando me dirigía una o dos frases. Desafortunadamente, su conversación no me interesaba en absoluto, de manera que no podía atenderlo a él ni tampoco a los demás. Le hablaba a mi tía como si se tratase de su propia madre, y llamaba a Chiyoko por su diminutivo, Chiyo-chan, un derecho que solo me pertenecía a mí desde que éramos niños.

—Justo estaba hablando de ti con Chiyo-chan —me dijo en determinado momento.

Desde el primer instante le tuve envidia. Envidié su aspecto, su forma de hablar. Comprendí enseguida que yo no estaba a su altura. Solo eso habría bastado para incomodarme, pero mientras lo observaba sospeché que mostraba triunfal y deliberadamente sus puntos fuertes ante mí porque me juzgaba inferior. Lo odié por ello. Mantuve la boca cerrada a propósito, incluso cuando me llegaba la oportunidad de hablar.

Ahora puedo mirar atrás con un poco más de calma y me doy cuenta de que mi interpretación de su comportamiento pudo deberse a mi complejo de inferioridad. Desconfío de los demás y también de mí mismo. Eso me fuerza a ser ambiguo con el resto de las personas. En cualquier caso, si se puede achacar lo sucedido a mi complejo de inferioridad, también deben tenerse en cuenta los celos, aunque aún no hubieran adoptado una forma definida.

NO ESTOY SEGURO DE SI SOY o no celoso. He crecido entre algodones como hijo único, sin competencia, sin haber tenido siquiera la oportunidad de experimentar celos en el seno de la familia. El hecho de que ni en primaria ni en secundaria hubiera muchos alumnos con mejores notas que las mías puede haberme ayudado también a pasar por momentos difíciles con una considerable paz. A partir del instituto y hasta la universidad, perdí la costumbre de darle importancia a las notas. Además, cuanto más mayor me hacía, más me valoraba a mí mismo, por lo que las notas apenas me preocupaban. Además, aún no he vivido un enamoramiento doloroso, y menos aún me he visto en la situación de competir por una mujer. Admito que me interesan las mujeres jóvenes. Especialmente las guapas. Si estoy en la calle y veo a una chica atractiva con un quimono elegante, noto una alegría como si el sol lograra abrirse paso de pronto entre las nubes. Muchas veces pienso que me gustaría tener una mujer así, pero enseguida me doy cuenta de que su cara cambiará antes o después, de que su quimono se deslucirá y de que la embriaguez inicial dará paso a un estremecimiento motivado por haberme dejado deslumbrar por tanta superficialidad. Lo que me impide correr detrás de las mujeres es la certeza de que, tan pronto como me abandone ese arrebató repentino, la tristeza terminará por vencerme. Cuando se apodera de mí esa sensación, siento un profundo desagrado. Veo al joven que soy convertido en un viejo, en una especie de monje, pero, mirándolo por otro lado, tal vez haya sido eso lo que me ha permitido vivir hasta hoy sin conocer los celos.

Solo pretendo ser una persona corriente. No me preocupa nada mi desconocimiento de los celos. Sin embargo, todo eso llegó a un repentino fin, como te acabo de contar, cuando apareció ante mis ojos ese hombre llamado Takagi. Los celos empezaron a quemarme. La causa era Chiyoko, pero ni ella me pertenecía ni yo pretendía que me perteneciese. Tenía que hacer justicia conmigo mismo, al menos. Poner las cosas bajo control. Además de unos celos que jamás debería haber sentido, creció en mi interior la angustia.

Por fortuna, Chiyoko y Momoyoko dijeron que querían ir a la playa, pues ya no hacía tanto calor. Estaba convencido de que Takagi se ofrecería a acompañarlas y me alegró la perspectiva de quedarme solo. Las hermanas le

pidieron que fuera con ellas, pero él empezó a poner pretextos y se resistió. No le suponía ninguna reserva hacia mi persona y por eso fruncí aún más el ceño. Me invitaron a ir a mí y rechacé la propuesta de plano. Siempre prefería quitarme de en medio a la más mínima oportunidad. Mi madre, con un gesto de evidente decepción, me dijo que las acompañase. Me quedé sentado en silencio y contemplé el mar a lo lejos. Las dos se pusieron en marcha entre risas.

—¡Tan testarudo como siempre! —exclamó Chiyoko—. Te comportas como un mocoso.

Su insulto me ofendió porque a ojos de los demás, en efecto, me comportaba como un mocoso. Takagi salió a la terraza. Les dio a las chicas unos sombreros de paja y les dijo que disfrutasen.

Cuando salieron por la puerta, Takagi se sentó un rato a charlar con las mujeres. Al parecer le resultaba muy agradable pasar las vacaciones despreocupadamente en un lugar así, aunque, por otra parte, decía sufrir por no saber muy bien cómo ocupar el día. Reconoció que no se le ocurría cómo emplear ese cuerpo suyo tan lleno de vitalidad por culpa del calor y del aburrimiento. Después, como si hablase para sus adentros, se preguntó qué podía hacer hasta que llegara la noche, y fue entonces cuando me invitó a jugar con él al billar. Por fortuna, nunca había jugado al billar y rechacé la invitación.

Antes de marcharse, se lamentó de mi negativa. Pensaba que había encontrado en mí a la pareja perfecta. Contemplé cómo su vigorosa espalda se alejaba de la casa, convencido de que iba a reunirse con las chicas en la playa. A pesar de todo, no me moví de donde estaba.

18

CUANDO TAKAGI SE MARCHÓ, mi madre y mi tía estuvieron hablando de él durante un rato. Era la primera vez que lo veía y quizá por eso mi madre parecía más impresionada. Alabó sus formas, una mezcla de despreocupación y respeto, y tuve la sensación de que mi tía estaba de acuerdo con ella. Gracias a eso me llegó cierta información que me obligó a rectificar mis

puntos de vista. Momoyoko me había dicho que acababa de regresar de los Estados Unidos, pero según mi tía Takagi se había educado en Inglaterra. Mi madre se sorprendió cuando en un par de ocasiones salió de su boca la palabra *gentleman*. Nunca la había oído. Mi tía le explicó que de ahí nacía esa elegancia tan natural. Mi madre se mostró admirada.

Yo no intervine. Pero cuando me pregunté qué pensaría mi madre al compararme con él sentí hacia ella un gran rechazo. En cuanto a la larga relación que existía entre Chiyoko y yo y la más reciente que ella había establecido con Takagi, no lograba imaginar cómo se sentiría. Visto de ese modo, lo único que había logrado con nuestra excursión era multiplicar su inquietud. Unos oscuros sentimientos agudizaron mi dolor por haber desatendido a una mujer mayor como ella.

Solo era una conjetura, pero tal vez mi tía había querido provocar ese encuentro entre nosotros, y sugerir así que tal vez Chiyoko se casaría con Takagi. Para mí era una consulta y una declaración al mismo tiempo. Desconozco cómo se sentía mi madre. Ella es una mujer que suele captar bien ese tipo de mensajes. Yo, al menos, estaba esperando a que mi tía anunciase que ya se habían iniciado las negociaciones para el matrimonio de Chiyoko. Por suerte o por desgracia, quién sabe, las hermanas volvieron de la playa antes de que ella dijese nada, con sus sombreros de paja de ala ancha al viento. Me alegré por mi madre, pero tampoco mentiré si digo que me consumía por ella.

Fui a la estación con las dos chicas a buscar a mi tío, que venía de Tokio. Prácticamente había sido una orden de mi madre. Ellas se habían puesto dos *yukata* iguales y los mismos *tabi* blancos. Mi madre se sentiría orgullosa al vernos de espaldas, pensé. ¿Qué valor podía tener para ella esa escena? Sentí lástima por mí mismo, por haberme convertido en una pieza necesaria para mantener el engaño. Después de salir, me di cuenta de que tanto ella como mi tía nos observaban.

A mitad de camino, Chiyoko se detuvo.

—¡Se me ha olvidado decírselo a Takagi! —soltó de pronto.

Momoyoko me miró. Me detuve, pero no dije nada.

—Ya es tarde, ¿no? —dijo—. Ya hemos llegado hasta aquí.

—Pero me había pedido que le avisáramos —insistió Chiyoko.

La hermana más pequeña me miró de nuevo como si dudase.

—¿Tienes hora? —me preguntó.

Saqué el reloj y se lo mostré.

—Aún tenemos tiempo —dije—. Si quieres ir a avisarle, ve. Yo sigo y os espero allí.

—Ya es tarde —dijo Momoyoko—. Si de verdad quería venir, vendrá.

—No basta con decir que nos hemos olvidado de avisarle y pedir disculpas.

Tras intercambiar dos o tres frases más, las hermanas decidieron no volver.

Como había supuesto Momoyoko, Takagi ya se encontraba al pie del andén antes de que llegase el tren. Les reprochó a las hermanas el despiste. Me miró y me saludó con amabilidad.

19

POR LA NOCHE cenamos más tarde de lo que acostumbrábamos mi madre y yo. No solo por esperar a mi tío, sino también por el alboroto que se produjo en la mesa con la confusión de cuencos de arroz y palillos agitándose por aquí y por allá. Taguchi se excusó con una sonrisa. Según él, más que una cena, aquello parecía un incendio, pero de vez en cuando era divertido hacerlo así. Mi madre estaba habituada a cenas silenciosas y parecía muy complacida. A pesar de su timidez, en realidad le gustaba el bullicio. No dejaba de repetir lo buenos que estaban los chicharros asados ligeramente salados que nos sirvieron.

—Cuando se los pido al pescadero —le explicó mi tío—, me trae todos los que quiera, y encima ya preparados. Llévate unos cuantos a Tokio si tanto te gustan. Había pensado hacerlo yo mismo, pero no he tenido la oportunidad.

—En una ocasión le pedí unos pocos a Oiso —dijo mi tía—, pero, a menos que se tenga mucho cuidado a la hora de conservarlos durante el trayecto, ya sabes...

—¿Se pudren? —preguntó Chiyoko.

—¿No te gusta el besugo de Okistsu? —le preguntó Momoyoko a mi

madre—. A mí me parece que está mucho mejor.

—También está bueno a su manera —respondió ella amablemente.

Si recuerdo esa conversación tan trivial, es porque me fijé en la expresión de su cara y también porque a mí me gustan mucho los chicharos sazonados.

Aprovecharé para contarte algo. En cuanto a gustos y carácter, hay un punto en el que me parezco mucho a mi madre y otro en el que soy completamente distinto a ella. Es un secreto que aún no le he revelado a nadie, pero he indagado durante años en el porqué de esas diferencias y coincidencias. Si mi madre me preguntara la razón, no sabría qué decir. Y no lo sabría porque yo mismo no lo tengo claro. En cualquier caso, esta es mi conclusión: aunque se trate de un defecto, si me parezco a mi madre, me alegro por ello. Si se trata de una virtud solo mía, me siento mal. Me preocupa parecerme más a mi padre. Aún hoy me miro al espejo y no puedo evitar pensar que preferiría ser más feo solo por parecerme más a ella.

El caso es que después de esa cena tardía nos acostamos también muy tarde. Además, como éramos muchos en la casa, a mi tía le costó acomodarnos. Los tres hombres dormimos bajo la misma mosquitera. Recuerdo que mi tío no sabía qué hacer con su cuerpo obeso y no dejaba de abanicarse.

—¿Qué te parece este terrible calor, eh, Ichizo? Habríamos estado mucho mejor en Tokio, ¿no crees?

Tanto Goichi, tumbado a mi lado, como yo estábamos de acuerdo en que habría sido mejor pasar la noche en Tokio. Con aquel sofoco no entendíamos por qué habíamos ido a Kamakura para vernos obligados a dormir bajo una estrecha mosquitera.

—Bueno —se consoló mi tío—, pensemos que esto también es parte de la diversión.

Aquella frase reflejaba bien la situación. Goichi, con la impaciencia de su juventud, le preguntó por la excursión de pesca del día siguiente. Lo mejor sería, respondió su padre, que los peces se pusieran de acuerdo para saltar a bordo del barco y ahorrarnos así el esfuerzo de tener que pescarlos. Su hijo no sabía si hablaba en serio o en broma, pero aquel tono ligero iba destinado también a mí, que no me interesaba en absoluto por la pesca. Me vi obligado a decir que iría con ellos y yo mismo fui el primer sorprendido por mi cambio de actitud. Con su habitual despreocupación, mi tío no tardó en ponerse a

roncar. Goichi también se durmió. Yo cerré los ojos sin ganas. No dejé de dar vueltas a muchas cosas hasta bien entrada la noche.

20

CUANDO ME DESPERTÉ al día siguiente comprobé que Goichi ya se había levantado. Me costó alzar la cabeza de la almohada por culpa del sueño, transitaba aún por ese espacio que no es ni vigilia ni tampoco descanso. De vez en cuando observaba el rostro de mi tío con curiosidad, como si perteneciese a una especie distinta de la humana. Me preguntaba si también yo tenía esa misma cara plácida mientras dormía. Goichi entró en la habitación y quiso saber qué me parecía el tiempo. Me pidió que fuera con él. Me levanté, salí y vi en el mar una bruma bajo la que no se distinguía siquiera el verde de los árboles que se extendían cerca del cabo. Le pregunté si llovía. Goichi bajó al jardín y levantó la vista al cielo. Sí, llovía un poco, me dijo.

Estaba preocupado por nuestra salida en barco. Arrastró hasta allí a sus hermanas para sondear su opinión, y al final debió de pensar que necesitaba del criterio experto de su padre. Este tenía ojos de sueño, y el tiempo no parecía importarle lo más mínimo. Miró el cielo a regañadientes, luego el mar, y llegó a la conclusión de que despejaría. Goichi pareció aliviado, pero Chiyoko se mostraba preocupada. Me miró y no supe qué decir. Mi tío se fue al baño e insistió en que no había nada de que preocuparse.

Después del desayuno empezó a caer una lluvia fina. El viento, sin embargo, estaba en calma y el mar no se movía. Con su habitual bondad, mi madre se lamentó por nuestro día de pesca. Mi tía nos dijo que renunciásemos. Según ella, la lluvia podía arreciar en cualquier momento. Los más jóvenes insistieron en ir. Mi tío dijo que las dos abuelas se quedarían y el resto nos marcharíamos. Mi tía le preguntó qué pasaba entonces con el abuelo y todos nos reímos.

—Hoy formo parte del club de los jóvenes —protestó él.

Para demostrarlo se arremangó la *yukata* y bajó al jardín. Sus tres hijos lo siguieron.

—Arremangaos vosotros también —les ordenó.

Las piernas peludas de mi tío parecían las de un bandolero, y las dos hermanas, con sus sombreros de juncia, podrían haber sido sacadas directamente de la leyenda medieval de la amante de Minamoto no Yoshitsune. Goichi se había atado el *obi* negro con un nudo a la espalda.

Momoyoko me miró y dijo con una media sonrisa:

—Creo que Ichizo quiere decirnos algo malo.

—¡Vamos, ven de una vez! —exclamó Chiyoko como si me regañase.

—Déjale unas *geta* viejas —le ordenó mi tío a mi tía.

Me uní a ellos sin protestar. Takagi no se presentaba y eso se convirtió en un nuevo problema. Todos pensamos que se debía al mal tiempo, y Goichi se ofreció a ir a buscarlo mientras nosotros seguíamos adelante.

Mi tío hablaba conmigo como de costumbre. Yo seguía sus pasos y le respondía. Caminábamos a buen ritmo y en determinado momento dejamos atrás a las dos hermanas. Me volví en un par de ocasiones, pero no parecían estar especialmente preocupadas ni tampoco tener prisa por alcanzarnos. Pensé que se retrasaban a propósito para esperar a Takagi. Tal vez fuera lo normal, una cortesía hacia su invitado, pero en ese instante no me lo pareció. Mis sentimientos no iban por ese camino. Me volví con la intención de apremiarlas, pero renuncié y seguí junto a mi tío. Llegamos al cabo de Kotsubo, donde el camino se estrechaba para caer bruscamente hacia el mar. Después giraba para el otro lado. Mi tío se detuvo cuando la cuesta empezaba a elevarse.

21

DE PRONTO LLAMÓ A SUS HIJAS con una voz que sin duda estaba en sintonía con su cuerpo. Confieso que hasta ese momento había tenido la intención de regresar en varias ocasiones, pero, no sé si por orgullo o por alguna otra cosa, cuando lo intentaba el cuello se me ponía rígido como el de un jabalí. Al final fui incapaz de hacerlo.

Me volví y vi que las hermanas estaban a unos cien metros. Un poco más

atrás, Takagi y Goichi. Mi tío dio un grito sin preocuparse por nada y las dos nos miraron. Chiyoko se volvió hacia Takagi. Se quitó el sombrero y lo sacudió a modo de saludo. Goichi dio un grito semejante al de su padre. Parecía haber estado practicando como si estuviera obligado a ello. Se puso las manos en la boca a modo de altavoz y dio un alarido que resonó por todo el acantilado.

Esperamos a que se acercasen. Los gritos no sirvieron para que apretaran el paso; iban hablando de algo sin mayor preocupación. De hecho, me pareció que se demoraban más de lo necesario. Takagi se había puesto algo parecido a un abrigo ancho de color marrón y se metía las manos en los bolsillos de vez en cuando. Me sorprendió que hubiera elegido una prenda así con el calor que hacía, pero cuando se acercó comprobé que en realidad se trataba de un chubasquero fino. Mi tío me dijo que le apetecía salir a navegar. De pronto caí en la cuenta. Me olvidé de Takagi y miré hacia el mar. No muy lejos de la costa había un barco mecido por las olas. Caía una incesante lluvia fina. El mar lucía desdibujado, y los árboles y las rocas al otro lado del acantilado, que en condiciones normales parecían encontrarse casi al alcance de la mano, apenas llegaban a distinguirse. Los demás no tardaron en alcanzarnos.

—Siento haberlos hecho esperar —se excusó Takagi nada más llegar—. Me estaba afeitando y no podía dejarlo a medias.

—¿No tienes calor con esa cosa? —le preguntó mi tío.

—Por mucho calor que haga no puede quitárselo —intervino Chiyoko en un tono de sorna—. Por fuera puede parecer un hombre moderno, pero por dentro sigue siendo el mismo bárbaro de siempre.

Debajo del chubasquero llevaba una camisa fina de manga corta y sus piernas emergían de unos pantalones cortos muy extraños. Llevaba unas *geta* de madera y calcetines negros. Dijo que en Japón se sentía muy bien porque podía vestirse como le daba la gana, sin preocuparse por nada.

Llegamos a una sucia y desordenada aldea de pescadores atravesada por un camino de unos dos metros de ancho. Nos atacó un olor desagradable. Takagi sacó un pañuelo blanco del bolsillo y se tapó la boca y su mostacho recién arreglado.

Mi tío le preguntó a un niño que había por allí y que nos miraba con perplejidad dónde estaba la casa del hombre del oeste que vino como hijo

adoptivo desde el sur.

El niño no supo responder a aquella pregunta que parecía un acertijo. Quise saber a qué se refería Taguchi y Chiyoko me explicó que no recordaba el nombre del hombre por el que preguntaba, pero sí las circunstancias en las que había llegado a aquel lugar. Ese comportamiento me hizo sentir envidia, dada mi propia rigidez y meticulosidad para con todo.

—¿Cómo va a saber de quién habla con semejante explicación? — preguntó Takagi también extrañado.

—Si lo hace, desde luego será un milagro —se rio Chiyoko.

—Me entenderá —aseguró mi tío—. No os preocupéis.

Cada vez que nos cruzábamos con alguien, Goichi repetía la pregunta medio en broma medio en serio y nos hacía reír a todos. Al final, mi tío consultó a la anciana propietaria de una vieja casa de té. Allí mismo había otra mujer más joven que estaba tocando un instrumento chino. Llevaba un sombrero de juncia, polainas y guantes para protegerse del sol. Para la sorpresa general, la anciana dijo que aquel hombre vivía justo al lado y todos se congratularon con unas palmadas de alegría. La casa era pequeña. Tenía el tejado de paja y se encontraba en un lugar elevado, junto a unos escalones que se adentraban en la montaña.

22

LA ESCENA DE SEIS PERSONAS vestidas cada cual a su manera trepando por unos angostos escalones de piedra debió de resultar de lo más estrambótica a ojos de la gente del lugar. Por si fuera poco, ninguno de nosotros tenía claro qué íbamos a hacer en realidad y, simplemente, nos dejábamos llevar. La idea de mi tío era dar un paseo en barco. Nadie sabía si habría pesca o no, si usaríamos caña, red, ni siquiera hasta dónde llegaríamos en nuestra aventura marina. Subí los desgastados peldaños de piedra que daban acceso a la casa por detrás de Momoyoko y se me ocurrió que el hecho de no arrepentirme de encontrarme en esa situación tan absurda tal vez resumiera el encanto de las vacaciones de verano. Pero también sospeché que

quizá en esa estafalaria escena sí ocurriría algo importante entre un hombre y una mujer. De encarnar un papel, a mí me tocaba el de juguete del destino. Si mi tío, descuidado y poco calculador por naturaleza, iba a ser el encargado de otorgarle un sentido al acto final de esa representación, podríamos considerarlo el talentoso autor de la obra. Estaba pensando en todo esto cuando Takagi, justo detrás de mí, dijo que tenía mucho calor y que quería quitarse el chubasquero.

La casa era bastante más pequeña y sucia de lo que parecía desde lejos. Había un cazo de madera colgado de la puerta, un amuleto contra el mal de ojo donde habían escrito en grandes caracteres que la tosferina tenía prohibida la entrada a la casa de la familia de Heikichi Yoshino. Goichi lo leyó en voz alta para que todos pudiéramos escucharlo. Tanto el techo como las paredes estaban completamente ennegrecidos. Dentro solo había una anciana. Se excusó y nos explicó que, como había amanecido malo, el hombre había pensado que no iríamos y se había hecho a la mar muy temprano. De todos modos, se ofreció a ir a avisarle enseguida. Mi tío le preguntó si había salido con el barco y la anciana señaló uno a lo lejos. La bruma aún no se había disipado, pero el cielo empezaba a despejarse y en el horizonte se distinguía la silueta de la embarcación.

—¡Está muy lejos! —dijo Takagi mirando por unos prismáticos que había traído consigo.

—¿Cómo va a avisarle si está tan lejos? —preguntó Chiyoko cuando le tocó usarlos.

La anciana dijo que regresaría enseguida. Se calzó y bajó deprisa la escalera de piedra hasta la orilla del mar. A mi tío le hizo gracia aquella aparente despreocupación de la gente del lugar. Goichi siguió a la anciana. Momoyoko se sentó distraídamente en la galería y yo me dediqué a contemplar el jardín, aunque llamar jardín a aquello era pecar de optimista, pues apenas se trataba de un patio de quince metros cuadrados. En una esquina había una higuera con unas cuantas hojas verdes. Apestaba a pescado por todas partes. De las ramas del árbol colgaban unos cuantos frutos verdes y en una de ellas había una trampa vacía. Debajo picoteaban dos o tres gallinas escuálidas que dejaban sus huellas en la arena. Una jaula metálica llamó mi atención. Estaba medio aplastada, como una naranja. Mi tío se quejó de que olía muy mal. Con voz temblorosa, Momoyoko dijo que ya no

le importaba la pesca y que quería volver. Takagi, que estaba hablando con Chiyoko sin dejar de mirar el mar con los prismáticos, se volvió.

—¿Qué estará haciendo esa mujer? —preguntó—. Iré a echar un vistazo.

Dejó los prismáticos y el chubasquero y Chiyoko se hizo cargo.

—Yo me ocupo —dijo.

No dejó pasar la oportunidad de hacer otro comentario jocoso sobre su chubasquero y Takagi se limitó a sonreír amargamente. Bajó por las escaleras hasta la playa. Observé en silencio cómo se movían los músculos de sus hombros bien formados.

23

ALREDEDOR DE UNA HORA MÁS TARDE subimos finalmente al barco. Me llamaron la atención dos banderas izadas que colgaban de sendos mástiles clavados en la arena; quizá anunciaban una fiesta ya pasada o aún por venir. Goichi se había dedicado a garabatear en la arena con unas ramas secas.

—Ya pueden subir —anunció el patrón del barco.

Llevaba el pelo muy corto. Subimos a bordo sin orden ni concierto. Por pura casualidad, Chiyoko y yo nos sentamos juntos en la proa. Mi tío se colocó en el lugar más amplio, en mitad del barco. Takagi se sentó a su lado. Cortesía hacia el invitado, quizá. Momoyoko y Goichi se acomodaron en la popa, cerca del patrón.

—Aquí hay sitio si quieres —le dijo Takagi a Momoyoko.

Momoyoko le dio las gracias, pero no se movió. A mí no me agradaba estar sentado junto a Chiyoko. Debía de estar al tanto de mis celos de Takagi, y su intensidad no había disminuido. A pesar de todo, no me dejé llevar por rivalidad alguna. Soy un hombre y puedo enamorarme ciegamente de una mujer, pero te aseguro que, si me veo envuelto en un enfrentamiento, renuncio por mucho dolor que eso me cause. Puede ser una actitud criticable. Pueden acusarme incluso de ser poco hombre, de carecer de voluntad, pero, si una mujer es capaz de jugar con dos pretendientes y suscitar competencia entre ellos, a mí me parece que no merece la pena. Creo honestamente que es

una muestra de hombría liberarla de uno de ellos, y lamerse las heridas causadas por la pérdida. En cualquier caso, se trata de una opción mucho mejor que abrazar por fuerza a alguien que no ha querido entregar su corazón voluntariamente.

—¿Por qué no te sientas con ellos, Chiyo? —le sugerí—. Es más cómodo, más amplio.

—¿Por qué? ¿Acaso te molesto?

No se movió, y yo no tuve el valor de explicarle que la razón era Takagi. De haberlo hecho, mis palabras habrían resultado demasiado directas, demasiado sarcásticas quizá. No obstante, el hecho de que ella me lo preguntase de ese modo hizo brotar en mí una alegría que contradecía mis pensamientos y mis propias palabras. Fue un golpe genuino y certero a la debilidad de mi carácter.

Takagi se mostraba algo más discreto que el día anterior e hizo como si nada, a pesar de que nos escuchó. El barco se alejó al fin de la costa.

—El tiempo va mejorando —le dijo el patrón a mi tío—. Incluso resulta más adecuado que un día de pleno sol. Es un buen día para navegar.

—¿Qué vamos a pescar, patrón? —preguntó mi tío en voz alta.

Nadie sabía en realidad qué íbamos a pescar.

—Pulpos —dijo el hombre sin prestar demasiada atención.

Momoyoko y Chiyoko se rieron a carcajadas.

—¿Pulpos? ¿Y dónde están esos pulpos? —insistió mi tío.

—Por ahí.

Lanzó al agua un cubo de madera con forma ovalada y un cristal en el fondo, y se puso a otear el fondo marino. El patrón llamó a aquel objeto «espejo» y nos dejó utilizar otros dos o tres que tenía por allí. Goichi y Momoyoko se lanzaron a por ellos.

24

LOS «ESPEJOS» PASARON DE MANO EN MANO y mi tío fue quien más se sorprendió de lo claro y nítido que se veía el fondo marino. Quizá su

profundo conocimiento de la sociedad humana lo llevaba a menospreciar los objetos y otras cosas, pero, cuando los fenómenos de la naturaleza se revelaban ante sus ojos, era él quien más se admiraba de todos.

Tomé el «espejo» que me ofreció Chiyoko. Era el último en utilizarlo y cuando miré solo vi un fondo corriente y moliente, como había imaginado. Multitud de rocas pequeñas formaban cavidades convexas, y por todas partes crecían algas oscuras que se mecían adelante y atrás al vaivén de las olas.

—¿Has visto alguno? —me preguntó Chiyoko.

—No.

Le entregué el cubo y ella volvió a meterlo dentro. El ala de su sombrero se empapó por culpa de las olas que provocaba el cabeceo del barco. Observé su cuello blanco, su pelo negro, y me parecieron tan hermosos o más que su cara.

—¿Y tú, has visto alguno? —le pregunté.

—No. No veo nada de nada.

—Es difícil dar con ellos cuando no se está acostumbrado —explicó Takagi.

—Por eso no los encuentro —dijo ella girándose hacia él.

En cualquier caso, Chiyoko no se resignó y continuó escrutando el fondo marino con el cubo, como si jugase con el agua. Momoyoko llamó a su hermana desde la otra punta del barco. Goichi intentó atrapar un pulpo al azar. Se sirvió de una vara de bambú de unos tres metros de largo con un pincho colocado en uno de los extremos. El patrón, por su parte, sujetaba el cubo con los dientes y manejaba el palo con una sola mano. Nada más descubrir a un pulpo en su escondite, pinchó hábilmente al blandengue monstruo marino.

El patrón sacó varios del mismo tamaño, ninguno especialmente grande. Al principio nos alborotábamos mucho, pero al final incluso mi tío pareció aburrirse.

—¿Qué sentido tiene coger tantos? —preguntó.

Takagi observaba la captura que el patrón iba metiendo en un compartimento con agua. Se encendió un cigarrillo.

—¿Has visto alguna vez cómo nadan los pulpos? —le preguntó a Chiyoko—. Ven a verlo. Es muy curioso.

Cuando cayó en la cuenta de que yo también existía, dijo enseguida:

—Ven tú también, Sunaga. Están nadando.

—¿De verdad? ¡Qué interesante! —dije sin moverme del sitio.

Chiyoko se levantó y se sentó a su lado. Le pregunté si de verdad nadaban.

—Sí —repuso ella—. Ven a verlo.

Los pulpos juntaban sus ocho patas y se propulsaban en línea recta hasta chocar contra el casco del barco. Expulsaban una tinta negra como la de los calamares. Los observé durante un rato y volví a mi sitio. Chiyoko no se movió del lado de Takagi.

Mi tío dijo que ya bastaba de pulpos. El patrón preguntó si queríamos volver. Justo entonces mi tío vio dos o tres cestas grandes de bambú flotando en la distancia y, con la esperanza de añadir un poco más de variedad a nuestra captura, le pidió que nos acercásemos para ver qué había allí. Dentro nadaban unos peces de unos veinticinco centímetros. Tenían las escamas azuladas y desprendían destellos que los hacían confundirse con el agua que agitaban al intentar escapar.

—Prueba a atrapar uno —le dijo Takagi a Chiyoko.

Le dio una red y ella lo intentó sin éxito. Takagi lo probó también, con gesto inseguro. Al final le devolvieron la red al patrón, que atrapó dos o tres con suma facilidad. Se los dio a mi tío.

Nos alegramos de la captura. Las lubinas y los besugos, añadidos a los pulpos, alegraron nuestro regreso a la costa.

25

REGRESÉ SOLO A TOKIO aquella misma noche. Mi madre, animada por los demás, se quedó para dos o tres días más con la condición de que Goichi la acompañaría en el viaje de vuelta. Me extrañó que se dejase convencer tan fácilmente y esa calma suya, tan opuesta a mi inquietud, me irritó.

Desde entonces no he vuelto a ver a Takagi, y ese triángulo entre él, Chiyoko y yo mismo no ha ido a más. Yo, la parte más débil de los tres,

escapé del remolino a mitad de camino, sin saber de antemano qué me depararía el destino, y entiendo que eso te decepcione. Yo mismo me siento como un bombero que se aleja del fuego antes de que se haya extinguido por completo. Puede parecer que me tomé la molestia de ir hasta Kamakura con un objetivo en mente, pero, a pesar de los celos y de mi disgusto por la rivalidad, en algún rincón oscuro de mi interior queda aún un rastro de orgullo. He dedicado muchos esfuerzos a analizar mis incoherencias y he sufrido sobremanera por mis sentimientos contradictorios y reprimidos hacia Chiyoko.

A veces tengo la impresión de que me quiere como si yo fuese el único en este mundo por el que siente algo y, a pesar de todo, soy incapaz de dar un paso adelante. Cada vez que me tapo los ojos para no ver el futuro, para evitar tener que decidirme a hacer algo, ella huye de mí como si no me conociera. Durante los dos días que pasé en Kamakura experimenté ese flujo y reflujo en dos o tres ocasiones. A veces sospechaba que era ella quien los provocaba, quien se acercaba y se distanciaba a propósito. Y no solo eso. Muchas veces me irritaban sus palabras, su actitud contradictoria, e, inevitablemente, me perdía.

Durante esos dos días estuve a punto de dejarme atrapar por una mujer con la que no tengo intención de casarme. Veía a Takagi y me daba la impresión de que él sí terminaría haciéndolo, a pesar de no querer. No quería competir con él, ya te lo he dicho antes, y para evitar que me malinterpretas lo repito de nuevo. En caso de verme atrapado en un triángulo junto con Takagi y Chiyoko, y eso solo si me dejo arrastrar por el remolino del amor o por los sentimientos, te aseguro que lo que me moverá no será la rivalidad con Takagi. Será una reacción parecida al miedo y a esa angustia que se padece cuando uno mira hacia abajo desde un lugar elevado. Visto superficialmente, vencer o dejarme vencer por Takagi puede parecer tan solo una cuestión de rivalidad, pero lo que me mueve en el fondo es algo muy alejado de la competición. De hecho, jamás pienso en él si no lo tengo delante. Esos dos días, sin embargo, me sentí como si cayeran sobre mí relámpagos terribles, y por eso me decidí a marcharme.

Soy un hombre débil y no soporto esas novelas tramposas plagadas de estímulos facilones destinados a mantener el interés de los lectores. Peor aún. Yo mismo soy incapaz de seguir esos estímulos. En cuanto noté que mis

sentimientos empezaban a transformarse en una novela de esas, decidí regresar. En el tren de vuelta me veía medio ganador, medio perdedor. El vagón de segunda clase iba casi vacío y allí fue donde me imaginé la continuación de esa novela que yo mismo había comenzado a escribir para después abandonarla a medio terminar. En ella salían el mar, la luna, la costa, la sombra de un hombre y una mujer jóvenes. El hombre se enfadaba y la mujer lloraba. Después era ella la ofendida y él, quien la consolaba. Al final caminaban sobre la arena de la playa agarrados de la mano. En otra escena veía un rostro, un suelo de tatami, y notaba una brisa fresca. Dos jóvenes se ponían a discutir sin razón aparente hasta que la sangre se les subía a la cabeza y perdían el control. Se levantaban, empezaban a darse golpes y...

Veía las escenas ante mis ojos como si de una obra de teatro se tratara, y me alegré mucho por no haber sufrido ninguna de ellas en mis carnes. Los demás pueden burlarse de mí, acusarme de parecer un viejo, pero, si con eso se refieren a alguien que escribe poesía sin necesidad de intervenir de ningún modo en el devenir del mundo, me quedo satisfecho. Si con eso de viejo se refieren a un hombre seco por culpa, precisamente, de la poesía, me niego a aceptarlo. Yo siempre he luchado por la poesía.

26

TRATÉ DE IMAGINAR cómo me sentiría a mi regreso a Tokio. Me preocupaba estar aún más irritable de lo que ya había estado en Kamakura, con el objeto de mi irritación justo delante de mis ojos. Pensé también en el inútil y solitario sufrimiento que eso me supondría, pues ni siquiera contaría con un culpable. Pero, al final, el resultado fue muy diferente.

Volví a encerrarme en mi cuarto de la segunda planta de mi casa, con una calma y una indiferencia muy parecidas a la normalidad. Colgué una mosquitera nueva, me metí dentro, me tumbé y me dormí arrullado por el sonido de la campanita de verano que colgaba del alero del tejado. Por la tarde salí al centro y regresé con varias plantas. Como mi madre no estaba, Saku, la criada, se hizo cargo de todo. A mi regreso de Kamakura, cuando me senté por primera vez a comer mientras Saku esperaba frente a mí con una

bandeja lacada sobre su regazo, dispuesta a atenderme, caí en la cuenta de la enorme diferencia que existía entre ella y las dos hermanas de Kamakura. Saku no era especialmente guapa, pero se ponía derecha nada más verme y en ese momento me llamaron la atención su modestia, su humildad; entre mis sentimientos había también cierta lástima. Estaba dócilmente sentada, inmóvil, y se me antojó que para ella y para los de su clase pensar en el amor debía de ser una especie de impertinencia. Le hablé en un tono cariñoso, como nunca antes había hecho. Quise saber cuántos años tenía. Diecinueve, dijo. Entonces le pregunté sin más preámbulos si pretendía casarse, y me arrepentí enseguida. Bajó la mirada tratando de ocultar su gesto de sorpresa. Hasta aquel instante, Saku y yo apenas habíamos hablado de algo que no estuviera relacionado con la casa. No fue hasta ese momento cuando comprendí, gracias al recuerdo aún fresco de mi estancia en Kamakura, esa parte femenina que había en la criada de mi propia casa. La palabra amor no define con exactitud lo que había entre ella y yo. Pero amaba la atmósfera tranquila y sencilla que emanaba de ella, eso sí.

Cuando digo que ella me proporcionó cierto consuelo, incluso a mí me resulta curioso, pero no sé expresarlo de otro modo. Fue Saku, o más bien esa parte femenina suya, lo que me calmó y alejó de mis pensamientos todo lo que me irritaba. A pesar de todo, reproducía de vez en cuando en mi mente las escenas vividas en Kamakura, a sus protagonistas, pero me sentía muy feliz al sentirlo todo muy lejos de mí, sus intereses alejados de los míos.

Cuando terminé de comer, subí a mi cuarto y me puse a ordenar los libros. Mi madre no solía descuidar la limpieza, pero el polvo se había acumulado donde no alcanzaba la vista. Tardé mucho tiempo en limpiar y volver a colocarlo todo en su sitio. Me movía despacio, como un caracol, como si estuviera leyendo por placer al ritmo marcado por la indolencia del verano. Saku debió de oírme y asomó la cabeza por la escalera. Le pedí que me ayudase, pero no me pareció bien encargarle un trabajo que podía alargarse tanto y no tardé en decirle que ya era suficiente. Después de una hora dedicado a esta tarea, empecé a notar el cansancio y decidí tomarme un descanso para fumar un cigarrillo. Entonces Saku volvió a asomar la cabeza por la escalera. Me preguntó si necesitaba ayuda. Quería darle algo que hacer, pero en ese momento estaba ordenando los libros por orden alfabético y ella no sabía leer. Le dije que podía retirarse.

No veo la necesidad de detallar todas las cosas que hacía Saku. Si hablo de ella es en relación a sus acciones vinculadas con los acontecimientos de Kamakura. Después de acabarme el cigarrillo, volví a la tarea. Terminé de una vez con la segunda balda de la librería. Saku no volvió a interrumpirme. Entonces me encontré con un libro extraño que se había caído por la parte trasera de la librería; me lo había prestado un amigo hacía tiempo y se me había olvidado devolvérselo. Era un volumen fino, pequeño, estaba cubierto de polvo y había permanecido oculto a mis ojos hasta ese momento.

27

PERTENECÍA A UN AMIGO MÍO que era un gran apasionado de la literatura. Tiempo atrás habíamos tenido una buena charla sobre la novela; en mi opinión, le dije, quienes pensaban mucho solo hacían eso, pensar, y no tenían el coraje suficiente para pasar a la acción. Escribir novelas, para mí, era un proceso aburrido, y mi afirmación se basaba en el hecho de que yo no disfrutaba de su lectura, no conectaba con los personajes, no lograba tomar distancia porque me sentía obligado a pensar y repensar continuamente. Mi amigo me habló entonces de ese libro que, por casualidad, tenía encima de la mesa. Según él, el protagonista se sumergía en profundos razonamientos que no le impedían tomar acciones rayanas en la temeridad. Como mostré cierto interés, me lo prestó. En la cubierta estaba impreso el título en alemán, *Gedanke*, pero según me explicó se trataba de una traducción de una novela rusa. Tomé el libro entre mis manos y le pregunté más detalles sobre la trama. A él no le parecía importante hacer un resumen. Después me confesó que apenas lo entendía, pero, al parecer, trataba de celos, venganza, intrigas, asuntos graves, estrategias caprichosas, razonamientos de locos y también de cuerdos. Me dijo que la leyera porque, además de todas esas cuestiones importantes, la novela contaba con una acción trepidante.

Regresé a casa con el libro y sin ninguna intención de leerlo. Poco amigo del género, como ya te he explicado, menospreciaba a sus autores y no terminaba de ver el interés que pudiera tener esa novela en concreto, por mucho que insistiera mi amigo.

Me olvidé por completo del libro hasta que me lo topé por pura casualidad, cubierto de polvo. Leí algunas palabras en alemán y me acordé de lo que me había contado mi amigo. Un interés repentino brotó en mí. No supe identificar de dónde venía y me concentré en la lectura. Era una historia terrible.

Un hombre amaba a una mujer, pero ella lo ignoraba y terminaba por casarse con uno de sus conocidos. Él se planteaba entonces matar al marido, pero no le bastaba con eso. Quería hacerlo en presencia de su amada y de una manera tan sofisticada que ella no podría hacer nada más que asistir al asesinato como simple espectadora. El protagonista diseñaba un plan. La oportunidad de llevarlo a cabo se le presentó una noche durante una cena con amigos. De pronto, fingió un violento ataque. Su interpretación de hombre loco resultaba tan verosímil que todos los presentes llegaron a pensar que, en efecto, lo estaba. Satisfecho por el éxito de su engaño, lo repitió en varias ocasiones en distintos lugares hasta ganarse una reputación de hombre peligroso víctima de graves trastornos mentales. Su plan marchaba viento en popa. Cometería su crimen sin que nadie pudiese hacer nada. A medida que sus frecuentes ataques ensombrecían la atmósfera de las fiestas a las que lo invitaban, las puertas empezaron a cerrársele, pero eso no le preocupaba en absoluto. Aún había una casa en la que podía entrar y salir a voluntad. Era el hogar de su amada y de su marido, al que pretendía enviar al país de los muertos. Un día llamó a su puerta como si nada y, mientras charlaban, esperó el momento oportuno para atacar. De pronto, alcanzó un sólido pisapapeles que había en una mesa y le preguntó si ese objeto serviría para acabar con la vida de una persona. Su amigo no se lo tomó en serio y fue en ese preciso instante cuando él empezó a golpearlo con todas sus fuerzas ante los ojos horrorizados de su mujer. Después de aquello lo enviaron a un manicomio. Con una asombrosa capacidad de razonamiento, apelaba entonces a su cordura, pero una sombra de duda ya se extendía por todo su ser y se convertía en su obsesión. ¿Estaba de verdad cuerdo? ¿Estaba loco después de todo?

Yo me eché a temblar sin soltar el libro de las manos.

MI CABEZA ESTÁ HECHA para contener a mi corazón. Lo mismo les sucede a todos los demás hombres. A juzgar por los resultados de mi conducta, no tengo gran cosa de la que arrepentirme de mi pasado y, a pesar de todo, me resulta muy dificultoso mantener al corazón bajo el control de la cabeza cada vez que se me acelera. De naturaleza obstinada, tengo también mal genio, y así es como consigo dominarlo cuando se desboca. En una ocasión llegué a sentir una especie de combustión de energía vital que solo puedo describir como un giro radical del eje mismo de la vida. Cada vez que se produce una lucha entre esas dos fuerzas, tiendo a obedecer las órdenes de la cabeza y me parece que esta consigue dominar la situación, dada su mayor fuerza. Sin embargo, en otras ocasiones pienso que es el corazón quien obedece, solo por el mero hecho de ser el más débil. Se trata de una lucha inevitable para mí. Nunca me he librado del temor de que termine por consumirme.

Por eso me abrumó el protagonista de *Gedanke*. No juzgaba valiosa la vida de su amigo en ningún momento, como si solo se tratase de un insecto. Se negaba a admitir sus contradicciones entre el plano racional y emocional. Su intelecto se transformaba en combustible para el fuego de la venganza sin llegar a admitir nunca sentimientos como el arrepentimiento. Era un gran actor capaz de arrojar sangre infectada de veneno sobre la cabeza de los demás y no escatimaba en nada con tal de lograrlo. También podía tratarse de un loco con una mente prodigiosa y una pasión extraordinaria. Yo envidiaba esa capacidad suya de actuar sin mayores consideraciones. Al mismo tiempo, el terror de encontrar placer en ese tipo de comportamiento me provocaba un sudor frío que me recorría la espalda. Si alguna vez se me ocurría actuar así, la tortura a la que me sometería mi conciencia sería insoportable.

Quizá mis celos de Takagi podrían quemarme en un futuro si no lograba dominarlos, pero no me veía llegando a ese extremo. Traté de olvidarme del asunto diciéndome que yo no era como el protagonista de la novela, que era incapaz de hacer algo así. Sin embargo, no tardaba en comprender que sí sería capaz de ejecutar mi propia venganza. Alguien como yo, pensé, a menudo vacilante en esa eterna lucha entre cabeza y corazón, sí sería capaz de cometer un asesinato. No sé cómo ni por qué llegué a esa conclusión. Fue

algo así como una intuición acompañada de un extraño sentimiento. No era miedo, no era inquietud ni mero desagrado. Era algo mucho más complicado, como cuando el alcohol transforma a una persona tranquila en otra muy distinta. La ilusión de sentirte capaz de lo que sea no impide que te des cuenta de que la victoria del alcohol viene corrompida por su indignidad, por su falta de escapatoria. Tuve un sueño con los ojos abiertos: golpeaba sin piedad la cabeza de Takagi con un pisapapeles delante de Chiyoko. Me levanté de repente muy sorprendido.

Fui al baño para refrescarme con agua fría. El reloj del salón marcaba ya mediodía. Era un buen momento para sentarme a comer algo. Tomé algo de arroz sin decir nada y le pregunté a Saku qué aspecto tenía. Abrió los ojos muy sorprendida y dijo que me veía como siempre. La conversación se interrumpió en ese punto y fue ella quien me preguntó poco después si me había ocurrido algo.

—No, nada especial —le dije.

—El calor ha llegado de repente.

Comí algo más sin hablar. Me sirvió el té y antes de tomarlo le dije que era mucho más agradable estar en casa que en un lugar atestado como Kamakura.

—Imagino que allí hace más fresco —repuso ella.

—De eso nada. Casi peor que aquí. Ese lugar no me sienta bien. Me irrita. Me preguntó si mi madre tenía intención de quedarse allí mucho tiempo.

—Volverá pronto.

29

SENTADA JUSTO FRENTE A MÍ, Saku me pareció un dondiego dibujado con la delicadeza de la tinta china. Era una lástima que esa imagen no estuviera firmada por un artista famoso, pero de todos modos reflejaba la esencia de ese tipo de obras. Te preguntarás cuál es mi objetivo al compararla con una pintura, y puede que no tenga ninguno en realidad. No hay un significado oculto, la verdad, pero, mientras ella esperaba allí sentada a

servirme, me comparé a mí mismo, que acababa de leer esa obra titulada *Gedanke*, con ella y la bandeja lacada en negro que apoyaba en sus rodillas.

¿Por qué tenía que ser tan complicado?, me pregunté atónito. ¿Por qué debía ser yo como una de esas pesadas pinturas al óleo? Hasta ese momento me había sentido orgulloso de que mi cabeza funcionase de una forma más complicada de lo normal. A mi modo de ver, era la prueba de que había recibido una educación superior, pero empezaba a cansarme de ser así. Me preguntaba por qué no podía vivir y disfrutar de las cosas sin necesidad de analizarlo todo hasta en sus más mínimos detalles.

Dejé el cuenco de arroz encima de la mesa y me pareció ver algo sagrado en la cara de Saku.

—Saku —le dije—, ¿piensas alguna vez en las cosas?

—No tengo nada especial en que pensar...

—¿Eso quiere decir que no piensas? Mejor para ti. Es bueno no tener nada en que pensar.

—Y, aunque lo tuviera, no soy inteligente y no sé razonar. No valgo para eso.

—Eres muy afortunada.

Mis palabras la sorprendieron. Debió de pensar que bromeaba, y lo sentí de veras.

Esa misma tarde mi madre volvió de Kamakura sin previo aviso. Estaba sentado en una silla de mimbre en el balcón de la planta de arriba, al atardecer, y me deleitaba con el sonido del agua que Saku, descalza, estaba utilizando para regar el jardín, cuando la vi aparecer. Bajé a recibirla y me sorprendí al ver a Chiyoko detrás de ella, en vez de a Goichi, quien, en teoría, la iba a acompañar en el viaje de regreso. Mientras estaba allí sentado no había pensado en ella en ningún momento y, en el caso de haberlo hecho, su imagen habría aparecido unida a la de Takagi. Creía firmemente que se quedarían mucho más tiempo en Kamakura. Mi madre estaba bronceada, pero antes siquiera de saludarla le pregunté a Chiyoko por qué había venido. Fueron las primeras palabras que salieron de mi boca.

—Para acompañar a mi tía —respondió ella—. ¿Tanto te sorprende?

—Te lo agradezco —me limité a decir.

Mis sentimientos hacia ella habían cambiado antes de ir a Kamakura y lo habían hecho aún más después de regresar. También existía una gran

diferencia entre enfrentarme a ella cuando estaba con Takagi o cuando estaba sola. Me explicó que había decidido acompañarla porque estaba mayor y no quería dejar esa responsabilidad en manos de Goichi. Mientras Saku refrescaba a mi madre, Chiyoko sacó de la cómoda un kimono de verano y la ayudó a cambiarse. Le pregunté a mi madre si había ocurrido algo interesante después de mi partida. Con un gesto de satisfacción, respondió que no había pasado nada especial.

—Me he divertido como hacía mucho tiempo y ha sido gracias a ti — dijo.

Sus palabras constituían un agradecimiento explícito hacia Chiyoko, que estaba a su lado. Le pregunté si tenía intención de regresar enseguida a Kamakura.

—No, pasaré la noche en Tokio.

—¿Dónde?

—Pues... Podría volver a mi casa, pero es demasiado grande y no hay nadie. Hace mucho que no duermo aquí. Si no hay problema me gustaría quedarme. ¿A ti qué te parece, tía?

Chiyoko tenía la clara intención de quedarse a dormir desde el principio. No habían transcurrido ni diez minutos desde su llegada y ya me veía forzado a escuchar, valorar e interpretar sus palabras. Aquello me desagradó profundamente. Me sentía demasiado cansado para afrontarlo y noté cómo mis nervios se negaban a realizar tal esfuerzo. ¿Estaba obligado a hacerlo en contra de mi voluntad? ¿Era ella quien me empujaba? Aquella situación me exasperaba.

—Podría haber venido Goichi —le dije—. No hacía falta que te tomaras tantas molestias.

—Era mi responsabilidad. Fui yo quien invitó a tu madre.

30

—EN ESE CASO podrías haberme acompañado también a mí. Tú me invitaste.

—Pues deberías haberles hecho caso a los demás y haberte quedado más tiempo.

—No me refiero a eso.

—En ese caso parecería tu enfermera, aunque me da igual. Si me lo hubieras pedido, habría venido contigo.

—Pensé que te negarías si lo hacía.

—Lo mismo digo. ¿Verdad, tía? Te negabas a aceptar mi invitación y, a pesar de haber venido a Kamakura al final, has estado todo el tiempo con cara de pocos amigos. Quizá sí estés un poco enfermo.

—A lo mejor precisamente por eso quería que lo acompañases — intervino mi madre con una sonrisa.

Nunca me habría esperado que Chiyoko fuera a venir con mi madre. Pensaba, eso sí, que esta última volvería con algún tipo de información sobre su futuro con Takagi. Ya me había imaginado el dolor que mi madre sentiría por culpa de tal acontecimiento, la inquietud y la desilusión que le causaría, pero en lugar de eso me enfrentaba a una situación completamente distinta. Ellas eran la misma tía y la misma sobrina de siempre. Su relación, igual de íntima. Cada una transmitía calidez a su manera, fresca, y eso producía una agradable sensación.

Por la noche sacrificué el tiempo que solía dedicar a mi paseo nocturno y subí a la planta de arriba para charlar con ellas. Mi madre me pidió que colgase del alero del tejado una lámpara de papel decorada con el dibujo de siete flores de otoño. Puse una vela dentro. Chiyoko sugirió que apagásemos la luz del techo porque hacía calor. La habitación quedó a oscuras. Era una noche sin viento. La luna había alcanzado su cénit. Mi madre, apoyada contra un pilar de madera, dijo que se acordaba mucho de Kamakura. A Chiyoko, ya acostumbrada al mar, le resultó extraño contemplar la luna desde un lugar donde se escuchaba el tranvía. Yo estaba sentado en la silla de mimbre y me abanicaba.

Saku subió en dos ocasiones. La primera vez, con una bandeja que contenía todos los instrumentos necesarios para fumar. Colocó a mis pies un pequeño brasero con unas cuantas ascuas. La segunda vez subió con helados que había ido a comprar a alguna parte. En ninguna de las dos ocasiones pude evitar comparar a las dos jóvenes: una aceptaba su condición humilde de por vida y la otra disfrutaba del privilegio de una elegancia que le permitía

comportarse de forma distinguida ante cualquiera. Parecían reminiscencias de la época feudal, productos de un estricto sistema jerárquico. Chiyoko no le prestó ninguna atención a Saku. Saku, por su parte, no pudo evitar darse la vuelta para mirarla cuando se retiraba escaleras abajo. Recordé los dos días de Kamakura, a Takagi rondando por allí, y sentí lástima por Saku. A pesar de afirmar categóricamente que no pensaba nunca en nada, se veía obligada a enfrentarse a la elegancia y al veneno que representaba Chiyoko.

Tenía una pregunta en la punta de la lengua: ¿qué había pasado con Takagi? Además de curiosidad, en mi interés había algo de impuro y me sentía como un cobarde al acecho, incapaz de preguntar directamente. Si Chiyoko se hubiese marchado, podría haber hablado con mi madre sin reservas, pero en realidad prefería tener noticias suyas directamente por boca de Chiyoko, y grabar en mi corazón lo que ella sentía por él. ¿Se debía esto a los celos? Si alguien da una respuesta afirmativa, no seré yo quien lo niegue. No creo que se pueda atribuir lo ocurrido a ninguna otra cosa. ¿Tan enamorado estaba entonces de Chiyoko? Si intentara resumir el asunto en esos términos, no sabría qué contestar. No notaba en mi corazón ese amor ardiente por ella, por lo tanto, eso debe de significar que soy dos o tres veces más celoso de lo normal. En cualquier caso, me parece que el origen está en mi egoísmo. Solo añadiré una cosa a este respecto. Desde mi punto de vista, si aún tenía celos de Takagi a pesar de haberme marchado de Kamakura, no se debía solo a un defecto mío, sino a que Chiyoko también era responsable. No tengo problema en afirmar rotundamente que este punto débil de mi naturaleza ha llegado a dominar mi corazón precisamente porque se trata de ella. Pero ¿qué cualidad de Chiyoko ha viciado mi personalidad? No tengo una respuesta clara a esa pregunta. Tal vez sea su buena disposición.

31

CHIYOKO SE MOSTRABA DE BUEN HUMOR, como de costumbre. Daba lo mismo el tema de conversación, ella participaba de cualquier manera. Para mí, aquella era la prueba fehaciente de que no escondía nada en su interior. Nos contó que se había aficionado a nadar por su cuenta en

Kamakura y que le gustaba alejarse hasta donde ya no hacía pie. Le divertía que Momoyoko, mucho más cauta, se preocupase tanto por ella y tratase de detenerla con voz suplicante.

—¿Cómo puedes comportarte de una forma tan imprudente? ¡Eres una mujer! —la interrumpió mi madre con un tono en el que se mezclaban el reproche y la súplica—. Déjate de juegos peligrosos, aunque solo sea por mí. Te lo pido por favor.

Chiyoko se sonrió y le dijo que no se preocupara. Entonces me miró y me preguntó si a mí tampoco me gustaban las chicas revoltosas y poco femeninas. No mucho, contesté, parco. Volví a dirigir mi mirada al exterior iluminado por la tenue luz de la lámpara de papel. De no haber estado alerta, sin duda se me habría escapado que a Takagi seguro que le gustaban. Fue una suerte que mi sentido de la dignidad me impidiera llegar hasta ese punto.

A pesar de su actitud abierta y despreocupada, Chiyoko no mencionó a Takagi ni una sola vez. Estuvimos hablando hasta bien entrada la noche, cuando mi madre sugirió que nos fuésemos a dormir. Reconocí cierta intención en sus palabras, como una gota de tinta negra sobre un papel blanco. Antes de ir a Kamakura, estaba convencido de que Chiyoko era una de las mujeres más puras de este mundo, y después había empezado a dudar de ella. Estas sospechas habían enraizado en mi corazón. ¿Por qué no mencionaba a Takagi? Volví a preguntármelo ya tumbado en la cama, y sufría por no encontrar la respuesta. De todos modos, era consciente de la estupidez que supondría perder horas de sueño por algo así. Me parecía absurdo empeñarme en sufrir y mi incapacidad para dejar de hacerlo me irritaba aún más. Estaba tumbado en el futón de mi cuarto del piso de arriba. Mi madre y mi prima dormían bajo la misma mosquitera en la planta baja. Pensé en Chiyoko plácidamente dormida justo debajo de mí. Solo por el hecho de sufrir ya me sentía un perdedor. Era un verdadero fastidio seguir dándole vueltas y más vueltas al mismo asunto. Me avergonzaba ser incapaz de conciliar el sueño. Me sentía como si de alguna manera mi vigilia le confirmara a ella su victoria.

Después de pasar un buen rato rumiando sin parar la misma cuestión, me propuse analizarla desde distintas perspectivas. Su silencio respecto a Takagi era una deferencia hacia mí. Lo eludía para evitar mi mal humor. Al verlo bajo esa nueva luz, me di cuenta de que en Kamakura me había dejado

dominar tanto por el mal humor que había provocado que Chiyoko dejase de hablarme de él. En consecuencia, yo no era más que un horrible animal que solo sabía causarle molestias a la gente. Y, por lo tanto, habría bastado con quedarme encerrado en casa, suspender todo tipo de relación con los demás. Pero ¿y si, por el contrario, fuera cosa de sus artes? ¿Unas artes que no tuvieran nada que ver con su supuesta consideración hacia mí?

Pensé sobre esa palabra que se me acababa de ocurrir: artes. Pensé en todas sus acepciones y examiné sus significados. ¿Acaso pretendía atraparme con esas artes, sirviéndose de Takagi como señuelo? En tal caso, ¿lo hacía sin más objetivo que el de divertirse, que el de responder momentáneamente a mi afecto por ella? ¿O acaso me pedía que me pareciera más a Takagi? Y, si lo hiciera, ¿llegaría a amarme? ¿Le divertía asistir a la lucha contra mi rival o, por el contrario, lo colocaba ante mí para comunicarme que ya había encontrado a su hombre y que, por tanto, debía renunciar a ella? Analicé todos los posibles usos de esas artes que le atribuía. Era una guerra, concluía. En tal caso, debía terminar en una victoria o en una derrota.

No podía dormir. Estaba furioso, me sentía vencido. La oscuridad de la habitación bajo la mosquitera empezó a asfixiarme. No soportaba el sufrimiento de tener los ojos abiertos y no ver nada, de no percibir otra cosa que el funcionamiento de mi cabeza. Aguanté cuanto pude sin moverme siquiera, pero al final no conseguí resistirlo más. Me levanté y encendí la luz. Abrí las contraventanas. La luna caía en el horizonte y el viento seguía en calma. Apenas sentía un ligero frescor en la piel y en la garganta.

32

ME LEVANTÉ TEMPRANO. Como poco, una hora y media antes de lo habitual. Salí de mi habitación y encontré a Saku sacando las cenizas de la cocina con una toalla blanca enrollada en la cabeza. Se sorprendió al verme despierto tan pronto y dispuso enseguida las cosas del baño para que me aseara. Me lavé la cara y fui de puntillas hasta la entrada. Aproveché para echarles un vistazo a las dos mujeres que dormían en el salón bajo la mosquitera. Mi madre, que normalmente era muy sensible a los ruidos,

dormía plácidamente, tal vez a causa del cansancio del viaje en tren. Chiyoko tenía la cabeza hundida en la almohada como si estuviera sumergida en lo más profundo de sus sueños. Salí a la calle sin un propósito concreto. Casi se me había olvidado el encanto de esos paseos matutinos y del paisaje familiar que rodeaba la casa. Me gustaba esa tranquilidad, el frescor de la mañana, la soledad propia de un día festivo. El destello del sol sobre los rieles del tranvía tendidos en el suelo me produjo también una sensación de calma. No había salido a pasear, sin embargo. Solo me proponía hacer un poco de ejercicio para matar el tiempo. Me había despertado demasiado pronto. Quizá por eso ni el cielo, ni la tierra ni la ciudad misma terminaron por ofrecerme nada verdaderamente interesante.

Regresé al cabo de una hora. Se me veía cansado y las dos mujeres se extrañaron. Mi madre me preguntó adónde había ido y me dijo que tenía mala cara. Quiso saber si había ocurrido algo.

—¿No has dormido bien? —preguntó Chiyoko.

No supe qué contestar. Me habría gustado responder que había dormido bien, pero por desgracia yo no tenía esas artes suyas. En cualquier caso, era demasiado orgulloso para admitir abiertamente que había dormido mal y al final no dije nada.

Desayunamos juntos en la misma mesa, y nada más terminar se presentó la peluquera. Mi madre le había pedido que fuera antes de que el calor empezase a apretar de verdad. Llevaba un delantal blanco recién lavado. Se puso de rodillas, apoyó las manos en el suelo y saludó a mi madre afectuosamente. Hablaba sin reservas, como era habitual entre las de su profesión. Con tono alegre le preguntó a mi madre por sus vacaciones de verano. A pesar de su timidez consustancial, mi madre parecía contenta, pero no se explayó demasiado. La peluquera se dirigió entonces a Chiyoko porque era más joven y tenía aspecto de hablar más. Chiyoko, por su parte, podía tratar con quien fuera. Cuando la peluquera le hablaba, ella le respondía y la conversación se animaba. Salió el tema de la natación y la mujer dijo que estaba muy bien ser activa. Según ella, últimamente se había puesto muy de moda entre las chicas jóvenes practicar la natación.

No deja de tener su gracia, pero lo cierto es que me gusta ver cómo se peinan las mujeres. La peluquera se afanaba en dominar el cabello fino y poco poblado de mi madre para hacerle un moño, y no parecía resultarle un

trabajo demasiado agradecido. A mí tampoco, pero, a pesar de todo, observarla me entretenía lo suficiente para pasar el rato. Contemplaba cómo sus manos manejaban el cabello de mi madre y no podía evitar pensar en el magnífico resultado que habría obtenido si se tratara de Chiyoko. Tenía un pelo precioso, largo, liso, casi demasiado abundante. Me habría gustado decirle que la peinase también a ella, pero no tenía ganas de hacerlo. Justo en ese momento, la propia Chiyoko se lo pidió.

Mi madre se mostró de acuerdo. Hacía tiempo que no se lo arreglaba y la peluquera no puso ninguna objeción. Confesó que nada más verla había pensado que era una lástima que llevase el pelo recogido de aquella manera. Parecía impaciente por peinarla. Chiyoko se sentó delante del tocador.

—¿Qué me hago? —preguntó.

La peluquera le recomendó un peinado estilo *shimada* y a mi madre le pareció bien. Con su larga cabellera cayéndole por la espalda, Chiyoko me preguntó:

—¿Tú qué opinas? ¿Tienes algún peinado predilecto?

—Estoy segura de que también a él le gusta el *shimada* —intervino la peluquera antes de que yo pudiera responder.

Me asusté. Chiyoko se comportaba como si no hubiera ocurrido nada. Se volvió hacia mí con una sonrisa.

—¿Quieres que me peine al estilo *shimada*? —me preguntó.

—Seguro que a su marido le gusta ese peinado —dijo la peluquera.

Era precisamente la posibilidad de oír esas palabras lo que me había asustado unos segundos antes.

Chiyoko no se inmutó. Se colocó frente a mí y repitió la misma pregunta.

—¿Me peino entonces al estilo *shimada*?

33

ANTES DE QUE LA PELUQUERA terminase de peinarla, subí a mi cuarto. Cuando uno es tan nervioso como yo, y especialmente escrupuloso con algunas cosas, a menudo se comporta como un niño a ojos de los demás. Me

alejé de allí para no tener que hacerle a Chiyoko los cumplidos a los que un hombre está obligado cuando se trata del peinado de una mujer. No quería alimentar su vanidad hasta ese extremo.

No te cuento todo esto solo para salvar las apariencias. Incluso alguien como yo es capaz de usar la cabeza para cosas más elevadas que las que tienen lugar en un cuarto de estar, alrededor del brasero. A pesar de todo, llegado a ese punto, me sentía débil, incapaz de apartarme de allí, y, como comprendía lo absurdo de la situación, me odié y me fustigué yo solo sin ayuda de nadie. Detesto las fanfarronadas de igual manera que detesto la vileza. Creo firmemente que es un acto honorable hablar de mí tal cual soy, por muy despectivo que parezca. No pretendo esconder nada, tan solo me pregunto si esas personas a las que solemos considerar tan grandes estarán por encima de esos pequeños asuntos de brasero, de cocina y de vida cotidiana. Soy joven y aún no cuento con mucha experiencia en la vida. Pero, si me sirvo de la inteligencia y de la imaginación, comprendo que nunca ha habido nadie lo suficientemente grande y elevado como para estar por encima de los pequeños conflictos que conforman la vida. Admiro a mi tío Matsumoto, pero para ser franco creo que solo se lo puede considerar grande y elevado en las apariencias, y creo que me asiste el derecho a la descortesía de juzgarlo falso. Finge que no se aferra a nada en este mundo, pero en su interior no puede evitarlo. Intenta no hacerlo con las cosas pequeñas, pero eso no basta. Me gustaría elogiar sin ambages su refinamiento, su capacidad para ocultar sus verdaderas preocupaciones. Mantener la compostura es una virtud atribuible a su edad, a su cultura, a su capacidad de discernimiento y a su disciplina. En último término, también a la armonía de su familia. Respecto a su relación con el resto de la sociedad, que se sitúa en el polo opuesto a la armonía, basta con decir que es correcto. En cualquier caso, admito que me estoy desviando del tema. Quizá lo defiendo porque soy demasiado meticuloso.

Como te acabo de decir, subí a mi cuarto sin esperar a que la peluquera terminase de peinar a Chiyoko. Hacía mucho más calor, pero estaba acostumbrado. Me senté delante de la mesa y traté de distraerme. El cenicero de porcelana de Majorka en el que había apagado unas cuantas colillas estaba limpio. Observé los dos cisnes que lo decoraban y me imaginé a Saku limpiándolo. Entonces escuché unos pasos en la escalera y enseguida

comprendí que no se trataba de Saku. Me pareció muy humillante que Chiyoko me descubriese allí aburrido, sin hacer nada. Tampoco pretendía fingir estar enfrascado en la lectura de un libro.

—Ya está listo —anunció Chiyoko—. ¿Qué te parece?

Se sentó delante de mí. La miré.

—Es raro, ¿verdad? —insistió antes de darme la oportunidad de contestar—. Hacía tiempo que no me peinaba así.

—Estás muy guapa. Deberías peinarte siempre así.

—Lo ha tenido que rehacer dos o tres veces porque no lograba domar mi pelo.

Durante ese trivial intercambio de palabras reparé en su belleza, en su ausencia de malicia, en que tenía frente a mí a la misma Chiyoko de siempre. Quizá mi corazón se había suavizado, quizá su actitud había cambiado. No lo sé. De haber seguido así, tal vez habría podido regresar al pasado, eliminar de un plumazo los malentendidos, las asperezas entre nosotros. Pero metí la pata.

34

OCURRIÓ ASÍ

No tardé en comprender que no había subido solo para enseñarme su peinado. Quería despedirse porque regresaba a Kamakura ese mismo día. Desprevenido, di un paso en falso.

—¿Tienes que irte tan pronto? —pregunté.

—No es tan pronto. He pasado aquí la noche; pero volver así peinada es raro, ¿no te parece? Es como si fuera a casarme.

—¿Siguen todos allí?

—Sí. ¿Por qué?

—¿Takagi también?

Ella no había pronunciado ese nombre en ningún momento y yo también lo había evitado, pero cuando las reservas entre nosotros desaparecieron para dar paso a la familiaridad de costumbre se me escapó sin darme cuenta. La

miré a los ojos y me arrepentí enseguida. Ella despreciaba esa faceta indecisa e irresuelta de mi carácter, ya te lo he dicho. Nuestra relación se mantenía a flote al margen de ese hecho. Para maquillar mis defectos, contaba, por fortuna, con algo que ella siempre había temido: mi reticencia. Para una mujer como ella, insatisfecha hasta que no mostraba abiertamente todo cuanto había en su interior, mi reserva y mi silencio no resultaban agradables. Constituían la prueba irrefutable de la existencia de un ser que no podía entender ni penetrar. Al menos en ese sentido me profesaba cierto respeto, una especie de reverencia. Nunca lo había admitido explícitamente, pero lo reconocía para sus adentros y yo lo exigía como un derecho inalienable.

Sin embargo, cuando pronuncié por descuido el nombre de Takagi, sentí que Chiyoko me perdía ese respeto para siempre. En la expresión de su rostro se produjo un cambio inmediato. No lo llamaría una expresión de triunfo, pero sus ojos brillaron como nunca. Me quedé paralizado. Tenía la impresión de que alguien me había abofeteado sin venir a cuento.

—¿Estás preocupado por él? —me preguntó.

Soltó una carcajada estentórea y yo quise taparme los oídos para no escucharla. Fue una humillación lacerante, y ni siquiera pude responder con rapidez.

—¡Eres un cobarde! —exclamó.

Me sorprendió mucho que me dijera precisamente eso. Estuve a punto de responderle que la cobarde era ella por haberme invitado a un lugar adonde nunca debería haber ido, pero me contuve. No quería usar palabras violentas con ella, como ella hacía conmigo. Ambos nos quedamos en silencio.

—¿Por qué lo dices? —acerté a decir al fin.

Sus cejas bien delineadas se movieron. Debió de interpretar mi pregunta como un intento de ocultar mi debilidad. También yo me daba cuenta de mi propia cobardía.

—¿Por qué? —repitió ella—. Lo sabes perfectamente.

—No, no lo sé. Dímelo tú.

Pensé en mi madre en la planta de abajo, y también en la facilidad de las mujeres jóvenes para perder la compostura. Me esforcé por aplacarla y bajé el tono de voz. Hablé despacio, de un modo muy poco natural dadas las circunstancias. Eso pareció disgustarla aún más.

—Si no lo sabes es porque eres un estúpido.

Me quedé lívido. Solo recuerdo que clavé mis ojos en los suyos. Ella me aguantó la mirada sin mostrar el más mínimo rastro de temor y nuestras pupilas se hundieron en un prolongado silencio.

35

—A ALGUIEN TAN VIVAZ COMO TÚ Chiyoko, alguien tan extremadamente cauto como yo puede parecerle un cobarde. Sé que soy muy reticente con respecto a todo y que no tengo el coraje de decir lo que pienso ni de llevarlo a la práctica. Si me consideras un cobarde por eso, no tengo nada que objetar, pero...

—¿Y a quién se le iba a ocurrir llamar cobarde a una persona así?

—¡Pero por eso me desprecias! Sé que lo haces.

—¡Eres tú quien me desprecia a mí! Lo sé mucho mejor que tú.

No sentía una especial necesidad de admitir la verdad que había en sus palabras y me contuve a propósito.

—Me consideras una inculta, una mujer sin inteligencia, y no dejas de despreciarme por ello una y otra vez.

—Lo mismo que tú al considerarme a mí un aburrido. Me da igual si me insultas y me llamas cobarde, pero, si lo dices en un sentido moral, te aseguro que estás equivocada. Al menos en lo que se refiere a mi conducta, no recuerdo haber actuado jamás como un cobarde contigo. Usas la palabra *cobarde* en lugar de *indeciso* o incluso *lento* y, al hacerlo, parece como si hablastes de alguien sin coraje moral. Peor aún, sin ninguna clase de moral en absoluto. Y eso sí que no te lo consiento, así que no vuelvas a llamarme cobarde. Pero, si en alguna ocasión me comporto contigo de un modo indebido, no dudes en decírmelo.

—Entonces te explicaré a qué me refiero cuando hablo de cobardía —dijo ella antes de romper a llorar.

Siempre la había tenido por una persona más fuerte que yo, pero entendía su fuerza como una encarnación del espíritu femenino nacido de la ternura. Sin embargo, la Chiyoko que se revelaba ante mí en ese momento solo era

una mujer normal y corriente, una mujer empeñada en vencer. No me dejé conmover por sus lágrimas. Me limité a esperar y a prepararme para lo que fuera a decir. De sus labios solo saldrían sofismas, estaba convencido.

Parpadeó repetidas veces con sus pestañas empapadas en lágrimas.

—Siempre te burlas de mí. Como si me considerases una tonta, una inútil. Tú no... Tú no me quieres. Tú no quieres... No quieres casarte conmigo.

—Y precisamente por eso tú tampoco quieres casarte conmigo.

—Escúchame. Ahora vas a decir que es lo mismo por tu parte y por la mía, ¿verdad? De acuerdo. No te estoy rogando que me hagas tu esposa. No me amas y por eso ni siquiera se te pasa por la cabeza... Y a pesar de todo...

En ese momento desfalleció, y yo no tuve la inteligencia suficiente para prever lo que vendría a continuación.

—Y, a pesar de todo, ¿qué? —la presioné para que siguiera hablando.

—¿Por qué estás celoso? —preguntó al final, como si hubiera logrado romper una barrera que liberó lágrimas y más lágrimas.

La sangre se me subió violentamente a la cabeza, pero ella no pareció darse cuenta.

—Eres un cobarde. Un cobarde moral. Ya mostraste en su momento tu desconfianza ante mis motivos para invitaros a tu madre y a ti a pasar unos días con nosotros en Kamakura. Solo eso ya constituye una cobardía, pero no es lo que me importa. Si aceptaste mi invitación, ¿por qué no podías comportarte con un poco de amabilidad? La invitación ha terminado por convertirse en una desgracia. Has insultado a un invitado de mi familia y como resultado me has insultado a mí también.

—No recuerdo haber insultado a nadie —protesté.

—Lo has hecho. No se trata de lo que has dicho. Lo insultante es tu actitud y, si me apuras, ni siquiera eso. Es tu corazón.

—No tengo por qué aguantar tus tonterías.

—Solo un cobarde sería capaz de responder algo así. Takagi es lo suficientemente abierto de mente como para aceptar a alguien como tú. Es un caballero. Tú, por el contrario, jamás lo aceptarás porque eres un cobarde.

LA VERSIÓN PARA MATSUMOTO

1

NO SÉ QUÉ HA SIDO DE Ichizo y Chiyoko desde entonces. Imagino que no ha pasado nada especial. Visto en perspectiva, al menos, no parece que su relación haya cambiado. Cada cual tendrá su versión de los hechos, estoy convencido, y quizá deberían considerarse simples patrañas que no van a ninguna parte, a pesar de las apariencias y a pesar también de su valor circunstancial. Sí, me enteré de este asunto cuando sucedió. Fui informado, además, por boca de las dos partes. No se trata de un malentendido ni nada por el estilo. Ambos estaban convencidos de sus argumentos, empeñados en defenderlos, de manera que fue algo así como un choque racional. Tanto si hubiesen formalizado su matrimonio como decidido mantener su amistad para siempre, el choque habría sido inevitable. Era su destino. No podía ser de otro modo, porque, en cierto sentido, se sienten atraídos el uno por el otro y esa atracción está dominada por las fuerzas del destino. Nadie tiene derecho a cambiarla. Eso es lo que da más miedo. Como pareja pueden dar lástima en ocasiones: se juntan, más tarde se separan y vuelta a empezar. No sé si lo entiendes, Keitaro, pero si llegan a formalizar su matrimonio solo habrá un resultado: la infelicidad. Y si no se casan se sentirán frustrados por no haberlo hecho. Lo mejor es dejar su destino en manos de la providencia. Que sea lo que tenga que ser. No me parece buena idea forzar nada entre ellos, o que alguien les empuje. Como bien sabes, yo no soy neutral ni ajeno a la situación, ni por la parte de Ichizo ni por la de Chiyoko. Me han pedido muchas veces que interceda por ellos, especialmente mi hermana mayor, la

madre de Ichizo, pero si el cielo no es capaz de arreglar este asunto, ¿cómo voy a hacerlo yo? Mi hermana sueña con un imposible.

Tanto ella como mi otra hermana, la madre de Chiyoko, se sorprenden de lo mucho que nos parecemos Ichizo y yo. Yo también me pregunto cómo y por qué hemos aparecido dos tipos tan extraños en la misma familia. La madre de Ichizo cree que su hijo es como es por mi culpa. Me encuentra muchos defectos y, de entre todos ellos, el que más le molesta es ese: la influencia negativa que he ejercido sobre mi sobrino. He pensado mucho en ello y reconozco que no le falta razón. Entiendo su descontento por el hecho de que su hijo haya terminado por alejarse de la familia de Taguchi, pero me parece que mis dos hermanas se equivocan cuando se enfadan y nos juzgan, acusándonos a ambos de ser unos testarudos de aúpa salidos del mismo molde.

Cada vez que entra en contacto con el mundo, Ichizo tiende a acurrucarse más y más en su interior. Está en su naturaleza. Cuando recibe un estímulo empieza a enroscarse y enroscarse sobre sí mismo hasta lo más profundo de su corazón. No hay límite para eso. No toca fondo. Es un proceso que sigue y sigue y solo le provoca sufrimiento. Sufre tanto que se ve obligado a implorar para escapar de ese torbellino, pero lo arrastra sin remedio y él no puede hacer nada por sí mismo. Se da cuenta de que si continúa así, terminará por enfermar sin que nadie haya intervenido en el proceso. Se agota. Es como si estuviera loco. Esa es la mayor desgracia que se ha enraizado en su vida y, para convertir esa desgracia en algo afortunado, no queda más remedio que sacarlo de sí mismo, variar el rumbo de su vida desde dentro hacia fuera. Deberíamos empujarlo a que use sus ojos de tal modo que, en lugar de llevar las cosas externas a su interior, pueda verlas con su mente tal y como existen en el exterior. Necesita encontrar algo que le arrebathe el corazón, algo grande, hermoso, lleno de cariño. Es decir, una persona sencilla, una persona grande y hermosa a la vez, que engrandezca su propia esencia. En pocas palabras, debe aprender a ser frívolo. Siempre ha menospreciado la frivolidad, pero ahora la desea. La desea desde lo más profundo de su corazón. Desea convertirse en un hombre ligero, superficial. Lo sabe desde mucho antes de que yo se lo dijera, pero sigue atrapado en esa lucha consigo mismo, incapaz de ponerlo en práctica.

2

MI FAMILIA INTENTA OCULTÁRMELO, pero sé que me consideran responsable de que Ichizo haya salido así. Da igual lo que piensen. Yo mismo tengo remordimientos. Nunca he sabido orientar a alguien en función de su carácter. Siempre me ha parecido que bastaba con mostrarle mis gustos, no darle demasiadas vueltas al asunto, y el resultado ha sido, en el caso de Ichizo, una mente moldeada a mi capricho. Tomé conciencia de mi error hace dos o tres años y cuando quise arreglarlo ya era demasiado tarde. En aquel momento ya solo me quedaba suspirar. No sabía qué hacer.

Lo que quiero decir es que mi vida puede ser adecuada para mí, pero no para Ichizo. Soy voluble por naturaleza. Al hacer autocrítica soy superficial, por decirlo así. Mi mente tiende hacia el exterior, cambia en función de los estímulos externos. Si lo explico así quizá no lo entiendas bien. Diré entonces que Ichizo ha nacido para establecer un orden propio, mientras que yo he nacido para dejarme formar por el mundo tal y como existía antes que yo. Tengo muchos años, pero conservo mi vena juvenil. Ichizo, por su parte, ya había madurado del todo en el instituto. Toma la sociedad en su conjunto como material para sus reflexiones. Yo, por mi parte, me limito a seguir la corriente de lo que piensa la sociedad. La suya es una virtud que implica al mismo tiempo una desgracia. En mi caso, se trata de mi principal defecto y, a la par, la causa última de mi felicidad. Cuando asisto a la ceremonia del té, por ejemplo, me siento en paz conmigo mismo. Acaricio la superficie de la cerámica donde lo sirven y disfruto del *sabi*, de todo su sabor. Todo cuanto hago, ya sea asistir a una representación de teatro *Yoruri* o a un combate de sumo, me hace sentir placer a cada instante. Y creo que si siento tanta devoción por lo que está ante mis ojos es porque soy un ser vacío. Por eso llevo una vida desprendida y debo obligarme a reafirmar mi ego. Ichizo, por el contrario, solo tiene eso: ego. El único camino posible para paliar ese defecto, o más bien para poner límite a su infelicidad, consiste en responder al mundo externo en lugar de conformarse con gatear por su mundo interno. He sido yo quien, indirectamente, ha terminado por arrebatarse su único medio para ser feliz. En ese sentido, el rencor de mi familia resulta lógico. Me alegro, al menos, de que Ichizo no piense lo mismo.

Debió de ocurrir hace más o menos un año. Ichizo aún no se había

graduado de la universidad, y apareció un día por casa. Después de las cortesías habituales desapareció en alguna parte. Yo estaba en mi despacho, consagrado al estudio del arte del ikebana por encargo de una persona. Estaba muy concentrado en la investigación cuando de pronto entró a saludarme. Apenas me di la vuelta para responder a su saludo, pero me bastó para darme cuenta de que estaba muy pálido. Dejé la lectura en un punto y aparte y salí del estudio en su busca. Siempre se ha llevado bien con mi mujer y pensé que habría ido con ella, pero no. Tal vez estaba en la habitación de los niños, me dijo ella. Abrí la puerta y me lo encontré sentado en la mesa de Sakiko. Miraba la foto de una atractiva joven publicada en una revista femenina. Cuando me vio, confesó que llevaba diez minutos sin poder dejar de mirarla. Solo ver su cara le hacía sentir bien, dijo, le ayudaba a olvidar su sufrimiento. Le pregunté quién era la joven y, por extraño que parezca, él ni siquiera se había tomado la molestia de leer su nombre escrito en el pie de foto. Le pregunté por qué no lo había mirado si tanto le gustaba. Debía prestar más atención a ese tipo de cosas. Pensé incluso que, en determinadas circunstancias, no habría sido descabellado pedir a esa joven en matrimonio. Me miró muy sorprendido, como si no entendiese nada.

Lo que quiero decir es que, desde el primer instante, yo vi a esa joven como una persona real, de carne y hueso. Él simplemente veía una fotografía. Nada más. De hecho, si por alguna razón hubieran publicado determinados datos sobre ella, su estatus social, su educación, etcétera, tal vez la habría menospreciado precisamente por eso. Esa es la diferencia fundamental entre Ichizo y yo.

3

CREO RECORDAR QUE FUE en abril del año pasado, dos o tres meses antes de que Ichizo se graduase. Su madre habló conmigo largo y tendido, como nunca antes había hecho, sobre su matrimonio. Tenía intención de casarlo con Chiyoko, la hija mayor de Taguchi, como ya sabes. El mismo deseo simple y obstinado de siempre. Con toda honestidad, me parece que no merece la pena que un hombre se esfuerce en razonar con una mujer, y por

eso le expuse mi punto de vista de la manera más sencilla posible. Para que lo entendiese una mujer con una mentalidad tan anticuada como ella, le dije que se inmiscuía demasiado y que, por tanto, condicionaba la libertad de su hijo. Mi hermana es una mujer calmada, ya te habrás dado cuenta, pero posee también una cualidad muy habitual entre las mujeres; a saber, repite la misma cosa cuantas veces sean necesarias hasta salirse con la suya. Más que hartarme por tanta insistencia, sentí lástima por ella, y terminé aceptando su petición de tener una conversación de hombre a hombre con su hijo. Según ella, aparte de mí, Ichizo no respetaba a nadie más de la familia.

Creo recordar que fue una mañana de domingo, cuatro días después de la charla con mi hermana. Me encontré con Ichizo en esta misma sala de invitados dispuesto a cumplir con el encargo. Faltaba muy poco para los exámenes de fin de carrera. Se sentó frente a mí con una sonrisa amarga en los labios y me dijo que le traían sin cuidado los exámenes. Después me confesó que sabía de sobra de qué quería hablarle. Era una vieja historia que había oído repetir muchas veces a su madre, y siempre había evitado darle una respuesta definitiva. Su actitud ante el asunto, sin embargo, denotaba una gran angustia, por mucho que viniese de antiguo. La última vez, de hecho, le había dicho a su madre que se haría cargo del asunto en cuanto se graduase y le había pedido que esperase hasta entonces. Ahora que yo lo llamaba justo antes de los exámenes, no solo se mostró molesto, sino que se quejó de la impaciencia de las personas mayores. Tenía razón después de todo.

Si había pospuesto su respuesta hasta después de graduarse era, supuse, porque había calculado que en ese intervalo de tiempo Chiyoko se comprometería con alguien más apropiado para ella. La fecha no era más que una excusa, una estratagema para huir, una forma de esperar a que la situación dejase de oprimirlos a él y a su madre; y así evitaría la responsabilidad de tener que darle un disgusto. Le pregunté si acertaba en mis suposiciones. Me dijo que sí. Le pregunté entonces si pensaba resarcir a su madre de algún modo. De nuevo me dijo que sí. Lo había estado reflexionando y no solo en lo referente a Chiyoko, sino en relación con todo lo demás. En cualquier caso, en ningún momento dijo que quisiera casarse con Chiyoko. Le pregunté si su negativa se debía a su obstinación, y lo admitió. ¿Qué haría entonces si Taguchi pretendía casarlo con su hija y ella se mostraba de acuerdo? No contestó. Se limitó a mirarme sin decir nada, con

una expresión muy típica de él que siempre me incapacita para seguir con la conversación, se trate de lo que se trate. No es un gesto que me provoque temor, eso sería exagerar demasiado; la compasión se me antoja algo demasiado piadoso; en resumidas cuentas, nunca sé cómo explicarlo. Es una expresión peculiar que me provoca una mezcla de cariño, amenaza y desesperación, y que me da ganas de abandonarlo a su suerte.

De repente, Ichizo soltó un comentario inesperado que revelaba su estado de ánimo. ¿Por qué disgustaba tanto a la gente?, me preguntó. Sus palabras me sorprendieron. No solo por su contenido, sino también por lo impropias que eran de él. ¿A qué venía esa queja tan amarga?, le pregunté yo.

—No me quejo —dijo—. Es la pura verdad.

—¿Y a quién disgustas tanto?

—A ti, sin ir más lejos.

De nuevo me quedé perplejo. Le hice dos o tres preguntas más y comprendí que mi silencio, motivado por ese gesto suyo tan peculiar del que te he hablado antes, constituía para él una prueba fehaciente de odio. Traté de aclarar el malentendido.

—¿Por qué razón iba a odiarte? —le pregunté—. Te conozco desde que eras un niño. ¡No digas tonterías!

No parecía enfadado. Solo se limitó a mirarme. Su rostro estaba cada vez más pálido. Me sentía como si estuviera sentado delante de un fuego fatuo.

4

—SOY TU TÍO ¿Cómo puedes decir eso? ¿Dónde se ha visto a un tío que odie a su sobrino?

Tan pronto como escuchó mis palabras, sus finos labios dibujaron una sonrisa afligida. Detrás de la tristeza alcancé a ver algo teñido de un profundo menosprecio. Su inteligencia a la hora de comprender las cosas es muy superior a la mía, lo admito. Siempre lo he sabido. Por eso, cuando me enfrento a él siempre tengo la precaución de ocultar mi necedad y evitarme así su desprecio. Sin embargo, hay ocasiones en las que el orgullo de ser

mayor me juega malas pasadas y termino soltándole sermones vacíos y mirándole por encima del hombro, a pesar de ser consciente de lo absurdo de la situación. Es inteligente. Nunca se ha comportado de manera inapropiada ni se ha servido de su superioridad intelectual para avergonzarme. En cualquier caso, siempre que me he visto obligado a enfrentarme a esa situación me he sentido humillado, como si descendiese de categoría de forma imparable. Quizá por esa razón intenté enseguida matizar mis palabras.

—En este mundo tan inconmensurable —dije—, hay padres e hijos que se sienten enemigos y matrimonios que acaban por querer matarse. Pero en general debe existir algo que justifique el sentido de las palabras *hermano*, *tío* o *sobrino*. Tienes una buena educación y eres inteligente, pero por alguna razón padeces cierto complejo de inferioridad hacia los que te rodean. Ese es tu punto débil, y deberías corregirlo. A ojos de los demás no deja de ser algo feo.

—Precisamente por eso digo que me odias.

No supe cómo contestar. En el fondo estaba señalando mis propias contradicciones.

—Si superas ese complejo todo te irá bien —acerté a decir al fin, en un tono desenfadado.

—¿El complejo de inferioridad?

—Sí —solté a bocajarro.

—¿Y de qué manera manifiesto ese complejo de inferioridad? Explícamelo, por favor.

—Bueno, lo tienes. No te lo diría si no lo tuvieras.

—Está bien. Supongamos que es así. En ese caso, ¿de dónde viene?

—Creo que eso es asunto tuyo. Eres tú quien debería descubrirlo.

—No estás siendo muy amable —dijo con calma, pero con un tono dolido.

Me desconcertó. Y el desconcierto se transformó en terror en cuanto vi el brillo de sus ojos. Los tenía clavados en los míos y solo transmitían rencor. Yo, por mi parte, no conseguía reunir el coraje suficiente para encontrar una sola palabra de respuesta.

—Lo he pensado muchas veces sin necesidad de que me lo digas, y si lo he hecho es, obviamente, porque es asunto mío. Lo pienso porque nadie me

ha enseñado ni me ayuda a hacerlo. Lo hago todos los días, todas las noches. Lo pienso hasta que mi cabeza y mi cuerpo no resisten más. Si, después de todo, te pregunto a ti es porque mi esfuerzo es inútil. Eres mi tío, lo dices todo el rato, y según tus palabras eso implica que tienes hacia mí una consideración mayor que los demás. Y, sin embargo, tus palabras me resultan mucho más frías que las de un extraño.

Las lágrimas corrían por sus mejillas. Jamás se había producido una escena semejante entre nosotros, te lo aseguro. No tenía ni idea de cómo tratar a aquel joven sentado frente a mí. Me quedé atónito, sin saber qué hacer ante un muchacho compungido. Ichizo también parecía sentirse perdido.

—¿Complejo de inferioridad? —insistió—. Puede que sí. Aunque no me lo hubieras dicho, yo ya lo sabía. Lo noto. Solo quiero comprender la razón, el porqué. Creo que mi madre, la madre de Chiyoko y tú mismo sabéis la razón y me la ocultáis. Soy el único que no la conoce, y nadie me cuenta nada. Te lo pregunto a ti porque eres la persona en quien más confío en este mundo, y tú vas y me desprecias. A partir de ahora te odiaré como si fueras el peor de mis enemigos.

Ichizo se levantó. En ese instante tomé una decisión. Lo detuve.

5

HACE TIEMPO ASISTÍ a la conferencia de un investigador. Su tema de estudio era la actual apertura de Japón al resto del mundo, y demostró a la audiencia que, sometidos como estamos a las influencias extranjeras, terminaremos por sucumbir a la neurastenia, a la superficialidad. Según él, cuando desconocemos la verdad deseamos conocerla y, una vez descubierta, en muchos casos nos damos cuenta de que preferiríamos volver al punto de partida de nuestra bendita ignorancia. La conferencia concluyó con algo parecido a una sonrisa de resignación en su rostro. Me acordé de Ichizo. Me pareció una lástima que los japoneses tengamos que sufrir por esa verdad, pero me dolió mucho más que un joven como Ichizo se afanase una y otra vez por desvelar un secreto y no lo lograra. Me compadecí sinceramente de él.

Todo esto que te cuento tiene que ver con mi familia, no contigo, Keitaro. Si no hubieras tenido la amabilidad de preocuparte por Ichizo, nunca te habría hablado de esto, pero debo decir que el sol de Ichizo ya estaba oculto tras las nubes el mismo día de su nacimiento.

Es lo que siempre digo. Parto de la base de que los secretos no terminan por revelarse del todo hasta que no se liberan. Por eso no doy importancia a lo que hacen los demás, a cuestiones como «conservar la armonía», el *statu quo*. Admito, por tanto, que es culpa mía, solo atribuible al ejercicio de mi libre voluntad, el no haber arrojado algo de luz sobre el destino de Ichizo, marcado desde su nacimiento. Ahora, cuando lo pienso, ni siquiera entiendo por qué se lo he ocultado, por qué he tenido que llegar al extremo de verme obligado a padecer su maldición. Quizá temía que ventilar el asunto influyera negativamente en la relación con su madre.

Eres su amigo más íntimo y tal vez ya hayas comprendido la realidad que ocultan mis palabras cuando digo que el sol de Ichizo ya estaba oculto tras las nubes desde el mismo día de su nacimiento. En resumen, su madre no es su verdadera madre. Debo añadir, para evitar cualquier confusión, que como madre adoptiva e hijo adoptivo mantienen una relación mucho más estrecha de la que tendrían si compartieran lazos de sangre. De hecho, están tan indisolublemente unidos por la naturaleza de sus afectos que su vínculo casi cuestiona las relaciones biológicas. Ese afecto es imposible de quebrar. Daría igual que un demonio se empeñase en destruirlo a hachazos. En ese sentido, nunca he temido revelar el secreto, pero a mi hermana siempre le ha dado pánico y a Ichizo, sin llegar a saberlo, también. Están aterrorizados. Mi hermana se aferra a su secreto e Ichizo a mí, con la esperanza de comprender. Al final me decidí a sacarlo a la luz a pesar de sus temores, y le expuse la verdad.

En este momento no tengo el ánimo para detallar la conversación que mantuvimos. No pensaba que fuera un asunto tan importante y, llevado por mi necesidad de fingir despreocupación, se lo conté como si tan solo se tratase de una insignificancia. Ichizo, sin embargo, lo escuchó todo sumido en un estado de profunda desesperación, tenso como si se tratara de un asunto de vida o muerte. Para no extenderme demasiado, te diré que no es hijo natural de mi hermana, sino que nació del vientre de una criada. No sucedió en la casa de nuestros padres y fue hace más de veinticinco años. No conozco

todos los detalles, pero al parecer el padre de Ichizo dejó embarazada a la criada y mi hermana la despidió enseguida, no sin antes ofrecerle una considerable cantidad de dinero. Más tarde, en cuanto tuvo noticia de que había dado a luz a un niño, lo adoptó y lo crio como si fuera suyo. Quizá lo hizo por una especie de obligación hacia su marido, pero quizá también por el sufrimiento que le causaba no poder quedarse embarazada. En cualquier caso, se juró a sí misma que lo amaría como a su propio hijo. Ya te habrás dado cuenta, como me la doy yo también, de que mi hermana e Ichizo gozan de una intimidad fuera de lo normal. Por eso precisamente nunca pensé que su relación pudiera verse deteriorada por conocer la verdad. El suyo es un vínculo mucho mejor y más profundo que el de muchos padres e hijos de sangre. La verdad, supuse, solo serviría para mejorar su relación. Al menos eso pensaba yo, y por el bien de Ichizo no ahorré en esfuerzos para enfatizar lo afortunados que eran.

6

—ESTO ES LO QUE PIENSO y no creo, por tanto, que haya nada que esconder. Si tu espíritu está sano, ¿no deberías pensar igual? En caso contrario, se traduciría en un complejo de inferioridad. ¿Lo entiendes?

—Lo entiendo. Lo he entendido perfectamente.

—Está bien. Dejemos pues este asunto. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. Nunca más volveré a molestarte con esto. Tienes razón. Siempre lo he interpretado acuciado por ese complejo de inferioridad. Antes de escucharte tenía mucho miedo, tanto que notaba mi corazón encogerse. Pero, una vez aclarado todo, me quedo más tranquilo. Me siento ligero. Ya no tengo miedo ni tampoco estoy inquieto. A cambio me siento solo, triste. Me siento como si estuviera solo en el mundo.

—Tu madre va a seguir siendo la misma madre de siempre. Yo seguiré siendo el mismo tío. Nada ni nadie va a cambiar. No te dejes dominar por la ansiedad.

—No se trata de ansiedad. Se trata de tristeza. En cuanto vuelva a casa me

encontraré a mi madre llorando. Estoy seguro. Solo de pensarlo siento una tristeza insoportable.

—Mejor no le digas nada.

—No lo haré. No quiero infligirle ningún sufrimiento.

Nos quedamos en silencio sin decir nada. No sabía qué hacer y vacié mi pipa en el cenicero. Ichizo miraba su regazo. Poco después levantó su rostro triste.

—Hay otra cosa que me gustaría preguntarte. ¿Puedo?

—Adelante.

—¿Dónde está mi verdadera madre?

Su madre murió poco después de dar a luz debido a las complicaciones del parto y a una enfermedad anterior. No sabía mucho más del asunto, pero eso no era excusa para no intentar aplacar la ansiedad que mostraban sus ojos. Dos o tres minutos me bastaron para hablarle de los últimos momentos de su madre. Su gesto se torció en una mueca de profundo dolor. Me preguntó su nombre. No lo había olvidado: Oyumi. Un nombre anticuado. Quiso saber cuántos años tenía cuando murió. No lo sabía. Me preguntó si había llegado a conocerla. Le dije que sí. Me preguntó cómo era. Por desgracia, apenas conservaba un vago recuerdo de ella. En aquella época yo solo era un chaval de quince o dieciséis años.

—Me parece que siempre se peinaba al estilo *shimada*.

Lamenté mucho no ser capaz de ofrecerle algo mejor que eso. Me miró con ojos resignados.

—¿Puedes decirme al menos el nombre del templo en el que la enterraron? Me gustaría saber dónde está enterrada mi madre.

¿Cómo iba a saber yo semejante cosa? Refunfuñé. Si seguía insistiendo, no me iba a quedar más remedio que preguntarle a mi hermana.

—¿No lo sabe nadie más aparte de ella?

—Imagino que no.

—En ese caso da igual.

Sentí por él una mezcla de lástima y tristeza. Clavó sus ojos en una gran camelia que había florecido en el jardín, bajo un sol agradable. Después de mucho rato volvió a mirarme.

—Mi madre quiere que me case con Chiyoko para entrar de ese modo en

el linaje de la familia. ¿Verdad?

—Exactamente. Esa es la única razón.

No dijo si lo haría. Tampoco yo se lo pregunté.

7

ESA CONVERSACIÓN CON ICHIZO fue una de las experiencias más hermosas que he vivido nunca. Incluso embelleció mi pasado, en el sentido de que pudimos hablar sin restricciones, sin guardarnos nada dentro. Creo que para él supuso un verdadero consuelo, el primero de su vida. En cualquier caso, cuando se marchó me quedé con la agradable sensación de haber hecho algo bueno.

—No te preocupes —le dije mientras me despedía de él con unas palmadas cariñosas en la espalda—. Yo me hago cargo de todo.

Sin embargo, cuando le hablé a mi hermana de la conversación que había tenido con Ichizo me quedé con muy mal sabor de boca. Quise relajar la tensión respecto a la cuestión del matrimonio de Ichizo, le aseguré que me ocuparía de hablar del asunto con él en cuanto tuviera tiempo, después de los exámenes de fin de carrera, y que sería mejor, por tanto, que dejase de insistir hasta entonces. Pareció convencida y, en apariencia, se calmó. Aproveché también para hablar con Taguchi y decirle que cerrase cuanto antes el matrimonio de Chiyoko con quien considerase oportuno. Escuchó la historia que le conté y él respondió con su habitual despreocupación y amabilidad. Ya lo había comprendido todo antes de que yo le advirtiera, me aseguró.

—Después de todo —dijo—, tenemos que arreglar el asunto del matrimonio por su propio bien. No podemos posponerlo eternamente hasta que Ichizo o su madre se decidan. Puedo sonar brusco, pero así son las cosas.

—Tienes razón —admití.

Tengo buena relación con la familia de Taguchi, pero nunca me he inmiscuido en el asunto del matrimonio de sus hijas ni tampoco ellos me han consultado nunca a mí. Hasta el día de hoy apenas he oído hablar sobre algo relacionado con algún pretendiente de Chiyoko. Solo recuerdo el nombre de

Takagi, ese joven que tanto disgustó a Ichizo cuando lo conoció en Kamakura. Fueron Ichizo y Chiyoko, precisamente, quienes me lo mencionaron.

Le pregunté a Taguchi qué había pasado con él. Se rio y me aseguró que nunca había sido un pretendiente. Quizá pudiera serlo en algún momento. Después de todo se trataba de un joven soltero bien educado, de buena clase, y le asistía todo el derecho a pedir su mano. Me interesé por él y fue entonces cuando supe que se encontraba en Sanghái. Tarde o temprano regresaría, pero, al parecer, su relación con Chiyoko no había ido a ninguna parte a pesar de que aún se intercambiaban cartas con la condición de que sus respectivos padres las leyesen antes. Le dije a Taguchi que ese Takagi me parecía un buen candidato. No sé si ambiciona un pretendiente mejor para su hija, pero no dijo nada definitivo. Yo tampoco quería insistir porque apenas sabía nada de él, y me marché sin más.

Pasó un tiempo hasta que Ichizo y yo volvimos a vernos. Más o menos un mes y medio. Durante todo ese tiempo, sin embargo, estuve muy preocupado por él. Debía atender sus asuntos familiares y, al mismo tiempo, preparar los exámenes finales. Fui a ver a mi hermana para sondear discretamente cómo estaba. La encontré relajada y tranquila. Me contó que Ichizo estaba muy atareado, lo que resultaba lógico dadas las fechas. A pesar de todo, no logré calmar mi inquietud y le pedí a mi hermana que buscara una ocasión para decirle que viniera a cenar conmigo. Solo entonces pude comprobar de primera mano cómo se encontraba. Cenamos juntos en un restaurante occidental cerca de su casa. Al principio se lo veía tranquilo, como de costumbre. Parecía bastante seguro de que aprobaría los exámenes y no apreció fanfarronería en sus palabras. Insistí. Le pregunté una vez más si se encontraba bien. Entonces su gesto cambió. Me aseguró que era mucho más fuerte mentalmente de lo que había imaginado. Tenía miedo, pero este no había logrado vencerlo. Hablaba medio en broma, medio en serio. Sentí lástima por él.

LA ESTACIÓN DE LOS BROTES había tocado a su fin para dar paso a la época de los quimonos de verano, del abanico después del baño. Fue entonces cuando Ichizo vino a verme. Había terminado su carrera y quería despedirse porque tenía intención de marcharse de viaje al día siguiente. Me inquietó que ni siquiera esperase a conocer los resultados de los exámenes. Pensaba ir de Kioto a Suma y Akashi, y si acaso llegar hasta Hiroshima. Era un viaje largo. Me sorprendió. Le expresé mi desacuerdo. Le dije que podía esperar perfectamente hasta tener el resultado de los exámenes, pero se mostró indiferente. Y no solo eso. Me espetó que yo no parecía tan preocupado por la vida académica. Comprendí que su viaje estaba motivado por algo que nada tenía que ver con las notas.

—La verdad es que desde nuestra última charla me paso el día dándole vueltas a la cabeza —dijo—, y últimamente me cuesta permanecer sentado en mi cuarto. Necesito irme de viaje. Dame tu aprobación. Al menos no he dejado los exámenes a medias.

—Puedes irte donde te apetezca. Al fin y al cabo, es tu dinero. Pensándolo bien, quizá te convenga cambiar de aires. Disfruta del viaje.

—Te lo agradezco —dijo él visiblemente satisfecho—. Debo decir, sin embargo, que desde que me contaste aquello, y me duele decirlo en voz alta, no puedo soportar mirar a mi madre a la cara. Me parece una extraña.

—¿Tan herido te sientes?

—No. No se trata de eso. Es más bien una especie de lástima. En un principio me sentía solo, pero poco a poco el sentimiento ha evolucionado hacia la lástima. Te lo cuento a ti y a nadie más. Veo a mi madre por la mañana y siento un profundo dolor. Antes me habría ido con ella de viaje porque siempre he querido que conozca Kioto, Osaka y Miyajima, y, en ese caso, te habría pedido que te hicieses cargo de todo en nuestra ausencia, pero las circunstancias han cambiado y he decidido ir solo.

—Me apena oír eso.

—Quizá si me alejo empiece a echarla de menos. ¿Tú que crees? ¿No es una buena idea?

Sus preguntas dejaban translucir su enorme preocupación. A pesar de ser mayor que él y contar con una experiencia vital más amplia, no supe qué responder. Me sentía incapaz de adivinar por qué derroteros transcurriría el futuro. Ese esfuerzo suyo por tratar de calmar su corazón depositando toda su

confianza en mí, después de perder la suya, era digno de lástima. Nunca antes lo había visto tan pesimista. Aunque se mostrase cariñoso en la superficie, en realidad se estaba comportando como un testarudo. Hice cuanto pude para calmarlo.

—No pierdas tu tiempo y tu energía con esas preocupaciones. Te doy mi palabra de que todo irá bien. Márchate y disfruta. Tu madre es mi hermana. Puede que no tenga estudios, pero es una mujer pura y todo el mundo la quiere y la respeta. ¿Cómo van a poder separarse una madre así y un hijo tan devoto como tú? Deja de darle vueltas a la cabeza y procura estar tranquilo.

Mis palabras parecieron surtir efecto. Y no solo con él, sino también conmigo mismo. Pero, por otra parte, dudaba de que Ichizo hubiera recuperado el equilibrio tan solo gracias a unas palabras sencillas. De pronto pensé en la posibilidad de que sucediera algo terrible y entonces se me presentó en toda su crudeza el verdadero peligro de un viaje solitario.

—¿Quieres que te acompañe?

—¿Ir de viaje contigo...?

Se rio amargamente.

—¿Hay algún problema? —insistí.

—En condiciones normales me gustaría que vinieras conmigo, pero en esta ocasión ni siquiera sé aún adónde voy a ir a parar ni cuándo. Si vinieras conmigo, me sentiría obligado hacia ti y no podría disfrutar de mi soledad...

—En ese caso, asunto concluido —dije.

9

DESPUÉS DE QUE ICHIZO SE MARCHARA, me invadió una extraña preocupación por él. Como era yo quien había revelado un oscuro secreto y, de algún modo, lo había infiltrado en su mente, recaía en mí la responsabilidad de lo que pudiera ocurrirle a partir de entonces. Quería ir a ver a mi hermana para preguntarle por él, para comprobar cómo se encontraba. Llamé a mi mujer, que estaba en el salón, y le pedí su opinión. Como es una persona que se quita fácilmente las cosas de en medio, algo

poco frecuente en una mujer, me dijo que la culpa era solo mía por haberle hablado al muchacho de cosas innecesarias del pasado. Al principio no prestó mucha atención a lo que le decía, pero al final me preguntó cómo podía pensar que Ichizo iba a hacer algo raro. Confiaba en su buen juicio a pesar de su juventud y, de hecho, consideraba que era mucho más discreto que yo.

—Lo dices como si fuera Ichizo quien se preocupa por mí —le dije.

—Por supuesto. Cualquiera se preocuparía al verte todo el día de brazos cruzados y con la pipa en la boca.

Los niños no tardaron en llegar y la casa se animó. Me olvidé de Ichizo y ya no tuve oportunidad de volver a pensar en él hasta bien entrada la tarde, cuando mi hermana se presentó de improviso. Me quedé helado al verla.

Se sentó con nosotros como de costumbre y dedicó un tiempo considerable a disculparse por no haber venido a vernos en tanto tiempo. Después se entretuvo con los comentarios habituales sobre la estación del año. Me senté y, una vez lo hice, ya no pude escapar.

—Ichizo se marcha mañana de viaje —dije al fin.

—En cuanto a eso... —dijo ella con un gesto serio.

La interrumpí para salir en su defensa antes de darle la oportunidad de continuar.

—Si quiere ir, déjale que vaya. Acaba de hacer un esfuerzo enorme con los exámenes y un descanso le vendrá bien para purgarse un poco.

En ese aspecto estaba de acuerdo conmigo, pero se preocupaba por su salud, por los rigores del viaje. Me preguntó mi opinión. No había nada que temer, le dije. Mi mujer se mostró de acuerdo. Mi hermana, sin embargo, no pareció muy satisfecha. Un intenso dolor me atravesó cuando me di cuenta de que con su salud se refería a una cuestión psicológica, no física. Ella debió de notar algo en mí.

—Dime, Tsune —me preguntó—. ¿No has notado nada raro cuando ha venido a verte?

—No. Nada. Era el mismo Ichizo de siempre, ¿verdad, Osen?

—Sí —confirmó mi mujer—. Yo tampoco he notado nada.

—A mí me pasa igual —dijo mi hermana—, pero desde hace un tiempo se comporta de manera extraña.

—¿Extraña?

—No sabría cómo explicarlo.

—Será por los exámenes —aventuré para evitar conjeturas.

—Serán imaginaciones tuyas —me apoyó mi mujer.

Tratamos de consolarla y al final pareció convencida; decidió quedarse a cenar con nosotros. La acompañé con los niños hasta la parada del tranvía, pero, como no me quedaba tranquilo, les pedí a los chicos que volvieran a casa y fui con ella a pesar de su negativa.

Nada más entrar llamé a Ichizo. Por fortuna estaba en casa y bajó enseguida. Le expliqué que su madre estaba muy preocupada por él y que por eso se había tomado la molestia de ir a verme hasta Yarai. Solo había logrado calmarla después de una larga conversación. Si quería marcharse de viaje, era yo quien asumía la responsabilidad. Le pedí que hiciese todo lo posible por mantenernos informados. Que nos enviase una carta cada vez que llegara a un lugar o se marchase de otro. De ese modo, su madre, ya mayor, no tendría motivos para sufrir por él. En cualquier caso, le advertí, debía estar dispuesto a regresar si así se lo pedíamos. Ichizo me explicó que ya había tenido en cuenta todas esas cuestiones sin necesidad de que le dijese nada. Miró a su madre y sonrió ligeramente.

Había conseguido calmar un poco la inquietud de mi hermana. Al menos, eso me pareció. Regresé a Yarai en el tranvía de las once.

Mi mujer salió a la entrada a recibirme. Estaba impaciente por saber cómo había ido todo. La tranquilicé. Ya no había de qué preocuparse, le dije. Yo me sentía tranquilo y al día siguiente ni siquiera me tomé la molestia de ir a la estación de Shinbashi a despedirme de Ichizo.

10

LAS CARTAS QUE NOS HABÍA PROMETIDO ICHIZO fueron llegando puntualmente desde muchos sitios distintos. Si hago el cálculo, creo que casi envió una al día. En cualquier caso, la mayor parte de ellas no eran más que sencillas postales con apenas dos o tres frases. Solo al recibirlas respiraba tranquilo, y mi mujer se reía de mí. En una ocasión le dije que, a juzgar por

su contenido, no había nada que temer. Ella había acertado con su predicción, y le pareció de lo más natural, pues aquello no tenía nada que ver con esas cosas que se leían en las novelas o en determinadas secciones de los periódicos. Ese tipo de asuntos siempre le habían parecido tonterías. Era una mujer muy descreída, poco amante de todas esas cuitas románticas.

Yo estaba satisfecho con las postales de Ichizo, pero me tranquilicé aún más cuando empecé a recibir cartas propiamente dichas. En ninguna de ellas percibí el más mínimo rastro de melancolía, algo que había temido. Hasta que no las leí, no entendí del todo el profundo cambio de humor que había experimentado, pues apenas se apreciaba en las postales. Tengo aquí dos o tres guardadas.

En ese cambio de humor influyeron, por ejemplo, la atmósfera de Kioto, las aguas de Uji, pero lo que más lo animó fue el dialecto de la región de Kamigata, algo muy chocante para él, un joven criado en Tokio. Puede parecerle absurdo a alguien que conozca bien la región, pero ese hablar suave y tranquilo ejerció en él una influencia muy positiva, con el resultado de que calmó por completo sus nervios. ¿Esa forma de hablar era la de alguna joven? No lo sé. Las palabras de una joven surten mucho más efecto, sin duda, que cualquier otra cosa, y, como Ichizo también es joven, quizá se conocieran de modo espontáneo. Sin embargo, lo que está escrito aquí, por extraño que parezca, trata sobre una mujer anciana:

Escucho el habla de la gente de esta región y me siento ligeramente embriagado. A algunos no les gusta, pues les resulta demasiado pesado, pero a mí me ocurre todo lo contrario. Lo que me disgusta es, precisamente, la forma de hablar de la gente de Tokio. Los tokiotas se expresan en un tono orgulloso que se aprecia en la aspereza de sus palabras, como si se tratara de confeti mal cortado. En el oído de quien escucha, suenan agresivas. Ayer llegué a Osaka desde Kioto. Hoy he ido a ver a un amigo que trabaja en el periódico *Asahi* y me ha llevado a un lugar llamado Mino, famoso por sus arces. No puedo apreciar la belleza de sus hojas rojas en otoño, por supuesto, pero así y todo se trata de un lugar maravilloso surcado por ríos, rodeado de montañas y con una gran cascada brotando de una de ellas. Decidimos tomarnos un descanso, y me llevó a un edificio de dos plantas que pertenece al periódico. El suelo estaba enlosado, en su

mayor parte, con baldosas de barro, lo cual producía una extraña sensación de calma, como si nos encontráramos en un templo chino. Me explicó que en origen lo habían construido para que fuera un chalé de montaña, pero cuando lo compró el periódico lo transformaron en un club para los empleados. En cualquier caso, ¿por qué habían enlosado el suelo con baldosas de barro? Era algo tan extraño que se lo pregunté a mi amigo, pero no supo darme una respuesta. Te lo comento porque sé que a ti ese tipo de detalles suelen interesarte.

En realidad, no te cuento esto con el propósito de hablarte del suelo del edificio, sino de las mujeres que nos atendieron allí. Eran dos. Una estaba sentada en una silla y la otra se mantenía de pie justo enfrente de ella. Llevaban la cabeza afeitada. La que estaba de pie saludó a mi amigo nada más entrar. «Lo siento —se excusó—, estaba afeitándole la cabeza a esta mujer. Tiene ochenta y seis años. No se mueva, abuela, ya queda poco. No le he dejado un solo pelo, no se preocupe», dijo. La anciana sentada en la silla se acarició la cabeza y le dio las gracias. Mi amigo me miró y se rio. Sin duda, la escena no carecía de cierto encanto, dijo. Yo también me reí. Y no solo eso. De pronto sentí una tranquilidad espiritual desconocida, como si hubiera nacido cien años antes. Me gustaría no perder esa sensación a mi regreso a Tokio.

También a mí me gustaría que Ichizo trajese de vuelta esa tranquilidad, y que pudiera compartirla con mi hermana.

11

SU SIGUIENTE CARTA había sido franqueada en Akashi. Resulta más intrincada que la anterior y refleja bien el carácter de Ichizo.

He llegado esta noche. Ha salido la luna y el jardín se ha iluminado dejando mi habitación en sombra, lo que me ha provocado una sensación

siniestra. Después de cenar he salido a fumar y a contemplar el mar (está más allá del jardín). Es una noche tan tranquila. No hay olas y apenas distingo si estoy en la ribera de un río o de un estanque. De pronto ha aparecido un barco lleno de gente que había salido a dar una vuelta para disfrutar del aire fresco de la noche. No he llegado a distinguir su silueta de tan oscuro como estaba, pero me ha parecido notablemente ancho y con el fondo plano, es decir, uno de esos barcos que no han sido diseñados para navegar por el mar. He creído ver que tenía un tejado y que de los aleros colgaban numerosas lámparas de papel pintadas de vivos colores. Bajo su tenue luz se intuían las figuras de algunas personas. He escuchado las notas de un *shamisen*, pero el ambiente general parecía tranquilo. El barco se ha deslizado sobre el agua por delante de mí, con su atmósfera de diversión. He contemplado su sombra y me ha venido a la memoria una historia de la juventud de mi abuelo. Según tengo entendido, conociste a mi abuelo y también has debido de escuchar alguna vez la historia de cuando hace mucho tiempo se subió a un barco para contemplar la luna. Mi madre me la ha contado en un par de ocasiones. Fue en la época Edo. Según parece, mi abuelo remó a contracorriente por el río Ayase hasta la desembocadura del Sumida. Se detuvo allí donde la luna se reflejaba en perfecta armonía con las aguas tranquilas, y lanzó al aire un abanico plateado para que los destellos de luz iluminasen la oscuridad de la noche. Contemplar una escena como esa debió de ser algo maravilloso; ver cómo el abanico caía en el agua con sus irisaciones plateadas. No estaba solo. Todos los que lo acompañaban hicieron lo mismo; el espectáculo debió de resultar magnífico.

Mi abuelo fue un hombre extravagante que usaba un cazo de cobre para calentar el sake, bebía un poco y tiraba el resto. No debía de importarle demasiado lanzar al aire no menos de cien abanicos plateados. No sé si será herencia suya o no, pero me parece que, a pesar de ser pobre, tú también tienes esa faceta extravagante y desprendida. También a mi madre, a pesar de su timidez, le han gustado siempre las cosas alegres. Solo yo (quizá pienses que vuelvo otra vez al mismo tema, pero no te preocupes, porque ya no estoy tan hundido) tengo un carácter distinto al tuyo y al de mi madre, y no hablo con amargura. Lo que quiero decir es que he crecido en un ambiente despreocupado, confortable y hasta cierto punto lujoso sin llegar a saber a ciencia cierta qué es el lujo. Por ejemplo, siempre he dado por hecho que

dispondría de ropa decente, y esa asunción solo es consecuencia de la costumbre. Cuando lo pienso me inquieto. Dejando a un lado la cuestión de la ropa y la comida, el otro día escuché hablar a un hombre que se jactaba de gastar dinero a manos llenas, y me asusté. Decía que le gustaba rodearse de geishas, de cómicos. Sacaba dinero sin parar de su cartera, lo arrugaba y se lo tiraba diciéndoles que era un regalo. En una ocasión, según dijo, se metió en la bañera sin molestarse en quitarse su elegante quimono y le pidió a su ayudante que le frotase la espalda. Escuché por boca de ese hombre todo tipo de historias absurdas, y en ningún momento mostró el más mínimo temor por el juicio del cielo. Lo oí, aunque dada mi falta de coraje debería decir mejor que me aterrorizó. A mi modo de ver, su actitud es la misma que la del ladrón que amenaza a la gente con un cuchillo. En ese temor mío hay una dimensión religiosa. Yo temo al cielo, a la humanidad, a los dioses, a Buda. En eso se traduce mi cobardía. Incluso vista desde lejos, la extravagancia me atemoriza como si me encontrara en la parte superior de la rueda de la fortuna justo antes de un giro imprevisto del destino.

Con todos esos pensamientos en mente, he contemplado cómo el barco flotaba tranquilamente sobre la superficie del mar, y me ha dado por pensar que una diversión así sí resulta adecuada a la vida. Me aconsejaste tomarme las cosas con más ligereza y creo que lo estoy logrando. Deberías felicitar me.

Los clientes de la segunda planta del hotel, ahora iluminado por la luna, en el que me alojo han llegado de Kobe y hablan el dialecto tokiota que tanto me disgusta. De vez en cuando recitan poesía. De vez en cuando también escucho la seductora voz de una mujer. Sin embargo, pronto he dejado de oírlos. La camarera me ha dicho que han regresado a Kobe. Ya es muy tarde y yo también me voy a ir a dormir.

12

TE ESCRIBÍ ANOCHE y también lo hago hoy para informarte sobre lo que está ocurriendo esta mañana. Todas estas cartas te provocarán una sonrisa irónica, sin duda. Pensarás que, como no tengo a quién escribir, os escribo a ti y a mi madre para ocupar mi tiempo. He reflexionado sobre ello antes de

empezar con esta carta. Si encontrase a una mujer, imagino, te alegrarías, aunque dejara de escribirte. También a mí me haría feliz, por mucho que ya no dispusiera de tiempo para ello. Esta mañana, después de desayunar y regresar a mi cuarto para contemplar el mar, he visto a una pareja feliz caminando hacia el oeste entre las rocas. Quizá se hospedan en este mismo hotel. Los he observado con envidia. Caminaban descalzos cerca de las olas, con los bajos de los quimonos ligeramente remangados y ella con un parasol color crema en la mano. El mar lucía transparente, como si solo fuese aire bajo la luz del sol. He llegado a ver, incluso, medusas flotando en el agua. Otros dos clientes han salido del hotel para ir a nadar y he visto claramente cómo se tensaban sus músculos a cada brazada (a las siete y treinta de la mañana).

Ahora estoy viendo a un occidental entrando en el agua; tras él va una mujer joven. Mientras se mece entre las olas ha llamado a otro occidental que debía de haberse quedado en el hotel. Se dirigía a él en inglés y le decía que fuera a bañarse, que el agua estaba magnífica. Se lo ha repetido varias veces. La mujer habla inglés con una fluidez realmente envidiable. En comparación, yo no le llego ni a la altura del betún. A pesar de todo, el otro hombre no se ha movido del sitio. La mujer se ha quedado con el agua a la altura del pecho. Quizá no sabe nadar. El hombre que está a su lado la ha tomado entonces de la mano para llevarla hasta una zona más profunda, pero ella se ha negado. El hombre la ha cogido en brazos y el chapoteo del agua mezclado con sus risas se ha escuchado en la distancia (a las diez de la mañana).

Un cliente alojado en la planta baja con dos geishas ha salido a dar un paseo en bote. No sé de dónde habrá salido el bote, pero es muy pequeño y parece peligroso. El hombre les ha pedido a las geishas que lo acompañen, pero se niegan a hacerlo. Tienen miedo. Sin embargo, al final embarcan para no contrariar sus deseos. La más joven tiene cara de pánico y casi resulta absurdo. Cuando el bote regresa al cabo de un rato, la mayor se acerca a un barco amarrado justo detrás del hotel para preguntar si está libre. Quiere comer en el mar. Les pide a las camareras que les lleven bebida, comida y su *shamisen*, y las dos mujeres suben al barco. El hombre, por su parte, parece pletórico de energía y vuelve a alejarse remando en el bote. Obliga a subir con él a un niño de la aldea, medio desnudo y muy bronceado. Atónitas, las geishas lo observan y la mayor de ellas le grita: «¡Tonto!». El hombre regresa

con el bote. Es una escena divertida (a las once de la mañana).

Te estoy contando todas estas cosas como si se tratase de algo extraordinario e imagino que te reirás de mí y de mis rarezas, pero es la prueba fehaciente de que el viaje me ha sentado bien. Por primera vez en mi vida me he sentido inmerso en una atmósfera de libertad. No me molesta escribir sobre estos episodios insignificantes porque ahora puedo observarlos sin pensar en nada más. Lo mejor que puedo hacer en este momento es precisamente eso: observar las cosas sin pensar en nada. Casi me avergüenza admitir lo mucho que se ha transformado mi carácter solo con este pequeño viaje. Desearía que mi madre me hubiese alumbrado en un mundo más sencillo, sin tantas complicaciones.

Las velas blancas pasan frente a la isla de Awaji como si fueran nubes. Allí, en una colina coronada con un pino que mira al mar, hay un templo consagrado a la memoria del poeta Hitomaru. No conozco bien su obra, pero ya que estoy aquí me gustaría ir a visitar el templo.

CONCLUSIÓN

LA AVENTURA DE KAITARO comenzó con una historia y termina también con una historia. Al principio, el mundo que pretendía conocer le parecía distante, pero ahora ya lo siente más cercano. Sin embargo, en este largo trayecto se ha sentido como un extraño, protagonista, pero sin la capacidad para actuar de ningún modo. Su papel se ha limitado a constatar lo que ocurría a su alrededor como si alguien le recitara un informe por teléfono.

Ha conocido los fragmentos de una vida errante por boca de Morimoto. Fragmentos, no obstante, muy superficiales, tan solo el contorno de algo, su superficie. Le han servido para espolear su curiosidad, pero, a través de una abertura y entre todos esos relatos de aventuras, ha podido captar otra imagen de él, de ese hombre por quien sentía compasión y antipatía a un tiempo. Ha comprendido, en fin, que su existencia era una mezcla de realidad y sueño.

Gracias a un hombre tan eminentemente práctico como Taguchi, Keitaro ha podido conocer mejor la sociedad. Ha aprendido, también, cómo se enfrenta a la vida un hombre como Matsumoto, que se considera a sí mismo un diletante. Keitaro cree que ha adquirido una experiencia del mundo más amplia al haber tenido la oportunidad de comparar a esas dos personas completamente distintas conectadas entre sí por una relación familiar. Una experiencia que, sin embargo, carece de la suficiente profundidad.

De labios de Chiyoko ha tenido noticia de la trágica muerte de una niña, una muerte muy distinta a todas las que él había imaginado. Esta de la que le habló Chiyoko lo cautivó como si contemplase una hermosa pintura y, a pesar de todo, hubo lágrimas. Lágrimas que hablaban de una tristeza duradera más que de una expiación del sufrimiento. Keitaro es soltero. Apenas piensa

en los niños y, aun así, le resulta terrible la muerte en plena floración de la vida, por muy hermosa que pueda ser la despedida que quienes se quedan organizan para su ser querido. La historia de esa criatura nacida en la víspera de la festividad de las niñas parecía representar el destino de las propias chiquillas de porcelana que adornan las casas con motivo de esa celebración.

Keitaro se sorprendió al descubrir por boca de Sunaga una relación maternofilial tan distinta a las que está acostumbrado. Su madre vive en su tierra natal y su relación con ella nunca ha llegado al grado de intimidad de la de Sunaga, aunque tampoco ha estado marcada por el destino como la de su amigo. Keitaro cree comprender el vínculo entre una madre y un hijo porque él es hijo, pero siempre se ha resignado a la idea de que esa relación es algo corriente. Puede aceptar la existencia de una unión más profunda, pero no entenderla del todo. La historia de Sunaga le ha servido para entrar en una nueva realidad.

También ha conocido la relación entre Chiyoko y Sunaga, y no sabría decir si nacieron para terminar casados, como amigos o como enemigos. Ha ido a ver a Matsumoto para tratar de despejar sus dudas, movido en parte por su voluntad y en parte por la curiosidad. Keitaro ha descubierto entonces que Matsumoto no es un hombre que se limite a observar el mundo con la pipa en la boca. Ha entendido sus sentimientos hacia Sunaga, lo que piensa de él, la forma en que trata de ayudarlo. De igual manera, ha sido informado de las circunstancias que han llevado a Matsumoto a adoptar esas medidas.

Su experiencia tras graduarse en la universidad y tratar de sumergirse en la realidad del mundo no ha consistido nada más que en escuchar historias aquí y allá por boca de distintas personas. Tuvo una experiencia real en la ocasión en que esperó junto a la parada del tranvía de Ogawamachi con ese peculiar bastón entre sus manos, para seguir a un hombre con un abrigo jaspeado que terminó entrando en un restaurante occidental acompañado de una joven. Al pensarlo ahora, tan solo le parece un juego, una aventura como mucho, una especie de exploración, pero gracias a ello ha encontrado trabajo. Esa experiencia solo fue algo serio para él. A ojos de los demás, tan solo se trató de una especie de broma de mal gusto.

En resumen, los sentimientos y el conocimiento del mundo que ha adquirido a lo largo de este tiempo le han llegado, fundamentalmente, a través del oído. Esa larga serie de historias que comenzó con Morimoto y

terminó con Matsumoto ha agitado su ser, ha permeado hasta llegar a las capas más profundas, donde se ha decantado. No obstante, Keitaro no ha podido penetrar en ese mundo, y eso le hace sentir insatisfecho y afortunado al mismo tiempo. La insatisfacción lo lleva a maldecir la empuñadura en forma de cabeza de serpiente del bastón y la fortuna, a felicitarse por esa misma cabeza de serpiente. Alza la vista al cielo y se pregunta cómo se desarrollará a partir de ahora este drama que parece haber llegado a una súbita conclusión.

GLOSARIO

fusuma. Tabioabique o panel móvil que sirve para separar espacios en las casas tradicionales japonesas.

geta. Sandalia de madera.

Go. Juego a modo de damas cuyo objetivo consiste en ganarle terreno al oponente.

hakama. Pantalón que se pone encima del kimono.

haori. Sobretodo a modo de abrigo que se lleva por encima del kimono en invierno.

hiragana. Una de las tres escrituras de las que consta el japonés.

Kabuki. Teatro de origen japonés nacido en la época Edo (1603-1868), en el que tanto los papeles masculinos como los femeninos era interpretados por hombres.

kotatsu. Mesa camilla provista de un brasero y diseñada para que las personas se sienten directamente en el suelo.

Noh. Teatro de origen japonés nacido en la época Heian (794-1185), en el que se representan historias de fantasmas y espíritus.

obi. Cinturón ancho utilizado para ceñir el kimono.

rakugo. Monólogo cómico.

rickshaw. Coche a modo de berlina tirado por una persona.

sabi. Se refiere al *wabi-sabi*, un criterio estético japonés que valora la belleza de la imperfección.

sen. Moneda que equivale a una centésima parte del yen, en desuso en la actualidad.

shamisen. Especie de guitarra japonesa de tres cuerdas que se toca con una cuña.

shoji. Contraventana interior hecha de papel de arroz; sustituye a las cortinas en las casas japonesas.

sutra. Enseñanza que Buda transmitió a sus discípulos.

tabi. Calcetines tradicionales japoneses. Son blancos y tienen el dedo pulgar separado para poder calzar las geta o sandalias de madera.

tokonoma. Alcoba decorativa situada en la sala principal de las casas tradicionales.

yanome. Antigua clase de paraguas de color negro y blanco; solía contar con un diseño que recuerda a los ojos de una serpiente en el centro.

Yoruri. Teatro de marionetas nacido en la época Edo (1603-1868).

yukata. Quimono de verano.

MÁS ALLÁ DEL EQUINOCCIO DE PRIMAVERA



Keitaro, un joven recién graduado, un típico antihéroe sosekiano, ve cómo su vida se derrumba a su alrededor tras acabar sus estudios. Inmerso en la búsqueda de su primer empleo, está rodeado de personas con sus propias excentricidades y ricas historias personales que tienen mucho que enseñarle, aunque tiene poco que aportar aparte de la capacidad de escuchar: Morimoto,

el joven aventurero que siempre tiene un relato para contar; Sunaga, un chico en problemas cuya conmovedora historia se convierte en el epicentro de la novela; Taguchi, el tío de Sunaga; Matsumoto, otro tío, un zángano de clase alta; y Chiyoko, la prima de Sunaga que, aparentemente, es la causa de todas sus desgracias.

SOSEKI, NATSUME

Nació en 1867 cerca de Edo (actual Tokio). En 1900 se le concede una beca del gobierno y se le envía a Inglaterra. Regresa a Japón en 1902 para enseñar en la Universidad Imperial de Tokio. La fama le llegará con la publicación en 1905 de «*Soy un gato*». En 1906 aparecerá «*Botchan*» (Premi Llibreter, 2008), que se convierte automáticamente en un best-seller. «*Sanshiro*» (1908, Impedimenta, 2009) está considerada la novela puente entre sus dos obras capitales. «*Más allá del equinoccio de primavera*»(Impedimenta, 2018) es su novela inédita, un auténtico tapiz sobre la Era Meiji.

NOTAS

¹ Prefacio publicado en el diario *Asahi* en enero de 1912.

² Como dice el texto, el *sanjin* es un dios de la montaña, pero antiguamente también se utilizaba esta palabra como otro modo de referirse a las esposas. (*Todas las notas son de los traductores.*)

³ Figura sagrada del budismo que escucha los lamentos del mundo. A partir del siglo VIII se popularizó su representación con rasgos femeninos, pero no existe un acuerdo definitivo al respecto.

⁴ Discípulo de Buda. Según la creencia popular, al acariciar su estatua se curaban las enfermedades.

⁵ Es importante señalar la trascendencia de esta frase en la obra de Sōseki, pues en muchas de sus novelas incide una y otra vez en ese desequilibrio entre las parejas donde, según él, brota el germen de la infelicidad.



Nzofrenick

*"La lectura hace al hombre completo;
la conversación lo hace ágil,
el escribir lo hace preciso".*

Francis Bacon

